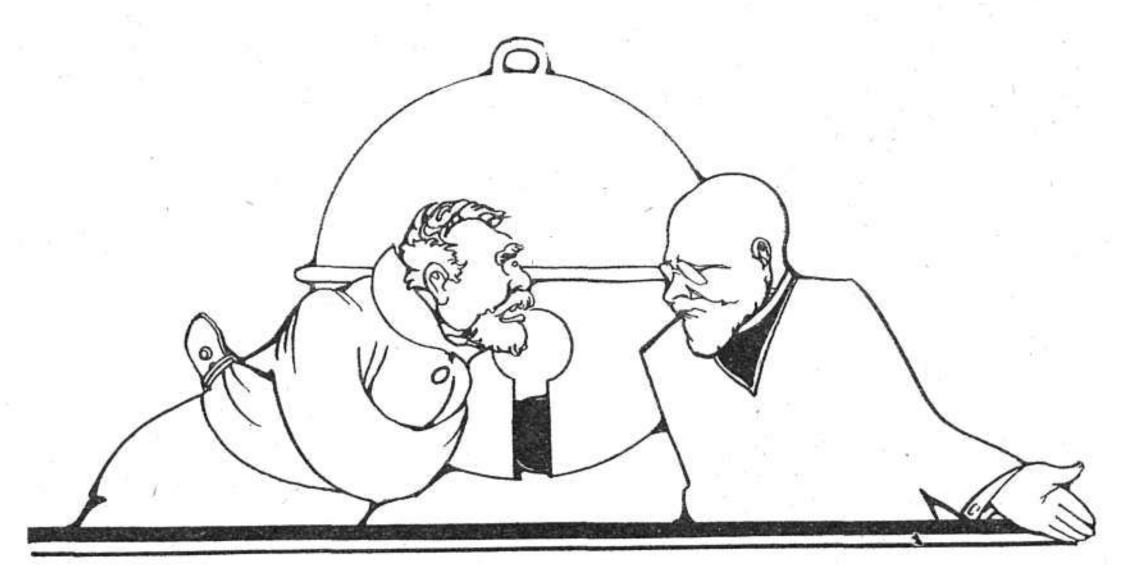
CARAS Y CARETAS



"EL SOLITARIO"


LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES Y EN CUALQUIER MOMENTO SIEMPRE ES BUENA.
GINEBRA
"Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
BOLS
Unicos Importadores:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
Alsina, 641 — Buenos Aires



TIO Y SOBRINO



De seguro habréis pasado veinte veces por delante de la casa del doctor Auvray sin sospechar los milagros que allí se hacen. Es una vivienda modesta y medio escondida, sin lujo y sin muestra; ni siquiera se lee en la puerta de entrada este letrero trivial: "Casa de salud". Está situada hacia el final de la avenida de Montaigne, entre el palacio gótico del príncipe Soltikoff y el gimnasio de Triat, un mocetón que regenera al hombre por el trapecio. Una verja de color de bronce cierra un jardincito de lilos y rosales. La habitación del portero está a la izquierda; el pabellón de la derecha contiene el despacho del médico y las habitaciones de su mujer y su hija. El cuerpo principal del edificio está al fondo, de espaldas a la avenida; todas sus ventanas caen al sudeste, con vistas a un reducido parque muy agradable, plantado de castaños y tilos. Allí es donde el doctor cuida, y a veces cura, a los locos. No os llevaría yo a su casa si corriésemos el peligro de encontrar en ella todas las formas de la locura; pero no hay que temer: no veréis el espectáculo desgarrador de la imbecilidad, de la locura paralítica, ni siquiera de la demencia. El doctor Auvray se ha hecho, como suele decirse, una especialidad: el tratamiento de la monomanía. Es un hombre excelente, de gran saber y mucha inteligencia, medio médico, medio filósofo, discípulo de Esquirol y de Laromiguière. Al verle con su cabeza calva, bien afeitada la barba, vestido de negro, con su semblante paternal, no podríais decir si es médico, profesor o cura. Cuando despega sus gruesos labios se adivina que va a decir: "¡Hijo mío!" Sus ojos, para ser unos ojos a flor de piel, no son feos; pasean en torno una mirada límpida y serena, y en su fondo se ve todo un mundo de buenos pensamientos. Aquellos grandes ojos son como ventanales abiertos sobre un alma buena. La vocación del doctor Auvray se decidió cuando era alumno interno de la Salpêtrière. Estudió con pasión la monomanía, curiosa alteración de las facultades mentales que se explica rara vez por causas físicas, que no responde a ninguna lesión visible del sistema nervioso y que se cura por un tratamiento moral. Le secundaba en sus observaciones una celadora joven de la sección Pinel, muy bonita y bien educada. Auvray se enamoró, y en cuanto se doctoró se casó con ella. Era un modo asaz modesto de entrar en la vida. Sin embargo, el doctor tenía algunos bienes y los invirtió en fundar el establecimiento de que ya tenéis noticia. Con un poco de charlatanismo habría ganado una fortuna; se contentó con cubrir gastos. Huye del barullo, y cuando hace alguna curación maravillosa no la pregona a tambor batiente. Su reputación ha ido formándose por sí sola, casi a su pesar. ¿Queréis la prueba? Su tratado de la "Monomanía razonadora" alcanza ya la sexta edición, sin que el autor haya enviado un solo ejemplar a los periódicos. Cierto que la modestia es buena de por sí, pero no hay que abusar de ella. La hija del doctor no tiene más de veinte mil francos de dote, y va a cumplir veintidós años el 30 de abril.

Hace unos quince días — creo que era el jueves, 13 de diciembre, — una berlina de alquiler se detuvo junto a la verja del doctor Auvray. El cochero llamó, y se abrió la puerta. El carruaje avanzó hasta el pabellón habitado por el doctor, y dos hombres entraron vivamente en su despacho. La criada les rogó que se sentaran y esperasen la terminación de la visita. Eran las diez de la mañana.

Uno de los dos desconocidos era hombre de cincuenta años, alto, moreno, sanguíneo, de rostro encendido, medianamente feo y sobre todo mal conformado; tenía las orejas despegadas, las manos gruesas, los pulgares enormes. Figuraos un obrero vestido con la ropa de su principal: tal es el señor Morlot.

Su sobrino, Francisco Tomás, es un joven de veintitrés años, difícil de describir porque se parece a todo el mundo. No es alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni tallado como un Hércules ni cincelado como un "dandy", sino mediano en todo, modesto de pies a cabeza, castaño de cabellos, de espíritu y hasta de traje. Al entrar en el despacho de Auvray daba muestras de gran agitación; se paseaba con

furia, no estaba quieto en ningún sitio, miraba veinte cosas a la vez, y lo habría tocado todo, de no llevar atadas las manos.

—¡Cálmate! — le decía su tío. — Lo que hago es por tu bien. Aquí te encontrarás muy a gusto y el doctor te curará.

—No estoy enfermo. ¿Por qué me ha atado usted?

—Para que no me arrojases por la portezuela. Has perdido la razón, pobre Francisco mío; el doctor te la devolverá.

—Discurro tan bien como usted, tío; no sé lo que quiere usted decir. Estoy sano de espíritu, tengo el juicio seguro y excelente memoria. ¿Quiere usted que le recite versos? ¿Quiere que analice un trozo de latín? Aquí hay un Tácito en este armario, precisamente... Si prefiere usted otra prueba, resolveré un problema de aritmética o de geometría... ¿No quiere usted?... Pues bien; oiga usted lo que hemos hecho hoy por la mañana: A las ocho fué usted a mi cuarto, no a despertarme, puesto que no estaba durmiendo, sino a sacarme de la cama. Me vestí solo, sin ayuda de Germán, y luego me pidió usted que le acompañara a ver al doctor Auvray; me negué, usted insistió, monté en cólera. Germán le ha ayudado a usted a atarme las manos; esta tarde le despido. Le debo trece días de sueldo, o sea trece francos, puesto que le tengo ajustado a razón de treinta francos al mes. Le debe usted una indemnización, puesto que por culpa de usted se queda sin el aguinaldo. ¿Es discurrir esto? ¿Todavía quiere usted hacerme pasar por loco?... ¡Ah, querido tío! ¿Tan poco me quiere usted? ¡Acuérdese de que es usted hermano de mi madre! ¿Qué diría la pobre si me viera aquí?... Todo puede arreglarse amistosamente, y no le guardaré a usted rencor. Usted tiene una hija, la señorita Clara Morlot.

—¡Ah, ahí te cojo! ¿Ves cómo has perdido la cabeza? ¡Que yo tengo una hija! ¡Pero si soy soltero y muy soltero!

—Usted tiene una hija — repuso maquinalmente Francisco.

—¡Pobre sobrino mío! Vamos, escúchame bien: ¿tienes alguna prima?

—¿Alguna prima? No, ninguna. ¡Oh!, no me coge usted en falta. No tengo primos ni primas.

—Yo soy tío tuyo, ¿verdad?

—Sí; usted es tío mío, aunque esta mañana lo haya usted olvidado.

—Si yo tuviese una hija, sería prima tuya; tú no tienes primas, luego yo no tengo hija.

—Tiene usted razón... Tuve la dicha de verla con su madre el verano pasado en las aguas de Ems. La quiero; no me faltan motivos para creer que no le soy indiferente, y tengo el honor de pedirle a usted su mano.

—¿La mano de quién?

—La mano de su hija.

—¡Vamos! — pensó el tío. — Ya tiene que tener talento el doctor Auvray si cura a mi sobrino. Tomaré seis mil francos de sus rentas para pagarle la pensión en esta casa. Quien de treinta paga seis, le quedan veinticuatro. Voy a ser rico. ¡Pobre Francisco!

Se sentó y abrió un libro al azar.

—Ponte ahí — le dijo a Francisco. — Voy a leerte un poco. Procura escucharme; eso te calmará.

Morlot leyó: "La monomanía es la obstinación de una idea, el imperio exclusivo de una pasión. Reside en el corazón, y allí hay que buscarla y curarla. Tiene por causas el amor, el temor, la vanidad, la ambición, el remordimiento. Se manifiesta por los mismos síntomas que la pasión: ya por la alegría la jovialidad, el ruido; ya por la timidez, la tristeza y el silencio".

Durante la lectura, Francisco pareció calmarse y adormecerse; en el despacho hacia calor. "¡Bravo! — pensó Morlot; — este es ya un prodigio de la medicina; duerme a un hombre que no tiene hambre ni sueño". Francisco no dormía, pero fingía el sueño a la perfección. Cabeceaba a compás y regulaba matemáticamente el monótono ruido de la respiración. Tío Morlot cayó en el lazo; prosiguió en voz baja la lectura, luego bostezó, cesó de leer, dejó resbalar el libro, después cerró los ojos y se durmió de buena fe, con gran contento de su sobrino, que le acechaba malignamente con el rabillo del ojo. Francisco empezó a mover la silla; Morlot siguió hecho un tronco; Francisco se paseó haciendo crujir las botas en el entarimado. Morlot rompió a roncar. Entonces el loco se acerca a la mesa, encuentra un raspador, y manipulando con destreza llega a cortar la cuerda que le ataba los brazos. Hállase en libertad, en posesión de las manos; reprimiendo un grito de júbilo, se acerca pausadamente a su tío. En dos minutos ató a Morlot sólidamente, pero con tanta destreza que su sueño no se alteró.

Francisco contempló su obra y recogió el libro que se había caído en el suelo. Era la última edición de la "Monomanía razonadora". Se instaló en un rincón con el libro y se puso a leer, muy formal, en espera del doctor.

II

TENGO que contaros ahora los antecedentes de Francisco y de su tío. Francisco era hijo único de un ebanista del pasaje del Salomón, apellidado Tomás. La ebanistería es un oficio muy bueno: se gana el ciento por ciento en casi todos los artículos. Muerto su padre, Francisco disfrutó de esa holgura que llaman honrada sin duda porque exime de cometer bajezas; quizás también porque nos permite honrar con buenos obsequios a los amigos; tenía treinta mil francos de renta.

Sus gustos eran muy sencillos, como creo haber dicho antes. Sentía preferencia innata por todo lo que no brilla; escogía, naturalmente, sus guantes, sus chalecos y sus paletós en la serie de colores silenciosos que se extiende entre el negro y el marrón. No recordaba haber soñado con grandezas ni en su más tierna infancia; las condecoraciones más envidiadas no le quitaron nunca el sueño. No llevaba monóculo, "en razón" — decía — "de tener muy buena vista"; ni alfiler en la corbata, porque su corbata se sostenía sin alfiler; pero la verdad es que temía llamar la atención. El lustre de las botas le deslumbraba. Habríalo pasado muy mal si por casualidad llega a nacer en una familia de apellido notorio. Si para remate, su padrino le hubiese puesto de nombre Américo o Fernando, no habría firmado en toda su vida. Por fortuna, sus nombres eran tan modestos como si él mismo los hubiese elegido.

Su timidez le impidió seguir una carrera. Transpuso el umbral del grado de bachiller, especie de puerta que conduce a todas partes,

y recostado en ella se puso a contemplar los siete u ocho caminos que ante él se abrían. El foro le parecía demasiado ruidoso; la medicina, demasiado turbulenta; la enseñanza, demasiado imponente; el comercio, demasiado complicado; la administración, demasiado esclavizadora. En el ejército no había que pensar: no es que tuviese miedo del enemigo; pero ante la sola idea de llevar uniforme se echaba a temblar. Se atuvo, pues, a su primer oficio, no por más fácil, sino por más obscuro: vivió de sus rentas.

Como no le había costado trabajo ganarlo, prestaba su dinero con facilidad. En premio de tan rara virtud, el cielo le dió muchos amigos. A todos los quería sinceramente y se acomodaba a sus gustos de buen grado. Cuando se encontraba a un amigo en la calle, siempre era él quien se dejaba coger por un brazo, daba media vuelta e iba adonde querían llevarle. Adviértase que no era tonto, ni torpe, ni ignorante. Sabía tres o cuatro lenguas vivas; poseía el latín, el griego y cuanto se aprende en el colegio; tenía algunas nociones de comercio, de industria, de agricultura y de literatura, y juzgaba con acierto un libro nuevo cuando no había delante nadie que le oyese.

En lo que su timidez mostraba toda su fuerza era en el trato con las mujeres. Tenía que estar siempre enamorado de alguna, y si por la mañana, al restregarse los ojos, no hubiera visto en el horizonte un rayo de amor, se habría levantado de mal temple y puéstose los calcetines al revés. Cuando asistía a un concierto o a un teatro, lo primero que hacía era buscar en la sala un rostro agradable, para prendarse de él hasta la noche. Si lo encontraba, la representación era buena; el concierto, delicioso; si no, todos trabajaban mal o desafinaban. Su corazón tenía tal horror al vacío, que ante una beldad mediocre sudaba tinta esforzándose por encontrarla perfecta. Ya se adivina, sin que yo lo diga, que esta sensibilidad universal no era depravación: era inocencia. Amaba a todas las mujeres sin decírselo, porque no se había atrevido jamás a hablar con una. Era un burlador inofensivo y cándido; un don Juan si se quiere, pero antes de encontrar a doña Inés.

Cuando amaba componía entre sí declaraciones atrevidas que nunca le salían de los labios. Hacía el amor, descubría el fondo de su alma, proseguía largos coloquios, diálogos encantadores, en los que él solo ponía las preguntas y las respuestas; imaginaba discursos de energía sobrada para ablandar las piedras y derretir el hielo; pero ninguna mujer le agradeció sus aspiraciones mudas: para ser amado hay que "querer". Es grande la diferencia entre el deseo y la voluntad; el deseo vaga muellemente sobre las nubes; la voluntad corre descalza sobre guijarros; aquél todo lo espera del azar; ésta lo saca todo de sí misma; la voluntad se dirige en derechura a un fin a través de vallas y fosos, de montañas y barrancos; el deseo permanece acurrucado sin moverse, y grita con su más dulce voz:

"*...Llega, llega, campanario, o yo me muero...*"

Sin embargo, en el mes de agosto de aquel año, cuatro meses antes de atar los brazos a su tío, Francisco se atrevió a amar cara a cara. Encontró en las aguas de Ems una muchacha casi tan huraña como él y cuya timidez temblorosa le infundió valor: era una parisina endeble, delicada, pálida como fruta madura en una umbría, transparente como uno de esos preciosos chiquillos cuya sangre azulada se ve correr por debajo de la epidermis. Acompañaba a su madre, obligada por un mal inveterado — una laringitis crónica, si no me engaño, — a tomar las aguas. Por fuerza la madre y la hija habían vivido apartadas del mundo, visto el asombro que les producía la ruidosa turba de los agüistas. Francisco les fué presentado de improviso por un convaleciente amigo suyo que iba de paso para Italia. Las trató asiduamente durante un mes y fué, por decirlo así, su única compañía. Para las almas delicadas, la multitud es una inmensa soledad, y cuanto más ruido hace en torno al mundo, más se apretujan en un rincón para hablarse al oído. La joven parisina y su madre entraron a pie llano en el corazón de Francisco y se encontraron a gusto. Descubrían en él todos los días tesoros nuevos, como los primeros navegantes que pusieron el pie en América hollaron con deleite aquella tierra virgen y misteriosa. No inquirieron si era rico o pobre: bastábales con saber que era bueno; no podían encontrar tesoro mejor que su corazón de oro. Por su lado, Francisco estaba contentísimo de su metamorfosis. ¿Habéis oído contar alguna vez cómo se insinúa la primavera en los jardines de Rusia? Ayer todo estaba cubierto de nieve; hoy llega un rayo de sol que ahuyenta al invierno. A mediodía los árboles están en flor; por la tarde echan las ojas, y al día siguiente casi tienen ya fruto. Así floreció y fructificó el amor de Francisco. Su frialdad y su cortedad fueron arrastradas como los témpanos en el deshielo; el niño vergonzoso y pusilánime se hizo hombre en unas cuantas semanas. No sé quién pronunció primero la palabra "matrimonio"; pero, ¿qué importa? Esa palabra se sobrentiende cuando dos corazones honrados se hablan de amor.

Francisco era mayor de edad y dueño de su persona; pero Clara dependía de su padre y había de obtener su consentimiento. En este punto la timidez del infeliz muchacho recobró su imperio. En vano le decía Clara: "Escríbele sin miedo; mi padre está ya prevenido; a correo vuelto nos enviará su consentimiento". Escribió la carta más de cien veces, sin decidirse a mandarla. Sin embargo, la empresa era fácil, y cualquier entendimiento vulgar habría salido de ella con gloria. Francisco conocía el nombre, la posición, la fortuna y hasta el genio de su futuro suegro. Le habían iniciado en todos los secretos de la familia: era como de la casa. ¿Qué le quedaba por hacer? Indicar en unas cuantas palabras lo que era y lo que tenía; la respuesta no era dudosa. Vaciló tanto que, al cabo de un mes, Clara y su madre empezaron a dudar de él. Creo que aun habrían tenido paciencia quince días más; pero la prudencia paternal no se lo consintió. Si Clara amaba, si su novio no se decidía a declarar oficialmente sus intenciones, había que poner a la muchacha, sin perder tiempo, en lugar seguro, en París. Tal vez entonces el novio tomaría la resolución de ir a pedirla en matrimonio; ya sabía dónde estaba.

Una mañana, cuando Francisco fué en busca de las dos señoras para dar un paseo, el fondista le comunicó que se habían marchado a París. Su habitación estaba ya ocupada por una familia inglesa. Tan rudo golpe, al caer de improviso sobre una cabeza tan débil, extravió su razón. Salió como loco y empezó a buscar a Clara en todos los sitios a donde ha-

bitualmente la acompañaba. Volvió a su cuarto con una jaqueca violenta, que se curó de cualquier manera Se mandó sangrar, tomó baños de agua hirviendo, se aplicó sinapismos feroces; vengaba en su cuerpo los sufrimientos de su alma. Cuando se creyó curado, se marchó a Francia, resuelto a pedir la mano de Clara sin cambiar siquiera de traje. Corrió a París, se arrojó del vagón, olvidó las maletas, subió a un coche, y le gritó al cochero:

—¡A casa de "ella...", al galope!

—¿Dónde es eso, señor?

—En casa del señor... calle... ¡Se me ha olvidado!

No recordaba el nombre ni el domicilio de su amada. "Iremos a mi casa — pensó. — Allí me acordaré". Enseñó su tarjeta al cochero, que le dejó en su puerta.

El portero era un viejo sin hijos, llamado Manuel. Al llegar frente a él, Francisco le hizo una profunda reverencia y le dijo:

—Señor, usted tiene una hija: Clara Manuel. Quería escribirle a usted para pedirle su mano, pero me ha parecido más propio dar este paso en persona.

Comprendieron que estaba loco, y fueron corriendo a buscar a su tío Morlot al barrio de San Antonio.

Morlot era el vecino más honrado de la calle de Charonne, una de las más largas de París. Fabricaba muebles antiguos con un talento ordinario y una conciencia extraordinaria. No sería él quien hiciese pasar por ébano el peral ennegrecido, ni quien vendiese un arca de su fábrica por un mueble de la Edad Media. Sin embargo, sabía tan bien como el primero el arte de agrietar la madera nueva y de simular picaduras de gusanos de las que los gusanos no tenían culpa. Pero tenía por principio y por ley no causar perjuicio a nadie. Por una moderación casi absurda en las industrias de lujo, limitaba sus beneficios a un cinco por ciento después de cubrir los gastos generales de su establecimiento; de suerte que había ganado más estimación que dinero. Cuando ponía una factura, rehacía tres veces la suma: tan grande era su temor de equivocarse en provecho propio.

Después de trabajar así treinta años, era tan rico como al salir del aprendizaje, sobre poco más o menos; habíase ganado la vida como el último de sus obreros, y se preguntaba con cierta envidia cómo se las había compuesto su cuñado para reunir un capital. Si su cuñado le miraba un poco despectivamente, con la vanidad de un enriquecido, Morlot le miraba con mayor desdén aún, con el orgullo de un hombre que no ha querido enriquecerse. Se envolvía soberbiamente en su mediocridad, y decía, con altivez plebeya: "Al menos yo estoy seguro de que no tengo nada de nadie".

El hombre es un animal muy raro; no soy yo el primero que lo dice. El bueno de Morlot, cuya meticulosa honradez era la diversión del barrio entero, sintió en el hondo de su corazón un agradable cosquilleo cuando fueron a decirle la enfermedad de su sobrino. Oyó una vocecita insinuante que le decía muy por lo bajo:

—Si Francisco está loco, tú serás su tutor.

La probidad se apresuró a responder:

—No vamos a ser más ricos por eso.

—¡Cómo! — replicó la voz. — La pensión de un loco no ha costado nunca treinta mil francos anuales. Además, eso nos dará algún quehacer; descuidaremos otros negocios; merecemos una recompensa: con eso no se hace daño a nadie.

—Pero — replicó el desinterés — hay que servir gratis a la familia.

—¿De veras? — murmuró la voz. — Entonces, ¿por qué nuestra familia no nos ha ayudado nunca? Hemos pasado momentos de apuro, hemos tenido vencimientos difíciles: ni el sobrino Francisco ni su difunto padre se han acordado nunca de nosotros.

—¡Bah! — exclamó la bondad de alma, — eso no será nada; es una falsa alarma. ¡Francisco se curará en dos días!

—También puede ocurrir — prosiguió la tercera voz — que la enfermedad mate al enfermo, y heredaremos sin perjudicar a nadie. Hemos estado trabajando treinta años para el moro Muza; ¿quién sabe si un martillazo en la cabeza de un atolondrado no nos traerá la fortuna?

El bueno de Morlot se tapó las orejas; pero eran tan grandes, tan amplias, tan noblemente abiertas en forma de concha marina, que la vocecita sutil y perseverante se insinuaba en ellas a su pesar. La casa de la calle de Charonne quedó confiada al capataz; el tío estableció sus cuarteles de invierno en el hermoso piso de su sobrino. Durmió en buena cama, y se encontró muy satisfecho. Se sentó a una mesa excelente, y los calambres del estómago se le curaron como por encanto. Germán le sirvió, le peinó, le afeitó, y se habituó pronto a ello. Poco a poco se consoló de ver enfermo a su sobrino; se acostumbró a la idea de que Francisco no se curaría acaso nunca. Todo lo más repetíase de tiempo en tiempo, para tranquilizar su conciencia: "¡No causo perjuicio a nadie!"

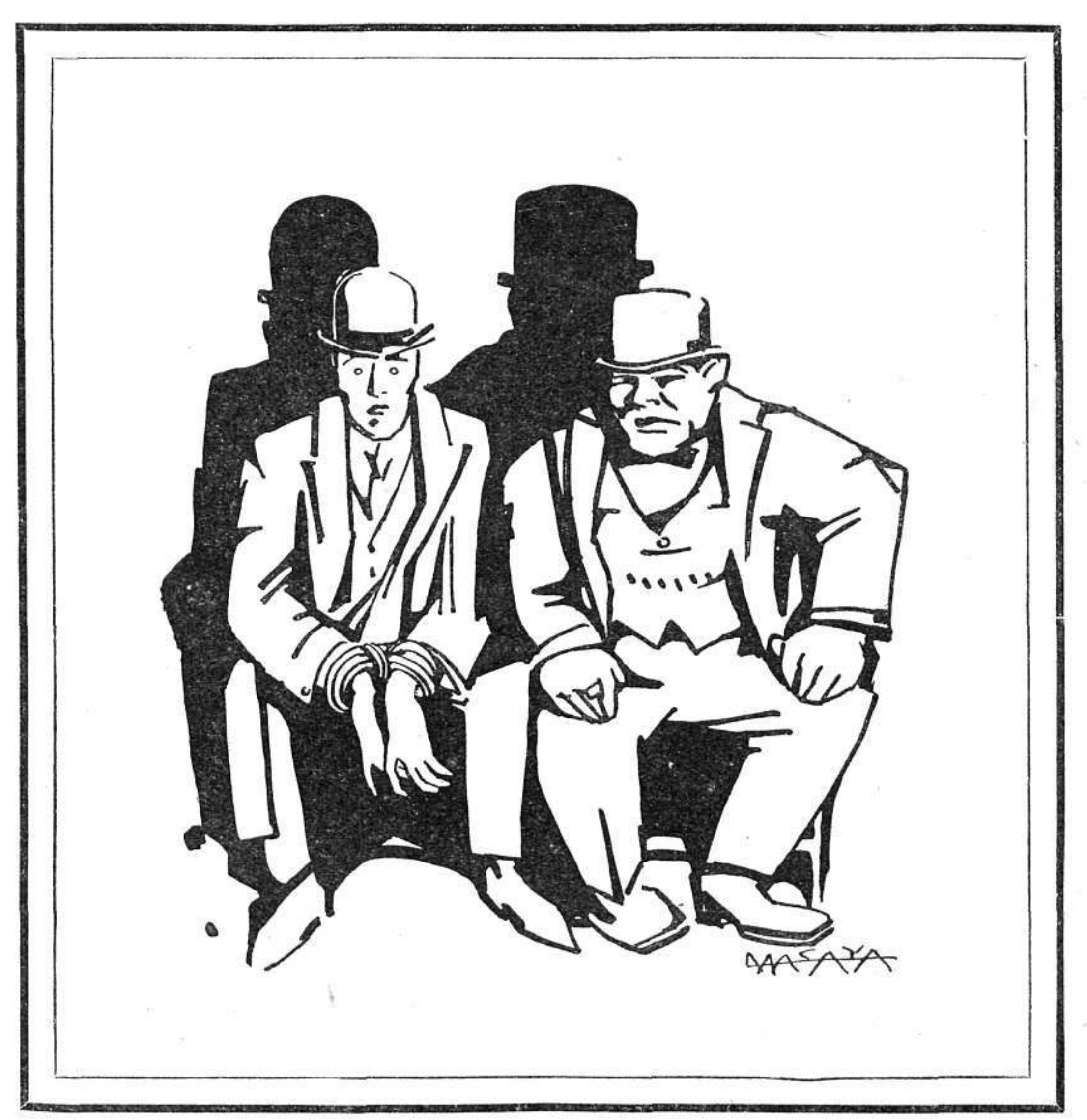
Al cabo de tres meses se aburrió de tener un loco en su casa, porque, en efecto, creía estar en la suya. El perenne desatinar de Francisco y su manía de pedir la mano de Clara pareciéronle un azote intolerable; resolvió encerrar al enfermo en casa del doctor Auvray. "Después de todo — se decía, — mi sobrino estará mejor cuidado y yo más tranquilo. La ciencia reconoce que es bueno cambiar de ambiente a los locos para distraerlos; cumplo con mi deber".

Con ese pensamiento se había dormido, cuando a Francisco se le ocurrió atarle las manos. ¡Qué despertar!

III

EL doctor entró pidiendo perdón por la tardanza. Francisco se puso en pie, dejó el libro en la mesa y expuso el caso con extremada volubilidad, paseándose a grandes trancos.

—Señor — dijo, — vengo a poner bajo su custodia de mi tío materno, hombre, como usted ve, de cuarenta y cinco a cincuenta años, endurecido por el trabajo manual y las privaciones de la vida laboriosa; por lo demás, nacido de padres sanos, en una familia donde no se registra ningún caso de enajenación mental. No tendrá usted, pues, que combatir una enfermedad hereditaria. Padece una de las monomanías más curiosas que habrá usted visto en su vida; pasa con rapidez increíble de una jovialidad extrema a una extrema tristeza; es una mezcla singular de monomanía propiamente dicha y de melancolía.



—¿No ha perdido por completo la razón?

—No, señor; no es un demente; sólo desbarra acerca de su tema; pertenece por completo a su especialidad de usted.

—¿Qué carácter tiene su enfermedad?

—¡Ay! El carácter de nuestro siglo, señor: el ansia de riquezas. El pobre enfermo es muy de su tiempo. Aunque lleva trabajando toda su vida, no tiene fortuna. Mi padre, que empezó como él, me ha dejado en buena posición. Mi querido tío comenzó por estar envidiosillo; después se le ocurrió que por ser mi único pariente sería mi heredero en caso de muerte, o mi tutor en caso de locura, y como un espíritu débil toma fácilmente sus deseos por realidades, el infeliz está convencido de que tengo perdida la cabeza. Se lo ha dicho a todo el mundo, y a usted también se lo dirá. En el coche, aunque le traía con las manos atadas, creía que era él quien me conducía a casa de usted.

—¿Cuándo tuvo el primer acceso?

—Hace unos tres meses. Bajó a la portería y le dijo al portero, con aire de espanto: "Manuel, usted tiene una hija... Déjela en la portería y ayúdeme usted: voy a atar a mi sobrino".

—¿Se da cuenta de su estado? ¿Sabe que está enfermo?

—No, señor, y creo que eso es buena señal. Le diré a usted además que sufre trastornos notables en las funciones de la vida de nutrición. Ha perdido el apetito por completo y padece largos insomnios.

—Tanto mejor. Un loco que duerme y come regularmente es casi incurable. Permítame usted que le despierte.

El doctor sacudió suavemente por el hombro al dormido, que se puso de pie. Su primer movimiento fué restregarse los ojos. Cuando se vió con las dos manos atadas adivinó lo sucedido durante su sueño y soltó una carcajada.

—¡Vaya una bromita! — exclamó.

Francisco se llevó aparte al doctor:

—¡Ya lo ve usted! Pues bien, antes de cinco minutos se pondrá furioso.

—Déjeme usted a mí. Sé cómo hay que tratarlos.

Se dirigió después al enfermo, sonriéndole como a un niño a quien se quiere divertir, y le dijo:

—Amigo mío, se ha despertado usted pronto. ¿Ha soñado usted cosas agradables?

—¿Yo? ¡Yo no he soñado! Me río al verme

atado como un fardo. Cualquiera diría que el loco soy yo.

—¡Ya! — dijo Francisco.

—Hágame el favor de desatarme, doctor; me explicaré mejor estando libre.

—Hijo mío, voy a desatarle a usted; pero, ¿me promete usted tener formalidad?

—Pero, ¡cómo, señor! ¿De verdad me toma usted por loco?

—No, amigo mío; pero está usted un poco enfermo. Le cuidaremos a usted y le curaremos. ¡Ea! Ya tiene usted las manos libres, pero no abuse.

—¿Qué diablos cree usted que voy a hacer con ellas? Le traía a usted a mi sobrino...

—Bien — dijo el doctor. — En seguida hablaremos de eso. Le he encontrado a usted durmiendo. ¿Le ocurre a usted con frecuencia dormirse por el día?

—¡Nunca! Ha sido este libro estúpido...

—¡Oh, oh! — exclamó el doctor. — El caso es grave. ¿De manera que usted cree que su sobrino está loco?

—De atar, señor; la prueba es que he tenido que atarle las manos con esta cuerda.

—¡Pero si era usted quien tenía atadas las manos! ¿No se acuerda usted de que acabo de desatárselas?

—Era yo, y era él. Permítame usted que le explique lo sucedido.

—¡Chitón! Amigo mío, se excita usted mucho, está usted muy sofocado; no quiero que se fatigue de ese modo. Limítase usted a contestar a mis preguntas. ¿Dice usted que su sobrino está enfermo?

—¡Loco, loco, loco!

—¿Y usted se alegra de verle loco?

—¿Yo?

—Responda francamente. No quiere usted que le cure, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Para que su fortuna vaya a manos de usted. ¿Quiere usted ser rico? ¿Le contraría haber trabajado tanto tiempo sin hacer fortuna? ¿Piensa usted que le ha llegado la vez?

Morlot no contestó. Tenía los ojos clavados en el suelo. Preguntábase si no sería todo una pesadilla, y trataba de discernir lo que hubiese de verdad en aquel enredo de las manos atadas, en el interrogatorio y en las preguntas del desconocido que leía en su conciencia como en un libro abierto.

—¿Oye voces? — preguntó el doctor.

El pobre tío sintió erizársele el cabello. Recordó aquella voz que le hablaba con obstinación al oído, y respondió, maquinalmente:

—Algunas veces.

—¡Ah! Es un alucinado.

—¡No, no! ¡Yo no estoy enfermo! Déjeme usted salir; aquí voy a perder la cabeza. Pregunte a todos mis amigos, y le dirán que siempre he tenido muy buen sentido. Tómeme usted el pulso, ya verá que no tengo fiebre

—¡Pobre tío! — dijo Francisco. — Ignora que la locura es un delirio sin fiebre.

—Señor — añadió el doctor, — si consiguiéramos que nuestros enfermos tuvieran fiebre, curaríamos a todos.

Morlot se arrojó en una butaca. Su sobrino continuaba midiendo a paso vivo el despacho del doctor.

—Señor — dijo Francisco, — lamento profundamente la desgracia de mi tío, pero me sirve de mucho consuelo ponerle en manos de un hombre como usted. He leído su admirable libro sobre la "Monomanía razonadora"; es lo más notable que en su género se ha escrito desde el "Tratado de las enfermedades mentales" del gran Esquirol. Hace unos días almorcé en la sala de guardia de la Salpêtrière con los internos. Tengo allí un compañero de colegio a quien quizás conozca usted; se llama Ravin.

—He oído hablar de él; dicen que es un médico de gran porvenir.

—Todos aquellos señores me aseguraron que si hay alguien capaz de curar a mi tío es usted. Sé además que trata usted a los enfermos paternalmente, y no le haré a usted la ofensa de recomendarle a mi tío. En cuanto al precio de su pensión, me atengo a lo que usted resuelva.

Sacó de la cartera un billete de mil francos, y poniéndolo encima de la chimenea, añadió:

—Tendré el honor de volver por aquí la semana que viene. ¿A qué horas se puede visitar a los enfermos?

—De doce a dos. Yo estoy siempre aquí.

—¡Deténgale usted! — gritó Morlot. — ¡No le deje usted marcharse! El loco es él; yo le explicaré a usted su locura.

—Calma, querido tío — dijo Francisco al retirarse. — Le dejo a usted en manos del doctor Auvray, que le cuidará muy bien.

Morlot quiso echar a correr detrás de su sobrino; el doctor le contuvo.

—¡Qué fatalidad! — exclamaba el pobre tío. — Se va sin decir ninguna tontería. Si desbarrase siquiera un poco, ya vería usted que el loco no soy yo.

Francisco empuñaba el picaporte, volvió sobre sus pasos como si hubiera olvidado algo; se fué derecho al doctor y le dijo:

—Señor: la enfermedad de mi tío no es el único motivo que me trae aquí.

—¡Ah, ah! — murmuró Morlot, que vió lucir un rayo de esperanza.

El joven prosiguió:

—Usted tiene una hija.

—¡Al fin! — gritó el pobre tío. Doctor, usted es testigo de que ha dicho: "Usted tiene una hija".

El doctor respondió a Francisco:

—Sí, señor; explíqueme usted...

—Usted tiene una hija, la señorita Clara Auvray.

—¡Ya cayó, ya cayó! — repetía Morlot. — ¡Cuando yo le decía a usted!

—Sí, señor — dijo el doctor.

—Hace tres meses estaba con su madre en las aguas de Ems.

—¡Bravo, bravo! — aulló Morlot.

—Sí, señor — respondió Auvray.

Morlot corrió al doctor y le dijo:

—Usted no es el médico; usted es uno de los huéspedes de la casa.

—Amigo mío — respondió el doctor, — si no se está usted quieto, le daremos una ducha.

Morlot retrocedió de espanto. Su sobrino prosiguió:

—Señor: estoy enamorado de su hija de usted, con alguna esperanza de ser correspondido, y con tal de que sus sentimientos no hayan variado desde el mes de septiembre, tengo el honor de pedirle a usted la mano de su hija.

El doctor respondió:

—Entonces, ¿es con Francisco Tomás con quien tengo el honor de hablar?

—El mismo, sí, señor; debía haber empezado por decirle a usted mi nombre.

—Permítame usted que le diga, señor mío, que se hace usted esperar mucho tiempo.

En aquel momento, Morlot, que se frotaba las manos con furia, atrajo la atención del doctor.

—¿Qué tiene usted, amigo mío? — le preguntó con su voz dulce y paternal.

—Nada, nada; me froto las manos.

—¿Y para qué?

—Tengo aquí una cosa que me molesta.

—¿A ver? No tiene usted nada.

—¿No lo ve usted? Ahí, ahí, entre los dedos. ¡Yo bien lo veo!

—¿Qué ve usted?

—La fortuna de mi sobrino. ¡Quítela de ahí, doctor! Yo soy un hombre honrado; no quiero nada de nadie.

Mientras el doctor escuchaba atentamente las primeras divagaciones de Morlot, un trastorno singular se operaba en la persona de Francisco; se ponía pálido, tiritaba dando diente con diente con violencia. El doctor se volvió hacia él para preguntarle qué sentía.

—Nada — respondió. — Ya viene, la siento; es la alegría... Pero me abruma. La felicidad cae sobre mí como si fuese nieve. El invierno será riguroso para los amantes. Doctor, haga el favor de ver lo que tengo en la cabeza.

Morlot se precipitó hacia él, gritando:

—¡Basta! No desbarres más. No quiero que estés loco. Dirían que yo te había robado la razón. Soy honrado, doctor: míreme las manos, regístreme los bolsillos; que vayan a mi casa, calle de Charonne, en el barrio de San Antonio, y que abran todos los cajones; ya verá usted cómo no tengo nada de nadie.

El doctor se veía muy apurado entre los dos enfermos, cuando se abrió una puerta y entró Clara para decir a su padre que el almuerzo estaba en la mesa.

Francisco se levantó como movido por un resorte; pero sola su voluntad corrió al encuentro de Clara. Su cuerpo cayó pesadamente en la butaca. Apenas pudo balbucir unas palabras:

—¡Clara! ¡Soy yo! ¡Te quiero! ¿Quieres tú?...

Se pasó la mano por la frente. Su pálido rostro se tiñó de rojo vivo. Sus sienes latieron con fuerza; sentía debajo de las cejas una compresión violenta. Clara, más muerta que viva, se apoderó de sus manos; tenía la piel seca y el pulso tan duro que la pobre muchacha se espantó. No era así cómo esperaba volver a verle. A los pocos minutos un tinte anaranjado se extendió en torno de las alas de la nariz de Francisco; las náuseas no tardaron en presentarse, y el doctor reconoció todos los síntomas de una fiebre biliosa.

—Es una desgracia que esta fiebre no le haya dado a su tío; le habría curado.

Llamó; acudió la criada, y después la mujer del doctor. Francisco apenas la reconoció: tan abatido estaba. Tuvieron que acostar al enfermo sin tardanza. Clara ofreció su alcoba y su cama. Era una preciosa camita de colegiala, con cortinas blancas; la habitación era muy linda, de púdica elegancia, guarnecida de percal rosa, y con flores campestres en vasos de porcelana azulada. Sobre la chimenea veíase un jarrón de ónix: era el único regalo que Clara había recibido de su novio. Si enfermas de fiebre, lector amigo, te deseo una enfermería igual.

Mientras prestaban al enfermo los primeros cuidados, su tío, exasperado, se agitaba en el cuarto, besando al enfermo, apoderándose de la mano de la mujer de Auvray, y gritando con voz estentórea:

—¡Sálvele pronto, pronto! ¡No quiero que se muera! Me opondré a su muerte, en uso de mi derecho: soy su tío y tutor. Si no le cura usted, dirán que yo le he matado. Ustedes son testigos de que yo no reclamo su herencia. Cedo todos sus bienes a los pobres. Un vaso de agua, por favor, para lavarme las manos.

Le trasladaron a la casa de salud. Allí se excitó de tal modo que tuvieron que ponerle una veste de lienzo fuerte que se cierra por la espalda y cuyas mangas tienen la boca cosida: lo que se llama una camisa de fuerza. Los enfermeros se encargaron de él.

La mujer del doctor y su hija cuidaron a Francisco con amor, aunque los detalles del tratamiento no fuesen siempre agradables; pero el sexo débil se complace en el heroísmo. Me diréis que aquellas dos mujeres veían en el enfermo un yerno y un marido; pero creo que aunque hubiese sido un extraño no habría perdido apenas nada. San Vicente de Paúl no inventó más que un uniforme, porque en toda mujer, de cualquiera edad y condición que sea, hay siempre la hilaza de una hermana de la Caridad.

Instaladas noche y día en aquella habitación llena de fiebre, la madre y la hija empleaban los momentos de reposo en departir juntas acerca de sus recuerdos y esperanzas. No se explicaban ni el dilatado silencio de Francisco, ni su brusco retorno, ni la ocasión que le había llevado a la casa de salud. Si amaba a Clara, ¿por qué se había hecho esperar tres meses? ¿Qué necesidad tenía de la enfermedad de su tío para entrar en casa del doctor Auvray? Si había olvidado su amor, ¿por qué no llevó a su tío a otro médico? En París los hay de sobra. ¿Se creyó quizás curado de su pasión hasta el momento en que la presencia de Clara lo desengañó? Pero no, pues antes de verla había pedido su mano.

A todas estas preguntas fué respondiendo Francisco en su delirio. Clara, inclinada sobre sus labios, recogía con avidez sus palabras, comentándolas con su madre y con el doctor, que no tardó en entrever la verdad. Para un hombre acostumbrado a desembrollar las ideas más confusas y a leer en el alma de los locos como en un libro medio borrado, las quimeras de un calenturiento son un lenguaje inteligible, y su delirio, por intrincado que sea, no carece por completo de sentido. Supieron, pues, que había perdido la razón y las circunstancias del caso; y hasta averiguaron cómo había sido causa inocente de la enfermedad de su tío.

Entonces empezó a sentir Clara Auvray nuevos temores. Francisco había estado loco. La terrible crisis que sin querer había provocado ella, ¿bastaría para curar al enfermo? El doctor aseguraba que con la fiebre hacía crisis la locura; sin embargo, no hay regla sin excepción, sobre todo en medicina. Suponiendo que curase, ¿no serían de temer las recaídas? ¿Consentiría el doctor casar a su hija con un cliente suyo?

—Lo que es yo — decía Clara, sonriendo tristemente, — nada temo; yo correría el riesgo. He sido la causa de todas sus desgracias: estoy obligada a consolarle; después de todo, su locura se reducía a pedir mi mano. Casándome con él, ya no tendrá nada que pedir; por tanto, no tendremos que temer. El pobre muchacho estaba enfermo por exceso de amor. Cúrale bien, padre querido, pero no le cu-

res demasiado. Que le quede locura bastante para quererme como yo lo quiero.

—Allá veremos — respondió el doctor; — espera a que pase la fiebre. Si está avergonzado y pesaroso de su enfermedad, si le veo triste y melancólico después de curado, no respondo de nada. Si, por el contrario, se acuerda de su enfermedad sin vergüenza y sin pena, si habla de ella con resignación, si ve sin repugnancia a las personas que le han cuidado, me río yo de las recaídas.

—¡Ay, padre mío! ¿Por qué se ha de avergonzar de haberme querido con exceso? Es una locura noble y generosa que no padecerán jamás las almas mezquinas. ¿Y cómo va a repugnarle ver a los que le han cuidado? ¡Si hemos sido nosotras!

Después de seis días de delirio, un sudor copioso le limpió la fiebre, y el enfermo entró en convalecencia. Al verse en una habitación desconocida, entre la señora y la señorita de Auvray, su primera idea fué que se encontraba aún en el hotel de las Cuatro Estaciones, en la calle Mayor de Ems. Su debilidad, su demacración, la presencia del médico variaron el curso de sus pensamientos; recordó, pero vagamente. El doctor acudió en su ayuda. Le fué diciendo la verdad con prudencia, como se tasa el alimento a un cuerpo debilitado por la dieta. Francisco empezó por escuchar su historia como una novela en la que no desempeñaba papel alguno. Era un hombre distinto, un hombre enteramente nuevo, y salía de la fiebre como del sepulcro.

Poco a poco se colmaron las lagunas de su memoria. Su cerebro tenía muchas celdillas vacías, que se llenaron una a una, sin sobresaltos. No tardó en ser dueño de su espíritu, y recuperó la posesión del pasado. Esta cura fué una obra de ciencia, y sobre todo de paciencia. En ella fué muy de admirar la solicitud paternal del doctor Auvray. Este hombre excelente tenía el don de la dulzura. El 25 de diciembre, Francisco, sentado en la cama, con un caldo de gallina y la mitad de una yema de huevo por todo lastre, contó sin interrupciones, sin turbarse, sin divagar, sin vergüenza, sin pesar, sin más emoción que una alegría tranquila, la historia de los tres últimos meses. El doctor parecía tomar notas o escribir al dictado, pero dejaba caer en el papel algo que no era tinta.

Al terminar el relato, el convaleciente añadió, en forma de conclusión: "Hoy, 25 de diciembre, a las tres de la tarde, me dirijo a mi excelente médico y muy amado padre, el doctor Auvray, de quien ya no olvidaré la calle ni el número, y le digo: señor, tiene usted una hija, Clara Auvray, a quien he visto el verano pasado en las aguas de Ems, con su madre; la quiero, y tengo muchas pruebas de que también me quiere; si no teme usted que recaiga en mi enfermedad, tengo el honor de pedirle a usted su mano".

El doctor no hizo más que una ligera señal con la cabeza, pero Clara rodeó con sus brazos el cuello del enfermo y le besó en la frente. No deseo para mí otra respuesta cuando haga la misma petición.

El mismo día, Morlot, más tranquilo y libre de la camisa de fuerza, se levantó a las ocho de la mañana. Al saltar de la cama, tomó las zapatillas, las miró y remiró, las sondeó y se las entregó al enfermero, rogándole que viese si no tenían dentro treinta mil francos de renta. Sólo entonces se decidió a calzarse. Estuvo peinándose más de media hora, y repetía: "No quiero que digan que la fortuna de mi sobrino ha venido a mi cabeza". Sacudió en la ventana todas sus prendas de vestir, después de registrarlas hasta el último doblez. Ya vestido, pidió un lápiz y escribió en las paredes de su cuarto: "No codiciar los bienes ajenos". Después comenzó a restregarse las manos con increíble rapidez, para convencerse de que no llevaba la fortuna de Francisco pegada a ellas. Se raspó los dedos con el lápiz, contándolos desde el primero hasta el décimo: tanto miedo tenía de perder alguno. El doctor Auvray le hizo la visita cotidiana; creyó ver al juez de instrucción, y pidió con empeño que le registraran. El doctor se dió a conocer, y le dijo que Francisco estaba curado. El pobre hombre preguntó si había parecido el dinero. "Puesto que mi sobrino va a salir de aquí, necesita su dinero. ¿Dónde está? Yo no lo tengo. ¡A no ser que esté en mi cama!" Y volcó la cama con tanta presteza que no hubo tiempo de impedírselo. El doctor, al marcharse, le estrechó la mano. Estuvo frotándose la mano con minucioso cuidado. Trajéronle el almuerzo. Comenzó por explorar la servilleta, el vaso, el cuchillo, el plato, repitiendo que no quería comerse la fortuna de su sobrino. Terminada la comida, se lavó las manos con mucha agua. "El tenedor era de plata — dijo. — No se me haya pegado algo a las manos".

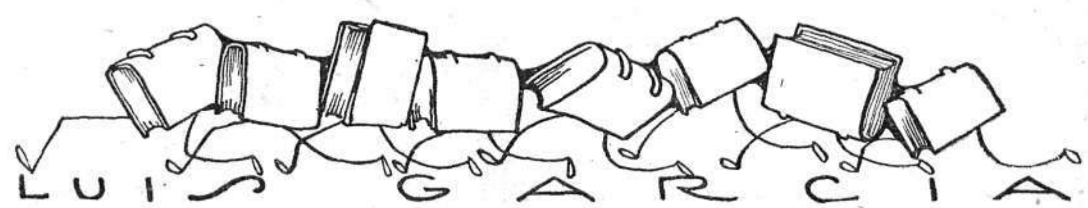
El doctor Auvray no ha perdido la esperanza de curarle, pero se necesitará mucho tiempo. Los médicos curan la locura principalmente en verano y en otoño.



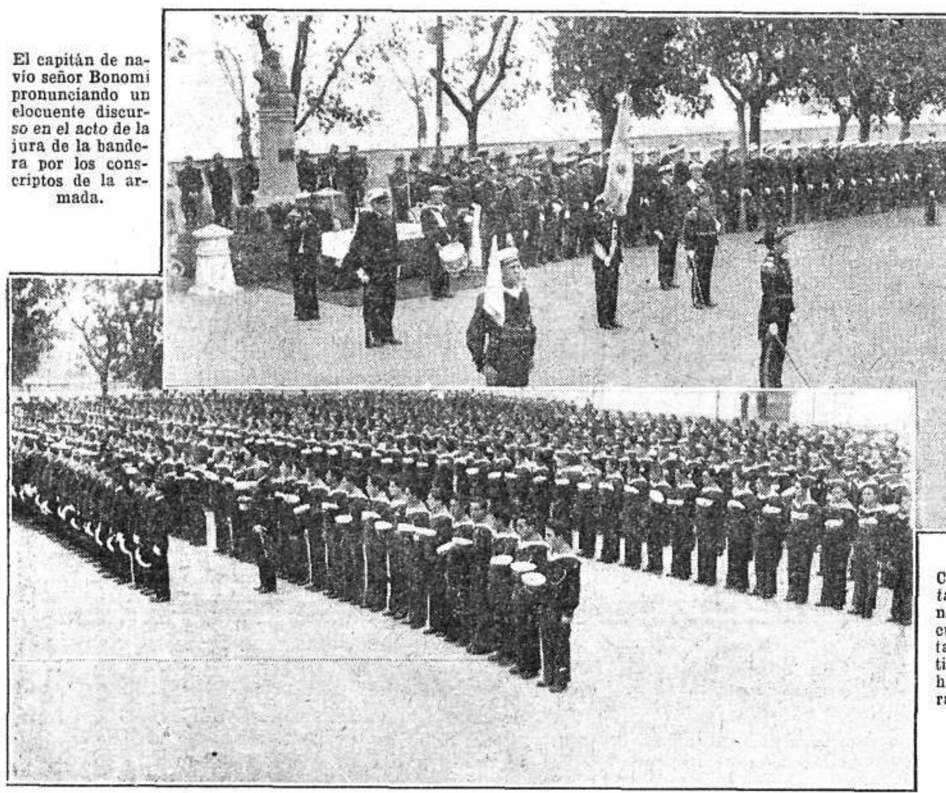


EL ERUDITO DESBOCADO

— ¡En las narices bróteles
un grano, y que recurran a Aristóteles.
¡Y que el grano les pique,
y que les mortifique,
y les haga rezar a Santa Rita!
De esta manera dice don Enrique,
persona respetable y erudita.
Y sigue don Enrique dando gritos
contra los eruditos:
— Les impongo silencio
y me siguen hablando de Terencio,
con toda impertinencia, los malditos.
¿En vez de hablar del tiempo, les estafo
hablándoles de Safo?
¡Me han querido negar que Epaminondas
entendía de blondas!
¡Osados ignorantes,
cuyo cerebro apolillado y sucio
haría que Confucio
los tratara de necios y pedantes.
¿No he sido yo el primero
que demostró que Homero
dijo que se humedece el que transpira
y manejó el plumero
lo mismo que la lira?
¿No probé que Holofernes
se bañaba los viernes?
¡Y no afirman los zotes que es mentira!
Me ocupé de Pitágoras,
el gran descubridor de las mandrágoras;
me ocupé de los gépidos,
que eran hombres intrépidos,
y me ocupé, por fin, de Sardanápalo,
quien, al ver un ladrón, gritaba: «¡Atrápalo!»
¡Y me lo han rebatido! Me espeluzno
de horror al escuchar tanto rebuzno.
Eruditos de pega,
recordad a Platón, Lope de Vega,
Cadmo, Sesostris, Píndaro,
Daudet, Vitrubio, Arriano,
Li-Hung-Chang, Arias Montano
y Rampolla del Tíndaro.
¡Sabed que tan notable y sabia gente
pensó lo que yo pienso exactamente!
Yo puse en claro un día que Pompeyo
era un disparatado leguleyo;
que al inefable Ulises
le gustaban muy poco los manises,
y que, en cambio, a Esculapio
le entusiasmaba el apio.
¿Quién descubrió que Jerjes
tenía un miedo atroz a los conserjes?
¿Quién descubrió que Ícaro
era un solemne pícaro?
¿Y quién descubrió, en suma, que Petronio
usaba unas espuelas de antimonio?
Yo averigüé como formó Averroes
una orquesta de oboes
y cómo una sobrina de Minerva,
ponía los mariscos en conserva.
¡Y me rebaten todo lo que escribo!
¡Cuánta perversidad! ¡No lo concibo!
¿Quién refutó lo que afirmé de Aníbal?
Un odioso rival que es un caníbal.
¿Quién censuró el ensayo en que demuestro
que se debe a Demócrito el secuestro
de la mujer que se llamó Demócrita?
Otro odioso rival que es un hipócrita.
¡Qué más da! A los que estudian a Calipso
y nadie iba a eclipsar ¡yo los eclipso!



DIBUJOS DE MACAYA



El capitán de navío señor Bonomi pronunciando un elocuente discurso en el acto de la jura de la bandera por los conscriptos de la armada.

Conscriptos cantando el *Himno nacional* en la Escuela Naval Militar de Río Santiago, después de haber hecho el juramento de práctica.



TODOS LOS

hombres de verdadera ciencia están conformes en asegurar que para prolongar la vida y mantener las energías vitales en todo su apogeo es indispensable, en primer término, cuidar la salud de la sangre y de los nervios.

IPERBIOTINA

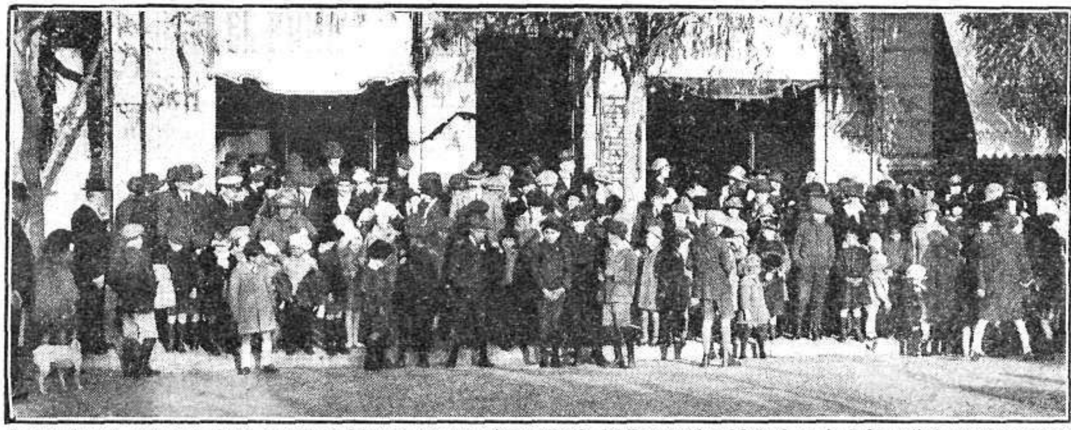
MALESCI

es el remedio generalmente adoptado para estos casos. Es el gran tónico nervino y purificador de la sangre, que no contiene materias minerales.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: **M. C. de MONACO** VIAMONTE, 871 Buenos Aires



Caracterizados miembros de la colectividad inglesa con sus niños saliendo del Teatro Cine Odeón después de la matinée conmemorativa del "Empire Day".

LAS TEORÍAS DE HENRY FORD

Ford, el hombre más rico del mundo, ha rehusado sistemáticamente contribuir al fomento de las empresas filantrópicas del país. ¿Va a llevar su sistema hasta la tumba? ¿Va a romper el precedente fijado por casi todos los millonarios norteamericanos que han dejado y dejan buena parte de su fortuna para propósitos filantrópicos?

Ford, según lo ha declarado por intermedio del periodista que lo entrevistó, no va a distribuir sus millones, ni parte de ellos, en empresas de caridad, ni religiosas, ni educativas, ni científicas, al estilo ortodoxo. Va a hacer que sus millones sigan trabajando después de su muerte como han estado y están trabajando durante su vida.

—Yo invierto mi dinero en los hombres, dice Ford. Esta es mi práctica del pasado y del presente y lo será del futuro. Yo no gasto en mí y en mi familia sino lo indispensable. Todas mis utilidades se invierten en el negocio. No soy partidario de dar cosas a la gente, sino de hacer que la gente se las procure.

—Todo obrero de mis fábricas, agregó Ford, puede depositar su dinero en nuestros bancos y ganar el doce por ciento de interés, privilegio que sólo tienen esos obreros. De esa manera y de varias otras son accionistas en las fábricas en que trabajan.

Ford paga a ciento cincuenta mil hombres seis dólares al día. Cinco mil de ellos llegan todas las semanas a su trabajo en su propio automóvil, y Ford espera ver el día en que los ciento cincuenta mil posean automovil y vivan una vida independiente.

La teoría de Ford es ayudar a que los hombres sepan ayudarse.



La tos arruina un viaje

Vaya un programa el de pasarse el tiempo tosiendo, en vez de leer o mirar descansadamente fumando un cigarrillo.

Vd. no corre ese riesgo, porque sabe que llevando una caja de

Pastillas iodeína Montagu

la tos no lo fastidiará. Es tan activo este remedio que el cosquilleo de garganta tan frecuente en los fumadores resfriados desaparece a los pocos momentos de estar usándolo. Impunemente sigue fumando, sin molestia, porque antes de dormir tiene buen cuidado de ponerse una pastilla en la boca y duerme tranquilo.

Es un gran remedio para la tos ya sea de garganta o bronquios.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo
SARMIENTO y FLORIDA
Buenos Aires



De Bahía Blanca

Distinguidas familias de esta localidad que concurrieron al te de despedida con que fueron obsequiados los esposos Hardin Green en el Hotel Atlántico, y donde se pusieron de manifiesto las grandes simpatías que se han captado durante su estada en esta ciudad.

BOTANICA *de* ENSUEÑO

Esto pasó en la Ciudad de los Sueños, hacia la parte de las afueras donde, encerrado en un seto de boj y de evónimo, se extiende el más florido jardín.

MIRTO

Me quedé mirando el mirto, el lindo mirto de tronco plural que sube en guías delgadas y grises. ¡Qué prodigio de follaje alegre! A su amparo, entre los pastos, no cesaba de frotar la cigarra su insistente nota.

Dijo una novia:

— Yo fuí mirto, no sé cuando...

Dijo el amante:

— Y yo cigarra, a tu sombra...

ANÉMONAS

Como gorjeaba un pájaro, ella aventuró:

— Yo entiendo el idioma de los gorjeos...

Y él quiso saber.

— ¿Qué dice, pues, gorjeando ese pájaro?...

Y explicó ella:

— Oye lo que dice. Dice: «Resolvedme esta dificultad. Quisiera comprender mejor la botánica. Vi la planta de la anémona blanca y la planta de la anémona rosada. Os juro que son iguales. Os juro que como es la una es la otra. ¿Por qué entonces la una da anémonas blancas y la otra anémonas rosas?... Flores distintas de plantas iguales. No entiendo nada». Así dice.

— Contestémosle algo — propuso él.

— ¿Qué cosa?

— Por ejemplo: Lo mismo pasa con las almas y con los destinos.

ARRAYÁN

Pasé junto al arrayán, incensario de los jardines. Tanta fronda lo cubría que sus tallos no se podían ver. Y estaba velado de flores blancas, ebrias de perfume.

Cada mariposa proponía su dictamen:

— Sus florecillas se parecen a copos de algodón...

— Son como una nieve fragante...

— Son como una espuma olorosa...

Yo escribí mi parecer, allí cerca, sobre la arena:

— ¡Quién encaneciera como el arrayán!...

Los caminantes borraron pronto mis palabras. ¡Ya lo sabía! El hombre no quiere encanecer así.

EL PÁJARO Y LA ROSA

Qué decía aquel pájaro?

Decía: — Me acuerdo de haber sido rosa.

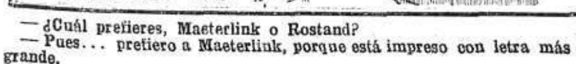
Y aquella rosa, ¿qué pensaba?

Pensaba: — Me acuerdo de haber sido pájaro.

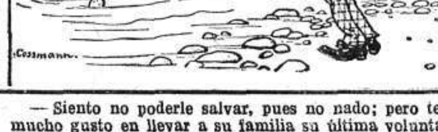
Y la tarde, con esto, se llenó de paz.

ARTURO CAPDEVILA





— ¿Cuál prefieres, Maeterlink o Rostand?
— Pues... prefiero a Maeterlink, porque está impreso con letra más grande.



— Siento no poderle salvar, pues no nado; pero tendré mucho gusto en llevar a su familia su última voluntad.



Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio, **500** $ m/n y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de CARAS Y CARETAS. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.


Quien sabe...
Ese polvo blanco que le dan a Ud. en una papeleta, o en una oblea, o en una cápsula cuando pide "un remedio para el dolor de cabeza," ¿es bueno o malo; fresco o pasado? ¡Quien sabe . . . ! ¿Lo aliviará pronto o no le dará alivio alguno? ¡Quien sabe! Es inofensivo o le hara daño para el corazón? ¡Quien sabe! Lo único que Ud. sabe es que paga su dinero e ingiere la droga. Lo demás es duda. En cambio, si pide Ud. CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) sabe con certeza que recibe el remedio considerado hoy por los mejores médicos del mundo como el más digno de confianza para aliviar cualquier dolor y cortar cualquier resfriado. No solo es mucho más rápido que la simple aspirina, sino que regulariza la circulación de la sangre, estimula el sistema nervioso y es completamente inofensivo para el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS BAYER de una dosis.
Este es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"
Limpio
Cómodo
BAYER
Higiénico
Seguro
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina con Cafeína
CAFIASPIRINA
BAYER

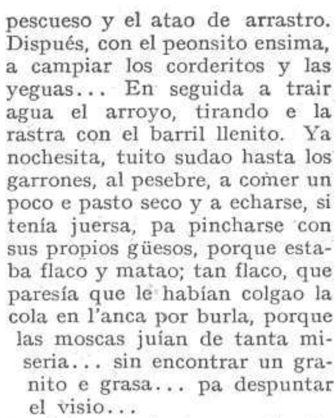
Escuela complementaria N.° 54

Ceremonia patriótica realizada en esta escuela, y alumnos que tomaron parte en ella.— En ángulo: el director, señor Amadeo Allocati, pronunciando un discurso.



Parte de la concurrencia que asistió al acto y delegados del comité nacional de la Juventud de San Juan Evangelista.





El comisariato del viejo Quilques

Güeno, comisario — dijo el viejo Quilques, con manifiesta contrariedad, — usté tiene la culpa de que yo me haiga quedao en el pago... al cuhete, si vamos a ver, porque ¿qué hago aquí yo, entre tanta gente divertida y barullenta? Lo qui hase el sause llorón a la orilla el arroyo· servir de juguete a la correntada...

— En primer lugar — contestó el aludido, — no he sido yo el que lo ha hecho quedar, sino las muchachas... y en segundo, que usté no ha nasido pa llorar, ni está plantao en la orilla el agua como ese arbolito, sino que se mueve y corre como el río en tiempo e cresiente, porque usté, viejo, siempre es joven; es la alegría del campo que salta y se redama por tuitas partes... la alegría nuestra, y por su capricho no íbamos a renunsiar, ansina nomás, al gran honor de su presensia, al güen humor con que la divina providensia nos ha osequiao en su persona...

— A más — interrumpió el juez — usté no puede llevarnos lo que nos pertenese de derecho... derecho alquirido de posesión y usufruto continuao...

— Por lo que voy coligiendo — respondió el viejo — estoy como secuestrao en manos del comisario y el juez y eso es una albitrariedá...

— Eso no — replicó el pulpero — porque usté tiene libertá pa tuito menos pa dirse.

— Sí, ya sé; puedo comer, beber y caminar hasta ande me alcanse el maniador, porque estoy atao a estaca lo mesmo que güey maisero...

— Pero bien cuidao — arguyó el viejo Ñacurutú — y gordaso que da gusto verlo...

— Hasta que me pase como al chancho del cuento — contestó el viejo, riéndose. — ¡Es un lindo destino pa un hombre que ha sabido luchar como el mejor y que nunca ha sido esclavo de naide...

— A ver — preguntó el comisario, — ¿cómo es el cuento ese?...

— Es viejo — dijo Quilques — pero viene bien al caso...

Disen que una ves había un chancho que vivía, tabla por medio, en compañía del petiso e los mandaos... El pobre petiso, es claro, no hasía más que trabajar tuito el día. Apenas empesaba a amaneser... ajuera el pesebre. Montao en pelos no más, a la pulpería. Güelto e la pulpería, a acarriar leña, sincha y sincha con la guasca al pescueso y el atao de arrastro. Dispués, con el peonsito ensima, a campiar los corderitos y las yeguas... En seguida a trair agua el arroyo, tirando e la rastra con el barril llenito. Ya nochesita, tuito sudao hasta los garrones, al pesebre, a comer un poco e pasto seco y a echarse, si tenía juersa, pa pincharse con sus propios güesos, porque estaba flaco y matao; tan flaco, que paresía que le habían colgao la cola en l'anca por burla, porque las moscas juían de tanta miseria... sin encontrar un granito e grasa... pa despuntar el visio...

Güeno, cada ves que llegaba el disgrasiao petiso, se encontraba al vesino echao, comiendo, resoplando por los aujeros del hosico, de puro contento y siempre más gordo y más resongon, como si juera el patrón de la casa.

— Oiga, amigo — le dijo en una ocasión el petiso, — parese que usté ha venido a este mundo pa comer solamente... Siempre echao y siempre con la trompa en la batea. En esta casa creo que la ley no es pareja, porque yo, ya me ve, amigaso: me estoy poniendo enteco de tan poco tragar, mientras usté se regala e lo lindo, con güen máis y afrecho y sopa e pambaso, que da envidia a mi pansa, llena... e viento, como pellejo e gaita.

— Es que yo — respondió el chancho, gruñendo — soy un manate, dino e la más alta considerasión y respeto. — Tuitos me cuidan...

— Sí, ya sé — dijo el petiso — que hasta la niña e la casa le pasa la mano pú el lomo como hase con su más querida prenda, que también ha simpatisao de usté, igual que si ya juese miembro e la familia...

— Tuitos me quieren mucho porque soy el niño mimao e la estansia. Los demás tienen la obligasión de atenderme. Usté mesmo me trai el agua, el máis y el afrecho e la tahona.

— ¿Y no piensa trabajar nunca, amigo?

— ¿Pa qué? Eso de trabajar tá güeno pa los demás animales, que son más animales que yo. El mundo es ansina, y naide pasa mejor vida que los chanchos.

— Güeno — agregó el petiso; — ¿sabe lo que yo pienso de tuitas estas cosas?...

— ¿Pensar? — interrumpió el vesino, echándose de costao en el barro. — No sé lo que es eso, y aunque lo supiese no me podría ocupar del asunto por falta e tiempo.

— Ta bien — siguió disiendo el petiso, mientras





niraba al chancho con cara como de risa, — hase bien, aparsero, en no tomarse ese trabajo, propio de los muertos de hambre como yo, pero, francamente, estoy convensido que esto no puede acabar bien pa usté.

« A naide en el mundo se le trata del modo que lo tratan a usté sin algún motivo, interés o convenensia, porque hasta la mujer más linda e la tierra hase algo, pa no entumirse, aunque su dueño l'harte de comodidades, abundansia y lujo. Crea, amigo, y se lo digo pa su gobierno, que a la corta o a la larga le va a pesar tanta haraganería y tanta merienda sin ninguna obligasión y sin más trabajo que levantarse un poco e la cama pa meter el hosico en la juente y gruñir: coche, coche, coche... que en su lengua bárbara quedrá decir: ¡me gusta!, ¡me gusta!, ¡me gusta!...

Ansina pasó el tiempo — continuó el viejo Quilques. — El petiso trabajando hasta cairse de cansao, y el chancho engordando hasta reventar, cuando una madrugada muy fría, hubo gran alboroto en la casa. El petiso vido poner una mesa y un banco en el patio y a los piones de la estancia que afilaban cuchillos. La negra, en la cosina, calentaba agua en tuitos los tachos, llenando la casa de humo, y los perros se relamían como si se aprontasen pa una gran comilona.

Redepente el chancho empesó a gritar, porque lo estaban maniando, aunque él pataliaba pa no dejarse. Le pusieron un medio bosal pa ahugarle los gritos y lo arrastraron, acostandoló dispués en el banco, y mientras un hombre le asujetaba las patas traseras otro le bajaba la cabesa, poniéndosela adentro de una caserola muy grande.

— Si no estoy equivocao — dijo el petiso, estirando el pescueso, — aquí no se trata de dar de comer al güen amigo sino de comérselo, porque parese que las carisias son un poco groseras, y el tratamiento, indino de una persona e categoría.

Los gritos del chancho eran tan juertes que los teru-teros empesaron a alborotarse también, en el bañao, a aullar los perros y a cacariar las gallinas.

— ¿Qué me van a haser, amigo? — preguntó el chancho al petiso, medio tartamudiando a causa del medio bosal que le apretaba las carretillas. — Defiéndame, se lo pido...

— Mire, compañero — contestó el petiso, un poco asustao, — colijo que los patrones se preparan pa aprovechar la gordura que le han hecho criar a juerza e tantos banquetes. Y consuelesé, porque, al fin y al cabo, usté pasó bien la vida y es una injusticia venir a quejarse ahura. Si juese yo, sería diferente, porque no sólo nada he ganao en los años que tengo, sino que me han tratao como a perro sin rancho: a rebencaso limpio y a tranquiar de sol a sol, como un disgrasiao sin padrino. Si no le gusta el medio bocao que le han puesto en el hosico, piense que siempre tuvo bocao entero y que en este mundo, ya se lo dije, no puede acabar bien la güena vida.

— Yo no tengo la culpa — dijo el chancho, angustiao; — ellos me daban de comer y no me dejaban haser nada...

— Hay que disconfiar, amigo, cuando el regalo es mucho y no esigen el pago... Si hubiera comido menos, estaría flaco y naide se habría animao a tocarlo, con los güesos a la vista. Yo, por mi parte, tendré en cuenta la lesión y no me quejaré más de mi suerte. Siempre saca uno algún provecho de la disgrasia ajena.



En tanto el auditorio celebraba el cuento alusivo del viejo, éste pareció reflexionar profundamente un momento. Acaso se preparaba para los comentarios, como tenía por costumbre, o porque advertía que algo más debía agregar a su pintoresco relato, cuando el comisario lo sacó de su ensimismamiento preguntándole:

— ¿Y cuál es la consecuensia que saca, viejo, de la historia que nos ha contao?

— A mí me parese — respondió Quilques — que no se presisa de mucho caletre pa comprienderla, y usté, comisario, con esa sabiduría que tuitos le alaban, ha de haber penetrao mis intensiones, que se ven de lejos, lo mesmo que camino en la pampa.

— Quiere desir — agregó el juez — que usté, aprendiendo también la lesión como el petiso e su cuento, se resiste a que lo engorden de miedo a que lo carneen...

— No se propase, cumpa — replicó el viejo, — porque esa consecuensia es falsa. Hay que salvar las comparansias y dir derechito al grano. Pero eso parece que le cuesta algo, jues, y es por falta e costumbre. Lo que yo he querido desir es que no se aviene a mi caráter este sistema e vida a que ustedes me someten, creyendo haserme un gran servisio; que no sé pasar la vida echao pansa arriba o pansa abajo lo mesmo que funsionario público o el vesino del petiso e los mandaos. Y como entuavía tengo juersa y energía pa haser lo que hase cualquiera, no estoy dispuesto a gastarme los años que me quedan, sestiando y comiendo.

— Güeno — dijo el comisario; — si no es más qu'eso, pronto va a quedar arreglao el asunto. Estoy conforme con tuito lo que ha dicho, amigo Quilques, y dende este istante le voy a dar ocupasión dina de un herue invito y un caudillo tan selebrao como usté, digo, si aseta el ofresimiento.

— Vamos a ver — respondió Quilques, un tanto receloso. — Tuito depende de la calidá del cargo.

— Ta bien — dijo el comisario, en tono solemne. — Sepan tuitos los presentes que, asumiendo la responsabilidá que me corresponde, dende este momento delego mi autoridá de comisario en el amigo Quilques. Yo no haré otra cosa que firmar los ofisios comunicando al jefe las resolusiones que él tome, pero será obedesido por el personal de la comisaría como si juese yo mesmo, a cuyo efeto impartiré las órdenes convinientes.

Y dirigiéndose a Quilques, le interrogó:

— ¿Qué tal, viejo? ¿Aseta el cargo?

— Aseto, aunque sé que me voy a ver en la nesesidá de tomar medidas muy graves pal mejor desempeño de mis junsiones...

— Tome tuitas las que quiera y que sean nesesarias. Usté ahura es el que manda. Ansina verá práticamente si un junsionario público puede pasarse la vida sestiando y comiendo, como lo acaba de afirmar...

— Ta bien — respondió el viejo poniéndose de pie en actitud arrogante, y dando a su rostro una expresión de seriedad demasiado exagerada para ser sincera. Luego, dirigiéndose al comisario, díjole:

— De juro qu'esto no es más que un simulacro pa dispués rairse de mí a sus anchas. Pero, no importa. Vamos a la comisaría.

Así lo hicieron todos los presentes.

Una vez en el despacho, el comisario volvió a repetir cuanto había dicho antes y ordenó al personal que reconociera en el viejo la



primera autoridad de la sección. Los empleados se cuadraron militarmente ante él e hiciéronle la venia de ordenanza.

Terminada la ceremonia de la transmisión del mando, dijo el viejo, dirigiéndose al comisario:

— Sírvase entregarme las armas.

Este se las entregó dócil y respetuosamente.

— Ahura dése preso.

Y en tono breve y firme, agregó:

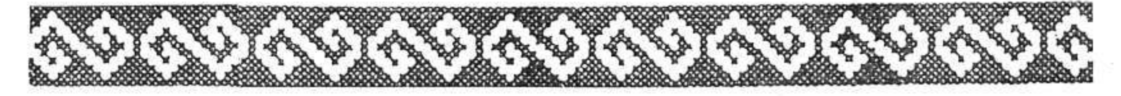
— Sargento, meta a este endevido en el sepo, y si se resiste, déle lonja sin consideración, lo mesmo qu'él hacía cuando era comisario.

Y, sentándose en el sillón, añadió con gesto de severidad:

— Hay que limpiar a la sesión de tuitos los malevos, ladrones, cuatreros y forajidos que maltratan y atemorisan al vesindario.



SANTIAGO MACIEL



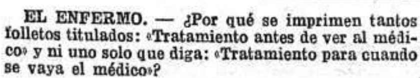


— Yo no como nunca pescado en conserva, pues vaya usted a saber cuánto tiempo ha estado en la lata.
— Es cierto... Pero yo me pregunto, viniendo aquí día tras día, cuánto tiempo ha estado en el agua.



PROFESORA. — Juanito, ¿qué es una red?
JUANITO. — Unos cuantos agujeros atados con una cuerda.





EL ENFERMO. — ¿Por qué se imprimen tantos folletos titulados: «Tratamiento antes de ver al médico» y ni uno solo que diga: «Tratamiento para cuando se vaya el médico»?



— ¿A qué título vas a hablar en el mitin contra la guerra?
— Como delegado de los obreros del arsenal...

Familias que concurrieron al gran festival artístico-danzante organizado por la Asociación "Progenie d'Italia" en conmemoración del 113.° aniversario de la Revolución de Mayo.



Asistentes al gran baile dado en el Círculo Valenciano festejando el aniversario patrio.



Corte y Confección - Repujado - Pirograbado - Los conocimientos femeninos en el hogar y la enseñanza por correspondencia.



Señorita Rosaura T. Etcheberry, de Paso de los Libres (provincia de Corrientes).



Señorita Dominga Gualdoni, de Moldes (F. C. Pacífico).

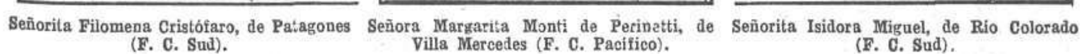


Señorita María E. Olivieri, de Villa María (provincia de Córdoba).









Señorita Filomena Cristófaro, de Patagones (F. C. Sud).

Señora Margarita Monti de Perinetti, de Villa Mercedes (F. C. Pacífico).

Señorita Isidora Miguel, de Río Colorado (F. C. Sud).

Seis alumnas que con altas notas han obtenido en breves meses el Diploma que las acredita Profesoras en Corte y Confección, estudiando y rindiendo sus exámenes por correspondencia.

En los momentos actuales que el curso de la vida parece desviar las actividades femeninas hacia horizontes modernos, resulta una obra de gran mérito la difusión de enseñanzas perfectas de todo aquello que ennoblece a la mujer en su carácter de tal, capacitándola para discernir con distinción los asuntos de su hogar, dirigir con ventaja la economía doméstica y utilizar en cualquier momento los conocimientos adquiridos como una valiosa fuente de recursos.

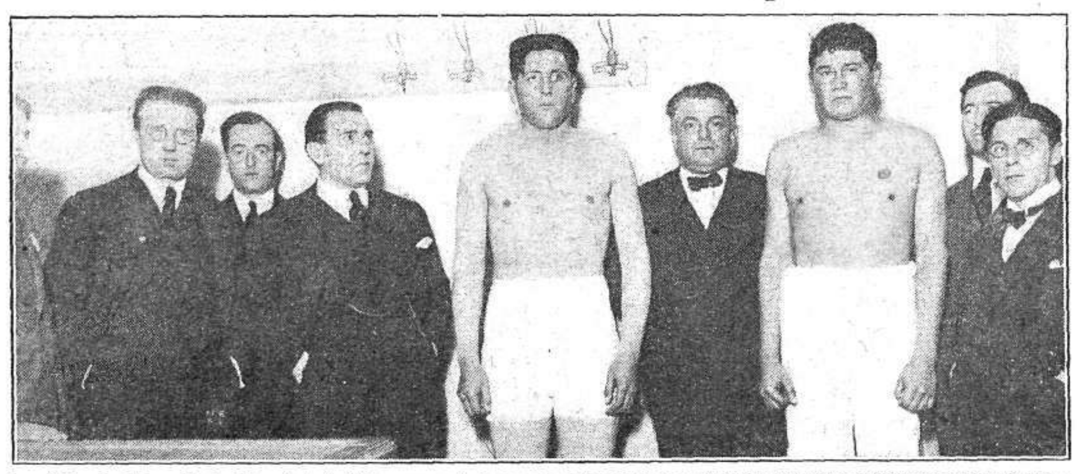
Y, con las modalidades de la época en que todo se abrevia ante el decisivo lema de «el tiempo es oro», el mérito estriba, precisamente, en que la mujer tenga el medio de fomentar estos conocimientos, que son parte de sus virtudes tradicionales, apartándose de los sistemas incómodos y largos del pasado. La enseñanza por correspondencia (siempre que se trate de sistemas reconocidos por su brevedad, sencillez y perfección), es el exponente del progreso que ha debido llegar hasta el hogar como ha llegado ya para la mayor parte de las manifestaciones humanas.

El Instituto «Corte Práctico El Profesor», calle Victoria, 4089, Buenos Aires, y Avenida Agraciada, 803, Montevideo, llena cumplidamente esta necesidad educativa, uniendo a la eficacia máxima de sus cursos la seriedad propia de una institución modelo. Sus alumnas hoy se cuentan por millares, quienes desde sus cercanas o lejanas residencias reciben con precisión y bajo competentísimo control, los beneficios de enseñanzas valiosas y definitivas. Para el caso no importan factores tan esenciales como la distancia, el tiempo disponible, ni la condición de la alumna; en su hogar dedicará al agradable estudio las horas que le dejen sus ocupaciones o deberes sociales, o las que quiera dedicarle, sin otra exigencia exterior que la corrección que demanda el Instituto en los sencillos y graduales trabajos de la alumna.

Es realmente notable constatar la facilidad con que una señora o señorita interesada en aprender se convierte en una habilísima modista para quien no guardan secretos las modas, o domina con la más perfecta técnica artes decorativas tan bellas y de actualidad como el repujado y pirograbado. Y todo esto sin que la alumna deba siquiera tener la molestia de proveerse de artículos y material, porque en todos los casos el Instituto pone de inmediato a su disposición absolutamente todo lo que necesita. Dicho Instituto dicta, pues, enteramente por correspondencia, incluyendo exámenes, un curso privilegiado de Corte y Confección y cursos especiales de Repujado en Cuero, Repujado en Metales y Pirograbado, conocimientos tan útiles y bellos como accesibles.

La Directora enviará, a quien lo solicite, un folleto explicativo del curso que le interese, incluyendo con el pedido una estampilla de 5 centavos para su remisión. Dirección para la correspondencia en Buenos Aires, Casilla Correo 1852.

Club Atlético Policía de la Capital



Los aficionados Manuel P. Encina y Antonio Gómez que sostuvieron un reñido match en el festival pugilístico organizado por esta institución con motivo de las fiestas patrias.

LA ENTRADA DEL INFIERNO

Allá en el oculto y atrasado país de Nigeria, lleno de rocas de origen volcánico y de vastísimos y antiguos cráteres, hay una laguna de agua limpia a la que los naturales del país atribuyen un poder sobrenatural.

Aquellos buenos negros, convertidos al islamismo desde hace medio siglo, conservan las prácticas y supersticiones del fetichismo y creen que en aquella laguna hay un acceso a un mundo subterráneo en donde habitan los viejos dioses protectores de la raza negra.

Ellos encuentran la prueba en un fenómeno que les impresiona extraordinariamente, en su ignorancia de primitivos.

En tiempo normal, la superficie de la pequeña laguna, protegida por grandes rocas, está tan inmóvil que semeja un espejo; pero, a intervalos irregulares, el agua borbotea y despide un vapor amarillento.

Es evidente que en el fondo de la laguna, que aunque no se ha medido con la sonda parece ser muy profunda, debe haber gran cantidad de lava, cuyos gases sulfurosos se filtran, puesto que un terreno de origen volcánico contiene siempre grandes capas de azufre.

Estos argumentos sin embargo, no bastan para convencer á los pobres negros, que siguen y seguirán creyendo que el «Nipo» — nombre que ellos dan a la laguna — es la vivienda de los más poderosos genios.



TRIPLE DESTILADO
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
8
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
TRIPLE DESTILADO
FREIXAS Y Cia BUENOS AIRES
FREIXAS & Cia
PROVEEDORES DE
S. M. el Rey D. Alfonso XIII.
S. A. R. La Infanta Dña Isabel de Borbón.
S. A. R. el Infante D. Fernando de Baviera.
FAMILIAR
EN TODOS LOS HOGARES



LA SAVIA DEL AMOR

por

JULIO V. GONZALEZ

Deja que las espinas hieran tu corazón.
La sangre con que bañes sus puntas despiadadas
Será sangre bendita mil veces por las hadas
Que velan tu destino de amor y de emoción.

No temas que ellas lleguen a matar tu ilusión.
El dolor nunca mata las pasiones forjadas
En pos de un ideal. Las horas inmoladas
Harán que sea más roja la flor de tu pasión.

Busca el amor intenso que bebe savia amarga
En las aguas lustrales de todos los dolores
Y expía la injusticia de ajenos sinsabores.

Cumple el deber humano y aliviarás la carga,
Pues mientras tú florezcas en ansias infinitas
Bostezarán su tedio las pasiones ahítas.



RECUERDO SILENCIOSO

por

ROBERTO LASCANO

Cadencioso recuerdo, vieja y dulce fragancia
de un sueño adormecido en el fondo del alma.
Incensario glorioso de una rosada infancia
de un camino en la vida perdido todo en calma.

Y silenciosamente de la noche ha surgido
como un viejo recuerdo del tiempo adormecido

Y en el fondo del alma sus aromas derrama
perfumes de un lejano y anticuado sabor
y en vagas espirales todo el aire embalsama
como el perfume de un amor...

De este vago recuerdo la infinita cadencia,
cadencia de una rara, vieja y dulce canción
vuelve como entre brumas; lánguida somnolencia
que me adormece el corazón...

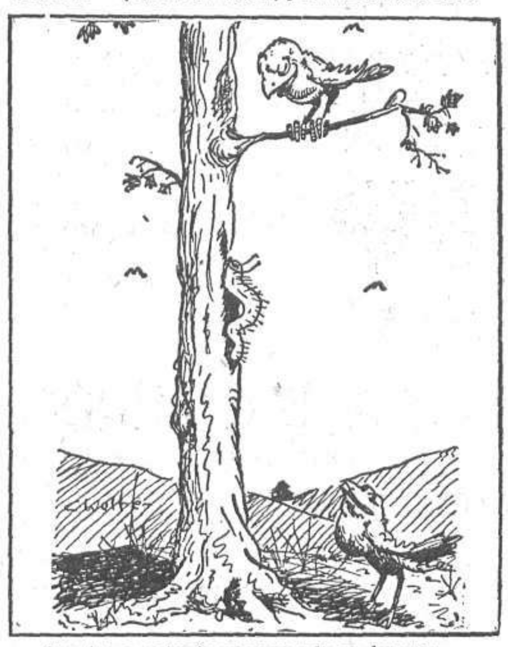
Y silenciosamente de la noche ha surgido
como un viejo recuerdo del tiempo adormecido.



ELLA. — ¿No notas un fuerte olor a jamón?
EL. — Claro, vidita. ¿No ves que estamos pasando por las islas Sandwich.



ENRIQUE. — Esa mujer no devuelve tu saludo.
ESTELA. — ¡Oh! Es mi vecina, y nunca devuelve nada.



— Che, tenga paciencia mientras sube su desayuno.

Para que sus vestidos

adquieran la característica de la moda y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquirir uno de sus famosos **CORSES** o **FAJAS,** únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.



NUESTRO REGALO

"Pictorial Review"
del mes de
Junio de 1923

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Junio de 1923.**

Corsé-Faja modelo "AMALIA", muy práctico y elegante, confeccionado en finísimo coutil de hilo rayado mercerizado, con rico elástico de seda en la cintura y 4 ligas también de seda. Precio popular por esta semana solamente,

$ 12.—

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

U. Telef. 4913, Libertad — Buenos Aires

Los pedidos del interior los despachamos en el día, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.

De Villa Urquiza



Distinguidas señoritas de esta localidad que con su presencia dieron realce al baile organizado por el Centro 3 de Febrero conmemorando el aniversario patrio.

EL DISFRAZ

Moisés, el más antiguo de los escritores bíblicos, fué el primero en anatematizar los disfraces. En el versículo 5.º del capítulo XXII del Deuterononio se leen ya las siguientes líneas:

«La mujer no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre usará vestiduras de mujer, porque el que hace esto es abominable delante de Dios». A lo cual añade un comentarista: «Porque la mujer, así, pierde la vergüenza, y el hombre la dignidad, degradándose de aquella superioridad que el Señor le puso».

LA FRANQUEZA

La franqueza no es la grosería, como algunos equivocadamente piensan. La franqueza es un sentimiento delicado que da a entender que el que lo posee tiene su alma limpia, pues no oculta lo que piensa y siente. El hombre franco es por lo regular de buenas costumbres y de intachable conducta. No mira nunca de soslayo, pues lleva la franqueza retratada en los ojos, en el semblante, en sus ademanes, en su persona toda.

El que es franco no miente, no es embustero; dice siempre la verdad; no adula ni engaña a sus amigos; sino que, de una manera cariñosa y afable, les hace ver sus defectos, pero sin herirles ni causarles mortificación en su amor propio de hombre. Sed siempre francos, pues la franqueza engendra amistad, nos da el cariño y simpatía de las demás personas; la franqueza es además hermana de la sinceridad de afectos y buena fe en nuestras acciones.

Una famosa actriz revela sus secretos.

Por qué las actrices nunca envejecen.

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar un poco de cera pura mercolizada (pure mercolized wax) en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden y aprovechan esta lección?

Un secreto contra los barrillos.

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas), que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua «estimolizada», y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno, y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.



Cabelleras onduladas.

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquier otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en envases sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Para evitar el vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

El hermoso sonrosado del cutis.

Un rostro marchito y amarillento añade años a nuestra persona. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas; baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud y para la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes. Así lo afirman todas aquellas mujeres a quienes el rubinol ha permitido y permite hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

De La Plata

Doctores en medicina veterinaria egresados de la Universidad Nacional



Santiago R. Ponce de León.



J. Leandro Mieres.



Roque J. Merlo.



Carlos J. Teobaldo.



Emilio A. Mettler.



Juan Angel Usienghi.



Alejandro C. Baudou.



Francisco Basterrechea.



Horacio Trotti.



Martín D. Mallo.



FOQUITO

Estaba allí, sentada entre un macizo de rosas, en la rosaleda, cuando escuché un rumor de voces a mis espaldas. Atisbé entre las hojas y vi, separadas de mí por las ramas de los florecidos arbustos, una bella pareja de rubias; melancólica la una, risueña la otra como si todos los presentimientos palpitaran en la primera, como si todas las esperanzas hubieran hecho albergue en su acompañante.

Habló la melancólica: — Es un misterio para mí la historia de tu enojo con Mario; ya es tu tercer «oficial» a quien despides.

En los labios de la risueña rubia la sonrisa acentuóse aún en una mueca que parecía hacer una auto-ironía.

— ¿Que por qué rompí con Mario? Pues mira, Elena, yo le conté un día esta historia.

Foquito era un perro, nada más o nada menos que un perro, de pedigree, policía y de pelambre gris con elegantes manchas marrones, como cualquier fiel cara de animal desconocido después de muerto.

« Lo habían llevado a la isla, allá, en el Paraná Miní, a seis horas de nafta de San Fernando; una isla llena de sauces de seis años, membrillos en fruto y manzanas productivas. Una linda isla con una amplia casa pintada de rojo, de techo cubierto de paja, donde los murciélagos hacían cónclave misterioso y lúgubre y los federales llegaban a dar envidia con sus brillantes petos de mazorquero colorido, y Foquito habíase adaptado inmediatamente a ese medio anfibio y solía perderse en la maraña de la paja cortadera o entre el susurro del juncal inquieto en busca de la gallineta asustadiza y de la domesticable nutria.

« A veces Foquito jugaba con Neera, una perra de San Bernardo venerable y casi madre, que tendíase a la caricia del sol mientras él daba carreras locas a su alrededor y perseguía a las mariposas en unos inverosímiles saltos que iban a caer como una amenaza en broma cerca de los flancos de Neera.

« Llegaron huéspedes a la isla: una alegre caravana que iba a sentirse Robinsones Crusoes a cien kilómetros de la capital. Unos mocetones recios con quienes Foquito jugaba a las zambullidas y unas chicas bellas que le permitían ponerse de guardia cerca de sus vestidos vaporosos en las quietas siestas propicias para el baño entibiado bajo los sauces del remanso.

« Por esos días también aumentó en la isla la po blación canina: seis cachoritos blancos y negros como la madre reuníanse bajo las cálidas mamas; pero una extraña epidemia mató cuatro, envolviéndolos en un viejo saco y echándoles al agua con unas piedras...

« ¡Qué bullicio en torno a la madre y sus hijuelos! Neera no comprendía porque los molestaban en esa forma; aunque estuviese convencida que sus hijos eran los perros más hermosos que nunca viéranse sintióse fastidiada por tanto manoseo; por eso decidió llevar sus hijuelos a la lancha que parecía dormirse junto al rudimentario muelle de álamos en la quietud de las muertas aguas del canal de la casa.

« Pero al otro día hubo gran animación en la isla; ellas y ellos se preparaban para una excursión y mientras Foquito y Neera, esta última en su primera salida de convaleciente, se habían internado entre el bosque de sauces, el motor de la lancha comenzó a llenar de un rumor entrecortado las bóvedas inquietas de las calles arboladas.

« Neera dió un gran salto; al oir el estrépito del motor recordó a sus hijuelos escondidos allí en la lancha; su instinto maternal alarmóse y corrió, corrió a lo largo de la costa, mientras en la lan cha el bullicio de la alegre partida se acentuaba y una voz varonil cantaba un tango madrileño.

« *Estaba cierta viudita*
con un mozo relojero...

« Foquito había alcanzado a la enloquecida madre; poco nadadora, pesada, Neera quiso seguir la lancha a nado, pero debió renunciar a ello, aullando tristemente; fué Foquito el que echóse al agua y púsose a nadar rápidamente siguiendo la estela ya débil de la lancha.

« Los excursionistas lo vieron; exclamaciones de aliento, de júbilo, de sorpresa, de lástima brotaron en la embarcación. Mientras unos querían parar la lancha para dejarse alcanzar por el animal, otros hablaban de una carrera a medio motor; en tanto Foquito continuaba en su avance. Habíase recostado cerca de la línea costera de juncos con el instinto de aprovechar así la calma del agua. La lancha continuaba su marcha ya muy despacio y Foquito quiso oblicuar hacia ella pasando ante un gran poste cerca de la orilla. Sus patas se enredaron en unos alambres, algo punzante se le clavó en el lomo y fuése al fondo envuelto entre las líneas de un espinel. Por un momento pudo levantar toda la serie de anzuelos y sacar al aire la cabeza; luego el peso del espinel lo venció; quizás retrocediendo se libraría; probó, pero había quedado muy enredado. Era una brutal lucha con la muerte. El perro surgió un momento por segunda vez mientras de la lancha llegaban voces de asombro y pena de los que comprendían, de júbilo de los que creían en un juego.

« Uno de los muchachos arrojóse al agua y pudo asir al perro de la piel del cuello y sacarlo al aire.

« Medio muerto lo subieron a bordo y aun sangrante, semiahogado, arrastróse Foquito hasta el camarote y bajo las cabinas buscó con su hocico humedecido por la sangre. Alguien en la lancha lo ayudó y cuando encontraron los dos cachorros allí, en el refugio de tranquilidad que habríales buscado Neera; cuando vieron en la lejana orilla la perra que aun aullaba su desesperación, comprendieron el por qué de las ansias de Foquito, del perro de pelaje gris y elegantes manchas marrón, y hubo en muchos ojos un humedecimiento más o menos disimulado ¡claro! No es posible que un humano se conmueva por la acción de un perro.»

— ¿Y qué tiene eso que ver con la ruptura de tu compromiso?

— Tiene que ver que al concluir la historia Mario, riéndose, exclamó: « ¡Bah! Lo que hubo de heroico fué el alambre. Sin ese espinel providencial y romancesco el perro hubiese alcanzado tranquilamente la lancha, los cachorros hubieran regresado al anochecer al lado de la perra con hambre o indigestados por los excursionistas y no hubiese ojos humedecidos ni envidias perrunas.»

Eso me indignó y sin escuchar nada me fuí a casa y le devolví el anillo. Luego... luego supe que él fué testigo, más bien actor de esa historia, porque él salvó a Foquito. Entonces... Entonces le hablé por teléfono.

— ¿Y?

— Y me dijo que ya había vendido el anillo para comprar un collar al perro.

Y la rubia de melancólicos ojos y la rubia de picaresca sonrisa se perdieron en una de las vueltas del Rosedal mientras a lo lejos la tarde ruborosa se aprestaba a sus eternas nupcias con la noche.

Sonia Pensiseners

DIBUJOS DE BONOMI


Un rostro resplandeciente de hermosura es sinónimo de energía y bienestar físico.
El POLVO GRASOSO
Brissac.
da un tono tal de distinción al cutis que el más exigente tiene que admirar.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-55. U.T. 2045, Belgrano
REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO — Rondeau, 1440-42
GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac
entregará gratis una caja de
Polvo Grasoso Brissac a toda persona
que en canje remita veinticinco de
estos cupones más 20 cts. para flete.
Unicas Concesionarias: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.
POLVO GRASOSO de BRISSAC
Polvo Grasoso de Brissac
BRISSAC
PARIS - Bs AIRES
PARFUMERIE
$ 1.40 la caja

De San Fernando

Un momento de reposo en el matiné familiar realizado en los salones del club "Artesanos del Dique", organizado por la comisión directiva de dicha sociedad.



Concurrentes al banquete ofrecido en honor del doctor Fernando A. San Román en el Fénix Club de Gimnasia y Esgrima.





DISCOS DOBLES "NACIONAL" — ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con 4 guitarras)

D. D. «NACIONAL», 25 ct., $ 3.25

18072 **La Cuyanita.** Zamba. Dúo. Cristino-Tapia.
El rey del Cabaret. Tango. Solo Gardel. Romero-Delfino.

18073 **La Muchacha.** Tango. Solo Gardel. Firpo-Torres.
Pobres flores. Tango. Solo Gardel. Servetto-Pracánico.

ORQUESTA F. CANARO

6906 **Una pena.** Tango. A. Rosquellas.
Apaches. Fox-Trot. D. Rulli.

ORQUESTA ROB. FIRPO

D. D. «NACIONAL», 25 ct., $ 3.00

6183 **El prisionero.** Tango. E. Delfino.
Grand Splendid. Tango. E. Delfino.

6184 **El rey del Cabaret.** Tango. E. Delfino.
Llevame a la montañita. Tango. E. Delfino.

ORQUESTA ZINGARA

"SANDOR JOZSI"

9511 **Eleonora.** Shimmy. Chambrier.
J'ai pas su y faire. Shimmy-Schotis. (Pour danser la Ballancello). M. Ivain.

MARIO A. PARDO

(Con 2 guitarras)

D. D. «NACIONAL», 25 ct., $ 3.00

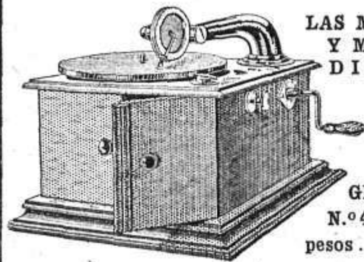
6566 **La Danza delle Libellule.** Canción de la Gigolette. F. Lehar.
El copihué rosado. Estilo clásico. M. A. Pardo.

IGNACIO CORSINI

(Con 2 guitarras)

219 **Cap Polonio.** Tango. Caruso-Rosquellas.
Ojos funestos. Tango. Viergol-Polito.

SECCION FONOGRAFOS



LAS MEJORES Y MAS ACREDITADAS MARCAS EN MAQUINAS PARLANTES

GRAFOFONO GLÜCKSMANN

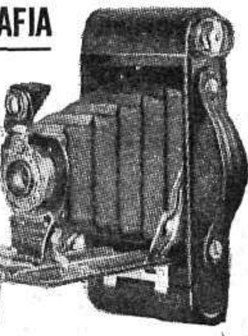
N.º 452 pesos.... 35.00

SECCION FOTOGRAFIA

APARATOS-PLACAS
PELICULAS
PAPELES
DROGAS
Y ACCESORIOS

TRABAJOS DE REVELACION E IMPRESION





La encargada de la casa de pensión

(DE LAS MEMORIAS DE ESTEBAN AMARESSANO)

MAYO 21.



NINGUNA importancia debería tener el hecho de que yo estrechara mi amistad con doña Federica, después de terminada de una manera tan ridícula nuestra aventura de la casa de enfrente. Doña Federica, como ya lo anoté, es una viuda relativamente joven, relativamente buena moza, simpática y libre, pues no tiene quien le coarte su voluntad a no ser la memoria de su difunto esposo que, de vez en cuando, parece venir a recordarle su juramento de amor eterno, que los vivos olvidan mucho más pronto que los muertos.

Mi calidad de hombre soltero, sin compromiso de ninguna especie, equipárame a su absoluta libertad para realizar cuanto se nos venga en gana, sin tomar en cuenta, claro está, que, desde que el mundo es mundo, sus habitantes han gozado de la cuasi libertad de elegir sus amistades, con la sola limitación de cargar con las consecuencias...

Yo no sé — ni quiero saberlo — que consecuencias puede acarrearme mi amistad con la simpática viudita, pero, suponiendo lo mejor, es decir, que ninguna, vengo fomentando aquel afecto que tanto a ella como a mí parece nacernos de un pozo desconocido, o por lo menos olvidado, surgente en lo más hondo de nuestros corazones.

La «encargada» de la casa de pensión en que estoy, amiga antigua de doña Federica, parecía ignorar la verdadera y pura intensidad de nuestro afecto. Sin decírnoslo, habíamos resuelto no comunicárselo, acaso porque ya sospechábamos en ella la enemiga a quien seríale fácil transformar el cariño en odio de rival más o menos despechada (y estas líneas las anoto por razones que yo me sé).

No obstante nuestro silencio, sospechó un día, o lo supo por tercera persona (en este caso, cuarta), multiplicando por ello las arrugas de su cara, especialmente la profunda que tiene entre las cejas, y me las enseñó todas en cuanto púseme en su presencia, lo que ocurrió anteayer. Y ayer al medio día, cuando iba yo a salir en dirección a mi empleo me espetó a boca de jarro un ¡Cochino! — que me dejó sumamente confuso, y sin encontrar durante algunos minutos palabra que responder, pues dime mentalmente a buscar la razón de aquel insulto y tardé mucho en encontrarla, seguramente en virtud de mi poca capacidad para el estudio y conocimiento de la complicadísima psicología femenina.

— Cochino; sí, cochino — reafirmó ella con peligrosa energía. — ¿Se cree usted que no sé lo que está haciendo con la pobre Federica, aprovechando que es una mujer sola, sin quien la ampare?... ¡Sinvergüenza!

Me marché de allí a escape. ¿Qué iba yo a decirle a aquella mujer? ¡Válganos Dios cómo se complican en esta vida las cosas más sencillas!...

Por la tarde, al salir de mi empleo, adquirí por unos centavos un muñeco de celuloide, a los que es muy afecta doña Federica, y me fuí a verla.

Encontréla comiendo maní y leyendo en un periódico del día el crimen misterioso de la «casa de lata», que viene ocupando la atención general, especialmente la de las mujeres. Obsequióme en pago del muñeco con una de sus más encantadoras sonrisas y con un puñadito de maní. ¡Ah, Federica, Federica de mis entresijos!...

En bien pocas palabras púsela al corriente de lo acaecido con su amiga la encargada. No se sorprendió ella menos de lo que habíame sorprendido yo, y empezó a decir:

— Y a ella quién la mete a... — pero se detuvo, reflexionó unos instantes, y concluyó:

— Mira, no le hagas caso... la pobre es muy buena, pero es una veleta que anda según sopla el viento...

El contento de sentirme tutear por ella hízome olvidar al momento de todo, y me senté a su lado dispuesto a ayudarla a comerse los veinte centavos de maní tostado que tenía sobre las faldas... Y, hablando del «crimen de la casa de lata», se nos pasaron los minutos volando...

MAYO 23.

Me acosté anoche un poco tarde, y esta mañana apenas he oído el campanilleo antipático de mi reloj despertador. Dejé la cama, por eso, con sólo unos minutos de tiempo para lavarme, vestirme y salir. Terminaba de hacer lo primero y de abrir los postigos de la puerta para que entrara más luz, cuando dieron unos golpecitos en mi ventana.

— ¿Quién...?

— ¿Está vestido? — me contestó, preguntando a su vez, la encargada.

— Todavía no, pero lo estaré dentro de cinco minutos, si no me han escondido la ropa... (Esta contestación mía es un eco lejano de mi lejana niñez. Uno de mis hermanos tenía la ocurrencia, frecuentemente, de esconderme alguna prenda de vestir, sólo para verme rabiar y a la expectativa de que me propinaran unos coscorrones, pues nunca creyeron en casa en mi inocencia, y, por el contrario, creían que todo no era más que artimaña para dejar pasar la hora de ir a la escuela).

— Bueno — díjome la encargada, — no se marche sin hablarme...

— No va a poder ser — díjele; — es ya muy tarde, no tendré tiempo...

Y me puse en ese preciso momento mis pantalones de «fantasía».

Un minuto después la encargada se me plantó delante de la puerta. Abríle, y mientras

dábame los buenos días con bastante poca dulzura de voz púseme la camisa, con la cara vuelta a la pared, pensando: «Está probado que a una encargada de casa de *pensión* no le atemoriza nada». De tan pedestre divagación sacáronme en seguida las siguientes palabras:

— Tengo que avisarle, Esteban, que para fin de este mes necesito esta pieza...

Terminé de anudarme la corbata, toda torcida, y respondí:

— Me alegro...

— ¡Cómo!...

— Que me alegro, porque así me dará usted otra que de cualquier manera será mejor que ésta, y con menos ratones...

— ¡Ah!... Otra no tengo; lo siento mucho pero otra no tengo...

— ¿Y la que dejaron esos «filarmónicos» encantadores que siempre andaban de yaqué?...

— Ayer la ocuparon...

— Es decir, que quiere usted que me vaya de su casa...

— Eso...

— ¿Y se puede saber el porqué?...

Terminaba yo de ponerme el saco y de echar en mi pañuelo unas gotas de agua de colonia. La encargada me miró sorprendida, ignoro si porque vió que me perfumaba el pañuelo o por mi pregunta. Lo cierto es que en lugar de responder a ella conforme correspondía soltó el trapo de su enojo, y me dijo de bastante agria manera:

— Yo no creía que era usted un Don Juan...

— Me llamo Esteban...

— Un Don Juan que se dedicara a molestar con sus impertinencias a pobres viudas que viven en paz con Dios y con los hombres...

— Amar - es - sano...

— ¡Qué me dice usted, deslenguado!

— Que no soy don Juan, sino don Esteban Amaressano, y que en este preciso momento, ateniéndome a que soy mayor de edad y empleado que debe estar a su hora frente a un escritorio rebosante de facturas, notas de crédito, etc., etc., me mando mudar. A la noche hablaremos, si usted no resuelve otra cosa. Por lo pronto dígale a la muchacha que arme ahí debajo del ropero unas trampitas para los mineros, que anoche no me han dejado dormir... Hasta luego.

Y la dejé plantada, con los brazos cruzados, diciéndome no sé cuántas cosas.

He vuelto a casa un poco tarde, aunque no tanto como ayer. Federica, en cuya casa comí unas perdices inolvidables, no me dejó con su charla hasta pasada la media noche. Las mujeres son siempre las mujeres, aunque pertenezcan a la categoría de viudas.

La encargada, que es otra viuda, mañana me come con la misma delectación con que comí yo las perdices de su amiga.

MAYO 25.

Festejando dignamente a la patria me he levantado pasadas las 12. Estos días de asueto entre semana nos reconcilian con la vida... No almorzaré aquí para evitar que la encargada me amargue la fiesta. Estoy convencido — ayer me he convencido — de que no h y manera de que nos entendamos. Tendré que marcharme de aquí dentro de cinco días. No me gustan a mí esta clase de señoras que se apasionan por lo que no les importa ni mucho ni poco. Yo sabía ya que algunas dueñas y encargadas de casa de pensión se consideran en el deber de prohijar a sus huéspedes con una afectuosidad pegajosa e irritante. Una conocí, y sufrí — doña Paca — que se ocupaba de mi indumento con una asiduidad difícil de hallar en una hermana o en una esposa. — *¿Por qué usa, Esteban* — me decía — *esa corbata verde y amarilla, tan fea?* — O si no: — *¡Ya podía usted haberse fijado en que ese saco le queda como una bolsa de papas! ¡Vaya un chambón su sastre!... ¿Por qué no vino a probárselo aquí? Le hubiéramos hecho corregir esa arruga de la espalda que lo asemeja a usted a un camello... Le hubiéramos hecho "tomar" de aquí, soltar de allá, y parecería usted otro...* y así hasta el cansancio, pero la bien intencionada de doña Paca jamás se metió en mis cosas íntimas, respetándome en ese sentido todo lo que debe respetarse a un camello por lo menos.

Pero, en fin, la verdad del momento es que tengo diez pesos, y, con un sol que da gloria verlo, el día es digno de la fecha que se conmemora... Saldré en seguida, compraré un pollo asado, fruta, dulces, flores, y me largo a lo de Federica... Llegaré un poco atrasado, acaso a las dos de la tarde, pero ella me espera; estoy perfectamente seguro que ella me espera...

MAYO 28.

Federica se ha encargado de buscarme una nueva casa de pensión donde ubicarme. Me ha dicho esta tarde que tiene una en vista y que mañana «cerrará trato». Es una casa nueva, recién instalada, a cien metros de distancia de la de Federica. Verdad es que ahora estamos un poco a trasmano el uno del otro...

La encargada hace días que no me habla, ni siquiera me saluda. Por mi parte, desde el 24 que no me siento a su mesa.

Federica vino ayer tarde a visitarla, como de costumbre, pero no pudo verla. Le dijeron que había salido a «hacer compras». Sospecho que eso no es exacto, porque a fin de mes ninguna encargada de casa de pensión hace compras.

No sé por qué me parece que seré, involuntariamente, conste, el culpable de que dos buenas amigas, íntimas amigas, hagan añicos su amistad...

MAYO 29.

Mañana mismo traslado mi baúl, mi roperito, mi silla, mi mesa y mi cajón de libros viejos a la nueva pieza alquilada esta tarde. Seré su primer ocupante y esto me alegra mucho. Si algún bicharraco llega, en el verano próximo, a disputarme un lugar en el lecho, resultará carne de mi carne y sangre de mi sangre. Hasta la fecha no he tenido esa satisfacción, pues siempre me he encontrado en los zócalos de las piezas y en las arrugas y costuras del colchón y de la almohada, seres desconocidos e inhumanos que habían ensayado la eficacia de sus métodos en cuerpos para mí tan desconocidos como ellos mismos...

Lógicamente, tal circunstancia dificultaba mi labor de domesticación. A toda suerte de animales, para amansarlos, conviene tenerlos a mano desde que nacen...

Federica se ha mostrado esta noche muy contenta con mi traslado a su barrio. Ha estado haciendo proyectos durante más de una hora. A mí me han parecido todos muy buenos, especialmente uno referente a la ropa blanca, de la que ella se ocupará personalmente a fin de evitar pérdidas y roturas prematuras...

....

MAYO 31.

Ayer me mudé. El carrero, que tenía contratado desde la víspera, vino a buscar, y se llevó, mis trastos, bien de mañanita. Cuando yo salí, todos mis compañeros de hospedaje dormían. En el primer patio encontré a la muchacha, a quien dí una propina para que me recuerde con cariño. En el vestíbulo tropecé con la encargada:

— De veras se va usted — me dijo suspirando.

— Así es, señora... Conforme a sus deseos, termino de desocup rle la pieza de las lauchas...

Suspiró más fuerte, tanto, que la creí próxima al llanto.

— Qué malos, qué sin corazón, son ustedes los hombres...

— Pero señora — balbuceé sin comprender aquellas exclamaciones.

— Nunca saben apreciar lo que tienen y siempre se van a lo dudoso o a las brasas donde se queman, igual en que un cuento que leí sobre la vida de una mariposa, igual, igualito...

— Pero señora... — repetí.

— Así es, así es... en fin, paciencia... cada día una encuentra una desilusión... Yo lo creí a usted otra cosa... En fin, adiós, que tenga mucha suerte...

Le estreché la mano, le retribuí sus augurios y me marché. Al poner los pies en el umbral de la puerta de calle oí que la encargada me decía, desde la cancela:

— Dele muchos saludos a Federica... y que pronto iré a verla a «su nueva casa», en cuanto me la ofrezca...

Díme vuelta para contestarle no sé qué, y la vi sonreír mientras se pasaba una mano vuelta por los ojos.

Verdaderamente, las mujeres — y las encargadas o dueñas de casa de pensión sobre todo — siguen siendo para mí una cosa en absoluto incomprensible!



B. GONZALEZ ARRILI




Haga agradables las
interminables noches
de Invierno con la
Concertola
TOCA TODA CLASE DE DISCOS CON Y SIN PUA
AMERICA
Concertola
CON SOLO
$ 250 AL
CONTADO
o bien: $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una, entregamos este maravilloso aparato, igual al dibujo, el más perfecto y armonioso conjunto de arte y estética que jamás se haya podido ofrecer a precio tan módico.
OTROS MODELOS
desde . . . . . . $ 45
PIDAN CATALOGOS
N.° 21 de Grafófonos, Concertolas y Victrolas.
N.° 22 Todos los mejores discos de las mejores marcas.
Enviando $ 0.20 en estampillas.
SIEMPRE
DISCOS NUEVOS DE GRAN EXITO
Algunas novedades de la semana
Orquesta ROBERTO FIRPO
Discos Nacional, 25 ctms. $3 c/u.
6178 Dedé. «Dans la vie faut pas s'en faire. Shimmy.
El Estandarte. Tango.
6181 Say it while dancing. Fox Trot.
La Cita Fatal. Tango.
6182 Desengaño. Tango.
El Cacha. Tango.
6183 El Prisionero. Tango.
Gran Splendid. Tango.
6184 El Rey del Cabaret. Tango.
Llevame a la Montañita. T.
Cantado por MARIO A. PARDO
Disco Nacional, de 25 ctms. $ 3
6566 La Danza delle Libellule. «Canción de las Gigolettes»
El Copihué Rosado. «Estilo Clásico».
Por la afamada orquesta MAREK WEBER
Discos dobles, de 30 centímetros, a $ 4.— c/u.
P 1391 Ta Bouche. «Ca c'est une chose». Shimmy.
Babette, Babette. Shimmy.
P 1386 Ta Bouche. «Machinalement». Shimmy.
O Madonna. Shimmy.
P 1373 La Muchacha Eléctrica. Shimmy.
El Cacique. Shimmy.
Discos dobles PATHE (sin púa) de 29 ctms. $ 4.50 c/u.
6541 C'est du Jazz-Band. Fox Trot.
Derniére Ivresse. Vals.
4012 Dansez le Shimmy. Shimmy chanté.
Une simple Poupée. Chanson.
4024 Jazz Band... Partout? Chanson comique.
Sur un Transatlantique. Chanson.
Discos dobles PATHE (sin púa) de 27 ctms. $ 3.50 c/u.
4562 C'est pour les Petites femmes. Chanson.
¡La Musique Américaine! Chanson.
5096 Quand il vous a parlé. Fox Trot chanté.
On m'appelle Frisson. Chanson populaire
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
(NO TENEMOS SUCURSALES) (NO CERRAMOS LOS SABADOS)

De Quilmes


Brillante aspecto que presentaba el salón municipal durante el festival que en él realizó el "Ateneo Popular" en ocasión de las fiestas patrias.



Festival organizado por el colegio San José de las Hermanas de Nuestra Señora del Rosario llevado a cabo con gran éxito en el salón "Cristóforo Colombo".



Amiga como soy de observar las mil distintas manifestaciones de nuestro vivir cotidiano puedo asegurar a ustedes, mis fieles amigas, que todas esas manifestaciones, todas, tienen para mí poderoso interés... Si me resuelvo a encerrarme dentro del engranaje de los altos círculos — de aquellos que imponen su ritmo brillante, irresistible, a nuestra actividad social — la sugestión arrobadora de la música, el diálogo sutil de la refinada comedia de costumbres y, sobre todo, la charla incesante de la rueda mundana en amable visiteo, ese visiteo que podríamos calificar también como comedia de costumbres, me ofrecen una sucesión de impresiones muy hondas a pesar de la aparente frivolidad del momento; un solo destello, por fugaz que sea, exterioriza un estado de alma o el egoísmo inconsciente de tantos espíritus femeninos inquietos, insaciables, hastiados de todo lo que les rodea... A veces, y por no confesar en determinado grupo que profeso ideas un tanto extravagantes, o mejor dicho cursis, me resigno a que me consideren como muy aburrida: escucho, pues, serenamente, con un aire de beata indiferencia...

Así me ha sido dado conocer la protesta unánime, en animada rueda mundana, por la intolerable monotonía de la vida nuestra... Varias de aquellas interesantes figuras añoraban desconsoladamente el género de vida que les es permitido llevar en el extranjero... Su anhelo de independencia no sufre en las grandes capitales trabas de ninguna especie; y se me ocurría a mí que el afán de extender las alas hacia lejanas regiones no entraña muchas veces otra aspiración que la de sentirse libres, absolutamente libres, de esas obligaciones que la vida nos impone en el ambiente en que nos sea dado actuar; no son muchos, seguramente, los espíritus femeninos a quienes guíe el noble anhelo de atesorar conocimientos, impresiones de arte y de belleza, para enaltecer luego la vida, monótona al parecer, que llevamos en el propio hogar...

Mientras las encantadoras y aristocráticas figuras se conduelen mutuamente de la desgracia de vivir en nuestra prodigiosa ciudad del ruido, las escucho desde el delicioso *coin de fenêtre* en que florece la pompa de los jacintos rojos, el oro pálido de los crisantemos. ¡Qué bien se está en el bajo diván acuñada con una confortable colección de almohadones!... Pero pienso en que por qué no recordarán algunas de esas figuras, bellas, inteligentes y bondadosas todas, que la vida exige mucho de nosotras: que si bien nos es permitido divertirnos, tener expansiones gratísimas, atesorar la sana y santa alegría, también debemos disciplinar esa misma vida, y vivir la hora presente con generosidad y altura para poder dejar a nuestro paso una huella de luz, por tenue que ella sea...

¿Egoísmo? ¿Inconsciencia? Yo llamaría más bien a esta modalidad nuestra, *pereza de espíritu*... Involuntariamente recuerdo entonces la característica de dos interesantes y muy destacadas figuras femeninas que han actuado o actúan en nuestro ambiente con todos los prestigios del rango mundano y la posición oficial. Una de ellas, bellísima figura juvenil que ha pasado largos años en el extranjero y que luce hoy brillantemente al lado de personalidades oficiales, limita toda su actuación a los complicados deberes mundanos, a las solemnes ceremonias oficiales... Y teniendo sus finas manecitas llenas de los mejores dones que puedan prodigarse en la vida, por nada ni por nadie se decide a molestarse; *su pereza de espíritu* le impide responder hasta el llamado telefónico de una compañera de la infancia: ¿Quién sabe qué querrá? ¿Para qué incomodarme?

En cambio, la distinguida y bondadosa dama que ha ocupado durante varios años consecutivos una brillante situación oficial, teniendo que atender al mismo tiempo las complicadas exigencias de su vida de hogar, se veía *acosada* materialmente por las solicitaciones de influencia, de ayuda pecuniaria o de apoyo moral... Una vez llegó a confiarme sencillamente: «Hay días en que me encuentro realmente agotada, en que anhelo cerrar mi puerta y darme una tregua... pero veo sobre mi velador el libro preferido de consulta: Amado Nervo... y me repito entonces: Dar... hay que dar siempre, sin regateos ni mezquindades... Y la palabra de luz me conforta, me presta nuevas energías, me ayuda a seguir rumbo adelante, sin tregua, porque considero que ciertas situaciones obligan a todo corazón de mujer y que nuestra reserva de paciencia y abnegación ha de ser inagotable...»

Gocemos, pues, de la fiesta del mundo, lectoras amigas, pero no olvidemos que la vida debe ser intensamente útil, y que no podemos lamentarnos del tedio de una hora cuando podemos emplearla en el bien ajeno, en proporcionar no sólo la ayuda material que nos sea dado ofrecer sino los goces del espíritu! Por eso recuerdo también ahora, con viva simpatía, la reciente iniciativa de una institución femenina que hace honor al país, que se propone nombrar una legión de Madrinas de Lectura, para que ellas establezcan el acercamiento espiritual entre las que disfrutamos en el ambiente de la gran ciudad de todos los halagos de una vida plena — a pesar de la opinión expresada hace un instante por las encantadoras mundanas — de emociones artísticas y literarias, y las cultas, abnegadas mujeres que llenan el apostolado de la enseñanza en los más apartados confines del país: «Perdidas en la selva, al pie de la montaña o en la llanura sin fin, surgen, como puntitos de luz esas modestas Escuelas Láinez, a las que no llega ni el libro recientemente aparecido ni la revista moderna, reflejo de tantas de nuestras actividades: de manera que el destierro de esas maestras cultas e inteligentes se hace más penoso todavía...» (1).

Recuerdo que se ha asegurado que son muchas ya las socias de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres que han aceptado el cargo de Madrinas de Lectura: altas personalidades femeninas del mundo oficial, brillantes figuras mundanas, jovencitas que viven la más riente y despreocupada etapa de la vida, se han comprometido a enviar semanalmente los libros y revistas ya leídos en su hogar, a esas lejanas amigas, a las que proporcionarán horas de sereno encanto, estableciendo la trama sutil de la simpatía, de una afectuosa solidaridad, sin prejuicios de rango, de vanidad, de emulación... Al subrayar estas Madrinas de Lectura uno de esos párrafos que abren nuevos horizontes al espíritu femenino, o un relato que haga olvidar por breves minutos las horas que se devanan opacas e interminables, podrán decirse: he ganado mi día; he transmitido el mensaje luminoso de la idea que irradia *salud y vida y esperanza*...

¡Pero qué lejos nos hemos ido del tibio y confortable *coin de fenêtre!* El penetrante perfume de los jacintos, el bajo diván en la penumbra del saloncillo, invitaba a divagar mientras vibraba el incesante susurro de la charla mundana. El tema se hacía cada vez más interesante, y no se lamentaba tanto el tedio y la monotonía de nuestra vida... Alguien aseguró que una brillante figura femenina que regresa de Europa está resuelta a entablar su demanda de divorcio... Luego, que la serie de fiestas de la semana — ¡tres bailes!, ni más ni menos — prometía ser interesantísima. Se esbozó alguna silueta sentimental, mencionando los nombres de los que se han ausentado para realizar, lejos del comentario adverso, el compromiso oficial... Por último, hay quien refiere con toda la malicia posible, que a dos jóvenes y muy bellas figuras de nuestra aristocracia, sus mejores amigas las han otorgado el título de «pajecitos de la reina»...

La dama duende.

(1) Leído en "La Nación". Junio 13 de 1923.

De Necesidad

Una cosa es necesaria cuando por ella se obtiene cierto beneficio o provecho que no se obtendría sin ella.

En todo establecimiento hay la necesidad de efectuar operaciones aritméticas, y es a esta necesidad que responden las Máquinas Burroughs.

Las Máquinas Burroughs efectúan todo el trabajo numérico de un negocio con rapidez, con claridad y con exactitud.

Así, pues, si algún valor tiene el tiempo, si algún valor tiene el orden, si algún valor tiene la exactitud en un negocio, una Máquina Burroughs cifra su valor en el tiempo que economiza, en el orden que permite establecer y en la exactitud que asegura.

Nos ponemos a sus gratas órdenes para una demostración práctica en su propio establecimiento o en el nuestro, sin someterse usted al más mínimo compromiso.

H.E. Watkins & Co. Ltd.
Importadores

773 - Tucumán - 785
Buenos Aires

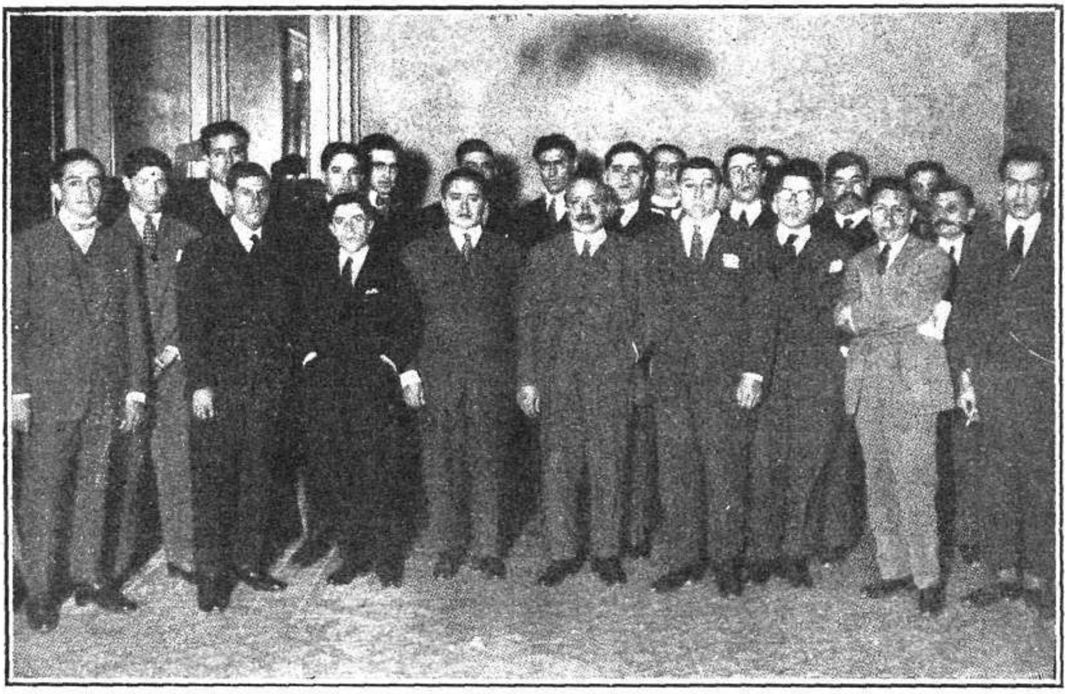
937 - Córdoba - 937
Rosario

1540 - Zabala - 1540
Montevideo



4382

Comisión Pro Diques y Fomento Regional de Dolores (Córdoba)



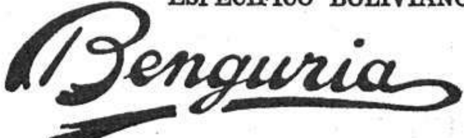
Grupo de concurrentes a la asamblea efectuada en el salón de actos de "La Prensa" por los residentes metropolitanos y personas vinculadas a la región oeste de Córdoba, al objeto de nombrar la comisión encargada de conseguir los objetivos que se persiguen. La comisión quedó constituída en la siguiente forma: Presidente, señor Emilio B. Morales; vicepresidente 1.º, señor Carlos Aníbal Argañaraz; vicepresidente 2.º, señor Ramón Arrieta; secretario general, señor Rogelio Rojo; prosecretario, señor Pedro M. Vidal; secretario de actas, señor Andrés Cornejo; tesorero, señor Juan J. Jorquera; vocales: doctor Nicanor Carranza Lucero, doctor Javier S. Bringa, señor Simvaldo Vidal, señor Franklin Argañaraz y señor Luis Laje.



Luzca Vd. una hermosa cabellera

Poseer una cabellera hermosa no es difícil. Por descuidado que esté su cabello puede darle brillo, detener su caída y hacerlo crecer en abundancia librándolo al mismo tiempo de la caspa, si lo cuida, aplicando metódicamente sobre el cuero cabelludo el afamado

ESPECIFICO BOLIVIANO



Esta científica preparación tonifica la raíz capilar; cura la **CALVICIE**; hace desaparecer las **CANAS** devolviendo su color primitivo al cabello sin teñirlo; extirpa la **CASPA** y la grasitud del cuero cabelludo, principales factores de la caída del cabello, y mejora la condición general de la cabellera.

El "Específico Boliviano Benguria" es *una preparación única vegetal, sana, y ensayada ya por millares de damas y* caballeros con el más halagador de los resultados; reconocida en todas partes del mundo por eminencias médicas como **INSUPERABLE**. Use pronto el "Específico Boliviano Benguria" si quiere detener la caída de su cabello, curar las **CANAS** y la **CALVICIE**. Cada frasco lleva *sus instrucciones.*

UNICO LUGAR para la venta del **ESPECIFICO** en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. Rafael Benguria B.

Avenida de Mayo, 1239. — Buenos Aires. Unión Telefónica 5753, Riv.

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos.—En Mendoza: Casa Riba.—En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.

TEATRO DEL SILENCIO

«En el corazón del Africa salvaje»

Es una de esas películas a las que, sin exageración alguna, les cuadra bien el calificativo de sensacionales. En efecto; abunda en incidentes que sorprenden por su innegable realismo y es una tremenda lucha sostenida entre la inteligencia y audacia del hombre y la salvaje y ciega ferocidad de la bestia. Leopardos, hipopótamos, leones, rinocerontes, cocodrilos, serpientes... toda la fauna mayor de las selvas africanas desfila por esta cinta con el colorido de la verdad; y luego los paisajes agrestes, las escenas que nos brindan las tribus negras, sorprendidas del «natural» por el objetivo, y las peripecias de la persecución, acaban por cautivar el interés máximo del espectador, que de veras asiste, con la ventaja de no correr peligro, a una cacería difícil y muy pocas veces lograda con tan emocionantes incidentes.

Magnífica cinta de la cinematografía nacional Federico Valle.

«El campeón de la marina»

Comedia en cinco actos en que «el hombre de las gafas de carey» hace franco alarde de su comicidad y de sus originalidades — queda nombrado el artista Lloyd Harold — es notable por la habilidad que supone sostener, durante tan largo metraje, una sucesión de escenas en que este actor lo llena todo con su expresiva figura. Los trucos en que interviene y la desenvoltura con que sale de los mayores apuros, nos recordaron, en cierto sentido, el trabajo de Chaplín, el genial grotesco, de quien se diferencia al exterior en no utilizar el recurso de la extravagancia en la presentación.

En fin, una notable película de buen humor, interpretada con artística gracia por éste ya popularísimo «lucero».

«Las mil y una noches»

Es una colorista y feliz adaptación de varias escenas de los maravillosos cuentos orientales y desde luego posee el encanto y la seducción de tan fantástica literatura. Una buena pareja interpreta en esta fastuosa cinta los papeles principales: la «estrella» Natalia Kovanko, de hermosa figura, y el «lucero» Rimsky, notable en el desempeño de su artístico sultanato.

La presentación abunda en alardes de lujoso buen gusto espectacular. En fin, una buena cinta para recreo de los aficionados al arte mudo.

«El inspector de los coches dormitorios»

Se acuerdan los lectores de un gracioso y ligero vodevil titulado «El contralor del vagon-lit? Bueno; pues aquí lo tienen ustedes en el celuloide, dando lugar a situaciones carcajeantes y a chuscos equívocos muy de brocha gorda, pero con bastante sal y pimienta para que el público se regocijara por todo lo alto. El protagonista, un endiablado sujeto, se enreda en amoríos «complicados» y acaba por ceder el puesto a otro «frescales» que por «casualidad» se llama como él, y de esto se derivan los cómicos traspiés de las escenas.

Excelente para reir, y éste es su mejor elogio.



Dos "ricos" tipos de las selvas africanas que fueron "pescados", en traje de gala, por el curioso objetivo de un "camera-man" y que aparecen en la sensacional película "En el corazón del Africa salvaje".

«Catalina de Rusia»

Nos hallamos frente a una pantalla que va reflejando un cinedrama con pretensiones históricas — «reconstrucción de época» — detalle éste que siempre tiene la virtud de escamarnos por los frecuentes atentados de esta índole a que hemos asistido. Aquí, en esta película, vamos a prescindir de reparos y censuras, tolerando las arbitrariedades que ustedes quieran, para señalar el interés que despierta por sus grandes conjuntos y por la brillantez de algunos cuadros. En general, todas las primeras figuras que intervienen en esta cinta, desde la emperatriz hasta sus diversos amantes, no alcanzaron a darnos la impresión de sus respectivos papeles, pecando todos ellos de artificiosos y mecanizados.

«Demasiada» película para actores tan medianejos.

«Martín Fierro»

Es una producción nacional en que, después de agradecer la buena intención de los filmadores y artistas, hay que confesar su extrema languidez. En una obra en que la acción abunda hemos advertido en el celuloide un estancamiento en las escenas, carentes de vida; y más que un espectáculo movido y conexo tocónos contemplar «vistas» independientes entre sí, como aquellas a que asistimos cuando el nacimiento de la cinematografía.

Es indudable que, ya por precipitación o bien por otras causas asimismo deplorables, esta cinta es muy inferior a lo que se merecía el poema.

El gordo barbón

No es una cinta: es un hombre que «trabaja» en muchas cintas. Y decimos trabaja porque, realmente, su esfuerzo corporal significa un trabajo ciclópeo. ¿No le conocen ustedes y no se han dislocado de risa cuando aparece en escena mofletudo, barrigón y gigantesco, remangándose con feroz parsimonia para descargar una de sus bofetadas-catapultas? ¡Ah! Es todo un tipo de ciento cuarenta kilos a quien los productores miman y pagan para que interprete papeles de Hércules, algunas veces en serio, pero sin abandonar su especialidad cómica. Hay que verlo cómo rebota y rueda, cómo se le infla la panza cuando jadea y de qué manera su macicez se presta a todo género de burlas, golpes, incidentes y trucos. Ya es un barril lleno de inmundicias que le cae por la cabeza; otras veces es el automóvil que aparenta destriparlo, rodando por encima de su corpachón; temblamos unos instantes cuando lo pisotean en un tumultuoso bar docena y media de bandidos, rompiéndole sillas y mesas en las espaldas, y a veces se nos corta la respiración al contemplarlo agarrotado del cuello por unos garfios, con los ojos saltones y los carrillos como globos. Nada, cualquier cosa, caricias. De repente vemos que se revuelve, que se sacude. ¡Tras! ¡tras! y ¡tras! Y los enemigos vuelan como astillas ante los puñetazos y las coces de este Firpo de la pantalla; pone en fuga a un vecindario, derriba y desarma muebles y, al fin, vemos que se perchan de sus fornidos brazos, semejantes a frescos duraznos suspendidos de nudoso tronco, doradas «girls» que se derriten de entusiasmo por sus hazañas y que le fulminan con miradas capaces de provocar un incendio en un cuartel de bomberos. Este es el tipo épico-cómico que excita hasta el griterío a los pibes que tienen la suerte de verle.

Bien merecía estos contados renglones.

Narciso Robledal.



EN 80 MENSUALIDADES SIN INTERES NI COMISION UN LOTE DE TERRENO EN

Villa Virginia

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo (F. C. S.), Grümbein Norte, Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.). Desde $ 1.20 por mes el lote, en 80 mensualidades, sin interés ni comisión.

Con pocos centavos diarios, usted asegura el porvenir de su familia. Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES! — Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires.

Condiciones de Venta

Lotes hasta 300 varas . . .	$ 1.20	por mes
„ de 399 „	„ 1.50	„
„ de 500 „	„ 2.00	„
Las esquinas	„ 1.80	„

Sobre la bondad de los títulos de propiedad puede informar el Escribano señor Pascual S. Gargiulo, calle Bolívar, 171.

TITULOS PERFECTOS

En 80 mensualidades, que se pagarán del 1 al 8 de cada mes, en nuestra Administración. — Todo comprador entregará como seña 6 mensualidades adelantadas por cada lote. — Escrituras una vez abonadas y transcurridas 40 mensualidades.

¡APROVECHEN los obreros que quieran construir su hogar!
¡APROVECHEN los especuladores!

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia:
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires.
Sírvase remitirme planos y datos de Villa Virginia.
Nombre...
Dirección...
¿Desea ser agente?..................................



El hombre culto, de trato exquisito, sabe que el mejor modo de obsequiar a un amigo es ofrecerle una copa de

Oporto DOM LUIZ

Por eso Vd. se preocupa de que nunca falte en su casa este delicado néctar, que es todo un sello de delicadeza y distinción.

BUENOS AIRES, 23 DE JUNIO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1290

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



UNA IMPORTANTE OBRA FERROVIARIA

INAUGURANSE LOS TRABAJOS DEL RAMAL QUE UNIRA LA PLATA CON AVELLANEDA

El gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo; el vicegobernador, doctor Pedro Solanet; el obispo de La Plata, monseñor Francisco Alberti; los ministros de Gobierno y Obras Públicas, señores Casás y Rodríguez Jáuregui; el presidente del Banco de la Nación, ingeniero Alvarez de Toledo, senadores y diputados nacionales y provinciales, dirigiéndose al lugar donde se efectuó la ceremonia inaugural, cuya importancia, por la gran significación que tiene para el fomento de la extensa zona que abarca, puso de relieve en su discurso el ministro de Obras Públicas.

Foto de Bell

25.º aniversario de las escuelas e institutos evangélicos Morris



El señor William Morris, director y fundador de tan benéficas instituciones, en la cabecera de la mesa con algunas damas y caballeros pertenecientes al personal docente que le obsequió con un te festejando tan grato acontecimiento.



Grupo de asistentes a la demostración en la que le fué en regalo al infatigable filántropo un hermoso pergamino de conmemoración y enaltecimiento suscrito por todos los empleados y colaboradores de los veinte centros con que cuenta en la ciudad.

Visita del doctor Alvear a establecimientos industriales de Avellaneda



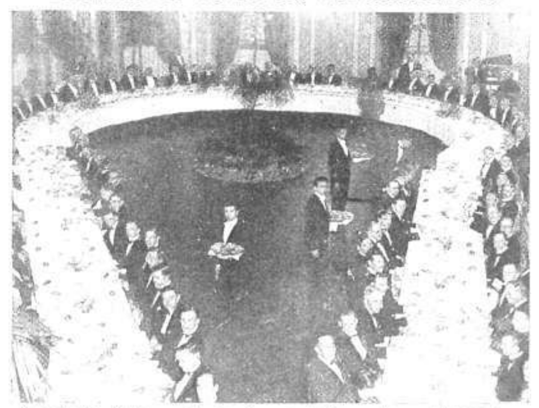
El presidente de la república, el ministro de Agricultura y diversos personajes que le acompañaron durante su visita a uno de los establecimientos industriales situados a orillas del Riachuelo, después de haber recorrido otros diversos, mostrándose sumamente complacido del funcionamiento y producción de todos ellos como exponentes de la industria nacional.

Festival de la Liga Patriótica Argentina



Familias que concurrieron al te danzante celebrado en el Savoy Hotel y auspiciado por la brigada 38 que preside la señorita Julia Lebrero, velada que resultó muy lucida.

Cámara de Comercio Norteamericana

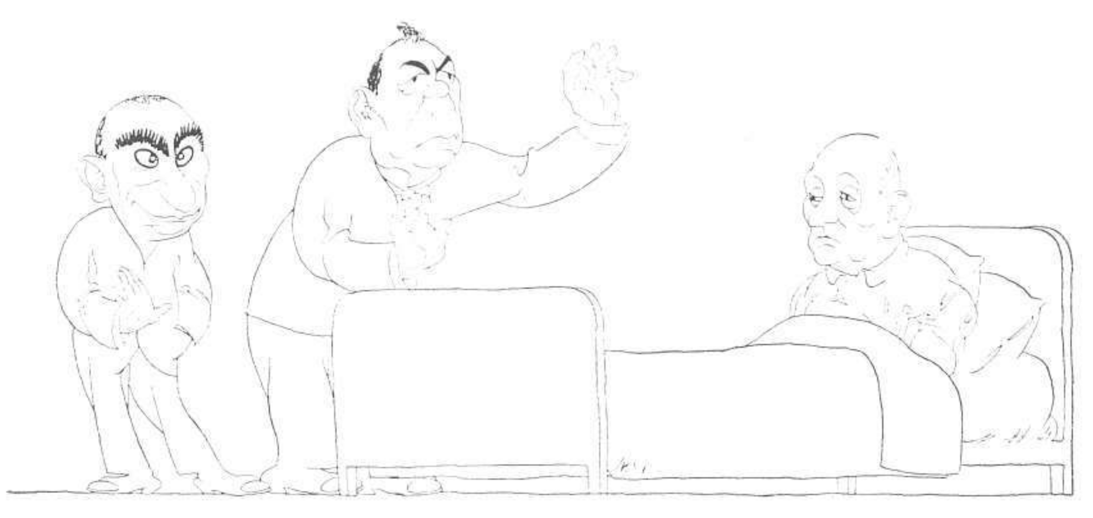


Aspecto del 4.º banquete anual organizado por la prestigiosa agrupación, al que concurrieron caracterizadas representaciones del comercio, de la banca y de la política del país.

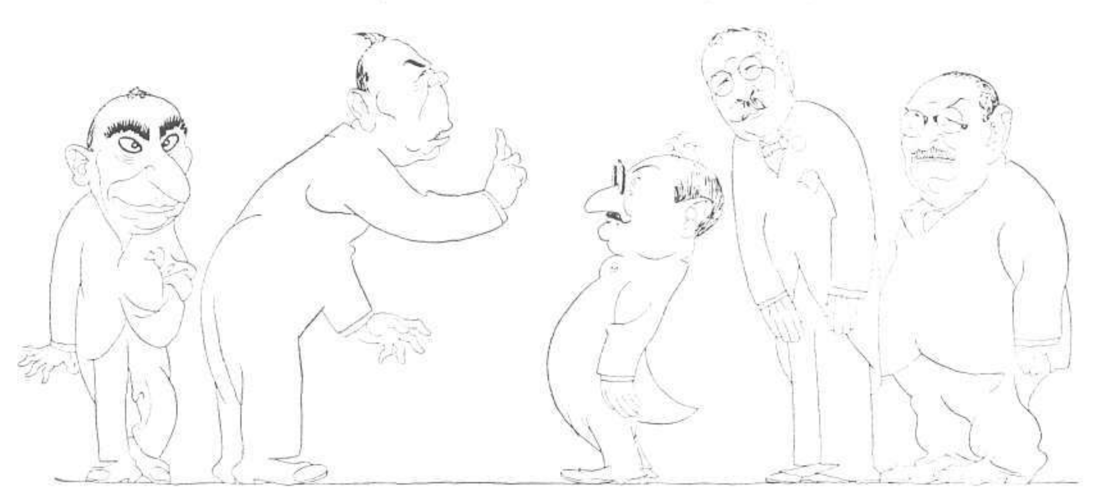
FOTOS DE VARGAS Y BELL.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

LA PANACEA



Irigoyen. — Doctor Melo, no le prueba a usted este clima. ¿Por qué no viaja durante una temporada?



Irigoyen. — Señores senadores, han firmado ustedes un documento que revela que no andan bien de salud. ¿Por qué no se van a viajar?



Elpidio. — ¿Y ahora a dónde vamos? ¿A la Casa Rosada?
Irigoyen. — . . . .
Elpidio. — ¿Querría usted recomendarle un largo viajecito a don Marcelo?

PARTIDO INTERNACIONAL DE FOOTBALL

Escoceses triunfan por 3 goals a 1 contra Combinados de la Zona Sud.



La linea media argentina contrarrestando un ataque llevado por los forwards contrarios.



Team de escoceses que resultó tri unfante en el interesante partido



Caldano, el guardavalla argentino, en el instante de ser vencido por un bajo y potente shot.



Delanteros escoceses apremiando al guardavalla argentino, quien salva su arco de una inminente caida.



Equipo argentino que fué vencido.



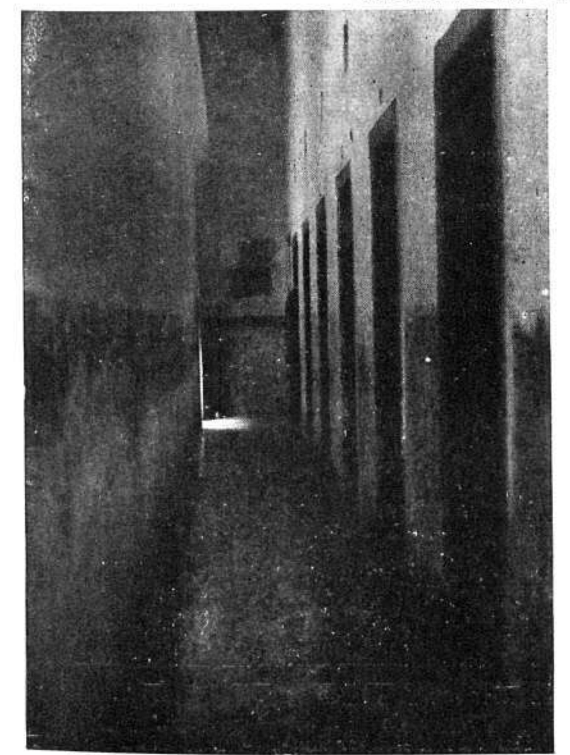
Castagnola, el excelente zaguero argentino y capitan de su team, luciéndose en una cortada.

EN EL SILENCIO QUE REINA EN LA PRISIÓN, ENTREGADOS AL REPOSO LOS RECLUSOS, EL CENTINELA PÉREZ MILLÁN TEMPERLEY, EN SU PUESTO DE GUARDIA, A POCOS PASOS DE LA QUE VA A SER SU VÍCTIMA, MEDITA EL PLAN QUE LUEGO EJECUTA CON LA FRÍA CONVICCIÓN DE LA VENGANZA.

LA TRAGEDIA DE LA PRISIÓN NACIONAL

A UN IMPULSO DE VENGANZA, EL GUARDIACÁRCEL ERNESTO PÉREZ MILLÁN MATA A KURT WILCKENS, EL ASESINO DEL TENIENTE CORONEL HÉCTOR VARELA.—EL INTENSO DRAMA SE DESARROLLÓ EN LA CELDA DEL PRESO, POR CUYA PUERTA ENTREABIERTA LE DISPARÓ UN TIRO CON SU MÁUSER EL HOMICIDA.

Fotografías tomadas exclusivamente por "Caras y Caretas" en el sitio donde se produjo el grave suceso.



EL TÉTRICO Y ANGOSTO CORREDOR DONDE SE HALLAN LAS CELDAS PARA ENCAUSADOS DISTINGUIDOS, UNA DE LAS CUALES, LA PRIMERA FRENTE AL [illegible]



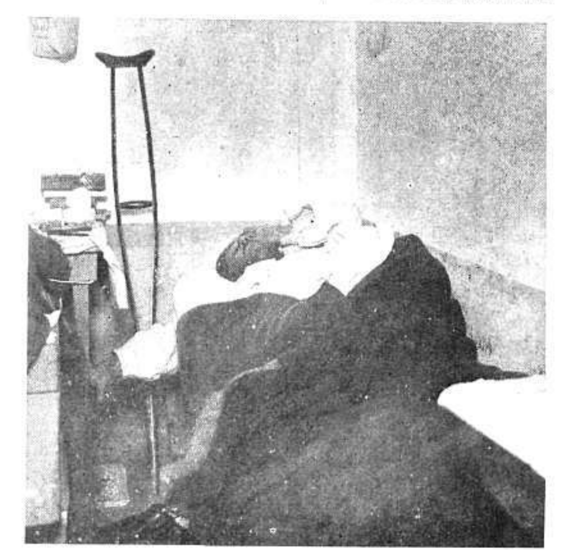
SEÑOR LUIS CONTE, INSPECTOR DE ALCAIDES, QUE



PÉREZ MILLÁN, DISPUESTO A CONSUMAR SUS PROPÓSITOS, INDAGA EN LA OBSCURIDAD DE UNA CELDA SI SU OCUPANTE ES WILCKENS, Y AL CONVENCERSE DE SU EQUIVOCACIÓN SE RETIRA CAUTELOSAMENTE PARA DIRIGIRSE HACIA LA QUE BUSCA CON ANSIEDAD.



EL IMPRESIONANTE MOMENTO EN QUE EL CRIMINAL, ASOMÁNDOSE A LA PUERTA ENTORNADA DE LA CELDA, LLAMA A WILCKENS, PREGUNTÁNDOLE SU NOMBRE, Y AL ÉSTE INCORPORARSE Y CONTESTAR, LE APUNTA RÁPIDAMENTE CON EL MÁUSER.



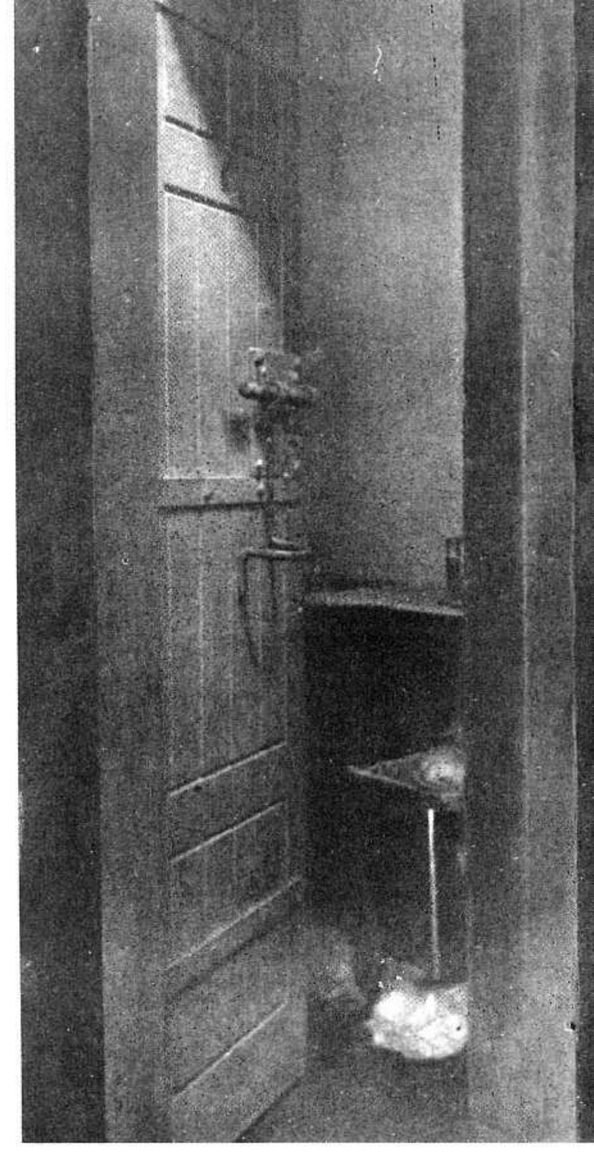
LA VÍCTIMA AGONIZANDO SOBRE LA TARIMA DE SU CELDA MOMENTOS ANTES DE SER CONDUCIDA A LA ENFERMERÍA DE LA PRISIÓN, DONDE FALLECIÓ DESPUÉS DE UNA PROLON-



UNA DE LAS ÚLTIMAS FOTOGRAFÍAS DE KURT WILCKENS, OBTENIDA EN LA PENITENCIARÍA NACIONAL CUANDO SE HALLABA EN ASISTENCIA DE LAS HERIDAS SUFRIDAS AL ATEN- [illegible] TENIENTE CORONEL VARELA.



Y CON SEGURO PULSO, EL GUARDIA CÁRCELES, TENIENDO A SU VÍCTIMA A POCOS PASOS, LE DESCERRAJA UN TIRO QUE LE CAUSA MORTAL HERIDA EN EL PECHO, ATRAVESÁNDOSELO POR EL LADO IZQUIERDO, YENDO LA BALA A INCRUSTARSE EN LA PARED.



ENTRADA DE LA CELDA DONDE SE HALLABA ALOJADO EL ANARQUISTA MUERTO. LA PUERTA ENTREABIERTA TAL COMO QUEDÓ DESPUÉS DE OIRSE LA DETONACIÓN, A CUYO RUIDO, QUE SEMBRÓ LA ALARMA EN LA CÁRCEL, ACUDIÓ PRESUROSA LA GUARDIA.



ERNESTO JORGE PÉREZ MILLÁN TEMPERLEY, QUE MATÓ A WILCKENS OBRANDO, SEGÚN SUS DECLARACIONES, PARA VENGAR LA MUERTE DEL TENIENTE CORONEL VARELA, DE



EL DELINCUENTE CUSTODIADO POR UN OFICIAL DE LA COMISARÍA 33, DONDE SE LE LLEVÓ DETENIDO Y DONDE RATIFICÓ ANTE EL JUEZ LOS MÓVILES QUE LO INDUJERON A COMETER

Una transcendental jornada de boxeo

FIRPO-Mc. AULIFFE Y WILLARD-JOHNSON

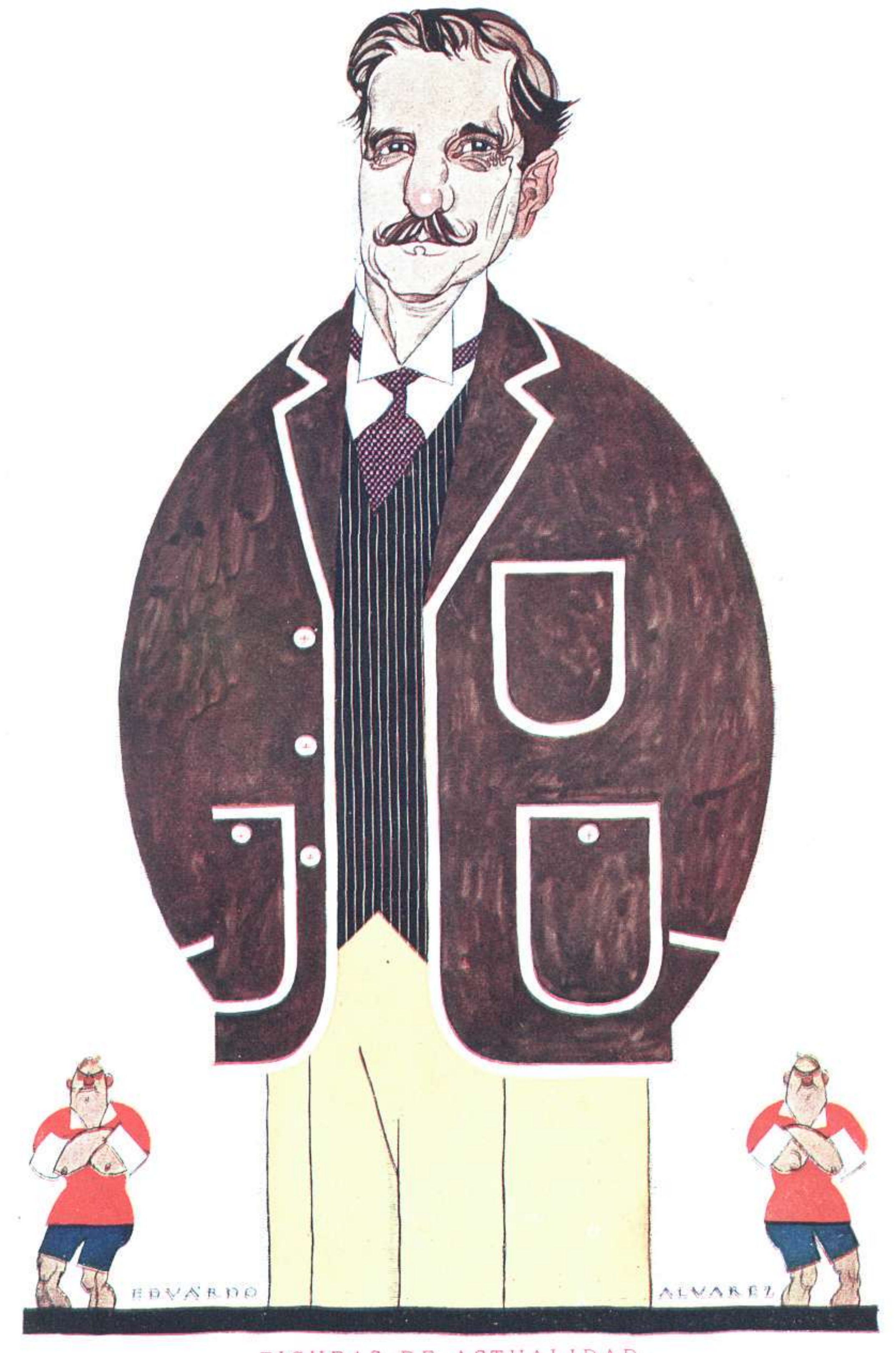
EMOCIONANTE MOMENTO EN QUE FIRPO, DESPUÉS DE COLOCAR SU FORMIDABLE DERECHA, PONE «KNOCK OUT» A SU TEMIBLE RIVAL EN EL TERCER ROUND.



NUESTRO CAMPEÓN FIRPO, AUN NO LEVANTADO MC AULIFFE, RECIBE UNA DELIRANTE OVACIÓN DEL IN-

Fotografías enviadas especialmente para CARAS Y CARETAS

WILLARD, EL PRÓXIMO CONTENDOR DE FIRPO, EN EL INSTANTE DE DERRIBAR POR «KNOCK OUT» TÉCNICO



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. ADRIAN BECCAR VARELA

PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN AMATEURS DE FOOTBALL

POR ALVAREZ.

Se entrena, creyendo
que hará algo estupendo,
y logra después
hacer *goal*, trayendo

La Página de la Moda

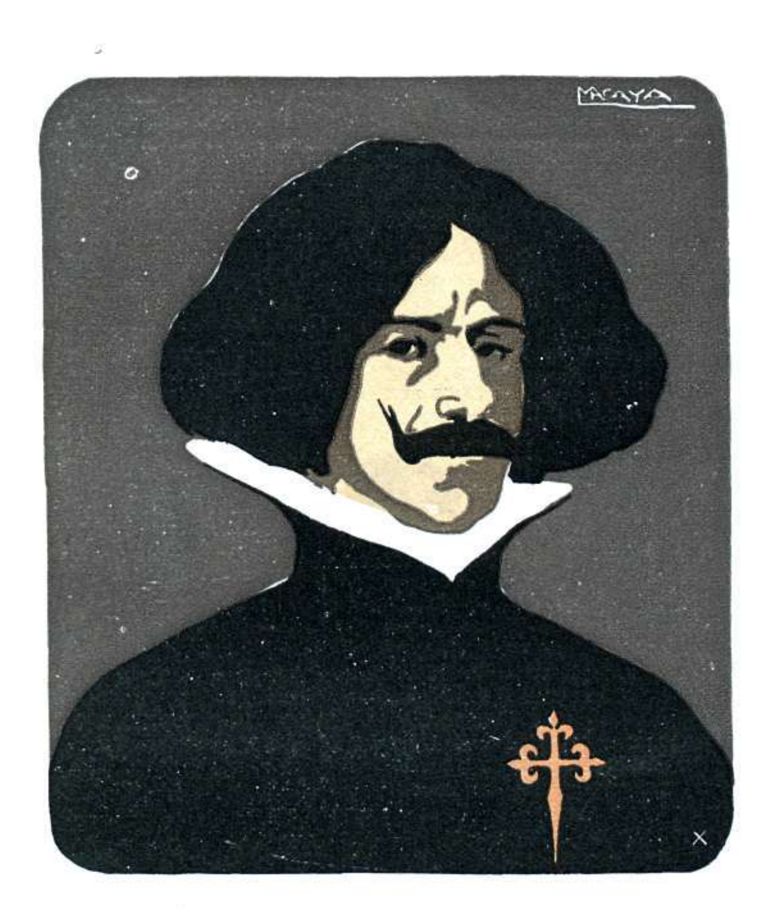
Últimos Modelos

ELEGANTE MODELO, DE ORIGINAL CONFECCIÓN, LUCIDO EN LAS ÚLTIMAS EXHIBICIONES DE LONGCHAMP.

DISCRETO ESTILO «TUTANKHAMEN» EN QUE EL BUSTO Y LOS BAJOS DE LA POLLERA APARECEN ARTÍSTICAMENTE RECAMADOS.

UNA ATRACTIVA «TOILETTE» CRUZADA VERTICALMENTE POR DOS BANDAS DIBUJADAS A LA MODA EGIPCIA.

AIROSO TRAJE DE CAPA QUE ATRAJO LA ATENCIÓN GENERAL POR SU SUELTA SENCILLEZ SIN PERDER SU «FARAONISMO».



HOMBRES CÉLEBRES

VELAZQUEZ

JUAN Rodríguez de Silva y Jerónima Velázquez bautizaron en Sevilla, el día 6 de junio de 1599, a su hijo Diego. Aunque este sevillanito firmó casi siempre Diego de Silva Velázquez, la posteridad lo conoce por Diego Velázquez de Silva, o solamente por el apellido materno Velázquez, que hizo célebre en todo el mundo.

Debió ser Velázquez un niño prodigio porque cuando se casó en 1618 con la hija del pintor Francisco Pacheco ya llevaba cinco años en el estudio de éste y ya se había peleado antes con el pintor Herrera «el Viejo». Así, pues, tendría unos trece años al empezar su aprendizaje. A esta edad había convencido a sus padres de que la verdadera vocación de él estaba en la pintura. Los padres quisieron que estudiara Filosofía y Letras, concediéndole permiso finalmente para dedicarse a la pintura.

¿Será una exageración andaluza decir que Dieguito sabía dibujar desde que nació, o poco



tiempo después? Yo lo estoy viendo con un pedazo de carbón en la mano *manchando* las paredes, mientras los vecinos y vecinas sevillanas se hacían cruces y comentaban las habilidades de «¡este demonio de niño!» Sin exageraciones puede afirmarse que a los 9 años Dieguito dibujaba muchísimo mejor que todos sus compañeros de escuela.

Total: que a los 19 años su maestro Pacheco le concedía el honor de casarse con su hija doña Juana Pacheco. ¡No me negarán que fué un esposo prodigio!

Entonces había en Sevilla muchos pintores buenos entre los cuales sobresalió Velázquez. Allí en aquella ciudad entusiasta la gente no busca obstáculos al talento: el que vale vale, y todos se apresuran a ponerle sobre los cuernos de la luna.



Por eso, indudablemente, los artistas sevillanos le convencerían de que Sevilla era pequeña para tanto talento. En 1622, es decir, cuando Velázquez cumplió sus veintitrés años, fué a Madrid. Ya era autor de varios cuadros que son célebres. Un canónigo de la catedral de Sevilla, Juan Fonseca y Figueroa, trató de conseguir que el muchacho pintase nada menos que el retrato del rey Felipe IV.

El cariñoso canónigo sabía que su protegido no le iba a dejar mal; pero sus diligencias no lograron éxito. Velázquez regresó a Sevilla lleno de tristeza. Sin embargo, no había desperdiciado el tiempo, pues además de visitar los museos madrileños pintó un magnífico retrato del poeta Góngora.

Tal vez el mérito de este lienzo unido a los trabajos del canónigo Fonseca lograron que al año siguiente el condeduque de Olivares, favorito de Felipe IV, le escribiera enviándole la orden y dinero para ir a Madrid.



En unas cuantas semanas Velázquez pintó al rey a caballo, tan bien que toda la corte se quedó con la boca abierta.

Don Felipe IV le admitió en su real servicio señalándole el sueldo mensual de 20 ducados. Por más que esta suma fuese relativamente considerable para aquellos tiempos, no hay que envidiarle la suerte al gran pintor. Además se le pagaban los trabajos extraordinarios, y como pintor del rey tenía 300 ducados anuales.

Siguió Velázquez pintando como él sabía hacerlo. Entre otras obras hizo «La expulsión de los moriscos», en competencia con tres famosos pintores, ganándose el premio. En 1628 se le fijaba un sueldo igual al que disfrutaban los ayudantes de barbero del rey, por todas las obras ya hechas para S. M. y las que hiciese en lo sucesivo. Ese mismo año se hizo amigo del genial Rubens que había llegado a Madrid en misión diplomática. Rubens le decidió a marchar a Roma donde supo estudiar los mejores cuadros de la escuela italiana. Esta visita le hizo adelantar muchísimo en su carrera. Al volver a Madrid traía Velázquez dos de sus mejores lienzos: «Apolo en las fraguas de Vulcano» y «La túnica de Josef».

Continuó pintando para el rey obras tan hermosas como el «Cuadro de las Lanzas», «Cristo difunto», los retratos de Felipe III, Felipe IV y otros prodigios que podrás admirar en libros y álbumes dedicados al gran pintor.

En 1648 volvió a Roma donde pintó el admirable retrato del papa Inocencio X. Los pintores italianos reconocían su prodigioso talento y le hicieron «académico romano».

Volvió de Roma en 1651 llevando a Madrid copias de esculturas famosas para una academia que no se fundó.

En 1652 el rey nombróle su aposentador, cargo que desempeñó durante ocho años. Este cargo no le quitó tiempo para seguir pintando obras maestras como «Las hilanderas», «Las meninas», «San Antonio» y «San Pablo». También hizo varias obras arquitectónicas.

Velázquez era un trabajador que no descansaba. Su vida no nos ofrece esas anécdotas y aventuras tan comunes entre los grandes hombres. *Fué muy sencillo y muy modesto.*

Cuando murió la justicia dijo que Velázquez debía al fisco unos 3.400 pesos. Su yerno, el pintor Juan Bautista del Mazo, pagó hasta el último real de esta deuda. Los enemigos de Velázquez le calumniaron por este débito. Aunque hubiese dejado un descubierto de cien millones poco se habría cobrado del rey este rey de la pintura.

Velázquez murió el 7 de agosto de 1660, a raíz de un viaje real en el que tuvo que trabajar como un negro.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

LOS MIGUELETES EN EL CONVENTO

por

RAIMUNDO CASELLAS



AVISAD a la Madre superiora... ¡Madre superiora! ¡De prisa!... ¡Tengo que hablar a la Madre superiora! — gritaba jadeante, cansada, la mandadera del convento, atravesando la huerta.

— ¡Corred! ¡Avisad a la Madre superiora! ¡De prisa! ¡En seguida! ¡Corred! — repetía como perseguida por el terror, mientras entraba en el monasterio, quieto y solemne en aquella hora tranquila de la tarde, atravesando los bancales del huerto, dejando atrás las tapias del claustro pequeño, deslizándose por las veredas del frutal, penetrando en la galería del claustro mayor, sin parar de correr hasta llegar a la portería y entrar en el vestíbulo y abrir la mampara del locutorio.

Los mozos de labranza, la hortelana, la portera, los monagos, asustados por aquella carrera de diantre, acompañada de tantos gritos y escándalo, se habían asomado al paso de la mandadera y preguntaban con ansiedad:

— ¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

— Nada, nada. No lo queráis saber. ¡Avisad a la Madre superiora!

El convento entero, alarmado por la gritería de aquella mujer alborotada, se puso en conmoción, como si por un instante se despertase del sueño majestuoso en que yacía desde tantos siglos, en medio de la inmensa paz de la Naturaleza solitaria. Entre el calado de las celosías y por los resquicios de los ventanales parecían parpadear cien miradas impacientes por adivinar la causa insospechada de aquel estruendo que resonaba por patios y corredores como presentimiento de una desgracia. ¿Es que la desaforada guerra civil, que por todas partes arrasaba la comarca, llamaba ya con sus manos sanguinarias a la puerta del monasterio?

Cuando la mandadera se halló frente a la superiora, apenas pudo articular palabra: tanto era su desasosiego.

— ¡Tristes de nosotras! — exclamaba sollozando.

— ¡Qué desgraciadas somos!

— Pero... por Jesús Redentor — decía la Madre.— ¡Di pronto lo que sucede!

— ¿Qué sucede? ¡Que tenemos migueletes en el convento!

— ¿Que tenemos migueletes?

— No los tenemos aún, pero los tendremos. No pueden tardar.

— Pero..., ¿quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes? Quizá van a Vilavieja y pasarán de largo.

— ¡Ah, madre y señora! Harto vendrán. Si quisieran ir a Vilavieja, habrían tomado el atajo de los almezos, y cuando yo los he visto ya estaban más hacia acá.

Las explicaciones de la mandadera dejaron sin ánimo a la Comunidad, que, alarmada por aquellas noticias, había acudido al locutorio, sin demasiado respeto a los lazos de la disciplina, que en aquella hora de suprema ansiedad se aflojaban insospechadamente. Como un vuelo de palomas temerosas, todas aquellas mujeres de hábitos blancos habían corrido a agruparse en torno a la superiora, que levantaba los ojos como pidiendo inspiración al Cielo.

Había llegado la hora tan temida desde el principio de la guerra. Ya no cabía ni el consuelo de dudar. Las manos, heladas del miedo, se posaban en el corazón, y las religiosas se miraban unas a otras, aterrorizadas. El temor se les manifestaba en la palidez de los rostros, en el temblor de los cuerpos, en el azoramiento de los ojos. Sólo una novicia, de aire menos tímido, se atrevió a avanzar unos pasos, y con resolución, de la que le parecía mentira sentirse capaz, insinuó:

— Madre, madre nuestra..., ¿si tocásemos a somatén?

La superiora cerró un instante los ojos, como si reflexionase la conveniencia de aquella proposición atrevida, que en cualquiera otra ocasión menos congojosa habría parecido una falta a la humildad y a la obediencia. Pero en aquellos momentos de angustia, lejos de pensar en reglas y jerarquías, la Madre superiora, que llevaba en las venas sangre de aquel invicto general que había hecho temblar al enemigo durante la guerra con Francia, calculaba rápidamente la posibilidad de una resistencia desesperada, reuniendo los hombres del huerto, la gente del cultivo..., y preguntó de pronto, encarándose con la mandadera:

— ¿Ellos son muchos?

— ¡Ay, madre! ¡Una multitud! ¡Un no acabarse!

— Entonces, ya que no podemos intentar por nosotras mismas una defensa..., hay que encomendarla al Cielo.

Y dirigiéndose a las religiosas, les dijo solemnemente:

— Hijas mías, hermanas mías: Dios Todopoderoso se ha servido poner a prueba nuestra fortaleza. A El, que es fuente de toda gracia y de toda virtud, hemos de acudir fervorosas para que nos ilumine y nos conforte.

* * *

Y mientras la Comunidad se dirigía a la capilla para rezar, la Superiora, en previsión del asalto, dictaba las últimas providencias. La resolución, adoptada instantáneamente por las religiosas, no podía ser más breve, más sencilla ni más heroica. Mientras ellas estuviesen en la capilla, la mandadera se pondría al acecho para avisarlas en cuanto se acercase la tropa. Entonces saldrían todas a ocultarse en el ángulo de la galería superior del claustro que comunica con el coro. Aquel rincón, alto como es y con tres arcos, cubiertos de celosías, era el mejor para vigilarlo todo sin ser vistas. Y llegada la hora del peligro, desde allí podían deslizarse hasta el coro y trepar campanario arriba. Porque, resueltas como estaban a pasar por todo, hasta por el martirio..., antes se arrojarían de lo alto del campanil que permitir que una mano impura profanase sus hábitos inmaculados.

— ¡Señor, dadnos valor! ¡Señor, concedednos fortaleza! ¡Asistidnos, Señor! ¡Señor, amparadnos! — salmodiaban, postradas ante el altar, las vírgenes blancas, afanosas por serenar con las preces las turbaciones del alma atribulada. Pero podía más el terror que los propósitos de firmeza, y por encima de la serenidad de la oración no tardó en alzarse en el pensamiento de las pobres monjas aquel espectro de profanación y sangre que les aterrorizaba el espíritu.

Cada una de ellas recordaba los casos que había oído contar de conventos asaltados por las turbas desenfrenadas, de escenas de sacrilegios y violaciones que durante las últimas guerras habían profanado los claustros, dejando perdurable rastro de vergüenza y de dolor. Por la imaginación empavorecida de las santas mujeres desfilaban las más terribles imágenes de sangrientas violaciones, de impúdicos contactos, de forzadas desnudeces virginales, que eran terribles de soñar. Todas las leyendas de claustros profanados, todas las historias de castas vírgenes violadas, adquirían el color más siniestro, la forma más horrible, en aquel delirio del pensamiento alborotado por el miedo.

— ¡Ya están aquí! — avisó la mandadera, asomando la cabeza por la puerta. — ¡Ya están aquí!...

Las monjas abandonaron la capilla, rezando, pálidas como la cera y temblorosas las piernas. A los pocos instantes vieron por la parte de la huerta una polvareda que se acercaba, coronada por el brillo de las bayonetas. La gente armada atravesó el senderuelo y los caminales del huerto..., y a cada paso que avanzaban los migueletes, el corazón de las religiosas latía con más violencia. Unas murmuraban: «¡Amparadme, Señor!», y otras se enjugaban el frío sudor de la frente.

A paso de carga atravesaron los migueletes el claustro pequeño y el frutal, y en cuanto llegaron al claustro mayor se derramaron por todos lados, después de dejar las armas recostadas contra los basamentos de las columnas. Los viejos se guarecían al socaire de las galerías y extendían en el suelo las mantas, para tenderse sobre ellas, o encendían calmosos las pipas. Los jóvenes corrían de acá para allá por el patio, unos pozando agua de la cisterna otros encendiendo sarmientos para aliñar algún, condumio traído de la villa.

A pesar de los fatídicos presentimientos de las monjas, parecía que todo iba a discurrir en paz y tranquilidad..., cuando, súbitamente, se alzó un gran clamor, una algarabía, una batahola, que les heló la sangre en las venas. Un grupo de migueletes, asomando por un ángulo de la galería, reñía a gritos y empellones y corría detrás de una pelota.

— ¡Deja en paz la pelota, o te rompo el alma!

— Me toca a mí. ¡Rayo de Dios!

— No, a mí.

— A mí.

— A mí, a mí... — gritaban los mozos, sin ahorrar el ruido ni la blasfemia, empeñados en una disputa que no llevaba traza de terminar, si uno de ellos, más pronto y resuelto que los otros, no se hubiera apoderado de la pelota. Y mientras él se preparaba a tirar, rebotándola contra el suelo, los demás se subían las mangas y los pantalones, para que la ropa no les impidiese la libertad de los movimientos... Y en seguida se entregaron al juego. ¡Qué bravo espectáculo garrido el de aquellos gañanes altos, robustos, bien plantados, que mostraban, como atletas, una carne tostada y fuerte, de músculos de acero templado al aire y al sol de las montañas!

— ¡Allá va!

— ¡Venga!

— ¡Otra!

— ¡Tiras tú!

La alegría bulliciosa, el ímpetu desbocado de aquella caterva de mozos forzudos, desenvueltos y en plena savia de vida, no podía por menos que seducir la mirada de las religiosas. Con silenciosa atención contemplaban todas las garridas actitudes que, arrastrada por el torbellino del juego, adoptaba aquella juventud robusta y despreocupada. La agilidad con que se inclinaban los jugadores, doblando el cuerpo, para recoger la pelota, que, pasada y casi en tierra, parecía que ya no podía volver a elevarse; la ligereza con que corrían a recogerla cuando, rebatida por el muro, se alejaba describiendo curva graciosa; la fuerza brutal con que un manotazo la volvía a rebotar contra la pared...; todos aquellos prodigios de destreza, de fuerza, de gesto impetuoso, tenían como extasiadas a las pobres monjas, que jamás habían soñado con un espectáculo tan airoso de la juventud haciendo gala de sus ímpetus vigorosos.

. — ¡Va!

— ¡Venga!

— ¡Tanto!

— ¡Demasiado alta!

El terror de antes casi se había desvanecido por completo en el corazón de las religiosas, y, en su lugar, parecía nacer un sentimiento extraño, misterioso, indefinible; una a manera de contrariedad; algo parecido al desengaño que sufrimos cuando vemos a punto de fracasar aquellas cosas que, terribles y todo, se juzgan inevitables... y no acaban de suceder. Reprimiendo el respiro y con el alma asomada a los ojos, las monjas seguían embelesadas el vaivén del juego, casi extáticas de admiración..., cuando, de pronto, sonó un toque de corneta que las dejó frías... *Teré... te, te, te.*

* * *

Como resucitado por aquel son agudo y estridente que desgarraba el aire, volvió a levantarse en la imaginación de las religiosas el fantasma de sangre y de profanación, aunque no tan horrible y siniestro como el que las aterrorizaba una hora antes. En el tiempo transcurrido a presencia de los migueletes, el terror había ido cediendo; pero no por eso dejaban de imaginarse la violación sacrílega de la clausura, el santo monasterio asaltado, la pureza de los hábitos envilecidos, la blancura de las celdas profanada.

Teré... te, te, te, trinaba la corneta, y las monjas, asustadas, viéndose ya en el desenlace de la sangrienta tragedia, se miraban unas a otras, diciéndose, con cierta resignación:

— ¡Esta sí que es la hora!... ¡No hay remedio!... ¡No hay remedio!

Pero..., no..., tampoco. La alarma era infundada. El toque de corneta era la orden de marchar, porque toda aquella gente tenía que reunirse al anochecer con los voluntarios de Vilavieja. Los migueletes se pusieron en movimiento; los que estaban acostados en las mantas se levantaban desperezándose; los que jugaban a la pelota pararon en seco, sin acabar la partida. Unos y otros corrían a recoger las armas, que dejaron arrimadas a las columnas. Unos se colgaban el zurrón a la espalda, a manera de mochila; otros se ataban las alpargatas; los de aquí se cargaban el fusil al hombro; los de allí se apretaban la canana.

Movidas de curiosidad, las monjas se apretujaban en su escondite, impacientes por mirar por las rendijas y adivinar la causa de aquella actividad, que no sabían comprender. Pero tanta fué la fuerza con que se empujaban contra las celosías, que, cediendo el tejado de madera al empellón, se abrieron de par en par los ventanales, dejando las monjas al descubierto. Al ruido que hicieron crujiendo las maderas, los migueletes levantaron la cabeza, admirados por la súbita aparición de aquellas mujeres blancas.

— ¡Estamos perdidas! — dijeron las monjas entre sí. — ¡Nosotras mismas nos hemos vendido!

Ante aquella extraña situación, los hombres, sorprendidos, empezaron a reír al ver que el azar había descubierto tan impensadamente el escondrijo de las monjas. Ellas, de momento, intentaron refugiarse en el coro; pero después, creyendo vana toda diligencia, se esforzaban por sonreír, y hasta la superiora, sacando fuerzas de flaqueza, movió la cabeza como saludando. Muchos hombres hicieron lo mismo, quitándose las barretinas; un oficial, descubriéndose airosamente, dijo:

— ¡Buenas tardes!

Pero en esto, un nuevo toque de corneta puso en formación a los migueletes. Alineados y con el arma al hombro, empezaron a desfilar con cierto sentimiento de dejar el monasterio. De vez en cuando volvíanse a mirar a las monjas, y ellas, inmóviles y silenciosas, les miraban salir del claustro. Pronto se les volvió a ver por entre los árboles frutales; después, por el claustro pequeño...; al cabo de un momento, ya imprecisos, por los senderos del huerto. Ya más lejos, sólo se veían las bayonetas, que brillaban como chispas al beso del sol poniente. Por fin, sólo se divisaba una humareda lejana, que era el polvo del camino, y no quedó ya de la partida ni rastro, ni sombra, ni señal. Pero todavía allí, en la parte alta del claustro, quedaban muchas monjas con la vista fija en el camino de Vilavieja.

Finalmente... también las monjas fueron desfilando despacio, meditativas y preocupadas, hacia el interior de la clausura. En aquella hora ensoñada del anochecer, con los hábitos blancos y la actitud desmayada, parecían almas en pena vagando por la soledad. Caídos los mantos, como alas heridas, deambulaban unas a lo largo de los corredores, perdida el alma y distraída la mirada; otras, tanteando en la sombra, se internaban en las celdas, tristes, marchitas, mustias.

Y en el refugio de la oración volvieron a hallar las santas mujeres la serenidad de espíritu, turbada un instante por la invasión de las humanas turbas en el recinto sagrado.



DIBUJOS DE BESARES



AUTOBIOGRAFIA

Dos o tres personas me han escrito en diferentes ocasiones diciéndome que si yo publicara mi autobiografía acaso la leerían cuando lo permitieran sus ocupaciones. En vista de esta ansiedad frenética, creo que debo acceder a las instancias del público. He aquí, pues, mi autobiografía.

Soy de ilustre prosapia, y mi familia tiene ejecutorias de una antigüedad incalculable. El primero de los Twain que recuerda la historia no fué un Twain, sino un amigo de la familia apellidado Higgins. Esto ocurría en el siglo XI, y nuestros antepasados vivían entonces en Aberdeen, condado de Cork, Inglaterra. Hasta hoy no hemos podido averiguar la causa misteriosa de que nuestra familia llevara el nombre materno de Twain, en vez del paterno de Higgins. Tenemos ciertas razones domésticas muy poderosas para no haber persistido en la investigación de ese enigma histórico. En algunos casos los Twain adoptaron este o aquel alias, y siempre lo hicieron para evitar embrollos enojosos con curiales y corchetes. Pero, volviendo al asunto Higgins, si mis lectores tienen una curiosidad muy viva, conténtense con saber que el misterio se redujo a un incidente vago y romántico. ¿Qué familia antigua y linajuda no conserva el perfume de esas poéticas penumbras de paternidad y filiación?

Al primero siguió Arturo Twain, cuyo nombre fué famoso en los anales de las encrucijadas inglesas.

Arturo contaría treinta años cuando se dirigió a una de las playas más aristocráticas de Inglaterra, llamada vulgarmente presidio de Newgate, y muchas personas presenciaron su muerte súbita en ese lugar de recreo.

Su descendiente, Augusto Twain, estaba de moda allá por el año 1160. Era un humorista extraordinario. Poseía un viejo sable del mejor acero conocido entonces. Augusto Twain afilaba muy bien la brillante hoja de su sable, y se situaba por las noches en un lugar conveniente del bosque. A medida que pasaban los caminantes, Augusto los ensartaba con su sable, sólo por el gusto de ver cómo saltaban, pues ya dije que era muy original en sus diversiones. Parece que la perfección artística de su obra llamó la atención pública más allá de ciertos límites. Algunas autoridades competentes en la materia tuvieron conocimiento de los rasgos humorísticos de Augusto, lo espiaron por la noche y se apoderaron de él en el momento de una de sus bromas. Los agentes de esas autoridades recibieron la orden de separar la extremidad superior de Augusto y llevarla a un sitio elevado que estaba en Temple Bar. Todo el vecindario se congregaba diariamente para ver aquella parte de la persona de Augusto, que nunca había ocupado antes un lugar tan eminente.

Durante los doscientos años que siguieron, es decir, hasta el siglo XIV, la familia fué ilustrada por las proezas de muchos héroes, a quienes tocó en suerte — de otro modo habrían muerto en la obscuridad — seguir el camino victorioso de los ejércitos, cubriendo siempre la retaguardia, y abri-

la marcha cuando se daba orden de regresar a los cuarteles después de la lucha. Se engañaba Froissart al asegurar que el árbol genealógico de nuestra familia sólo tenía dos ramas en ángulo recto con el tronco, y que se distinguía de otros árboles en que daba frutos durante todo el año. Esa es una calumnia y una necedad del viejo cronista.

Llegamos al siglo XV. En esa época floreció Twain *el Hermoso*, llamado también *el Letrado* o el de la *Pluma de Oro*. Tenía una habilidad insuperable para imitar la letra y la firma de todos los mercaderes de aquel país. La gente se caía muerta de risa al ver cómo sacaba partido de aquella aptitud, en la que llegó a una completa perfección. No se podía pedir más. Desgraciadamente, parece que, por efecto de una de esas firmas, se comprometió mi antepasado a servir de picapedrero en una carretera durante un largo período de años, y que la rudeza del trabajo le echó a perder la mano para una obra delicada como era la de su ejercicio caligráfico. De vez en cuando dejaba el trabajo penoso de la carretera, pero poco tiempo después volvía al enganche por algunos años, y así estuvo con breves interrupciones, muy cerca de medio siglo, mejorando las vías de comunicación y empeorando sus ya mermadas facultades para el manejo de la pluma. Todo tiene compensaciones. Tal era la satisfacción de los capataces de la carretera, que en los últimos años mi egregio antepasado no se alejaba más de una semana del lugar de sus tareas, y los agentes de la autoridad lo persuadían muy fácilmente para que volviese al servicio público. Así murió, honrado y llorado por todos. Perteneció a la Orden de la Cadena. Llevaba siempre el cabello muy corto, y manifestó un gusto especial por la ropa de lienzo con rayas. Casi nunca usaba otra, y el gobierno se la proporcionaba gratuitamente. He dicho que la patria lloró la muerte de mi antepasado, sin duda a causa de sus servicios, pero más aún por los hábitos de regularidad que adquirió en el trabajo de las carreteras.

Andando los años, nuestra familia se ilustró con el nombre glorioso de Juan Morgan Twain. Vino a los Estados Unidos en compañía de Colón, aunque como simple pasajero de su carabela. Parece que mi antepasado era un hombre de cáscara amarga. Durante la travesía no cesó de dar quejas al patrón del buque por la mala comida, y amenazaba con quedarse en la playa si no mejoraba el servicio. Insistía, sobre todo, en que se le diera sábalo fresco, aunque no lo hay en los mares de América. Andaba siempre sobre cubierta con las manos en los bolsillos del pantalón, y cuando pasaba junto a D. Cristóbal se le reía en las barbas de un modo impertinente. Decía contra él mil horrores en los corrillos de pasajeros y tripulantes. Entre otras cosas, aseguraba que Colón no tenía la menor idea de América, y que había emprendido el camino a tontas y a locas, puesto que aquel era su primer viaje al Nuevo Mundo. Cuando uno de los marineros gritó: *¡Tierra!*, todos se conmovieron. Sólo él permaneció impasible. Estuvo viendo la mancha gris con un vidrio ahumado, que, según ciertos cronistas, era un pedazo de botella, y exclamó desdeñosamente: «No hay tal tierra. ¡Que me cuelguen si lo que vemos no es una balsa de indios americanos!»

Al embarcarse no llevaba consigo sino un envoltorio de periódico, en el que había un pañuelo, un calcetín de lana, uno de algodón, una camisa de dormir y no sé qué otro objeto. Cada pieza tenía iniciales diferentes. Sin embargo, durante el viaje inventó la novela de *su baúl*, y no cesaba de hablar de *su baúl*. Todos los pasajeros juntos desaparecían y quedaban anulados cuando se presentaba mi antepasado en la cubierta. Si el buque hundía el pico, mi bisabuelo llamaba a los grumetes para que llevaran *su baúl* a popa. El se situaba en lugar conveniente, a fin de ver el efecto. Si se sumía la popa, al instante mi célebre antepasado buscaba a Colón para sugerirle la maniobra indicada, y ofrecía *su baúl*. ¿Me preguntáis qué contenía ese baúl? Yo os diré en dos palabras que mi antepasado era un hombre extraordinario. Consultad el *Diario* de Colón, y veréis lo que dice el Almirante de las Indias. No acusa a mi antepasado. No hace una indicación que, aun veladamente, sugiera la idea de una conducta incorrecta. Colón se limita a afirmar que aquel periódico y aquellos calcetines se convirtieron durante el viaje en un gran cargamento. Ya no se hablaba de un baúl, sino de los baúles del señor Twain. Eran tantos que no cabían en la bodega, y estaban sobre cubierta. Los marineros no podían hacer la maniobra ni oír las órdenes, por el hacinamiento de los objetos que formaban la propiedad exclusiva e indisputable de mi bisabuelo. Al desembarcar, mi antepasado entregó a los cargadores de América cuatro grandes baúles y cuatro cestas de mimbre, dos de ellas de las que contenían el champaña con que fué celebrado el descubrimiento. Mi antepasado volvió a bordo e interpeló a Colón, exigiéndole que detuviera a los otros pasajeros, pues sospechaba que lo habían robado. Hubo un tumulto en la carabela, y Morgan Twain fué echado de cabeza al agua. Todos se asomaron a la borda para ver su agonía; pero, a pesar de que permanecieron largo rato con los ojos clavados en la superficie del mar, no aparecieron ni las burbujas indicadoras de la muerte del célebre viajero. El interés crecía por momentos en presencia de aquel acontecimiento tan extraordinario. En esto se observó que la carabela iba a merced de las olas, pues el cable del ancla de proa flotaba sobre el agua. La consternación fué general y profunda. Si consultáis los papeles de Colón encontraréis esta nota curiosa:

«E descobrióse quel pasagero ynglés se había apoderado del ancla, e vendídola por cierto oro e otras cosas de la tierra a los dichos salvages, e decíales quera un amuleto.»

Sin embargo sería imposible negar los buenos instintos de mi antepasado. El fué quien primero trabajó por la disciplina y elevación de los naturales de América, pues construyó una gran cárcel y puso en frente una horca. Aunque la crónica de donde sacamos estas noticias deja en blanco muchos hechos de mi ilustre antepasado, cuenta que un día, como fuese a ver el funcionamiento de la horca, por un accidente voluntario de parte de los naturales, Twain quedó colgado en ella. A él corresponde, por consiguiente, el honor de haber sido el primer blanco que mecieron las brisas americanas, con el cuello afianzado en el extremo inferior de una cuerda europea. La cuerda, al parecer, le causó lesiones en el cuello, y el primer Twain de América falleció a los pocos instantes de colgado.

He dicho que Juan Morgan Twain fué mi bisabuelo; pero debe entenderse el sentido retórico de la expresión. Uno de los descendientes de aquel malogrado precursor floreció en mil seiscientos y tantos. Se le conocía en muchos países con el nombre de *Almirante*. La historia lo menciona y le atribuye otros títulos de que hablaremos en su oportunidad. Mandaba embarcaciones muy rápidas. La velocidad era parte esencial para el negocio de las flotas de aquel antepasado. También se preocupaba mucho por llevarlas bien municionadas y armadas con muchos cañones, bocamartas y picas de abordaje. Prestó grandes servicios para hacer más activo el comercio marítimo.

En efecto, cuando mi antepasado llevaba cierto rumbo, los navíos que iban delante desplegaban todas sus velas para cruzar el océano. Si alguna embarcación se retardaba y por una de tantas causas que no averiguaba bien mi antepasado quedaba cerca de las flotas del Almirante, éste sufría un acceso de furor y castigaba al buque retardado llevándoselo consigo. Más tranquilo ya, conservaba el navío, con su tripulación y cargamento, en espera de los armadores y de los consignatarios de la mercancía; pero estos hombres eran tan indolentes que no iban a reclamar bienes de su legítima propiedad, y mi antepasado tenía que apropiárselos para que no se perdieran. A veces eran tan perezosos los tripulantes de los navíos retardados que el Almirante les prescribía baños de mar, y los marineros que tomaban esos baños gustaban mucho de ellos. Pocas veces volvían a pisar la cubierta después de comenzar el higiénico chapuzón. Un acontecimiento desgraciado cortó la carrera del Almirante. Su viuda creía que si en vez de la carrera de su esposo se hubiera cortado la cuerda de que se le suspendió, no habría muerto aquel hombre en la plena madurez de sus años y en medio de la carrera de sus triunfos. Estos le valieron que la historia le designase con el nombre de pirata.

Carlos Enrique Twain vivió a fines del siglo XVII. Era un misionero tan celoso en el cumplimiento de sus deberes como grande por la excelsitud que alcanzaron sus facultades. Convirtió a 16.000 naturales de las islas del Pacífico. Tenía tal conocimientos de los textos sagrados que convenció a aquellos infelices paganos de la suficiencia de un collar de dientes de perro y unas gafas para cubrir la desnudez del cuerpo durante las ceremonias del culto divino. Sus feligreses le querían tanto, y tanto le apreciaron, que, cuando murió, se chupaban los dedos y decían que aquel era el más delicioso de los misioneros. Hubieran querido otros como él para repetir el fúnebre banquete. Pero no todos los días nacen misioneros que dejen un sabor tan agradable en los paladares del trópico.

La segunda mitad del siglo XVIII tuvo por gloria y ornamento la vida del más intrépido de los Twain. Era designado entre sus compatriotas los pieles rojas, con un nombre expresivo; decíasele *el Gran Cazador de Ojo de Cerdo.* (*Pagago-Pagagua-Puquequivi.*) Prestó sus servicios a Inglaterra contra el tirano Wáshington. El guerrero indio antepasado mío fué el que disparó diez y seis veces contra el mencionado Wáshington, ocultándose en el tronco de un árbol. Es exacta, por lo tanto, la poética narración de los libros escolares; pero éstos engañan al público cuando afirman que después del disparo número 17 de su mosquetón, el guerrero dijo: «El Gran Espíritu reserva a este hombre para una misión importante», y que ya no se atrevió a seguir sus disparos. Lo que dijo fué: «Yo no pierdo mi pólvora y mis balas. Ese hombre está borracho, y no puedo hacer blanco». Tal es la verdad histórica. ¿No os parece que debemos preferir las nar aciones recomendadas por el buen sentido, y que tienen el acento y el perfume de la probabilidad?

A mí me gustaban mucho las anécdotas de indios de los libros escolares; pero no vamos a creer que por el simple hecho de errarle dos tiros a un blanco todo indio creyese que el soldado de los dos tiros había escapado ileso a causa de una predestinación del Gran Espíritu para fines ulteriores. Y si me decís que fueron 17 los disparos contra Wáshington, yo os contestaré que en un siglo la historia convierte dos tiros en 17 y aun en 17.000. Sería curioso que de todos los indios profetas sólo el de Wáshington acertase, ya que no en los tiros, en la profecía. No habría libros bastantes para consignar las profecías que han hecho los indios y otras personas graduadas en la misma facultad: es decir, las profecías que no se cumplieron. Ahora, si venimos a las que se cumplieron, yo podría llevar todas ellas en los bolsillos de mi gabán, y me sobrarían bolsillos. Debo advertir de paso que muchos de mis antepasados fueron muy conocidos por sus apodos. Como la historia los ha consignado, creo que no vale la pena de extenderse en este punto de la vida secular de nuestra familia. ¿Quién no sabe que fueron miembros de ella el célebre pirata Kidd, Jack, *el Destripador*, y aquel incomparable barón de Münchhausen, gloria de las letras? Tampoco mencionaré a los parientes colaterales, y, hablando de ellos en globo, diré solamente que se distinguieron de la rama principal en un rasgo curioso. Efectivamente, los Twain murieron colgados; los otros murieron en sus camas, de muerte natural, lamentados por los compañeros de presidio.

Yo aconsejo a todos los que escriban autobiografías que se detengan en el margen de los tiempos modernos. Así, basta una mención vaga y genérica del bisabuelo. De allí se salta al autobiografiado.



DIBUJOS DE SIRIO.

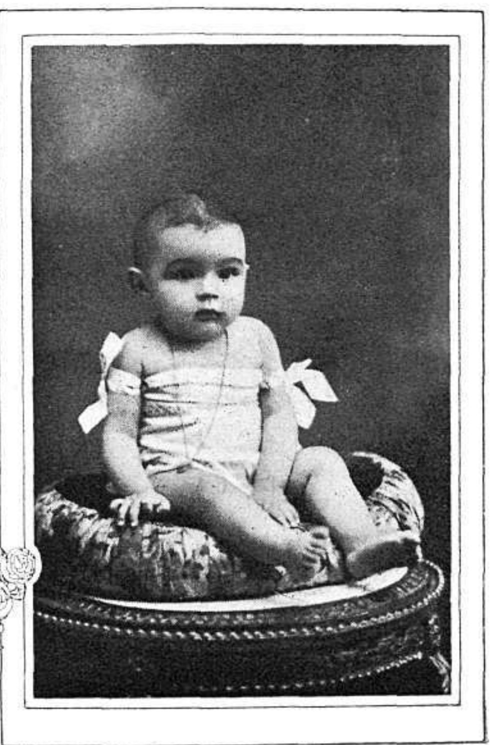
Siguiendo este consejo diré que yo nací privado en absoluto de dientes. En esto me aventajó Ricardo III; pero no nací con joroba, y en esto yo le llevé la ventaja. Mis padres no fueron excesivamente pobres, ni notablemente honrados.

Al llegar a este punto un pensamiento asalta mi mente. ¿Escribiré una autobiografía que parecería pálida comparada con la de mis remotos antepasados? Es de sabios mudar de opinión, y, después de haber meditado, creo que mi vida no merecerá escribirse sino cuando se me haya llevado a la horca. ¡Cuán feliz sería el público si las biografías de otros hombres se hubieran contraído a hablar de los antepasados en espera de los acontecimientos a que hago referencia!

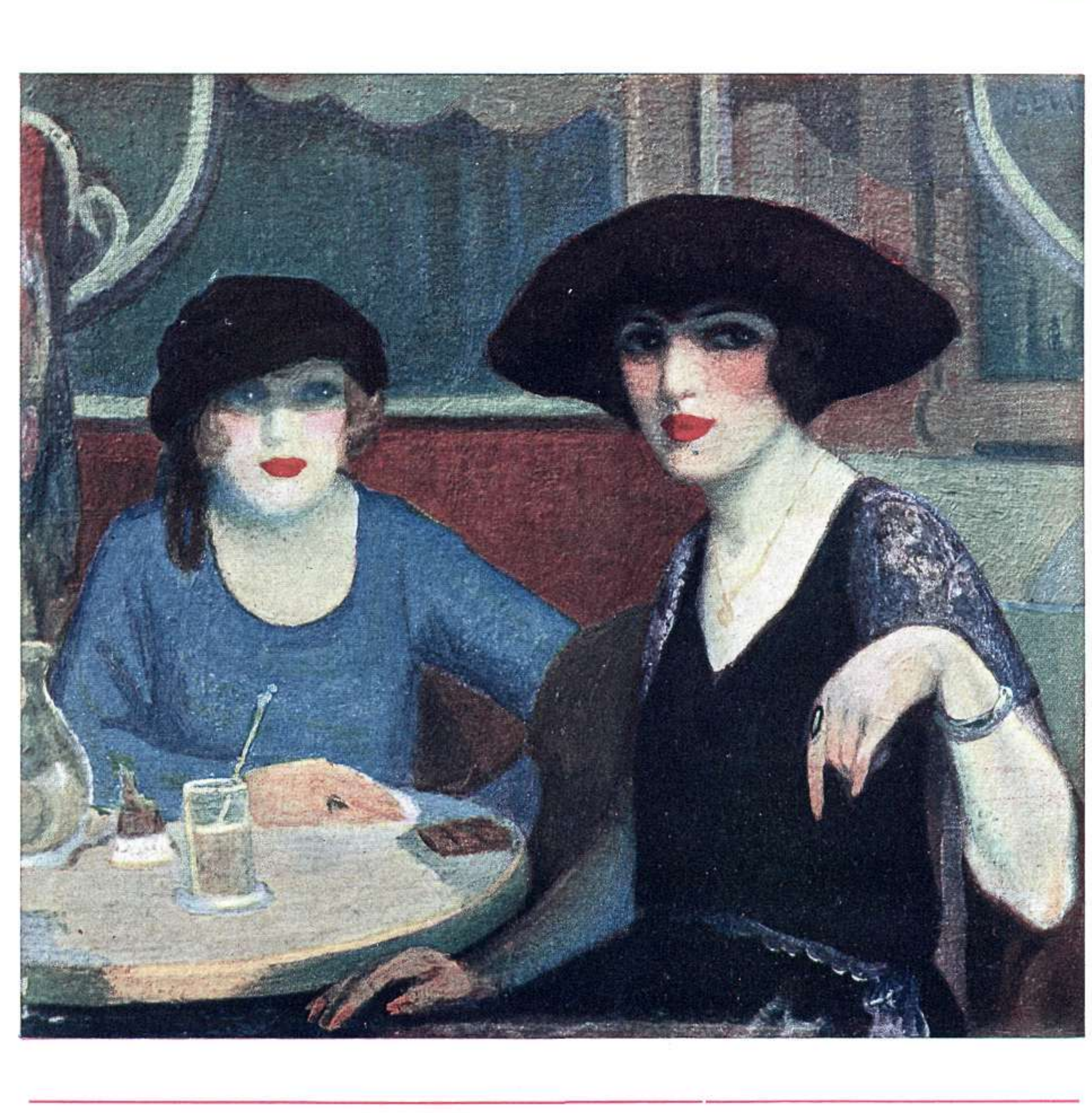
Página Infantil

Enrique Vinardell Olivan





Carlos Alberto S...



LAS DOS AMIGAS

ÓLEO DE EDUARDO SORIA.

CARAS Y CARETAS *en* *los* MINISTERIOS

Con el doctor Angel Gallardo

Ministro de Relaciones Exteriores y Culto



El monumento al general Manuel Belgrano, que pronto se elevará en Génova, será un hermoso símbolo concreto de la confraternidad ítalo-argentina.

Descendiente de lígure, Belgrano es el glorioso precursor de esa laboriosa falange que hoy puebla y enriquece la patria argentina que él libertó. El purísimo héroe, creador de nuestra bandera, ha sido, pues, en realidad, como la buena y fecunda simiente a que alude su nombre: Belgrano.

Angel Gallardo

LEYENDO los recuerdos de un entomólogo, de J. H. Fabre, aparece al través de sus monografías científicas, puro y transparente el bondadoso espíritu del sabio que tenía el alma alabable de un niño. El hombre silencioso y atento que seguía la vida de nuestros hermanos minúsculos con la paciencia de un orfebre, había perdido el concepto heroico de la civilización aria que tiene sabor a muerte, por ser humano y modesto como lo eran sus modelos favoritos tan vinculados a la tierra, como ellos están. Al lado de su fama científica, una aureola de bondad ilumina el recuerdo del sabio de Provenza y del amigo de Daudet y Mistral.

El doctor Gallardo, que ha llegado a las altas posiciones en la edad madura sin comprometerse en las mezquindades de la política, tiene una obra cuantiosa y personal como entomólogo y tiene esa bondad que celebrábamos en el sabio francés como una íntegra virtud de su persona. En la misma escuela de paciencia, un idéntico premio les ha tocado.

Ese prestigio moral del doctor Angel Gallardo es una fuerza rara veces encontrada en los hombres públicos. Poseen otras ventajas de la voluntad con que aseguran el éxito de sus gestiones. Pero no pueden aducir esa calidad primordial que hace que todo lo que alcance y proyecte la figura de nuestro actual ministro de Relaciones Exteriores, vaya impreso con un sello indiscutible de buena fe y concordia, fundamentos de la ciencia política de «saber vivir entre los hombres» como decía el suave Arístipo de Cirene al hosco Diógenes.

Antiguo ministro diplomático en Italia, el doctor Gallardo ha querido, al darnos el autógrafo que publicamos, volver los ojos a sus amigos del látium y a la gran población italiana que es la levadura de nuestra riqueza, doblada como se halla en la labranza de los campos, recordando que fué un descendiente de lígure, don Manuel Belgrano, autor prominente de nuestra independencia y sobre todo al artista que debía darnos una bandera con colores de paz y pureza: el blanco y el celeste.

ARGUS



LLEGADA DE LA NAVE PRESIDENCIAL A LA VISTA DEL PUERTO DE CONCORDIA.

VIAJE DEL PRESI



EL PRIMER MAGISTRADO Y EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DIRIGIÉNDOSE A LA CIUDAD ESCOLTADOS POR LAS AUTORIDADES Y MILES DE PERSONAS.



EL DOCTOR ALVEAR CON SU COMITIVA CONTEMPLANDO, DESDE EL PALCO OFICIAL, A LA MULTITUD QUE LO ACLAMA CON ENTUSIASMO.



CINCO MIL ESCOLARES DE AMBOS SEXOS DESFILANDO FRENTE A LA TRIBUNA PRESIDENCIAL, ACTO QUE RESULTÓ MUY LUCIDO.

EL DOCTOR ALVEAR RECIBIDO EN EL MUELLE POR LAS AUTORIDADES LOCALES.

DENTE A ENTRE RIOS



EL JEFE DE LA NACIÓN Y EL SEÑOR MIHURA RECORRIENDO LAS PRINCIPALES CALLES DE LA CIUDAD.



NUMEROSA CONCURRENCIA ESCUCHANDO EL DISCURSO DEL PRIMER MANDATARIO EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL PUENTE SOBRE EL RÍO YUQUERÍ.



EL DOCTOR ALVEAR Y EL SEÑOR MIHURA CONVERSANDO SOBRE EL PUENTE, MOMENTOS DESPUÉS DE HABER SIDO INAUGURADO.



LOS LANCEROS SALUDANDO AL PASO DE LA CARROZA OCUPADA POR LOS MONARCAS DE INGLATERRA Y DE ITALIA.

LA VISITA DE LOS REYES DE INGLATERRA A ITALIA

JORGE V SALIENDO DE LA ESTACIÓN TERMINI DE ROMA.

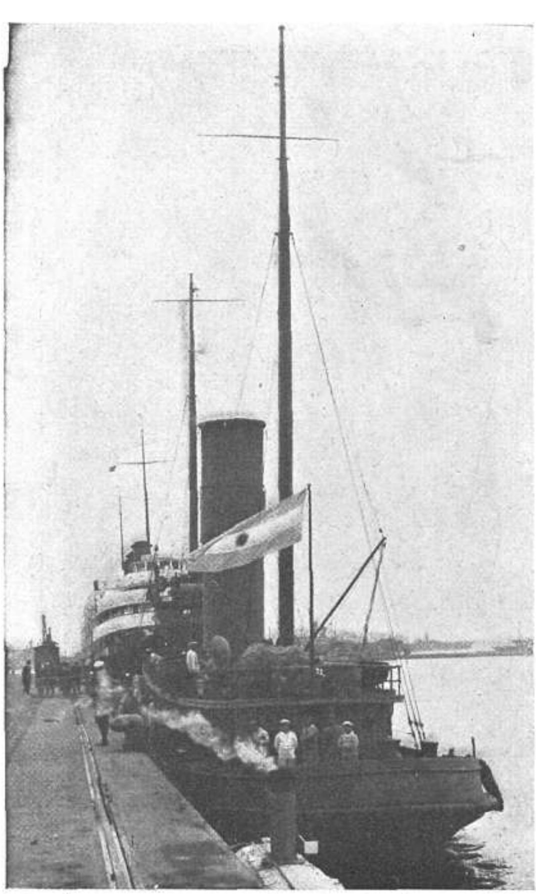
LOS REYES DE ITALIA Y DE INGLATERRA EN EL PALCO DEL TEATRO AUGUSTEO DURANTE LA FUNCIÓN DE GALA.



EL MONARCA INGLÉS SALIENDO DEL VATICANO MOMENTOS DESPUÉS DE HABER SIDO CORDIALMENTE RECIBIDO POR EL SUMO PONTÍFICE.

LOS SOBERANOS DE AMBAS NACIONES CORRESPONDIENDO A LOS APLAUSOS DE LA MULTITUD DESDE UNO DE LOS BALCONES DEL QUIRINAL.

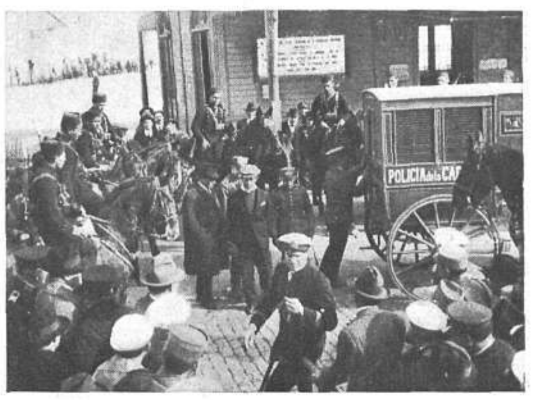
... nuestro corresponsal Comm R. Simboli.



El transporte nacional "Azopardo" atracado al muelle A de Montevideo.



Fuerzas de la Guardia Republicana custodiando al prófugo Silveyra durante el trayecto al puerto.



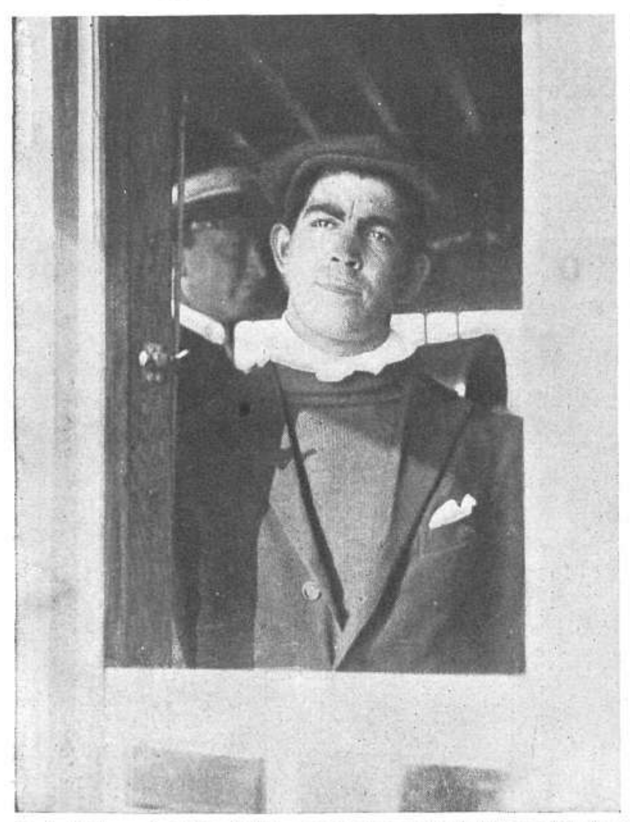
El anarquista en los momentos de ser conducido por la policía a bordo del transporte.

LA EXTRADICION DEL ANARQUISTA SILVEYRA

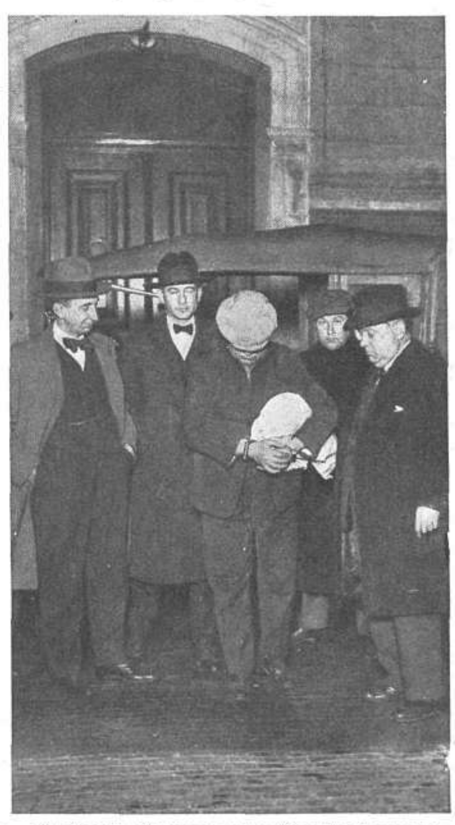


Marinería vigilando la entrada del muelle A. por donde fué embarcado Ramón Silveyra, medida de precaución tomada para evitar posibles asaltos por parte de los obreros.

Silveyra subiendo a la cubierta del "Azopardo" con los brazos atrás sujetos por las esposas.



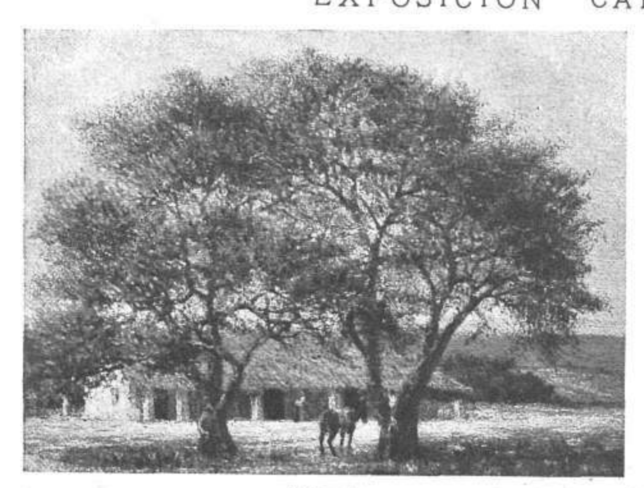
Desde el "Azopardo", Ramón Silveyra escucha complacido las manifestaciones que le hacen los tripulantes de los buques cercanos.



El subcomisario Buzzo y el auxiliar Zabala al entregar el prófugo en la Penitenciaría Nacional.

NOTAS DE ARTE

EXPOSICION CARNACINI



Un puesto.



Ceferino Carnacini, cuya exposición, inaugurada recientemente en el salón Witcomb, ha sido bien acogida por la crítica y el público.

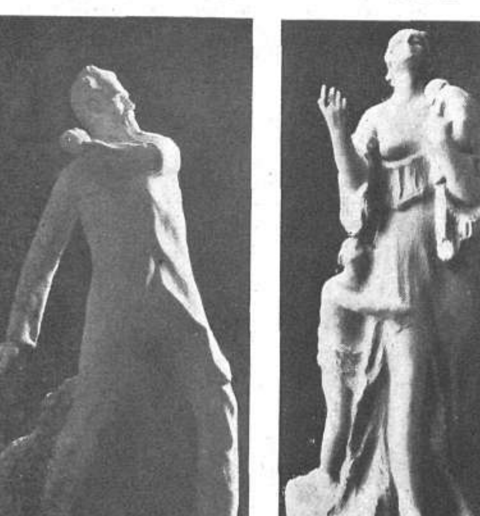


El árbol seco.



Atardecer en la sierra.

MONUMENTO A ALEM



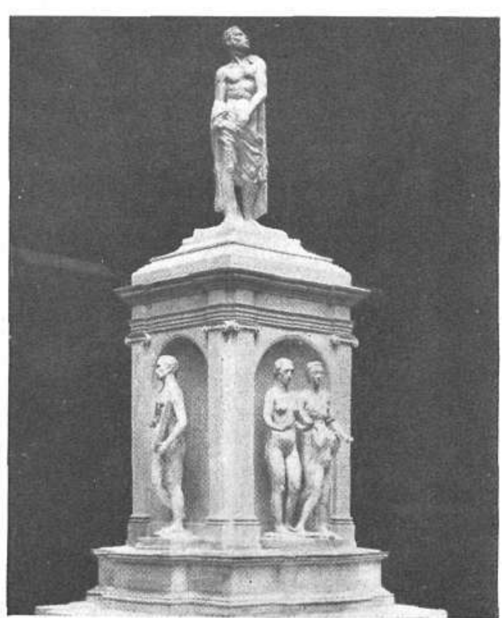
La estatua de Alem, que coronará el monumento.



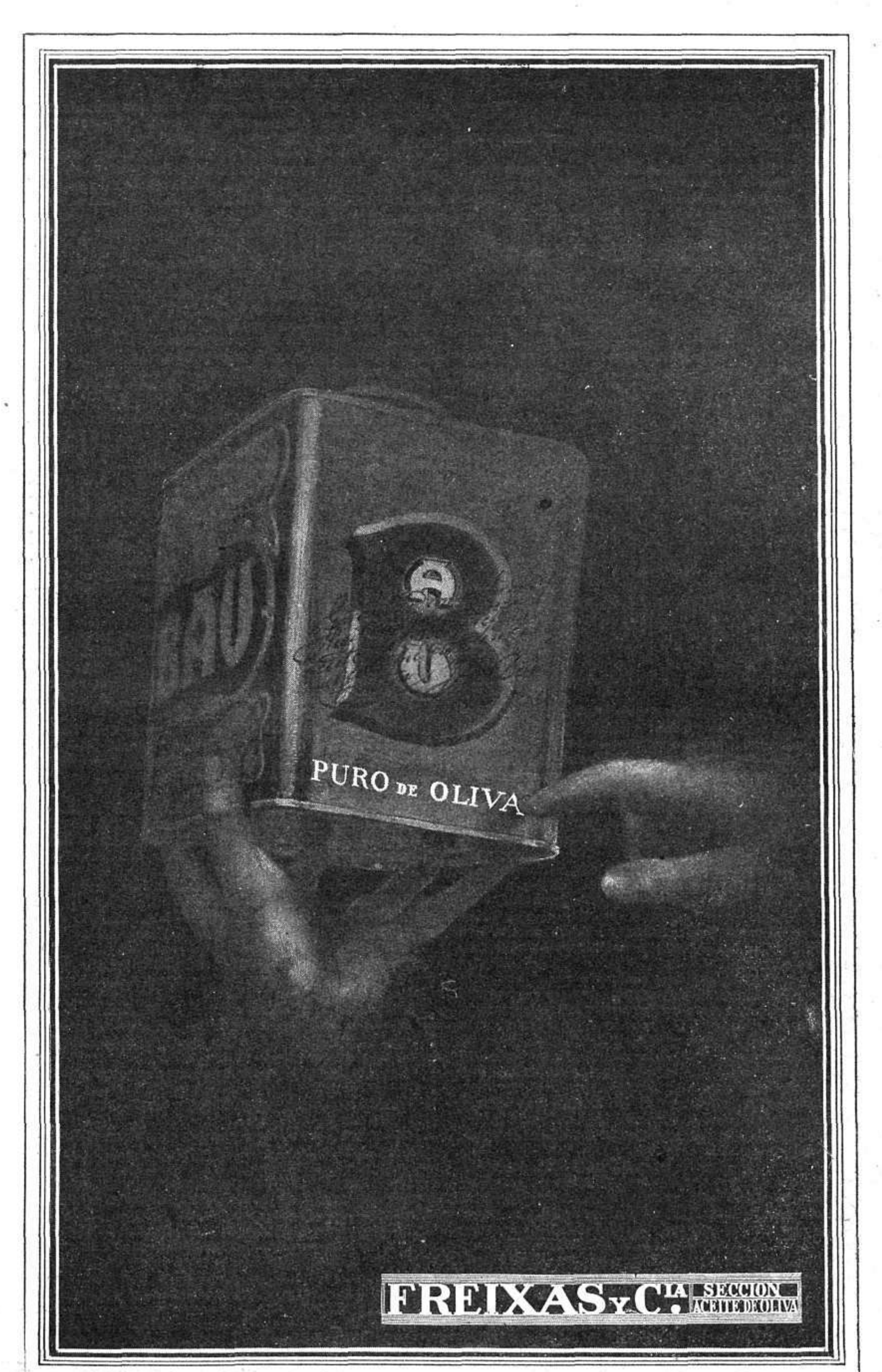
"La ofrenda de la madre". — Una de las figuras principales.

Obras del escultor Zonza Briano.

MONUMENTO A RIVADAVIA



Maquette del monumento, obra del escultor Lagos, que se expone en el salón Müller.


PURO DE OLIVA
FREIXAS y C.IA
SECCION
ACEITE DE OLIVA

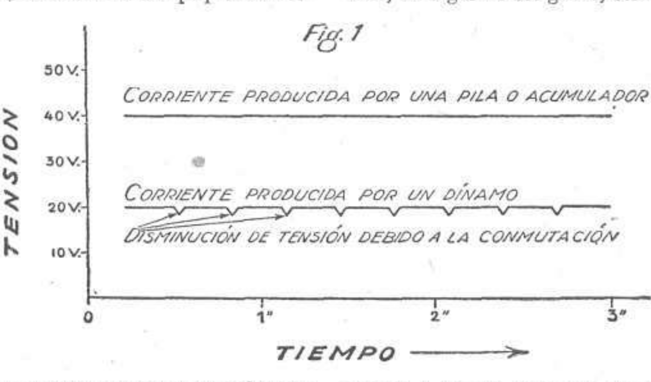
Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECTIFICACIÓN DE CORRIENTE ALTERNADA

La corriente de canalización que es más fácil encontrar en la capital y en las ciudades del interior es la corriente continua, siendo reducida la red alimentada con corriente alterna.

La corriente continua circula constantemente en una misma dirección y es la corriente que se obtiene de las pilas o acumuladores.

Para las explotaciones industriales que requieran corriente continua se hace uso de dínamos apropiados, pero la corriente que suministran no puede considerarse como perfectamente continua desde el momento que periódicamente, y con una frecuencia audible, se producen pequeñas diferencias de tensión, de manera que si una corriente continua como la que suministra una pila o acumulador la podemos representar como una recta, la corriente producida por un dínamo estará también representada por una recta, pero sobre ésta, y a distancias iguales, se encontrarán pequeñas desviaciones como las que se representan en la figura N.º 1.



Estas diferencias son debidas a la conmutación. Un dínamo produce siempre corriente alternada: es decir que por el bobinado interno del inducido la corriente que circula es alternada.

Cuando la corriente que se desea obtener es igual a la que produce, es sólo menester disponer de un medio cómodo y práctico que permita conectar ese bobinado al resto de la red.

Este sistema práctico consiste en disponer sobre el eje dos aros perfectamente aislados y a los cuales están conectadas las dos extremidades del bobinado. Sobre estos dos aros se apoyan dos escobillas que establecen el contacto constantemente mientras el inducido está girando a una elevada velocidad.

Si, por el contrario, se desea obtener corriente continua, los dos aros son substituídos por uno solo, pero formado por varios segmentos perfectamente aislados uno de otro.

Sobre el inducido se bobinan un número de bobinas que corresponda a la mitad de los segmentos que comúnmente se llaman delgas, y las extremidades de cada bobinado se conectan a dos delgas que estén colocadas en oposición, es decir, que mientras una esté colocada en la parte superior del aro la otra lo esté en la inferior.

Al girar el inducido la corriente que circula por cada bobinado del inducido es alterna, pero el dispositivo de las delgas nos permite invertir constantemente la conexión de cada sección, de manera que la corriente circula siempre en una misma dirección, es decir, el punto del bobinado hacia el cual circula la corriente, está siempre conectado a una de las escobillas que corresponde entonces al polo positivo.

Es decir que obtenemos una corriente que circula siempre en un mismo sentido aprovechando una inversión de secciones que realizamos por medio del colector y las delgas de cada sección.

La corriente sería perfectamente continua como la obtenida de una pila si el aro de que se habló no estuviera dividido; pero esto es imposible y es menester dividirlo para efectuar los cambios de sentido de las secciones.

Como no sólo es necesario dividir el aro sino que es preciso que exista una perfecta aislación entre cada delga, existe entre cada una un pequeño espacio ocupado por la materia aisladora que se emplea. Cuando la escobilla por medio de la cual se recoge la corriente se apoya sobre una de estas divisiones, la red queda desconectada de la sección correspondiente, y en ese momento, no actuando el dispositivo de inversión, la corriente tiende rápidamente a ser alternada. Esto ocurre en una fracción infinitamente pequeña de segundo, pero sabemos que la corriente circula con gran rapidez y no se puede evitar que en ese momento se produzca una disminución de tensión representada por las desviaciones de la figura N.º 1.

Es debido a este efecto que se oye un zumbido cuando funciona un transmisor radiotelefónico, pues como esas diferencias de tensión afectan la característica de funcionamiento del audión oscilador, periódicamente y con la misma frecuencia se producen variaciones sobre la onda continua, lo que equivale a una modulación.

Este inconveniente es considerable cuando los dínamos que se utilizan tienen pocas secciones, como ocurre con los dínamos industriales empleados para la alimentación de las redes de alumbrado (220 y 440 volts). Un medio de evitar este inconveniente consiste en aumentar el número de delgas de manera que siendo mayor las veces en que se produce el efecto explicado, el zumbido, en lugar de ser grave, será agudo, y como la tensión de la placa será más constante el inconveniente queda salvado en parte.

Este es el inconveniente que presenta el empleo de la corriente de canalización para los audiones receptores, tanto para la alimentación del circuito de placa como para la del filamento.

Cuando se desea evitar este efecto y que la corriente sea lo más constante posible a fin de evitar el zumbido que sería molesto para las estaciones que transmiten música, se hace uso de un dispositivo llamado filtro.

Un condensador intercalado en un circuito de corriente continua, y cuyo dialéctrico (nombre que se da al aislador que existe entre cada armadura) resista la tensión aplicada, no permite que circule una corriente por el circuito.

En cambio ese mismo condensador intercalado en un circuito alimentado por corriente alterna permite un paso de corriente, lo que puede comprobarse intercalando una lamparita eléctrica en el circuito.

Este fenómeno que a primera vista resulta complejo es sin embargo muy sencillo. Sabemos que un condensador puede adquirir una cierta carga, es decir, puede guardar una determinada cantidad de energía eléctrica que será restituída cuando sea necesario.

Esta carga del condensador es tanto mayor cuanto mayor sea su capacidad, es decir, cuanto mayor sea la superficie de las armaduras y menor el espesor del dialéctrico.

Además de esto entra en juego otro factor que es el valor del dialéctrico empleado, que se aprecia en comparación con el efecto del dialéctrico aire elegido como unidad.

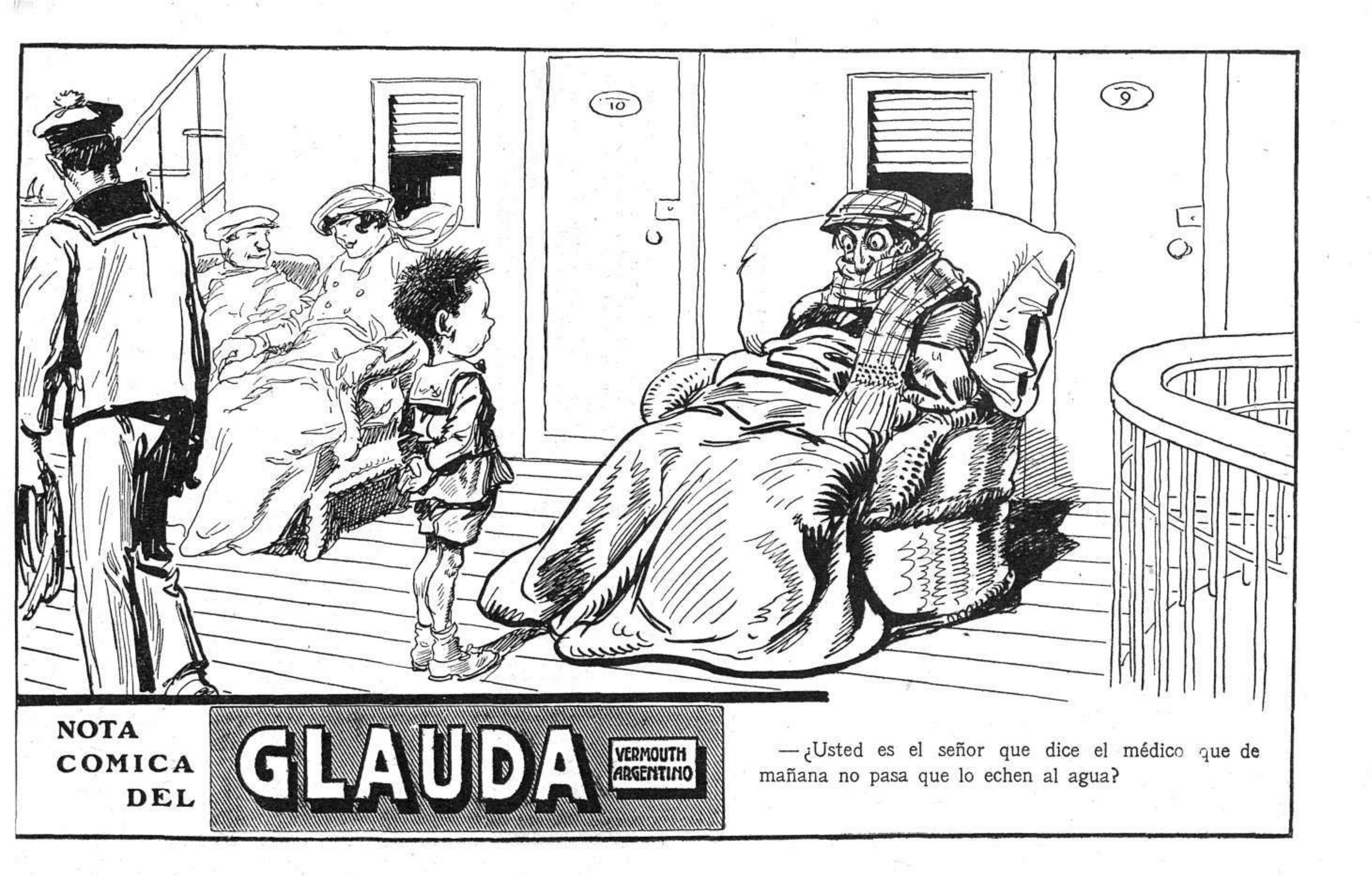
Luego, si se conecta un condensador sobre un circuito de corriente continua éste adquiere una carga determinada, y si se pone en corto circuito se producirá una chispa eléctrica.

Este experimento puede hacerse empleando la corriente de canalización de 220 volts, conectándola sucesivamente a un condensador de teléfono, cuya capacidad es aproximadamente 0,002 microfarad, y luego a un condensador de 1, 2, 3, etc., microfarad.

Para el primer condensador, no se notará ningún efecto y podrán tocarse los dos bornes sin sentirse ningún paso de corriente. Esto se debe a que la capacidad del condensador siendo muy reducida la carga que adquiere, es muy pequeña y no podemos apreciarla, pero sin embargo existe, pues si conectáramos un galvanómetro éste nos acusaría un paso de corriente.

En cambio, para los otros condensadores, al ponerse en corto circuito después de haber sido cargados, se producirá una chispa azulada, y ésta será tanto mayor cuanto mayor sea la capacidad del condensador.

(Continuará en el próximo número.)



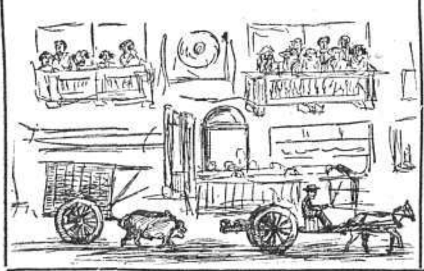
—¿Usted es el señor que dice el médico que de mañana no pasa que lo echen al agua?



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1436 — La carreta tucumana en el desfile.
CARLOS LOPERENA VERNET.



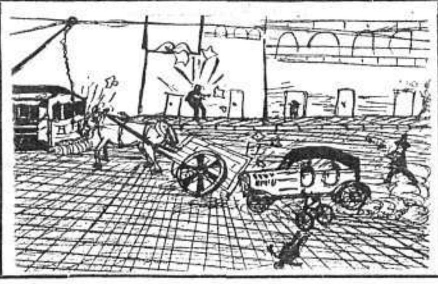
1437—Saliendo del tedéum.
ALBERTO PEREYRA.



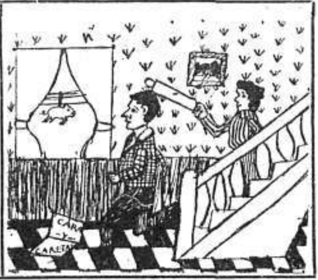
1438 — Un asalto nocturno.
RAÚL DE LA PEÑA.



1439 — El paisano en casa de su china.
JOAQUÍN E. LUGEA.



1440 — Un choque terrible.
JOSÉ DOPAZO.



1441 — Peleándose por CARAS Y CARETAS.
ALEJANDRO PABLO PEREYRA.

De los dibujos publicados durante el mes de mayo han resultado premiados los siguientes números: 1404, 1406, 1408 y 1409.



NO HAY QUE ECHAR LA CULPA

de la imperfección o desmejoramiento del cutis femenino más que a la indiferencia o abandono de las mismas señoras. Las que, más previsoras, usaron productos de belleza facial eficaces y acreditados como el

POLVO GRASEOSO

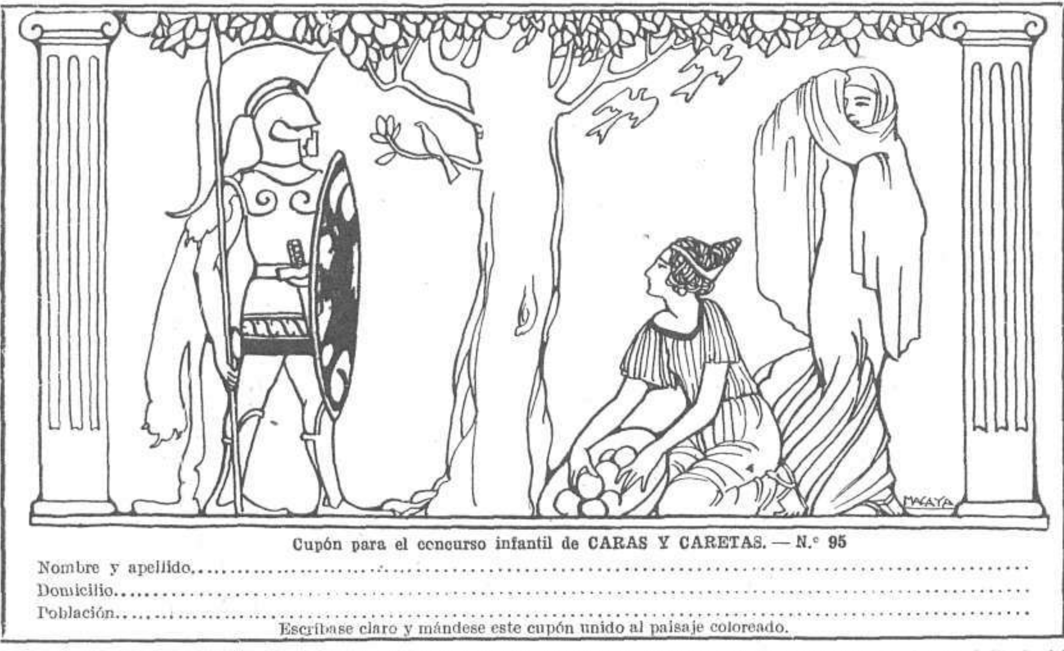
LEICHNER

supieron conjurar el peligro y pueden hoy disfrutar la íntima satisfacción de poseer uno de esos cutis níveos, frescos, suaves y transparentes que constituyen la base fundamental de la belleza física.

PRECIO en la capital federal, **$ 1.50** *la caja.*

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 95

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.°-94 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Amestoy, Gilberto.
Andrada, Roque H.
Alvarez, Josefa.
Aparicio, Carlos A.
Arcángelo, Tomás D.
Azarola (h.), Santos.
Arenci, Juan B.
Arata, Anselmo.
Ansuini, Delia.
Améndola, Lía D.
Agudin, Julio.
Barenstein, Gregorio.
Busso, Laura.
Boggia, Angela E.
Baratti, Isabel.
Bardiani, Hugo H.
Buschini, J. Santos.
Bermejo, José.
Borobio, Amalia Aurora.
Bertolaja, María E.
Cobos, Juana E.
Cristiano, Juan.
Colombo, María M.
Caironi, Francisco.
Casarino, Armando.
Caribotto, Julia.
Cirigliano, Blanca E.
Coma, José A.
Carlos, Gregoria.
Correa, Lydia Conde.
Costa, Domingo.
Colucci, Gregorio A.
Cotti, Helio.
Caramés, Carmen.
Cánepa, Lovaine.
Cano, Luis.
Cámara, U. Lily.
Camogli, Sara I.
Canavesio, Rodolfo.
Cristín, Leonisa.
Castella, Juan.
Cheres, Isabel.
Chordano, Sara.
Domínguez, Celia.
Duringa, Isidora.
Dellachiesa, E. A.
De León, Faustino.
Deleo, Miguel A.
Defforno, Nesia.
Di Rico, E. M. A.
Devoto, Dante.
Echaniz, Haydee A.
Ferrando, N. Sara.
Farré, Amadeo.
Guisandez, Cipriana E.
Genoud, Saúl César.
Judais, Julio.
José, Alfredo.
Larroqué, Roberto.
Lanza, Samuel.
Lupardo, Dora E.
Lugea, Joaquín E.
Medel, Hipólito.
Mastranigo, Afio.
Méndez, María I.
Muggiati, Alejandro.
Monsalsavo, José.
Marchi, Agustín L.
Mariño, Dora A.
Marchisio, Armando.
Médus, Rosa M.
Moyano Brandan, F.
Noel, Dora.
Ocampo, Marimiana.
Obelar, María A.
Orbegozo, Bonifacio E.
Ojea Herrera, Paula.
Orgnero, Ubaldo J.
Pérez Gardel, Justo.
Portunato, Sara.
Pochls, Luis M.
Pezzano, Angela M.
Paz, Hilda E.
Picoli, Dora J.
Polesel, Raquel.
Petignat, Luis.
Pauloni, Aldo.
Perosanz, Elisa de.
Rimoldi, María L.
Santoro, Mary.
Sureda, Jerónimo.
Sisoni, Luis M.
Simón, Cándido.
Sánchez, Osvaldo E.
San Martín, Fausto E. A
Teso, Mario C.
Viela, Jesús Viñas Josefa.
Visca, Delia Esther.
Zanfrognini, Clara.
Zuccarelli, Lucía.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 26 y 67 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

LARGOS años de trabajos y de fatigas sin cuento han encanecido el cabello de estos buenos viejos que sonrien ante las diabluras de la nietecita adorada. Usted no hará más que cumplir con un deber sagrado hacia sus padres proporcionándoles una vejez plácida y agradable, evitándoles toda molestia y asegurándoles la máxima tranquilidad en los últimos años de su existencia. No olvide, como factor importante para mantenerlos en buena salud, de darles en las comidas la MALTA PALERMO, cuyas cualidades tónico-nutritivas son justamente apreciadas por los efectos benéficos que surten en el organismo de las personas ancianas.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS





El lunes de la semana pasada, a mediodía, llegaba a mi casa un médico muy amigo mío, con las facciones completamente alteradas y el aire misterioso de quien tiene sobre el estómago un peso terrible, un secreto que no ve el momento de comunicarlo a otro para aliviarse un poco:

—Necesito un consejo...

Luego, dirigiéndose a los de casa, con un ademán humilde y voz temblorosa:

—¡Perdone, señora!... Ruego me disculpen... Me pasa algo realmente raro, un acontecimiento que en mi vida he llegado siguiera a pensar... ¿Puedes disponer de un par de minutos?

—De todos los minutos que quieras. No faltaría más.

Me pasé apuradamente la servilleta por la boca, me levanté de la mesa e hice pasar a mi amigo a mi escritorio, al apartado rinconcito donde tengo por costumbre entregarme a mis lucubraciones.

—Bueno: siéntate y ¡a ver lo que pasa!

El médico se abandonó sobre la silla como si le hubieran aplicado un uppercut a lo Firpo, tanteándose al mismo tiempo el saco a la altura del corazón, tanto que estuve por creer que le había dado un ataque cardíaco:

—¿Estás indispuesto? ¿Te sientes mal?

—No; es que iba buscando la cartera. ¡Ah! Está aquí.

Sacó del bolsillo la cartera, la abrió lentamente y con dos dedos, como si quemaran, tomó con mucha lentitud dos papelitos rectangulares de un color pajizo.

—Lee...

Yo empezaba a creer que el ataque existiera de veras y, si no precisamente al corazón, por lo menos más arriba: a la cabeza.

—¿De qué se trata? Son dos guías de encomienda... ¿Qué hay de extraño en esto?

—Lee primero...

Leí: «Procedencia: Río IV; clase de bultos: un esqueleto; peso: 17 kilos; flete: pago.»

—Yo no encuentro nada raro... Habrás mandado a buscar un esqueleto a Río IV. ¿Y con eso qué? ¿No eres médico? ¿Qué hay?... Habla, explícate.

—Lee la otra.

Leí la otra: «Procedencia: Río IV; clase de bultos: un e queleto; pero 7 kilo ; flete: pago.»

—Yo no encuentro absolutamente nada de extraño en todo esto. Habrán sido dos esqueletos que habrás mandado a buscar: uno de hombre adulto, el otro de...

—La cosa es que yo no espero esqueletos de ninguna parte y de ninguna especie y menos de Río IV...

—Pero... ¡Vamos a ver! ¿Y cómo te han llegado las dos guías? ¿No se tratará de una equivocación en la dirección de la carta?

—Aquí, pues, está la cosa... No hay ningún error en la dirección... La dirección está bien clara. Mira... Este es el sobre: Doctor Fulano de Tal, etc. Buenos Aires. Calle y número.

—¿Y te llegó el sobre con las guías, sin una carta explicativa, nada?

—Ni una palabra. Pero lo más curioso es esto: que mientras la encomienda ha sido despachada desde Río IV, la carta, es decir, el sobre que encierra las guías, lleva el sello de Buenos Aires con fecha de esta mañana a las 10.30... Fíjate en el sello...

La cosa empezaba a impresionarme a mí también...

—Es cierto...

—¿A vos que te parece? Fíjate en la letra...

—Parece letra de mujer...

—A mí también me ha hecho la misma impresión... Letra de mujer... Lo que temo es que debajo de todo esto pueda haber algo de criminal.

—¡Eh, por Dios!

—Entonces, ¿cómo explicarse esta historia?... Yo no espero esqueletos de ninguna parte y mientras tanto se me remiten en forma misteriosa los documentos, las guías... ¿Qué me aconsejas hacer?

—Vamos despacio... Reflexionemos un ratito. ¿No tienen algún amigo, allá en Río IV, que pueda hacerte una jugada de éstas?

—Ni en broma... Uno que otro cliente y nada más.

—Bueno; lo único razonable es avisar a la policía...

—Ya estuve... Fuí a ver al comisario de la novena, que se quedó muy impresionado; quería acompañarme a la estación Retiro; luego me aconsejó dirigirme a la policía de investigaciones. De todas maneras me ha dicho que no retire las encomiendas sin antes abrirlas en presencia de testigos y de un representante de la autoridad...

—Muy justo... Pero, desde el momento en que ya estás tan bien aconsejado, ¿a qué vienes a verme? ¿Qué quieres de mí?

—Nada... Solamente te agradecería que me acompañaras a la estación y estuvieras presente al acto de la inspección de las encomiendas...

—¡Cómo no! No tengo ningún inconveniente. ¿Quieres que vayamos en seguida?

—En seguida no... Vendré a buscarte a las cinco de la tarde. La oficina de encomiendas está abierta al público hasta las seis...

—Muy bien. Entendido.

A las 5 en punto un auto nos llevaba desde Plaza Once hasta el Retiro.

Durante el camino apuramos todos los comentarios, procurando hacernos los Sherlok Holmes aplicando el método inductivo...

—Yo creo que algún delincuente ha cortado en pedazos a un padre y un hijo o acaso a una madre y una hija, ¿sabes? Realizado el crimen, con el objeto de hacer desaparecer todo rastro, se ha dicho: Vamos a remitirle los cadáveres a un médico y que él se las arregle...

—Así debe ser... Pero, ¿que te parece? ¿Y quién diablo le habrá aconsejado al criminal dirigirse propiamente a mí?... Somos tantos los médicos...

—Comprenderás... No te ha de haber elegido con el fin especial de hacerte daño... En estos casos toman la Guía de Buenos Aires, van a averiguar entre los médicos y... toman un nombre cualquiera, el primero que leen... Se ve que el primer nombre fué el tuyo y despacharon la encomienda a tu dirección...

—¡Dios mío! Y suerte todavía que no me ha sido remitida la encomienda a domicilio. ¿Te das cuenta del susto de mi mujer, de los chicos?...

Como hasta en las contingencias más trágicas yo he de salir siempre con la nota estridente, me animé a decirle a mi amigo:

—¿Estás bien seguro de no haber matado a nadie en Río IV en el ejercicio de tu profesión?

—¿Estás loco?

—Una ocurrencia... Porque podría ser también que uno de los parientes de las víctimas te hubiese enviado los esqueletos para tu eterno remordimiento... Sería una especie de «memento homo»...

Mi buen amigo se apretaba la cabeza entre las manos y lloriqueaba:

—¡El bochinche que van a armar ahora los diarios! ¡La policía! ¡Qué de molestias de todas clases! ¡Las entrevistas, las declaraciones que tendré que hacer delante de los jueces! ¡En qué lío he venido a caer!

Llegamos al Retiro.

Las encomiendas que nos interesaban estaban depositadas no en el galpón de la derecha entrando en la Estación, sino unos cuantos metros más adelante, en otro depósito.

Un changador quería las dos guías para ahorrarnos las tramitaciones, retirar los bultos y llevarlos al coche.

El médico frenó con un ademán la insistencia del changador:

—No, mi amigo... Es un asunto delicado... Primero averigüe por una encomienda; después iremos a ver la otra...

Esperando turno para retirar sus respectivas encomiendas, había seis o siete ciudadanos atendidos por un solo empleado.

Se nos brindaba una oportunidad para efectuar ejercicios de paciencia y la aprovechamos. Una señora,

muy voluminosa, en estado de continua vibración, como si todas sus carnes fueran gelatina en grandes bloques, de cara adusta y nariz eternamente fruncida como si oliera mal, había recibido una encomienda cuyo contenido se advertía a poco que alguien se molestara en husmear.

Muy indignada empezó a apostrofar a los empleados y decir pestes de los ferrocarriles y de los ingleses.

—¡Esta no es la manera de servir al público! Lo que saben hacer ustedes es cobrar no más. ¡Punta de sinvergüenzas! ¡Cualquier día yo voy a retirar esa encomienda!... Solamente el hedor que sale de ahí... Debía contener embutidos y son capaces de haberla llenado con carne de perro muerto. ¡Oh! ¡Me van a sentir! ¡Me sentirán!... ¡Cómo no, que me van a sentir!

Y se fué con mucha solemnidad, moviendo enérgicamente la cabeza como si quisiera confirmar sus propósitos de venganza.

Mientras tanto nosotros esperábamos con impaciencia.

El médico, a estas alturas, no pudo más, y con la guía del esqueleto de 17 kilos se fué al jefe de la oficina, que se hallaba detrás de un tejido de alambre como si quisiera protejerse del público.

Yo seguía a mi amigo como una sombra.

Bajando la voz como cuando se hacen comunicaciones de excepcional gravedad, el médico empezó:

—Vea, señor, con esta guía y con otra que he entregado a un peón, se me han mandado dos esqueletos de Río IV...

—¿Dos esqueletos?... ¿Y...?

—Y... como no espero nada de allá y no sé a quién pertenezca este obsequio macabro, vengo a declararle en presencia de testigos...

Aquí se dió vuelta y me señaló a mí con la mano, haciendo la presentación:

—El señor *Fulano de Tal, un amigo, periodista*...

—Está muy bien, señor... Vamos a ver...

—¡No, no!... Es que yo declaro solemnemente que no voy a retirar los bultos sin antes averiguar lo que contienen y eso ante la autoridad de la policía... un vigilante, un oficial, lo que sea...

—Muy bien, señor... Mientras tantos vamos a ver qué clase de bultos son...

Francamente estábamos dominados por una emoción muy honda. El mismo empleado, que desde un principio parecía tomar las cosas a chacota, manifestó una cierta ansiedad.

Los que esperaban también como habíamos esperado nosotros, formaron corrillos, nos fueron envolviendo en un círculo que se iba estrechando poco a poco.

El grupo considerable de personas amontonadas y que se entregaban a comentarios animados, llamaba a otras y otras, hasta que llegó aquello a tomar las apariencias de una pequeña manifestación...

—Debe llegar la policía.

—Parece que se trata de un robo...

—¡Qué robo! Uno... dos esqueletos... Un crimen...

—¿Han telefoneado a la comisaría de investigaciones?

—¡Qué barbaridad!...

—Debe ser algo así como el crimen del Azul...

—Ese es un periodista que viene a tomar datos... Sí, hombre: es de CARAS Y CARETAS...

—El otro es médico... Médico de la policía...

El jefe de la oficina dió las órdenes correspondientes para que fueran traídos los bultos sospechosos y él mismo quiso presenciar el transporte de los esqueletos hasta la mesa de despacho...

—¿Huelen mal? ¡A ver! Fíjense un poco.

Los peones de la empresa empezaron a olfatear por todos los lados con una cierta repugnancia.

—No huelen nada...

Los bultos parecían seis inocentes sombrereras de cartón, sobrepuestas dos a dos y aseguradas por un armazón de listones de madera.

El médico que había metido en baile a la policía, que en sus conjeturas había llegado hasta a pensar en un crimen horroroso con la agravante de la descuartización, estaba haciendo un papel no muy brillante.

Sin embargo, hay que decir la verdad; es tan grande el orgullo, tan arraigado el amor propio de los hombres, que en ese momento... los dos seguimos esperando que el crimen se hubiese cometido, y que en aquellas sombrereras se encerraran huesos, costillas de cristiano, calaveras. ¡En fin...!



—Parecen sombreros—dijo el empleado con una sonrisita irónica.

Mi amigo, medio amostazado, le contestó:

—¡Bueno! ¿Quiere averiguar?... Bajo su responsabilidad... No me diga después que...

El empleado de un manotón rompió la tapa de una de las sombrereras y sacó un «funyi»...

—Hay muchos más todavía. ¿Va a retirarlos?

—Yo no retiro nada. No espero sombreros tampoco... Yo quisiera saber quien se permite hacerme perder el tiempo de esta manera. ¡Eso sí que es lindo!

Los curiosos, molestados por la inesperada solución del problema, nos miraban con verdadero desprecio...

—¡Si habrá otarios!...

Mientras tanto llegaba un agente de policía llamado por un changador de la empresa...

—¡Tengan a bien retirarse, señores!... ¡Hagan el favor, no se amontonen! ¿Qué es lo que pasa? Vamos a ver...

Aproveché la orden emanada por el representante del P. E. para retirarme más que a prisa y me escabullí entre la muchedumbre que había ido engrosando por momentos, y que al ver llegar al vigilante se arremolinó como para llevar por delante a empleados y mostrador.

El empleado del ferrocarril, repuesto del susto que le había producido la perspectiva de un crimen, las incomodidades de una intervención policial y las molestias del enjambre de curiosos, se puso sumamente enérgico y tuvo palabras muy severas para con el facultativo:

—Me extraña mucho que un hombre como usted ignore lo que es un esqueleto...

—No va a ser usted el que me lo va a enseñar...

—Sin embargo, parece que sí...

—Usted no tiene derecho a hacer comentarios...

—Ni *tampoco* usted a quitarme el tiempo con sus macaneos.

—Agente—prorrumpió exasperado el médico,—hágame respetar.

—¿Y cuándo le he faltado yo?

—Bueno, bueno... Déjense de palabras inútiles. ¿El señor se queda o no se queda con los esqueletos?

—No me quedo con nada... Que se los guarden...

—Entonces tenga a bien retirarse para que puedan seguir atendiendo a los demás que deben retirar sus encomiendas...

Hubo un murmullo, algo muy parecido a una silbatina. El médico me buscaba por todas partes, pero yo le estaba esperando a bordo de un auto en presión, listo para disparar en cuanto mi compañero se hubiese sentado a mi lado.

—¡Lindo papelón!

—¡Realmente!... Pero ¿quién habrá sido el gracioso que ha enviado a mi dirección los sombreros?

Pocos días después tuvimos la explicación del misterio.

Un caballerito establecido con negocio de artículos para hombre en un pueblito de la provincia de Santa Fe, próximo a la quiebra, había pensado dar salida a gran parte de la mercadería enviándola a amigos y conocidos, y reservándose retirarla de cada uno en su oportunidad, pidiendo disculpa de la molestia.

Fué recibido con cajas destempladas y quedó bastante amargado al saber que sus sombreros estaban en depósito, pero que, a la fecha, tal vez se habrían reducido en un noventa y nueve por ciento.

La lección le vino bien por pícaro.

LA AYUDA DE TODOS

POR ADELIA DI CARLO



Apenas los alumnos estuvieron nuevamente en clase, el maestro, que no desperdiciaba ocasión para instruirlos, díjoles:

— En verdad yo no puedo comprender cómo se duda de la necesidad que tenemos de ayudarnos los unos a los otros.

El hombre no es solamente inteligente, no es solamente libre, es también *sociable*. El estado *social* en que vive le da el medio indispensable para satisfacer sus múltiples necesidades. Ustedes saben muy bien que, si apenas abiertos los ojos a la luz, el niño fuese abandonado, no podría vivir, porque necesita en seguida que se le recoja, que se le vista, que se le alimente y críe. Una vez crecido y con pocos años, no podría por sí mismo proveer a sus innumerables necesidades, no podría por sí mismo procurarse el alimento, construir su casa, proveerse de vestuario; no podría curarse de las enfermedades, instruirse, progresar, defenderse de las violencias y de los ultrajes de los demás. Por esa razón, las necesidades de la vida hermanan a los hombres, y quien desprecia a otros, o maltrata a los débiles y a los inferiores, merecería que se le condenase a vivir completamente solo.

— Gustáis, niños míos — prosiguió el buen maestro — de las frutas, ¿no es verdad? ¿Os habéis detenido alguna vez a pensar que sin los campesinos que han trabajado la tierra con instrumentos construídos por un gran número de obreros no podríamos nutrirnos de ellas, y sin un número no menor de otros obreros no habría quien fabricara el pan, tan indispensable a nuestra subsistencia?

— Nosotros leemos libros que nos educan el corazón, que iluminan nuestra mente. ¿Cómo podríamos disfrutar de este gran bien si ninguno hubiese pensado en escribir estos libros? Pero, ¿de qué servirían los libros si no hubiera maestros que enseñaran a leerlos y a entenderlos?

La verdad es ésa: ninguno puede bastarse en absoluto a sí mismo en todas las necesidades de su vida material y moral.



Fabricando pan.

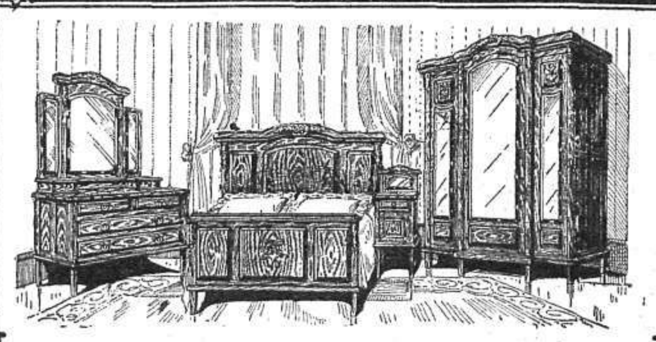
Así es que nadie debe despreciar a sus semejantes, cualquiera sea la condición en que se encuentren, porque, repito, el hombre tiene necesidad del hombre, esto es, tiene necesidad de vivir en sociedad, la cual está constituída por la reunión de personas que, gobernadas por la misma autoridad y regidas por las mismas leyes, tratan de conseguir el bienestar común.

— Dentro de esta condición nuestra alma sensible experimenta un placer vivísimo cuando podemos ser útiles a un semejante o cuando sentimos reconocimiento y gratitud hacia quien nos ayuda.

Los niños, que habían prestado atención a las palabras del maestro, prometiéronse llevarlas a la práctica.



Nuestros precios son siempre los más convenientes

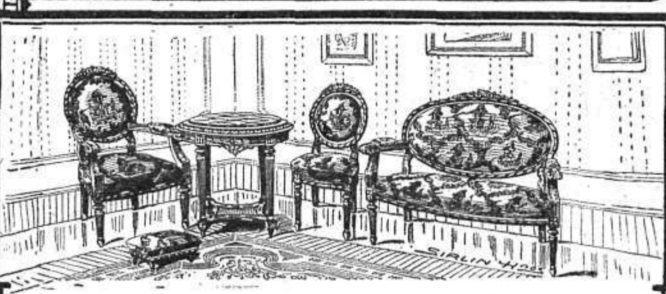


DORMITORIO construído en roble norteamericano macizo. Compuesto de 1 ropero 3 cuerpos, metros 1.55 de frente, cuerpo central saliente, 1 toilette-cómoda, 1 cama matrimonial, 2 mesas de luz con repisa, percha, toallero y 2 sillitas; finamente lustrado a muñeca, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce. El juego completo.. $ **500**

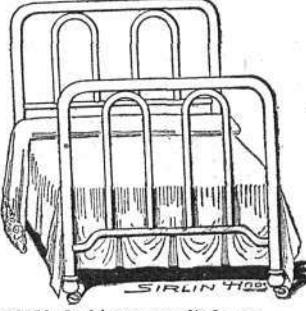


GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho, 143 ctms. Precio de **Gran Reclame**..... $ **75**

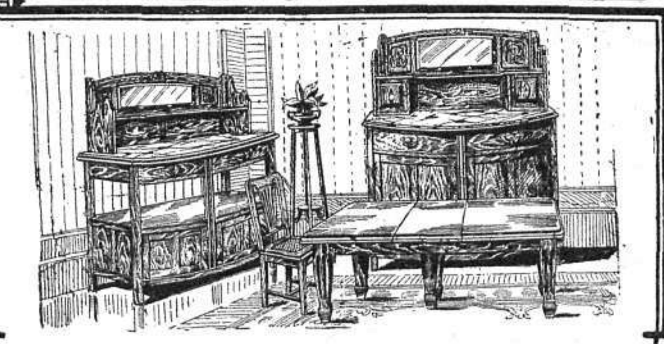
El mismo, con dos cajones y luna grande........................ $ **85**



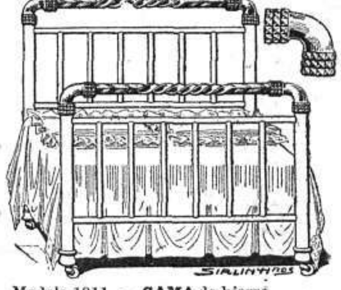
JUEGO DE SALA dorado "París", armazón nogal tallado ovalado, finamente tapizado en lampás de seda, colores variados. Compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo............................ $ **320**



CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, $ **45.—**; 1 ½ plazas, $ **35.—**; 1 plaza........ $ **25**



COMEDOR construído en roble norteamericano, forma bombee, en amplio formato; compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas *reforzadas, esterilla, 1 mesa roble, tabla de repuesto, luna biselada,* herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles en colores seleccionados. Completo, $ **340.—**. Aparador y trinchante.............. $ **235**



Modelo 1011. — **CAMA** de hierro esmaltada, caño superior de bronce retorcido; de 2 plazas, pesos **80.—**; 1 ½ plazas, $ **70.—**; 1 plaza........................ $ **60**

Catálogo general de MUEBLES. Edición Nº 8.
" " de CAMAS de HIERRO " " Nº 1.

De Lomas de Zamora



Demostración ofrecida con motivo de su viaje a Europa al ingeniero señor Hugo Aldum, gerente de las oficinas de electricidad de Lomas y Adrogué, por sus amigos y personal a sus órdenes.



TRAPICHE

El mejor Vino
para la mejor mesa.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744 — Bs. Aires
U. T. 1752 y 1365, Retiro
Coop. Telef. 3708, Central



LES CLOCHES DE PARIS

Por LUZ Y SOMBRA



RARA vez ocurre que de un concurso de opiniones entre personalidades de uno y otro ambiente de actividad humana salga la expresión de una idea nueva o, por lo menos, útil.

A las incalculables experiencias pasadas viene a juntarse la del nuevo referéndum lanzado en París a propósito del sombrero femenino. A coro todas las entrevistadas quieren la cloche; alguna no excluye, para gran elegancia, el sombrero ancho. La actriz de Chauveron, para decir alguna cosa nueva, declara que la aigrette y el ave del paraíso son detestables, y una profesionista de la elegancia propone simplemente que cada mujer estudie, delante del espejo, la forma de sombrero que mejor le sienta y no se separe más de ella.

Se puede decir de este referéndum lo que Rossini dijo de cierta composición musical que le fué dada en examen: «Hay cosas lindas y cosas nuevas; pero lo que es lindo no es nuevo, y lo que es nuevo no es lindo».

Con todo esto el arte (hoy todo es arte) de la modista de sombreros no ha hecho ningún progreso; nada nos puede ofrecer que ya no nos haya ofrecido mil veces, y parece estar todavía muy lejos aquella época «resurgimiento» que se trata de provocar con referéndums y otras iniciativas similares. La cloche, la siempreviva, se ha hecho indispensable por las ventajas que ofrece. Nada de peinado; unos rizos que más bien parecen el despojo de un duelo femenino, o unas patillas postizas.



Si la cara es ajada o poco favorecida por la naturaleza, bajo la cloche resultará envuelta en sombras seductoras, y si la cara es pícara, será óptima trinchera de ataque y de defensa la que le ofrecerá la cloche.

Esta preferencia se acentúa cada día más faltando a todas las reglas de la inconstancia femenina. En Europa la cloche tuvo su hora de triunfo durante la guerra. Entonces no era raro encontrar por las calles de cualquier ciudad latina a una mujer (y más fácilmente a dos juntas, primas o amigas) vistiendo tailleurs kaki o «grigio verde» llevando por broche el distintivo del arma en la cual militaba el novio o el hermano, y la cabeza enterrada en la fatídica cloche que tanto recordaba el casco de trinchera.

Hoy día, lejos ya de la guerra, la cloche sigue imponiéndose por el mismo motivo por el cual sigue usándose el casco entre los fascistas: porque sienta mejor. El peinado, a su vez, constituye hoy más que nunca el problema terrible para las mujeres. Todas quieren ser elegantes y de una u otra manera esto se arregla, pero sería imposible para muchas realizar a menudo los sacrificios que necesita un peinado bonito, sobre todo cuando entran en campo las ondulaciones. La cloche lo remedia todo. Y después del citado referéndum, París lanza un nuevo surtido de cloches. El peinado queda para las fiestas de lujo.

Hay ahora dos tendencias en el arte del peinado: la italiana y la francesa. Esta última exige la ondulación y los postizos: franja sobre la frente o rizos, moños de rizos y peinetones sentadores. Todavía tiene mucha influencia en Francia la escuela española, aunque asaz menos pura.



El peinado italiano se inspira en los puros estilos venecianos, en los discretos atavíos del 1400 y del 1500. El cabello es liso, sin artificios, bien descubierta la frente, y admite en algunos casos unos bucles sobre las sienes. El moño, en el que consiste toda la belleza del peinado, está adornado de perlas o cintitas. Para las que encontraran dificultad en esta moda, por no sentarles, queda siempre el recurso de cubrir la frente con las diademas o las tiras enjoyadas.

De Martínez



Personal docente y niñas de la escuela número 4 que tomaron parte en la organización y desempeño del gran festival artístico realizado a beneficio del Taller de Manualidades de la citada escuela.

Enlaces



Señorita Herminia Malingónico con el doctor Martín M. Nebbia. — Capital.



Señorita Esther Amanda Pellón con el señor Tomás Sabaris.



Señorita Margarita J. Hardy con el señor Juan Carlos Nougués. — Tucumán.



Señorita Dora Staiza con el señor Adelquin Stoisa. — Casilda.



EL OTRO SOBRETODO

Por

MORLEY ROBERTS

En una hermosa noche de invierno James Pullen, conocido escritor, se puso su nuevo sobretodo de pieles y salió en dirección del club, dispuesto a pasar un par de amenas horas entre sus buenos amigos.

Cuando llegó al club lo encontró bastante animado, pues los viernes por la noche cada socio, por regla general, acostumbraba llevar alguna persona interesante.

— Vengo solo esta noche porque tengo que retirarme temprano — dijo Pullen mientras colgaba su sobretodo de pieles. La persona a quien dirigía la palabra era el doctor Pelethorpe, el famoso criminalista.

— No importa — respondió Pelethorpe. — Yo he invitado a un individuo bastante notable. Creo que usted especialmente lo encontrará interesante.

— ¿Por qué? — preguntó Pullen.

— Porque se parece a usted.

— ¿Quién es?

— Un ruso.

— ¿De qué se ocupa?

— ...Un misterio.

— ¡Un misterio! — repitió Pullen. — ¿Escribe?

— Reportajes — dijo Pelethorpe.

— ¿Qué clase de reportajes?

— Sobre crímenes...

— Muy interesante — respondió Pullen.

— Aquí viene — dijo Pelethorpe.

Pullen miró con curiosidad al recién llegado con cierta expresión de hostilidad. Estaba tan ocupado estudiando el parecido de su cara que no notó que llevaba un sobretodo como el suyo. Tampoco notó que cuando Pelethorpe le ayudó a sacárselo lo colgó junto al suyo.

— Este es mi amigo el señor Lermontoff, Pullen — dijo Pelethorpe.

Entraron en el salón fumador, el cual estaba lleno de gente y todos hablaban a la vez. Pero Pullen estaba un poco preocupado; sentía como si un algo hubiera caído sobre él. Lermontoff era su sombra. Se retiró a uno de los rincones, tomó un diario y leyó un artículo sobre la vida rusa. La palabra «rublo» se le clavó en la imaginación.

El artículo que leía trataba de una cuadrilla rusa de falsificadores, quienes se decía habían hecho una falsificación muy exacta de billetes de cien rublos. Algunos de ellos fueron arrestados, y otro, llamado Marcovitch, se había suicidado Según se decía eran nihilistas o anarquistas.

— ¿Sabe usted lo que son los nihilistas? — le preguntó Pullen al reunirse de nuevo con ellos.

Lermontoff dijo modestamente que sabía algo de ellos. Pero la mayor parte de esos que se llaman nihilistas son ni más ni menos que criminales — agregó.

— ¿Qué crímenes cometen? — preguntó Pullen.

— Robos, falsificaciones, cosas por el estilo — respondió el ruso.

— Me gustaría tener la experiencia que usted tiene de la vida — dijo Pullen.

— No la desee — dijo Lermontoff. — Yo sólo pido tranquilidad.

— Acabo de leer lo que dice el diario sobre una cuadrilla de falsificadores—dijo Pullen.

— ¡Ah!, yo también lo vi — exclamó el ruso. — Creo que uno de ellos se mató, ¿no?

— Sí — dijo Pullen.

— Son gente muy viciosa, muy vengativos.

— Parece que no los detuvieron a todos.

— No, así entiendo — dijo Lermontoff. — Pero probablemente los detendrán.

Dieron las once en el reloj; Pullen se levantó y se despidió.

— Sí, se parece a mí, muy parecido, supongo — dijo cuando se retiraba. Como no había un mozo a mano, él mismo se puso el sobretodo. O mejor dicho, creyó que lo había hecho, pues en su lugar se puso el de Lermontoff. Eran exactamente iguales; el mismo tamaño, la misma piel. En uno de los bolsillos había un diario. Esa noche Pullen había comprado el *Pall Mall Gazette* porque quería leer una crítica sobre su último libro.

La noche era bastante fría cuando él salió. Al llegar a Dover Street casi lo atropelló un automóvil. El chauffeur lo detuvo de golpe y dijo:

— Lo siento mucho, señor.

Le pareció a Pullen que el hombre hablaba con un acento extranjero, y eso era tan raro como si el chauffeur de uno de los ómnibus fuera alemán. Un hombre salió del auto tan pronto éste se detuvo, y salió corriendo hacia él.

Pullen, al verlo acercarse, retrocedió un paso.

— ¡Lermontoff! — dijo el desconocido.

Esto era curioso, indudablemente una casualidad; y Pullen se sorprendió. Tal vez debería haber preguntado: — ¿Quién es Lermontoff? — pero en vez de esto dijo:

— ¿Y qué hay?

— Vendrás conmigo — dijo el desconocido. Pullen vió brillar el caño de un revólver en su mano.

— Yo no soy Lermontoff — dijo Pullen con voz áspera.

El desconocido se puso a reír, y Pullen sintió también un tremendo deseo de reír. Pero su risa murió; fué sólo un impulso de su garganta, un lamento de temor. El hombre habló al chauffeur en un lenguaje que él no entendía, pero sin embargo sabía que era ruso.

— Métete en el auto o te atravieso de un tiro — dijo el desconocido.

El caño del revólver le oprimía las costillas hasta lastimarlo.

— Créeme — continuó el del revólver. — Soy el hermano de Sergio Marcovitch.

¡Marcovitch! Uno de los de la cuadrilla de rusos se llamaba así.

— Vea — dijo Pullen amigablemente. — Ustedes se equivocan. Lermontoff está cerca de aquí, en mi club. Pelethorpe lo llevó... el doctor Pelethorpe. Yo no soy Lermontoff ¡Vaya y vea... vea, oh, sí!

— No iré ni un metro—dijo Marcovitch.—¡Vamos!



— Si usted cree que soy Lermontoff, ¿no se sorprende?

— ¿De qué, espía?

— De... de mi naturalidad.

— ¿Tan natural?

— Sí, claro... tomándolo así.

— Eres muy natural, Lermontoff — dijo Marcovitch burlonamente.

— Pero, hombre, esto es absurdo — dijo Pullen con una calma que se sorprendió él mismo.

— Bastante — agregó Marcovitch.

— Si usted me mata lo ahorcarán.

— La vida sería barata a ese precio.

— ¿Entonces Lermontoff es tan peligroso?

— Lermontoff es el demonio.

— Bueno, yo no soy Lermontoff. ¿Me lleva donde hay gente que lo conozca a él?

— Todos lo conocemos.

— ¡Usted no lo conoce, nunca lo ha visto!

— Es cierto. Hasta ahora — dijo Marcovitch, mojándose los labios con la lengua.

— ¿Pero los otros lo conocen?

— Sólo supimos ayer que tú eras el hombre que buscábamos.

— ¡Santo Dios! — exclamó Pullen. Su imaginación empezó a trabajar con rapidez. Veía que no había forma de que comprendiera que él no era el hombre que buscaban.

— Me matarán — se dijo él mismo. — Hay algo absurdo en la mera noción de la muerte del fuerte; parece un milagro diabólico, una broma inicua, una noción fantástica matizada con la horrible comedia. ¿Qué tiene que hacer la muerte con aquellos cuyos corazones laten? Y Pullen reía. Nunca había escrito tragedias... no tenía humor trágico. Sin embargo, ahora la tragedia tomaba carne en él.

El auto se detuvo.

— ¡Afuera! — le dijo Marcovitch. — Si tratas de pedir ayuda te apuñalaremos en la calle.

Pero no podía hablar; su lengua estaba seca. Subió una estrecha escalera, con un hombre en frente de él y tres siguiéndole. Por sus voces comprendió que estaban regocijándose. Una puerta se abrió frente a él y se sintió empujado en una habitación; había cinco hombres con él.

— Habla en ruso, Lermontoff — le dijo uno de los desconocidos.

— No puedo. No soy Lermontoff.

— ¿Que no eres Lermontoff?

— Eso es lo que él dice — agregó Marcovitch.

— ¿Dónde está el retrato? — preguntó el otro que parecía el jefe de la cuadrilla. Uno de los hombres se lo entregó, y lo miraron pasándolo de mano en mano. Tal vez lo habían mirado ya miles de veces. Pullen notó que estaba sucio y desgastado en las puntas.

Le parecía extraño haber entrado en el auto. ¿Por qué entró? ¿Por qué no llamó y gritó, o se apoderó de Marcovitch? Marcovitch se sentó frente a él, armado, salvaje, cínico, triunfante. Pullen abrió la mano izquierda y golpeó la palma con la derecha.

— Yo no soy Lermontoff. Soy James Pullen... yo escribo historias — gritó casi desesperado.

— Lermontoff, tienes muchos nombres — dijo Marcovitch, — pero tal vez no escribas más.

— Se equivoca, se equivoca — respondió Pullen. — El está en mi club. Yo le hablé, el doctor Pelethorpe lo llevó.

Marcovitch sonrió. Parecía la sonrisa más horrible que Pullen había visto. Algo poco natural. Se estaba riendo de Pullen en su momento de mayor ansiedad.

— Yo creía que tenías valor, Lermontoff, — dijo Marcovitch sonriendo sarcásticamente.

Pullen se creyó loco, creyó que seguramente él era Lermontoff después de todo. El mundo se despedazaba a su alrededor.

— Pero eres un cobarde — continuó Marcovitch. — Enviaste a varios de los nuestros a la muerte. ¡Mi hermano, mi hermano! Ahora tienes miedo a la muerte.

— Sí, sí — dijo Pullen. — ¿Por qué no? ¡Oh, es tan ridículo! Soy Pullen... James Pullen... y bastante conocido, muy bien conocido. Tengo una gran reputación. Tal vez usted ha oído hablar de mí, de James Pullen!

— ¡Lermontoff! — dijo Marcovitch enfurecido.

Pullen cerraba los puños, los agitaba, y se golpeaba el pecho con ellos. Se desesperaba por hablar y tratar de convencerlo; ¿pero cómo podía en semejante sueño? Así que hablaba al azar.

— Déjeme verlo — dijo.

Y Marcovitch se lo mostró.

— Se parece a mí — dijo, — pero eso es lo que dijeron en el club. Es Lermontoff.

— ¿Lo que dijeron en el club?

— Dijeron que Lermontoff se parecía a mí. Yo soy James Pullen, un autor, un escritor inglés. Vamos, ¿ustedes creen que soy ruso?

Marcovitch lanzó una carcajada que en la pequeña y mísera habitación resonó como una campana cascada. Esa risa fué como una bofetada para Pullen.

— Lermontoff está en el club — repitió Pullen. — Un doctor lo llevó como invitado. Nos contó algunas historias sobre crímenes.

— Tiene muchas que contar — dijo Marcovitch. — Probablemente una de mi hermano, que se suicidó ayer.

— ¿Se mató? — preguntó Pullen.

— Si no hubiera vuelto a Rusia. Nosotros somos más que criminales, Lermontoff.

— Es absurdo llamarme Lermontoff; yo no soy ese hombre. Es simplemente un parecido. Reténganme aquí hasta que averigüen si digo la verdad. Les daré mi tarjeta para que la lleven al club, en Dover Street. Pregunten por el doctor Pelethorpe y díganle que yo quiero saber si Lermontoff está todavía allí. Apúrense y verán.

— Bastante razonable — dijo el jefe. — Deme su tarjeta.

Pullen buscó la cartera en los bolsillos del sobretodo, pero no la encontró.

— ¡Cómo, mi cartera...! — exclamó. Sacó el diario de uno de los bolsillos exteriores y metió la mano. Marcovitch le arrebató el diario de la mano, y al hacer esto se desprendió de él un paquete de cigarrillos rusos.

— El hombre que dice que no es Lermontoff y lleva el *Novoe Vremya* en el bolsillo.

Pullen, claro, había oído hablar de tal diario ruso, pero él tenía la seguridad de que el diario que había metido en su bolsillo era el *Pall Mall Gazette*. La sangre se le heló en las venas. Sacó un par de guantes... ¡No eran los suyos!

— ¡Este no es mi sobretodo! — dijo Pullen con dolorido acento. — Debo haberme puesto el de Lermontoff. ¡Es igual al mío... igual al mío!

Y Marcovitch redobló su risa, diabólica risa... Pullen de buena gana lo hubiera estrangulado.

— Oh, no es Lermontoff — dijo Marcovitch entre carcajadas, — no es nuestro amigo Lermontoff, el espía y policía.

— Le digo que no es mi sobretodo — gritó Pullen. — ¡Oh, Dios mío!

Y Marcovitch seguía aun riendo hasta que a Pullen le dieron deseos de matarle. Sintió sus dedos crisparse como si ya estuviera apretándole la garganta.

— Es parecido a Lermontoff, tiene un sobretodo como el de él, y, aunque no entiende el ruso, lleva en el bolsillo el *Novoe Vremya* — dijo Marcovitch. — Oh, camaradas, ¿no es curioso? Todas estas cosas prueban que no es nuestro hombre. ¡Oh, mi hermano... mi hermano!

Pero Pullen deseó que el hermano hubiera sido ahorcado, y Marcovitch con él. No podía hablar, y si lo hacía ni él mismo reconocía su voz.

— ¡No soy... no soy! — murmuró abatido.

— ¡Embustero! — gritó Marcovitch. — Basta ya.

Siguió un cambio de palabras que Pullen no pudo entender, y después se retiraron, dejándolo con Marcovitch.





Pullen un grito, seguido de un disparo de pistola... y el techo le pareció largo, absurdamente interminable, infinito. ¡Por fin terminó! y entonces le pareció ver bajo él un vacío que no tenía fin, y en la caída sintió como si hubiera quedado enganchado en una percha del firmamento.

Pero aun en el suelo seguía sin soltar a su presa, sacudiéndola con una fuerza que ni él mismo se imaginaba tener.

—¡Vamos... quieto! — gritó la voz de un hombre que tiraba de él.

— ¡Oh! — dijo Pullen. — ¿Qué?

Pero aun seguía pataleando y luchando. Entonces algo duro le golpeó la cabeza, y vió lo que la gente llama «estrellas»; una confusión de luces en... una sacudida del centro óptico... y quedó inmóvil.

— Maldito ruso — dijo el policía gesticulando, aun con el palo levantado, casi con ganas de darle otro golpe.

— Otro de ellos — dijo, dándole vuelta a la cara.

Varios policías más llegaron en el momento, entre ellos un sargento.

— Tenemos dos más — dijo el primer policía. Tuve que tumbar a uno de ellos, espero que no lo he matado.

El sargento sacó su antorcha y alumbró, primero a Marcovitch y después a Pullen. Al ver la cara de éste se sorprendió.

— Cómo, idiota — dijo. — Este es el señor Lermontoff.

— Ya los tenemos a todos, sargento — dijo otra persona que se acercaba.

— ¡Santo Dios! — exclamó el sargento. — ¿Es usted señor?

— ¿Quién podía ser? — preguntó Lermontoff.

— Caramba, creíamos que éste era usted — dijo el sargento señalando a Pullen. Lermontoff se agachó para mirarlo.

— Esto es lamentable, muy curioso — dijo Lermontoff. — ¡Yo lo conozco! Es un escritor.

— ¿Y uno de la cuadrilla, señor?

— No hombre. Espero que no estará muerto.

Pullen ya daba señas de recobrar el conocimiento.

— Yo soy James Pullen — dijo. — Les dije cien veces, pero no me quisieron creer. ¿En dónde estoy?

— Está bien ahora — dijo Lermontoff.

— ¿Sí?... ¿Está seguro? — preguntó Pullen. — Dijeron que yo era Lermontoff y me metieron en un coche. ¡Maldito sea mil veces Lermontoff! ¿Dónde está Marcovitch? ¡He pasado un rato!

Las palabras salían entrecortadas y débiles, su sentido estaba aún medio embotado.

— Marcovitch tiene la espina dorsal rota — dijo el sargento.

— Me alegro — dijo Pullen. — Yo lo maté, pero ahora quiero irme a casa.

— ¿Qué van a hacer? — preguntó Pullen.

— Lo están pensando — respondió Marcovitch. — Pensando cómo terminar contigo.

Pullen no dijo más. Miró a la habitación, la cual era pequeña, de forma irregular y muy sucia. En uno de los rincones había una cama llena de mugre, y al lado una silla. La ventana estaba negra con la suciedad de los años; un vidrio roto era el único medio de ventilación que poseía la habitación. Pullen se acercó a la ventana, siempre bajo la mirada de Marcovitch. Bajo la ventana había un techo el que descendía hasta pocos pies del suelo.

— No puedes escaparte por ahí, Lermontoff — le dijo Marcovitch con un gesto. — La ventana no se abre.

Marcovitch se acercó también a la ventana. Pullen no se movió, pretendía mirar algo con interés. El otro, atraído por la curiosidad, acercó la cara a los vidrios. Entonces Pullen levantó el brazo derecho mientras con la mano se arreglaba la corbata, y en el preciso momento en que Marcovitch levantaba la cara, sacudió el brazo hacia atrás con toda su fuerza. La extremidad del codo tomó de lleno la laringe de Marcovitch. En seguida se volvió y le sujetó la muñeca de la mano en que tenía el revólver. Pullen era fuerte, sorprendentemente fuerte, y Marcovitch no podía respirar. No hay golpe que deje más insensible al hombre que el de la garganta si se acierta con el punto delicado. El revólver cayó al suelo, y los que estaban en la otra habitación dejaron de hablar. Con una mano lo tomó del pelo y con la otra le oprimió la garganta. Mientras sus dedos se hundían en la carne vió el terror en los ojos del ruso, pues no hay terror igual al del vencido cuando el triunfo le parecía seguro.

— Soy James Pullen — dijo Pullen, jadeante. Lo sacudió con violencia, lo arrastró por el suelo... tirando de él hasta acercarse a la ventana. Entonces oyó a los otros golpeando furiosamente la puerta que Marcovitch había cerrado con llave.

Pullen pateó rabiosamente la ventana, hasta que marco y vidrios cedieron a sus furiosos golpes, y sin soltar su presa, rodaron ambos por el techo entre astillas y vidrios rotos. Mientras rodaban oyó

F I N

Especialidades de la Casa América

APRENDA IDIOMAS

POR MEDIO DEL
LENGUAFONO CORTINA

El más práctico, fácil y sencillo. Un disco Cortina colocado sobre cualquier grafófono, le enseñará **INGLES** o **FRANCES** con la claridad y exactitud del mejor profesor. El curso completo, ya sea de **INGLES** o **FRANCES**, se compone de treinta lecciones en quince discos dobles de treinta centímetros de diámetro, los libros de texto y un sólido álbum.



SU PRECIO

$ 160

al contado, o bien **$ 25.—** al contado y 10 mensualidades de **$ 15.—** cada una.

Solicite folleto descriptivo N.º 27 y condiciones, que remitimos gratis.

Visítenos y gustosos le demostraremos, sin compromiso alguno para usted, la sorprendente eficacia de este sistema.

N.º 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria.

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis. Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21.

DISCOS Ya están en venta las últimas novedades en bailables, cantos nacionales, óperas, música clásica, etc., etc. — Gran Catálogo N.º 22 remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

Cuerdas para toda clase de instrumentos. Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a $ 33.—



N.º 4101 bis.— **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a... **$ 38.—**
N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a **$ 45.50**
N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a **$ 53.—**
Otros modelos desde **$ 25.** Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio..................	**$ 1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata	**» 2.60**
Encordado **«Concertola»** gran concierto, 4.ª de plata	**» 3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez...	**» 7.50**

APARECIO EL

NUEVO METODO "AMERICA"
Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles.

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18

El método solo, $ 1.50. Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos modelos de **"STRADELLA"** y **Bandoneones** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite catálogo ilustrado N.º 26, enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

Fiesta campestre celebrada en "Los Ombúes" en honor de los jugadores del Club Independiente, campeones del año 1922.





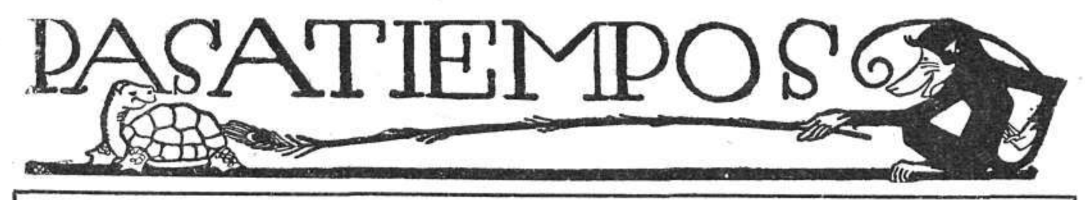

Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Son los preferidos del público por su esmerada calidad y delicado sabor.
Esmeradamente embotellados llevan como distintivo la marca "ARIZU" estampada en las etiquetas, cápsulas y corchos.
Exíjalos a su proveedor.
Soc. Anón. "Viñedos y Bodegas Arizu"
Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032 - Buenos Aires
Sarmiento, 561-67 - Moreno, 931 - Rosario
PRODUCCIÓN ARGENTINA
VOLUMEN NETO 950 cm³
Vino Medoc
Mendoza

De Las Heras

El doctor Antonio R. Chioconi rodeado de su familia y de los miembros de la comisión organizadora del homenaje que se le tributó al cumplir las bodas de plata profesionales.



Parte de la numerosa y selecta concurrencia que acudió al homenaje ofrecido al doctor Chioconi, demostración que puso de manifiesto las grandes simpatías con que cuenta en esta localidad el obsequiado.



Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO DE 1923

Número 1274. — Número 1: Enderezar; 2: Acortar; 3: Lacónica; 4: Pasar por todo; 5: Un anteojo de larga vista; 6: Repartido; 7: La mitad del año con arte y engaño y la otra mitad con engaño y arte; 8: Quien más mira menos ve; 9: Embanderado; 10: Apostar: 11: M, sal, María, Lis, a; 12: Montenegro; 13: Queche, cheque; 14: Raba.

Número 1275. — Número 1: Esclava; 2: Silla; 3: Deseo; 4: Mono, lino (Molino); 5: Do, Dora (Dorado); 6: Bisiesto (6 al revés); 7: Cablegrama; 8: Petróleo; 9: Alzada; 10: Sandalia; 11: Superfina; 12: Brígida; 13: Josefina; 14: Tapir, tripa, pitar; 15: Paroxismo; 16: Coco, saco (Cosaco); 17: Ana, ans (Ananá); 18: Coco, tero (cocotero).

Número 1277. — Número 1: Desiguales; 2: Odioso; 3: Imagen, Enigma; 4: Montenegro; 5: Atlas, Salta; 6: Todas hieren, la última mata; 7: Rosa, aros; 8: Todo nos une, nada nos separa; 9: Ventoso; 10: A velas llenas; 11: Junta académica; 12: Cantar de plano.

Número 1278. — Número 1: Chicago; 2: No hay atajo sin trabajo; 3: Ir, rogar (Irrogar); 4: Platino; 6: Dorrego.

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MARZO DE 1923

Por colaboraciones. — Primer Premio, seudónimo «Liquina», señorita Luisa Sapastú, Lautaro, 914, ciudad.

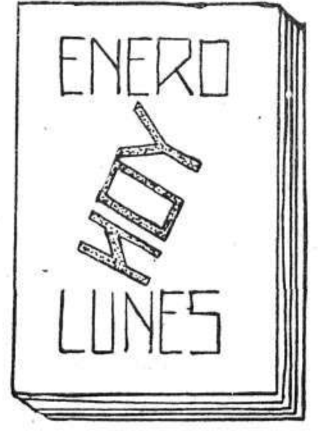
Segundo Premio, señor Héctor F. Viglione, Mendoza.

Por soluciones. — Primer Premio, señor Eladio P. Suárez, Lanús (F. C. S.).

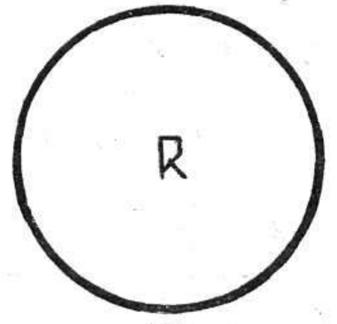
Segundo Premio, señorita María Esther Fernández García, Lomas (F. C. S.).

Nota de la redacción. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que atestigüen la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

N.º 1
Frase comprimida, por «Sombra» (ciudad)



N.º 2
Interpretativa, por «Sombra» (ciudad)



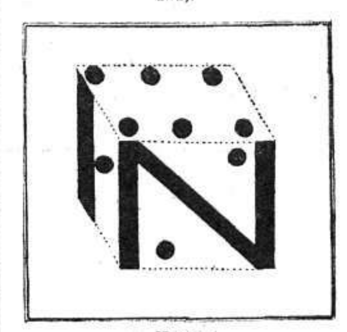
N.º 3
Comprimido, por Nicolás Alvarez (ciudad)

J. SM

N.º 4
Comprimido, por «Sombra» (ciudad)

O

N.º 5
Comprimido, por Horacio Carpaneto (ciudad).



N.º 6
Charada, por Segundo Pelayo (ciudad)

Con algo de entendimiento
y una dosis de intuición,
sacarás la solución.
de tal entretenimiento.

"Primera" es simple vocal
y la "segunda" un pronombre,
resultando "tercia" el nombre
de una nota musical.

También pronombre es "tercera"
"una"-"tres" para volar.
y una flor medicinal
la "segunda" y compañera.

Y el "todo", sin que te asombre,
muy fácil lo has de encontrar,
porque se trata de un hombre
que fué férreo militar.

Si de ese modo, por nada
no puedes dar con la clave,
te diré lector, que es ave
el "total" de esta charada.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

JUNIO DE 1923

CUPON N.º 1290

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

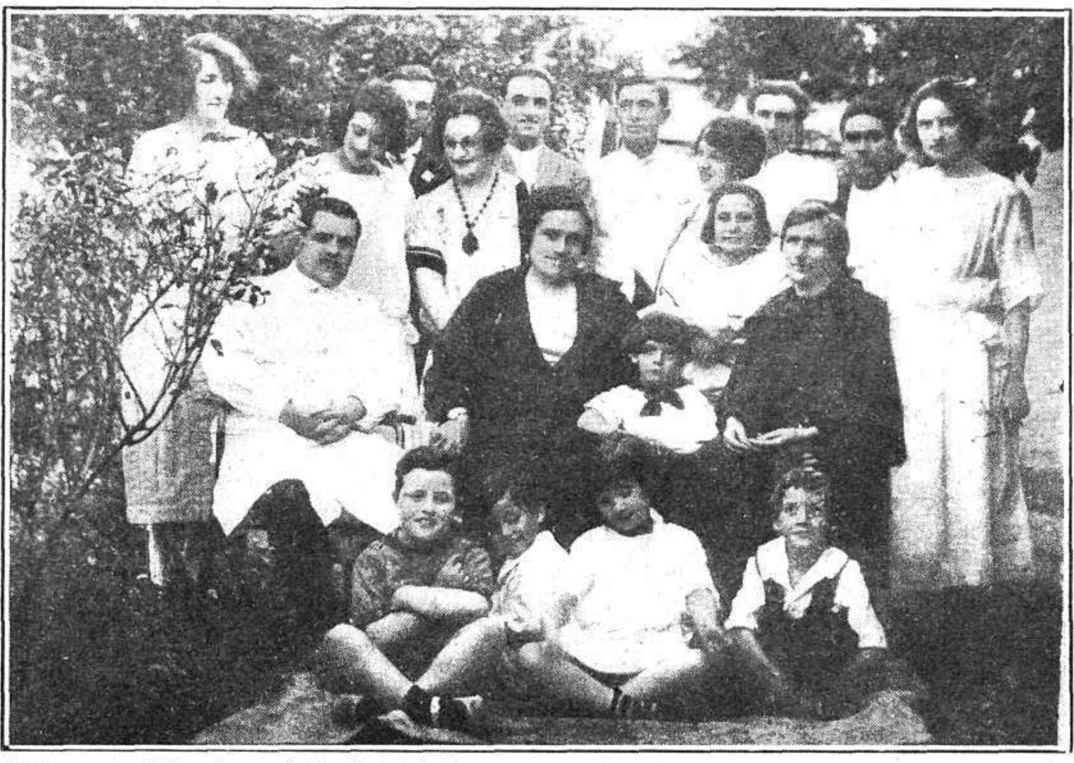
Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

De Carhué



Fantástico aspecto que presentan los "embarrados", como se denominan aquí a los que siguen la cura del barro en las medicinaes aguas del "lago Epecuén".

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Fiesta campestre dada en la estancia "La Josefa", de la señora Josefa E. de Laborde, a sus relaciones, festejando un acontecimiento de familia.

¡ALEGRIA! ¡ALEGRIA!

El hombre, que es el único ser de la creación dueño de la risa, suele perder con demasiada frecuencia, por desgracia, este don divino, no tan sólo por los afanes y amarguras de orden moral, sino también por causas que tienen su origen en los males físicos. Entre éstos, y teniendo en cuenta su influencia inmediata sobre el carácter, están en primera línea todos aquellos que residen en el estómago y las vías digestivas.

Lo de *mens sana in corpore sano* es una verdad incontrovertible, pues todo ser humano que goza de buena salud trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente y, por fin, disfruta de la vida y sus placeres, sonriendo constantemente ante su dicha.

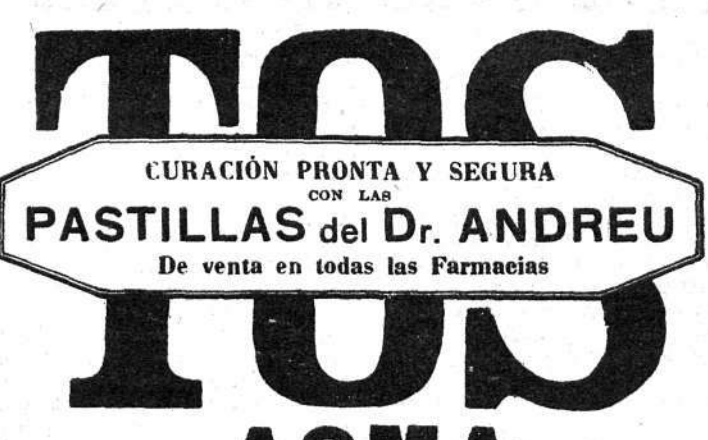
Es necesario, pues, asegurar cuanto antes, y por el mayor tiempo posible, este bienestar inapreciable, para lo cual hay que empezar por cuidar de que los órganos del cuerpo marchen arreglados como un reloj, funcionando metódicamente, de manera que estómago, vientre, hígado, etc. cumplan sus providenciales cometidos con regularidad y perfección.

Para este fin no hay más que usar oportuna y sistemáticamente las renombradas

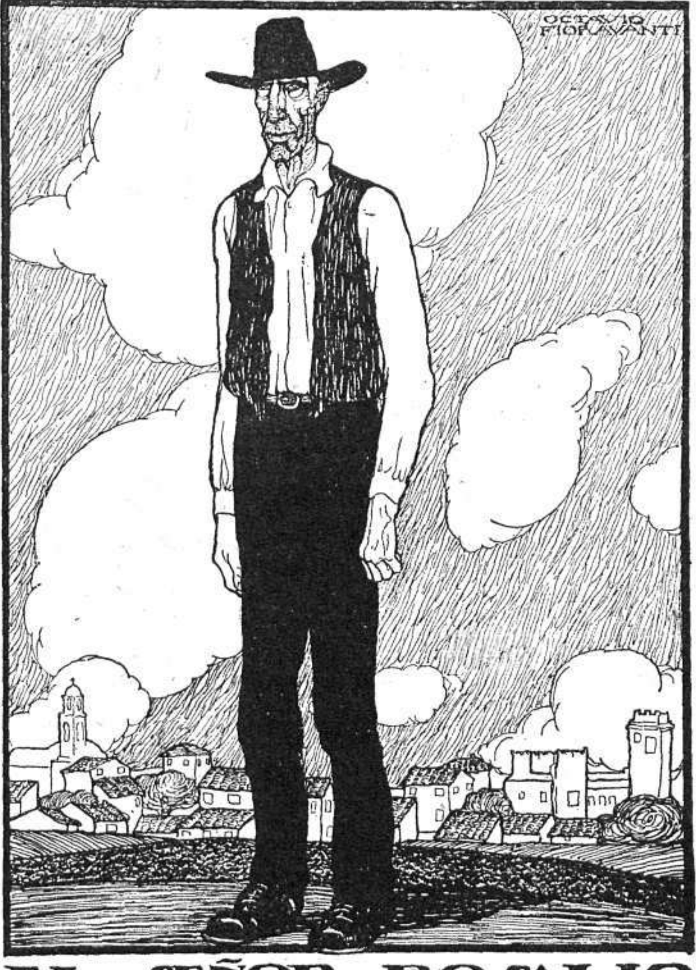
PILDORITAS REUTER

el laxante más eficaz, sencillo y cómodo a que pueden recurrir los que padecen de estreñimiento o malas digestiones, pues su acción es suave y segura, y sin causar dolor ni irritación eliminan los residuos nocivos y vigorizan todo el aparato digestivo.

Usando las Pildoritas Reuter el dispéptico debilitado y entristecido adquiere su vigor pristino, las digestiones no son una penosa labor, la sangre fluye fresca y abundante en glóbulos rojos, las células gastadas se renuevan, la mente descansada de la fatiga del dolor despierta y se anima, y cuerpo e intelecto son bañados por la onda suprema: ¡Alegría! ¡Alegría!



Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.



EL SEÑOR ROSALIO

Desde una apartada aldea de mi tierra me escribe un amigo, y a la terminación de su carta me dice: «Sabrás que murió el señor Rosalío; ni uno de los ciento y pico de hijos que deja en la comarca lloraron por él una lágrima; sólo algunas mozas solteras piensan que su muerte las deja en desamparo».

Yo quiero dedicar a este personaje, que no me atrevo a llamar típico, porque en las étnicas afinidades de la raza de mi país debe haber pocos casos iguales, una página y un recuerdo. Su vida pintoresca y «chus carrandera», más que la del curandero que cura las vacas y las personas, y más también que el saludador que da paz a los espíritus poseídos e iluminados por el hechizo, bien lo merece.

El señor Rosalío, viejo mozo que fué gaitero largo tiempo, era, cuando yo le conocí, un hombre alto y espigado, de nariz corva y colorada, de blancas patillas y ojos diminutos, maliciosos y agudos, que tuvieron la perseverancia de mirar las cosas de este mundo con tanta faramalla como cuquería. En su rostro, requemado por los soles, llevaba grabada una pueril sonrisa, igual a la de los sátiros y hampones, mezcla de andariego encubridor de deslices y de jocundo componedor de tropelías mozas.

Y en verdad que bien los sabía atapar y encubrir. ¡Válgame el cielo! No se precisaban más que dos cosas: que una rapaza soltera tuviera un hijo y cinco duros, para que el señor Rosalío, mediante la entrega de los cien reales por anticipado, reconociera a la criatura, cuya madre, sana y colorada como un «carabel», íbase al pueblo a criar, mientras le duraba la frescura, y a hacer una vida regalada, en tanto el «crío», al cuido de la abuela, inflaba los rollizos mofletes con la leche de la vaca, con papas de harina y se curtían al sol de la era.

Mi hombre no tenía más allegados que los múltiples hijos, que, sin ser de él, reconociera por la bondad de su hamponería y el elocuente poder de cinco duros. Era, invariablemente, la tarifa de sus honorarios.

Su padre había sido cohetero, hasta un día que voló con su mujer en pedazos por la techumbre del taller, entre el humo de la pólvora y el estampido de las bombas, igual que unas madamitas trágicas y grotescas. Y Rosalío, entonces un rapaz que se ensayaba en cortar las cañas para los cohetes, libróse de muerte semejante por hallarse a la sazón cazando pardales en un vagazo cercano; y como no le tiraba la pirotecnia, se entregó a una sabrosa vagancia, decidiendo aprender la gaita, sabedor como era de que en romerías y verbenas el que toca tan dulce instrumento es preferido de mozas y agasagado por los abades. Y fué gaitero, y corrió los lugares y las villas inflando el fol de la gaita, sin olvidarse de inflar el fol de su cuerpo; y dicen las lenguas murmuradoras que ocasiones tuvo, por aquel preferimiento de las mozas, para llenar otras varias cosas, de las que apenas mantuvo el recuerdo, como si lo prendiera al fleco que colgaba del historiado palo de su gaita.

Una vez hallábase amenizando la fiesta de Santa Justa, y porque había chuscado un ojo a una moza, un cofrade, novio de ella, le abrió la cabeza con un *fungueiro;* le llevaron a la Rectoral sangrando como un condenado, y a pesar de que la herida no tenía gran importancia, después de curado de primera intención, négose a seguir tocando, suspendiéndose por este motivo el baile, jolgorio principal de la romería. ¡Nunca lo hubiera hecho! Por la noche, cuando regresaban a su aldea, le esperaron unos mozos en la revuelta de un camino sombrío, y entonces no le valieron negativas. Le hicieron tocar cuanto les vino en gana; y dicen que ya floreaba la alborada tras los montes cuando el señor Rosalío, sin colaborar en su instrumento con el día nuevo,

que nacía, con el pañuelo prendido alrededor de la cabeza, retornó a su casa, mustio y sereno como nunca y arrepentido de ser gaitero.

Yo pienso que cuando pasaron los años y perdió aquella apostura de la mocedad que se erguía sobre los atrios, gentil y retadora, y perdió el tino para repinequear los bailables punteados que hacen mover con ligereza los pies de las parejas, debió sentir la amargura de aquel que, bien a su pesar, no cumple su cometido dignamente, y quiso dejar la huella de su paso farandulero por la comarca; y un día, dejándose inducir ante la primera proposición y promesa, se inició y dióse de lleno a ejercer el oficio de encubridor de deslices mozos y sensuales, con toda la ubicuidad, camandulería y desfachatez de un pícaro redomado, digno de cantar en versos romanceros por un cura de las Brañas, como lo era advertido en requirimientos y repulsas por todos los abades y jueces municipales del contorno.

Pero como el señor Rosalío poseía cierta filosofía allá a su modo, guardada en su cerebro con una mixtura de risas y expresiones expuestas graciosamente bajo la influencia del jarro de vino, en la aldea teníanle, a pesar de todo, en cierto aprecio, y su figura, tocada con un sombrero de alta capa y amplias alas, era algo patriarcal, que aun cuando daba tumbos por los caminos, en su presencia los comentos chismosos solían convertirse en palabras lisonjeras y de agradecimiento.

En cambio, los chicos le miraban como a un ser original, del que oían hablar frecuentemente, y citábanlo las madres para hacerles temerosos. Y él, enterado de ello, ante las burlas infantiles, rumiaba unas palabras extrañas, y les decía poco más o menos.

—Ey, rapaces, que ya paso de mozo, y mucho me engaño o debo ser padre de alguno de vos. A ver...

Y guiñaba los ojos con febril ligereza, interrogando a uno en tono humorístico:

— ¿Tú no eres hijo de la Dolores?

— Soy, sí, señor,

— Acabáramos. Pues yo soy tu padre... ¡Ja, ja, ja!

Los chicos,, sin comprender, reían la gracia del señor Rosalío, que se alejaba tranqueando y sonriendo por la vereda.

En una ocasión,, hallándome yo en su aldea, al lado del amigo que me participa la noticia de su muerte, quise charlar con él para oir de sus labios alguna historia picaresca y que me dijera si era cierto el desliz de una guapa montañesa que yo conocía, y por la que algún tiempo tuviera preferimientos e interés.

Fuí a su casa, y aun bien no había traspuesto la cancilla de la huerta vino a mi encuentro sonriente y ufano. Subimos a la sala, que era al mismo tiempo alcoba, despensa y comedor, y le interrogué sin rodeos acerca del objeto de mi visita, y sacudiendo la cabeza con ademán misterioso, expresión popular de la desconfianza y sagacidad del labriego, me dijo que no sabía nada... es decir: que no se acordaba en aquel instante.

Hablaba con tal prosopopeya y había en su acento tal convicción de lo indispensable y delicado de su oficio, que no me atrevía a procurar me revelara alguna historia. Llegué casi a creer que era ciertamente lógica y natural aquella su profesión de encubridor trapacero.

Su charla se fué animando y adquirió su soleado rostro una expresión singular. Entonces le pregunté cuántas criaturas había prohijado durante el año.

El señor Rosalío, mirándome con extrañeza y escama, dijo:

— ¿Pero piensa usted que guardo en la memoria semejante mezcla? No, señor; sólo guardo en la chaveta, mientras duran, los pesos que me dan por ello. Como acordarme, sí me acuerdo de quiénes me piden el favor; pero cuántos... ¡arreniégote!

— Entonces puede decirme sí...

— ¡Ay! no, señor; en tocante a ese caso, no me acuerdo.

Empezaba a desilusionarme ante esta negativa, cuando de pronto oímos unas voces en la huerta.

— ¡¡Señor Rosalío!! ¡¡Señor Rosalío!!

— ¿Quién anda ahí? — dijo éste asomando la cabeza por la ventana.

— Una vecina de Rebón de Arriba que le quiere un recado. ¿Baja vostede o subo yo?

— Aguárdate, mujer, que tengo visita de cumplido; ahora bajo.

Y dirigiéndose a mí:

— Permítame un instantito, que luego vuelvo; voy ver qué me quiere esta montañesa.

Bajó a la huerta, y desde la ventana le vi largo rato platicar, inclinado sobre aquella mujer, que revelaba en la respiración agitada y en sus ojos brillantes, el interés con que escuchaba las palabras del viejo. Por fin se despidió diciendo:

— A fe que no reparamos mientes en eso ni hicimos recuerdo alguno, señor Rosalío.

Volvió adonde yo le aguardaba, y me dijo desconsolado:

— Voy viendo que, en llegando a cierta edad, este mi oficio no da producto. ¡Cinco duros que me traían a la mano y no los pude ganar!

— ¿Por qué? — le pregunté.

— Figúrese que esa mujer quiere que reconozca a un «crío» que parió antier una sobrina suya; ¡linda moza, caray!, joven y garrida; pero no puede ser...

— Y ¿quién lo impide, señor Rosalío?

— Pues lo impide el que aún no está mandado ser padre y abuelo a la vez. ¿Me entiende?

No pude menos de reir estrepitosamente. Había dado ya con la historia picaresca. Al ver mi regocijo, él se mantuvo serio, y cuando terminé de reir, me dijo con sagacidad y refinada malicia:

— Pues mismamente hace mal en reirse, porque esa mujer es tía de la moza por quien usted tanto se interesaba hace un instantito... ¿Me entiende? Ande, ríase ahora.

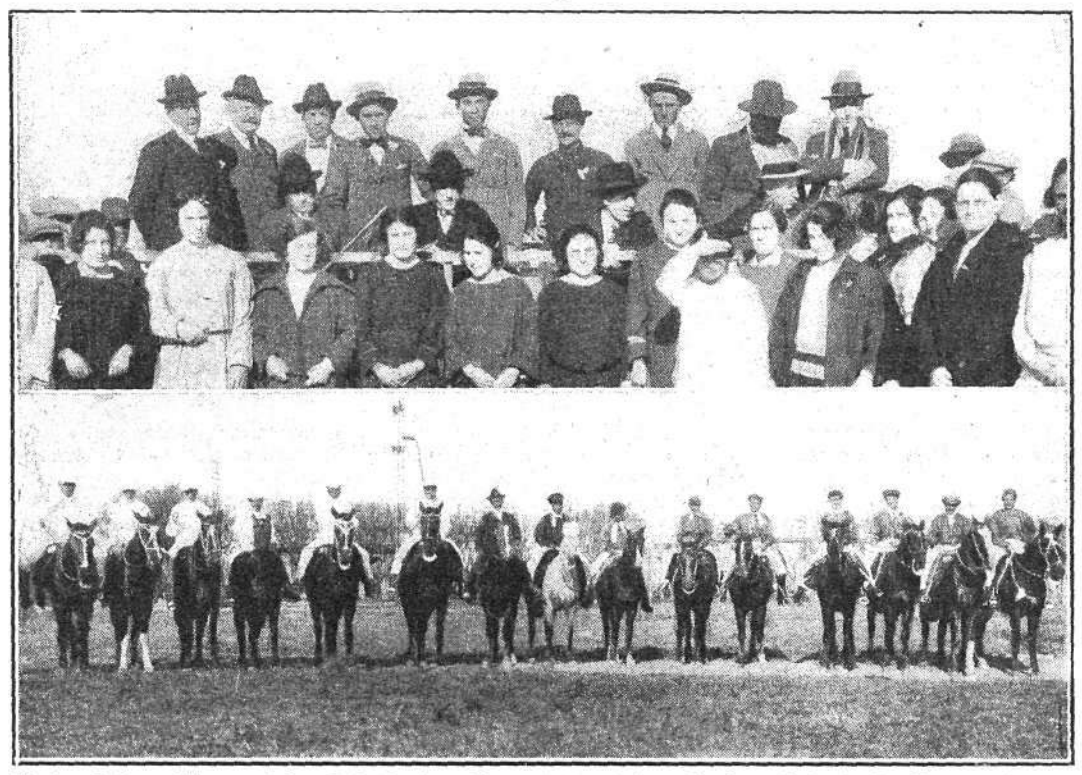
Y fué él quien rió largamente, mientras yo me mordía los labios.

PRUDENCIO CANITROT

DIBUJOS DE FIORAVANTI



De Agote



Miembros de la comisión organizadora de los festejos patrios con tanto entusiasmo llevados a efecto este año. Jinetes que tomaron parte en la tradicional carrera de la sortija, que constituyó uno de los más lucidos números del programa.


Granja Blanca
Caritas alegres...
verá usted en todos los niños
poseedores de un tarro de
Dulce crema de leche
"GRANJA BLANCA"
Necesitamos en algunas
plazas del interior agen-
tes para los productos
"GRANJA BLANCA".
Granja Blanca
Dulce Crema de Leche
José Julio Palma y Hnos
Buenos Aires


Festival conmemorativo de la fiesta patria llevado a efecto por los alumnos de la escuela rural N.º 51, que dirige la señora Lucía F. de González.

LA RACIÓN DE URGENCIA DEL SOLDADO

El problema de racionar al soldado es de grandísima importancia no solamente con el fin de preservar su salud física sino para conservar su eficacia militar. Aparte de lo que la población civil consume, la ración del soldado no ha de ser acortada y ha de reunir las condiciones necesarias.

Con frecuencia hay que enviar patrullas avanzadas de exploración, las que no pueden llevar consigo ni el rancho ni las raciones ordinarias. Para estos casos se impone la ración de urgencia, raciones que deben poseer gran valor nutritivo sin sacrificar el paladar y su volumen debe ser pequeño, lo más reducido posible, para no aumentar el peso ya grande que el soldado lleva encima. Estas raciones han de ser además de alimentos que no se deterioren y al mismo tiempo han de ser baratos y fáciles de conseguir en todo tiempo y lugar.

Hasta ahora la ración de urgencia por excelencia es la propuesta por Vedder y que consiste en diez onzas de galleta de barco y seis onzas de chocolate.

Esta ración de menos de 500 gramos procura aproximadamente 2.100 calorías, de las cuales 180 son de origen proteico.

Un hombre que permanece en cama consume al día 1.800 calorías para satisfacer el calor normal y la energía corporal.

La ración de urgencia propuesta da 4.500 calorías diarias con 460 de elementos proteicos, ración más que suficiente para los que se ocupan de trabajos rudos y fuertes como el soldado en tiempo de guerra.

Desde luego que esta ración no sirve para el constante alimento del soldado y sólo en casos de urgencia se ha de echar mano de ella.

Completa satisfacción

experimenta toda persona que usa trajes o sobretodos de M. Alvarez, por el elegante estilo, la perfecta hechura y el módico precio.

La alta calidad de los trajes y sobretodos de M. Alvarez es una verdadera garantía de valor real, apreciable por su duración.

Sobretodos de regio casimir, $ 60

Trajes de medida en casimir inglés, $ 110

***

Enviamos al interior catálogos y muestras. Al pedir estas últimas, sírvase indicar color y precio del traje o sobretodo que piensa encargarse.



En la capital enviamos muestras a domicilio.

SASTRERIA DE LUJO
(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)

NO TENEMOS



SUCURSAL



HUGO STINNES

Entre los potentados alemanes que se han mostrado más hostiles a la ocupación del Ruhr, una figura domina: la de Hugo Stinnes, dueño de la industria y de la finanza. Víctor Cambón hace de este hombre y sus ideas, en su libro «La nueva Alemania», la silueta que reproducimos.

Algunas personas, leyendo lo que se escribe sobre «El hombre de la cabeza negra de Asirio», mueven los hombros diciendo: «A pesar de todo, ¡qué rico es este tipo!»

Que Stinnes posea tres, seis o diez millones — y su fortuna debe variar singularmente de un día al otro — no está en ellos la fuerza de su poderío. Se puede suponer un *hoberau* poseedor de un millón de hectáreas en tierras muy buenas y por eso más rico que Stinnes. Fuera de su propiedad, esta opulencia no da al *hobereau* ningún dominio. El poderío de Stinnes está mantenido por la cantidad prodigiosa de empresas, de hombres, de cosas, de objetos, de capitales que dependen de su voluntad, puesto que ha sabido elegir con una habilidad casi maquiavélica los elementos de que debía ser señor para poseer automáticamente con ellos una gran cantidad de otros, y así, asegurándose el control de las grandes centrales eléctricas del Ruhr, tiene en su mano la fuerza motriz que necesitan miles de industrias y millones de trabajadores.

Fuera de los partidos políticos, su popularidad es general y creciente. Le he encontrado más fuerte de lo que suponía, y todo lo que emana de él es relatado como gestos de un personaje histórico.

Se puede preguntar con qué ojos Hugo Stinnes mira esta fama, ya que no hay hombre más simple que él y de costumbres más modestas. El único elemento que considera precioso sobre todos los demás es el tiempo. Quien se lo haga perder no será nunca su amigo. Una buena parte de este tiempo lo pasa en ferrocarril o en automóvil, con sus secretarios y a menudo con sus hijos. Los tres jóvenes Stinnes lo secundan con acierto y siguen las trazas del padre.

En viaje almuerza en cualquier restaurant. Inútil será agregar que no se detiene mucho en ellos, lo que no le impide observar todo cuanto sucede. Ultimamente, después de haber cenado en una ciudad del Ruhr, llamó al *maitre d'hotel* y le dijo: «He visto que aquellas personas a quienes se les sirve un plato esperan el vino desde hace un cuarto de hora, y a otros a quienes se les ha llevado ya el vino esperan inútilmente la comida. Su casa está mal organizada».

Stinnes tiene, por sobre todo, el culto de la organización y atribuye a este principio su éxito. Agreguemos a esto el conocimiento profundo del terreno económico internacional, una actividad sin límites y una voluntad que no vacila ante ningún obstáculo.

Su carácter es seco. Se conoce su animosidad hacia Rathenau, sus asuntos con la Hamburg-Amerika y se dice con frecuencia que se hallaba disgustado con Thyssen. Actualmente no lo parece. El 23 de julio de 1922, día en que Augusto Thyssen celebraba su ochenta aniversario, a las personas que estaban en casa suya les dijo este potentado más o menos esto: «Hugo Stinnes, cuando era joven, fué mi colaborador y mi amigo. Luego hubo algunas divergencias y nos hemos distanciado. Hoy las circunstancias nos acercan; la amistad no ha vuelto, pero desde el punto de vista de los negocios marchamos de acuerdo».

Estas palabras tienen una importancia especial, pues estos dos hombres son los representantes efectivos más autorizados y poderosos de la Alemania actual.

La idea madre de Stinnes es la de acrecentar por todos los medios los útiles de trabajo y la productividad de su país. Un arreglo cualquiera con los aliados que facilitara la expansión hacia el exterior de los productos alemanes y la adquisición fácil de materias primas a la industria, no lo dejaría indiferente, porque mirando desde muy alto y desde muy lejos, considera, sin confesarlo, que gracias al sistema del que se ha hecho propagandista infatigable, Alemania desafiará toda competencia. Se trata del sistema de las *Concentraciones industriales*, del sistema que se conoce también por el método de los Honzern.

Ya Krupp y, sobre todo, Augusto Thyssen, habían realizado un plan de operaciones coordinadas desde las materias primas hasta un cierto momento de su elaboración, siempre sobre una escala menos extendida y solamente en la industria del hierro y el acero. Fué Hugo Stinnes quien, al generalizarla, le ha dado la amplitud orgánica que comprobamos hoy.

Ya antes que él conocíanse los *trusts* americanos que ponían en común los intereses de una misma industria: trust del petróleo, del acero, de los aparatos eléctricos, etc. Conocíanse también los «cartels» alemanes que, dejando autónomos a los fabricantes de una industria, los asociaban sólo en la venta en un sindicato encargado de establecer los precios, de buscar los clientes y de repartir los pedidos entre las firmas sindicadas: cartel del acero, del amoníaco, de la potasa, etc. Se los puede definir bajo el nombre de «concentraciones a lo ancho». La concepción de Stinnes, o *«concentración a lo alto o en profundidad»* consiste en reunir en una sola mano todas las industrias que concurren a la ejecución de un producto final, desde las materias iniciales: combustibles, minerales, maderas, hasta el objeto utilizable para el consumidor: locomotora, lámpara eléctrica, máquina agrícola, etc.

Y como aun se puede agregar la coparticipación disciplinada de los proveedores de elementos diversos que entran en las fabricaciones sucesivas, se puede decir con justeza que el Honzern integral es la concentración industrial en tres dimensiones.

Aplicad el mismo sistema a todas las formas de la actividad humana y entre ellas a los bancos, los vehículos de transporte y los almacenes de venta y habréis penetrado el secreto de las maniobras y de los innumerables sindicatos industriales realizados por Stinnes. Y así también comprenderéis, al mismo tiempo, por qué se esfuerza en ser dueño y señor de los ferrocarriles del Reich, porque teniendo el carbón, el mineral, el hierro, los talleres de construcción, los bancos, los medios de transporte fluvial, los arsenales marítimos, los navíos y los representantes en el exterior, el transporte por el ferrocarril es el único que falta a su cadena.

No escapará a nadie todo lo que puede dar de poder, de armonía, de perfeccion y de economía a la fabricación de un artículo esta concordancia de esfuerzos variados que las hace emanar todas de cierta manera de una única cabeza. Nada de competencias estúpidas y ruinosas entre los fabricantes de un mismo artículo; nada de sorpresas ni de conflictos; nada de desproporciones entre las cantidades de materias intermediarias a proveer en cada etapa; nada de falsas maniobras; nada de formación de depósitos superfluos resultantes de la independencia de los ejecutantes; luego la posibilidad de hacer cosas grandes, construir en series, de *standalizar* y de llevar al máximum de energía a la venta de productos los más ventajosos y, en fin, la ventaja inapreciable de poner en común las investigaciones, las marcas, las experiencias que introducen cada día un progreso más.

Las ideas de Stinnes han sido reconocidas tan ventajosas del otro lado del Rhin que la mayor parte de las grandes sociedades han formado al lado del suyo Honzerns análogos, sin hablar de Krupp y de Thyssen.

Se ve así cual será la influencia que pueda tener la presencia de un hombre superior sobre el destino de su país.



COLONIA SAN MIGUEL. — Concurrentes al picnic ofrecido al señor Rafael Jiménez con motivo de terminar su gestión administrativa en la colonia.

UN RETRATO VIVIENTE

Representar imágenes o retratos con una masa de hombres, distribuidos convenientemente en un terreno llano, es un ejercicio que forma parte de la instrucción del soldado yanqui.

Cada soldado tiene un sitio marcado en el terreno, y a un silbido, a una voz de mando del jefe, varios centenares o miles de hombres rompen filas y se precipitan a paso de ataque hacia el sitio señalado.

Es un momento de confusión indescriptible y uno se pregunta qué va a resultar de aquel barullo; pero de repente aquel hormiguero humano cesa de moverse, y el observador situado en algún accidente elevado del terreno queda sorprendido al ver reproducido el perfil de alguna persona conocida.

Presenciando las maniobras el presidente Harding vió, con gran satisfacción, cómo 1255 oficiales y soldados de infantería de marina dibujaban con sus cuerpos su silueta.

La ejecución de estos dibujos gigantescos exige trabajos preliminares muy complicados y no pueden ser dirigidos sino por oficiales familiarizados con las leyes de la perspectiva.

Para que presente un aspecto de realidad la imagen ha de ser vista bajo un ángulo determinado. Como la imagen puede tener de 100 a 300 metros de larga, el dibujante ha de tener en cuenta la deformación de las líneas. El dibujo se hace en el terreno, en el que se clavan pequeños piquetes para facilitar la construcción de la imagen.



TE ANTIRREUMATICO RITTER

El medicamento más eficaz contra el
REUMATISMO AGUDO y ARTICULAR.

Agradable al paladar, sustituye el uso de otros tes y tisanas.

Libra al organismo de los uratos y oxalatos, causas primordiales del

REUMATISMO

Recomiéndase también por su poderosa acción desintoxicante en el
ARTRITISMO y la GOTA.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

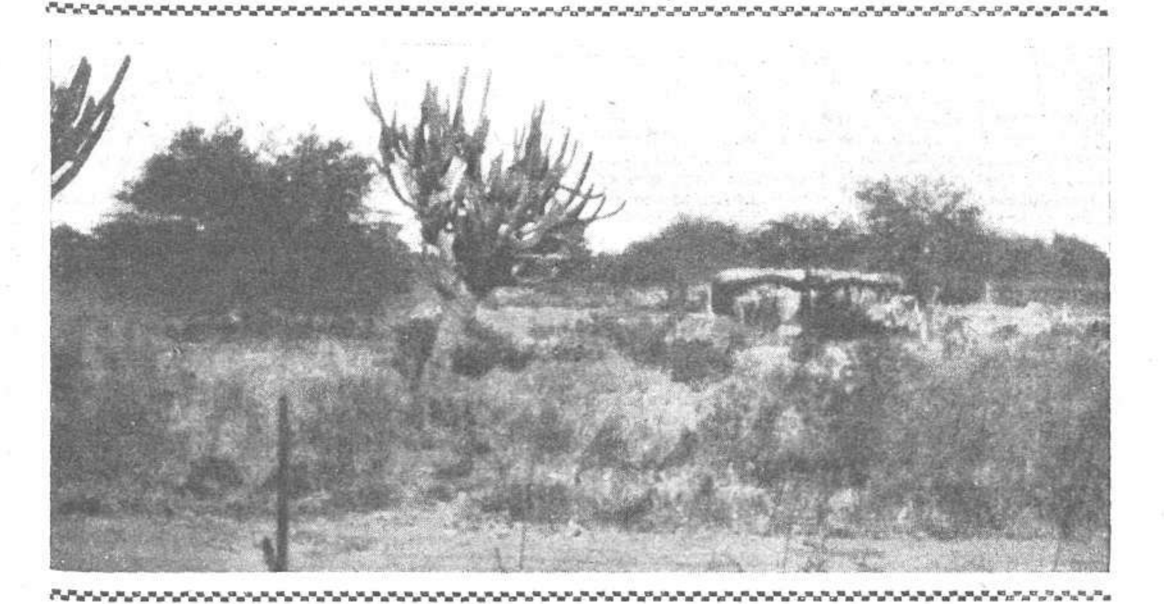
DEFENSA, 215,

sus secciones y en todas las buenas farmacias.

Paseo campestre realizado en la Calera de Casanello, organizado por el Círculo Italiano, con asistencia de numerosos y destacados miembros de la colectividad.



CASILDA.— Autoridades y principales familias a la salida del tedéum celebrado en homenaje a la augusta fecha patria.



Por tierras santiagueñas

Por ADOLFO POSADA

EL TREN EN MARCHA

Apuntaba el día con la insinuante luz del alba cuando despertábamos del semisueño que el ruido del tren consintiera. No esperamos demasiado para abandonar el lecho, en el que huesos, nervios y espíritu encontraran un agradable y reparador semirreposo. Viajábamos por tierras santiagueñas, de aquella rara región de Santiago del Estero prolongación del Chaco. Recordábamos la visión lejana de Sarmiento en *Facundo*. «Al norte, dice, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamaríamos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de América». Ya el bosque, ahora, lo ha penetrado el hombre, y paciente y acaso cruelmente lo destruye... El que recorremos es, a ratos, bosque bajo, quizá desmochado por la explotación de las leñas y maderas; otras, el bosque es como selva intacta, en extensas zonas de árboles íntegros, entre malezas retorcidas y masas de arbustos de atormentadas formas. Espectáculo extraño para nosotros, sobre todo como contraste recordando la pampa lisa y llana de la *otra* Argentina, la típica acaso. Hay zonas en que adornan el bosque chumberas enormes y altos cardones esqueléticos. Y pasan los bohíos miserables, las chozas de ramas y troncos embarradas sus juntas, y cerca los habitantes del más extraño aspecto. Una naturaleza severa, fría y descompuesta en la hosca desnudez invernal. Tiene todo, naturaleza y hombre — naturaleza también, sumido en ella — un aire pobre, de vida dura. A veces el matorral, en su desarreglo fantástico, enmarañado, triturado, cubierto el suelo de hojas descompuestas y de trozos leñosos, envuelto todo en polvo y lodo, ofrece un aspecto andrajoso, como si aquel enorme conjunto de troncos desnudos, de cañas retorcidas, fuera el depósito de inverosímil prendería.

Pero, cuidado, todo en grande: el prendero allí tendría que ser de proporciones gigantescas para estar a tono con los horizontes infinitos, y en armonía con lo imponente del espectáculo, que no sabemos por qué encoge el ánimo: quizá tiene un no sé qué de escenario de tragedia... posible; imagínase uno perdido en aquel océano de matorral polvoriento, en la soledad rumorosa, evocadora, en medio de la cual cada ruido, por leve que sea, estremece el alma... el aleteo de un pájaro, el temblor casi metálico de las hojas secas, el crujir de las ramas, un soplo musical de la brisa... hasta lo que es puro movimiento mudo adquiere en el aislamiento un resonar extraño y una vida que puebla el espacio de seres impalpables, pero que os figuráis reales, y a los que acaso atribuís las más aviesas intenciones...

El tren sigue, detiénese en los pueblos: recuerdo, Matará, La Cañada, Clodomira, La Aurora... Al acercarse a los pueblos adviértese, en vivo, la acción transformadora del hombre: tierras removidas, casas con más aire de vivienda humana; y ya en los pueblos mismos, los rastros del tráfico, el subir y bajar de las gentes, y entre los pueblos el bosque, el matorral, el llano, en su pasar interminable, y los bohíos y las chozas con sus habitantes de pintoresco aspecto. A ratos gozábamos una rápida sensación del vivir elemental casi primitivo del hombre.

Es Santiago región de obrajes, de la explotación del bosque que cubre casi el setenta por ciento de la provincia, y en el cual abunda el quebracho blanco y colorado, el algarrobo blanco y negro... que el hombre arranca y su industria convierte en postes, traviesas de vía férrea — durmientes — leña, carbón. Estos bosques y los del Chaco han salvado la crisis del combustible que durante la guerra provocó la falta del carbón mineral en la república.

LOS QUE VIAJAN

Nada más curioso, pintoresco y típico que estos trenes argentinos... sobre todo alejándose de Buenos Aires, tierra argentina adentro. Un coche salón, como los que arrastra el rápido de Buenos Aires a Rosario, nada os dice de particular: os creéis en un tren norteamericano o europeo. El lujo ferrocarrilero impone exterioridades de máxima uniformidad. Pero los trenes de la Pampa Central o de la gran línea del Central Norte, esos os colocan en el corazón de la vida misma, la positiva, la de las raíces que absorben la substancia de la tierra, pero de la tierra de verdad en este caso: la del trabajo duro.

Los trenes en marcha sintetizan, en el movimiento incesante de las gentes que en las paradas los toman y los dejan, una de las modalidades más características — netamente americanas — del vivir argentino, como obra del explorador, del peregrino, del emigrante: y, además, una de las más dignas de estudio, en sus manifestaciones variadas, para comprender el proceso dinámico nacional. Son las gentes de los trenes, en su mayoría del campo, o de la ciudad que trafica en el campo, muy en contacto con la naturaleza; son de aire diverso, de tipo variado: unos de la tierra, otros

europeos, de cien regiones distintas, *agauchados* y *acriollados* muchos, y, todos, al parecer, gente de trabajo, de labor, de acción, luciendo, en general, indumentaria basta, no rústica siempre, descuidada, a mil leguas del modo correcto, limpio, hasta refinado, del hombre de las urbes, de Buenos Aires especialmente.

Los comedores rodantes de estos trenes constituyen entretenimiento agradable y útil: el observador curioso tiene en ellos materia inagotable para que el pasar de las horas se deslice rápido. En medio de aquellas gentes, luchadoras, oyéndolas — hablan alto y hay que oirlas — la imaginación se excita fácil, espontáneamente, y podéis reconstruir con datos de realidad empírica los dramas del proceso conquistador y constructor del medio argentino... del país. Ante aquellas mesitas se traman los tratos y contratos, se ventilan los mil negocios, que integran el tejido económico de la inmensa explotación nacional agropecuaria. Y entre cigarro y cigarro y sorbo y sorbo... refieren muchos, de modo expresivo y sincero, las duras andanzas del vivir, tan a menudo aventurero, de quienes han tenido que peregrinar mucho antes de lograr situarse o que siguen peregrinando todavía... En la psicología de estos peregrinos, ambulantes forzosos, revive quizá nuestro antepasado nómada.

Viaja allí el hombre de la tienda, el explotador de la tierra o del bosque, el que ha llegado de muy lejos o acaba de llegar, y tantea en el medio... busca, explora... Y esos y otros, y miles y miles y miles como ellos, en generaciones sucesivas, fracasados y triunfadores, inmigrantes de las más diversas y apartadas procedencias... españoles, italianos, alemanes, rusos, turcos, sirios... serán — son ya — los que constituirán las raíces vivas, el dinamismo impulsor de la gran nación que avanza. Y allá, cuando merced al fundente del espíritu hispano, al genio de la raza, una de las fuerzas históricas más enérgicas del mundo, la Argentina rivalice en América con la colosal formación del norte, obra del fundente inglés, y la contrapese para bien de la humanidad, entonces el historiador no sabrá explicarse ni podrá comprender el carácter, la significación, la psicología de la Argentina triunfante, sino alcanza merced al esfuerzo evocador de la fantasía creadora, en que toda historia consiste, la representación realista de estas gentes que ahora llenan los trenes, animan las estaciones, exploran la selva, roturan las tierras, cuidan los ganados; en suma, explotan los bosques y conquistan la pampa.

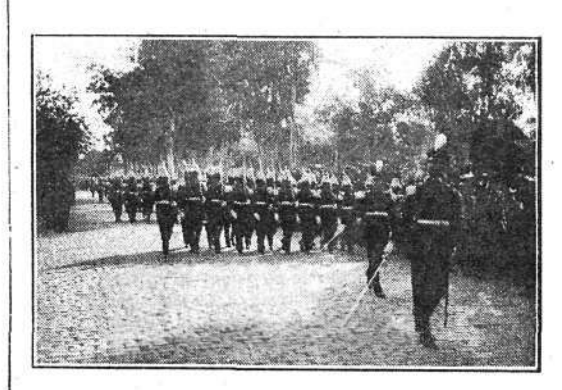
La Argentina como la otra América (desde los *Peregrinos* hasta Wilson) es un fenómeno de colosal expansión... obra de una nación de emigrantes, como dice Mr. Farrand, el profesor de Yale, al explicar «la formación histórica de la nación americana». Lo que en su historia parece más característico, dice, es «la expansión de unos miles de colonos diseminados a principios del siglo XVII, a lo largo de la costa Atlántica y aumentando hasta formar una nación de más de cien millones de almas que ocupan la totalidad de la porción central de la América del Norte...»

Contemplando allí, tan de cerca, tan en vivo, el motor humano esencial del proceso argentino... sentíamos con rara intensidad una sincera simpatía hacia aquellos compañeros momentáneos de viaje, peregrinos y luchadores y triunfadores, que sin darse cuenta, buscando su felicidad y bienestar, y bordeando para lograrlo los abismos del fracaso, levantan el palacio espléndido en que algún día se albergue, renovado, el gran espíritu expansivo de la raza. Una suave y tenue brisa de optimismo refrigeraba el alma, y nos hacía olvidar, por el instante, las notas tristes y aun trágicas que doquier provocan desalientos y desesperanzas.

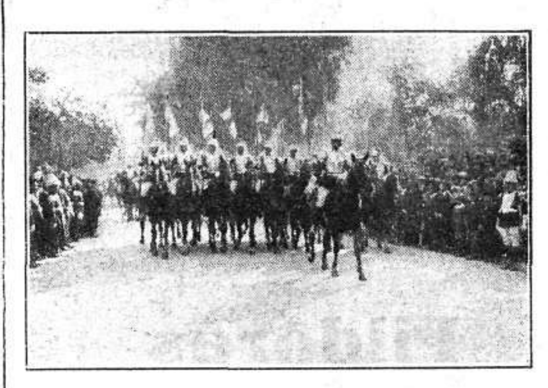
De Mendoza



El gobernador de la provincia, doctor Lencinas, dirigiéndose a la Catedral para asistir al tedéum el 25 de Mayo.



El cuerpo de milicias desfilando ante las autoridades.



El escuadrón de Coraceros que se destacó por su brillante presentación.



El gobernador y sus ministros presenciando el desfile desde el palco oficial.

LAS VIOLETAS DEL ATICA

Unos pocos amigos y yo dejábamos Atenas después de algunas semanas de estada durante la primavera. Nos parecía que la conocíamos por intuición, no por haber vivido en ella. Había sido necesario unir demasiados fragmentos separados y distintos de las impresiones recibidas al contemplarla para reconstruir el alma entera de la ciudad. Y luego, precisamente a la hora de partir, en la última noche ateniense, he ahí que se revelaba el encanto de la ciudad. Infinitos recuerdos adquirían relieve con colores de una luz singular; y entonces nos dimos cuenta de que cada camino, cada ruina, cada rincón, nos había atraído, poco a poco, inconscientemente. Y algo había en el fondo del corazón que temblaba ante el adiós de la partida.

Y sin embargo no la habíamos amado en seguida a esa vieja ciudad; al contrario, al principio nos habían disgustado aquellas sus miles costumbres inarmónicas; aquel refinamiento parisiense plantado en el centro de un pueblo oriental; aquel enorme salto, desde las ruinas y el silencio de tumba, a la charlatanería de los mercaderes en las calles y en los cafés; aquel bello sonido de palabras grandiosas, hablando de cosas modestas; aquellos restos de antiguos nombres en las instituciones modernas. Luego, en cambio, todas estas contradicciones, todos estos elementos aunados, aparentemente confusos y hostiles, habían revelado su verdadera idiosincrasia. Hay señoras que usan un perfume singular haciendo una nueva mezcla con perfumes conocidos. Atenas es igual; Atenas es una de estas señoras de elegancia singular. Es necesario compenetrarse bien de ella, en todo su conjunto, para amarla. ¡Ay del que intente analizarla por partes en sus gustos especiales! Correrá el riesgo de calumniarla, puesto que no es tan grandiosa y severa como sus templos en ruinas, o porque no es tan refinada cual lo es su aristocracia. No. Atenas no puede ser ni una ni otra cosa. Atenas es un conjunto de tiempos y de pueblos distintos. Atenas es el espíritu ardiente que embriaga aún en el teatro de Dionisios, donde se recitaron las tragedias de Eurípides; es la confianza apacible que observa a la tierra y al mar desde el templo de la Nike Aptera, junto al bastión donde Erecteo aguardaba el retorno de las naves de Creta, y que, al ver las velas negras que el viento hacia palpitar, se arrojó contra las piedras para morir; es la árida campiña donde el cactus raja la roca para desarrollar sus ásperas raíces; y todo es de color gris polvoriento y sufre la desesperación de la sed; es el pequeño y estrecho bazar donde vense los trémulos y vívidos reflejos de Asia; es el rincón umbrío de un jardín donde se puede saborear el café más exquisito de la tierra; es el modesto *bar* donde dormitan los viejos griegos con trajes de fustán y se bebe la *mastika* de oloroso sabor de resina; es la avenida llena de magníficos carruajes y de hermosísimas y elegantes damas; es el *Hotel Gran Bretaña*, donde todos los años se hospeda la colonia egipcia, que alábase de tener las mujeres más estupendas que pueda imaginarse; es el *chic* francés que mézclase con el tradicional traje albanés; son las almas herméticas de la gente del pueblo, que parece que despertaran de un sueño secular, que andan atónitas, con graves movimientos, y también los espíritus sedientos de novedad, los espíritus de una generación que, en verano, se desparrama por el mundo persiguiendo la dicha, rivalizando con las más fastuosas naciones; son las costumbres de una vida refinada en soberbios palacios; es lo frugal de una plebe que come carne dos veces por año, bebe agua, y hasta mastica las hierbas aromáticas que pululan por todas partes. Eso es Atenas, eso y otras muchas cosas vigorosas y delicadas que no pueden expresarse: es un aura de cosas venerandas en torno de la ciudad y un tremolar de cosas vivas dentro de ella; es un relámpago de la belleza clásica y un cierto perfume fuerte de barbarie que tienen algunos extractos, y no sé que muelle tentación de placeres orientales; es la vivacidad de una raza culta que sabe hablar perfectamente y vivir bien en sociedad; es una fiebre de aspiraciones muy humanas, de viajes, de vestir bien y tener joyas, de un patriotismo ingenuo, casi pueril, un aire señorial que da la sensación de que es una vetusta tradición, una abundancia de patrimonios fabulosos, una sombra de misticismo bizantino alrededor de las iglesias, el culto que vuelve a hallarse por todas partes y el escepticismo elegante que le hace corro; es la Venus de mármol que vuélvese la niña hebraica o la mujer turca; la Elena antigua y la antigua Penélope que hablan cinco o seis idiomas y reciben con una amabilidad sin igual; es, en fin, un pequeño mundo, infinitamente heterogéneo, con mucho color, exquisito y primitivo, ruidoso y silencioso. Y en esta gran ciudad el que quiera oir todo, verlo todo y conocer todo, podrá gozar los placeres más deliciosos e intensos que uno puede soñar.

Pero es menester acostumbrarse a vivir en aquel ambiente blanco, que es el color predominante en Atenas; un blanco deslumbrante, que fatiga los ojos y que en los primeros días nos alucina. Parece que el sol se empapara de todas las tintas claras con que están pintadas las casas. El reflejo es enorme; el calor de las paredes parece que fuera producido por el reflejo de los grandes y albos mármoles. Tan cubiertas de polvo hállanse las ramas de los árboles que su color verde queda atenuado y parece que palideciera en medio de aquella blancura que lo rodea. Las calles no están adoquinadas, por lo cual Atenas tiene calles propias de una aldea, a las cuales flanquean amplios edificios y ricas vidrieras; mas esto también acusa falta de color. Y el blanco esplende, por lo tanto, siempre victorioso. La piedra clara y el polvo se aunan tan concordemente que muchos matrimonios pueden envidiarles. Una es el candor macizo; el otro es el blanco que vuela. Contra éste la lucha es sin cuartel, pero resulta inútil. En cuanto entráis en un





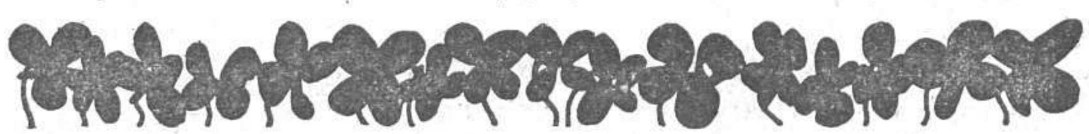
café o en un *restaurant* dos muchachos os sacuden los zapatos con un plumero. La primera vez que lo hacen os figuráis que es una broma y dais un salto hacia atrás; luego sentís una intensa piedad por estos desdichados que deben pasar por la vida vigilando para conservar la negra dignidad de los zapatos del prójimo. De cuando en cuando riegan abundantemente las calles. Y entonces nada hay que temer; el polvo no os ensuciará ahora, pero en cambio lo hará su hermano carnal el fango. Mas no hay que irritarse contra el fango: después de diez minutos el infatigable sol lo secará y lo reducirá a polvo cual lo era antes. La vida es una sucesión de fenómenos; el fango os libra del polvo, y a su vez el polvo os libra del fango.

Miserias insignificantes. Después de pocos días sabéis como debéis componéroslas. A los pocos días ya sabréis apreciar lo blanco, puesto que sabéis elegir las horas en las cuales se muestra más bello. Aprendéis que las primeras horas después del mediodía hay que respetarlas. Desde las doce a las tres de la tarde cesa la vida en Atenas; las oficinas y los negocios se cierran, y todos gozan del reposo a la sombra, al fresco, en las estancias cerradas. Todos saben que a esas horas el albo reflejo es furibundo, y hay que dejarlo que domine a la ciudad con aquella su cara ardiente. Mas por la mañana la ciudad parece que saliera de un fresco baño, porque sonríe por todas partes; es una cosa nueva, límpida y alegre. Y después, en la hora del ocaso, se vuelve pálida, de una palidez sagrada de mujer hermosa. Y bajo la luna vuélvese aun más blanca, cual si antes de adormirse vistiera sus más finos encajes. Un buen día notáis que el blanco es un hermoso color, un color benéfico; que vuestra imaginación se sumerge en él, como un cuerpo cansado en el agua fría; que vuestras ideas aparecen claras, casi como en un relieve plástico sobre aquel fondo de monumento. La seducción de lo blanco se apodera de vos poco a poco. Consideráis a Atenas como el enorme trozo de material de donde sacaron los mármoles que los Policrates trocaron en columnas, y los Escopas y los Fidias y los Praxiteles en estatuas. El Acrópolis os parece el vértice de todo ese candor; y la pátina de oro cálido que dora al mármol pentélico os recuerda aquel tinte saludable, que acusa robustez, en las mejillas de los viejos, y también aquellos colores rojos que al avanzar el otoño aparecen en las hojas moribundas de las viñas. La ciudad se halla exangüe porque ha enviado sus glóbulos al Partenón, porque reconcentra su vida física en aquellas antigüedades que tienen más necesidad de ser defendidas.

¡Y qué contrastes produce la muerte en Atenas! En el Cerámico, entre las tumbas pretemistócleas, Atenas es la sombra de un sueño entre tantas margaritas y amapolas. Los árboles que las rodean aparecen llenos de serena melancolía, las efigies fúnebres llenas de dignidad. Hay figuras de moribundos sentados en poltronas esculpidas que se despiden de sus parientes con dulce resignación; hay una niñita que, antes de cruzar el río obscuro, extiende sus mejillas y los hombros para que sus padres la acaricien (un can pequeño se yergue a sus pies reclamando también un saludo); y está la noble y hermosa niña, a quién la esclava le alcanza el arca de las joyas, las cuales ella contempla con ojos que ya ven en la sombra eterna, complaciéndose en mirar aún aquello que fué su dicha terrenal. Queda uno silencioso y pensativo en estos lugares. ¡Jamás la muerte llegó a tanta belleza! ¡Nunca se alejó de ella tanto la idea del horror! Jamás fué tan sagrada. En la efigie del que parte para el gran viaje se nota algo así como un tranquilo heroísmo, un dominio sobre el dolor, una participación consciente, casi voluntariosa, de las leyes de la vida. Poesía, he ahí; la sonrisa ante la sombra, una fuerza que transforma las cosas caducas en cosas eternas. Desde hace siglos estas inolvidables figuras femeninas permanecen plácidas e incontaminadas; y cuando surgieron de la tierra que las había tragado seguramente fué para tranquilizarnos del miedo de la muerte, para verter una dulzura consoladora y fraternal sobre nuestro turbio espanto ante el ataúd. Pero al volver a la ciudad a veces nos encontramos con un entierro. El cadáver no va cerrado en el féretro; lo llevan sobre una especie de litera y le ponen ramos de flores debajo de los brazos o esparcidos a los pies. Y vese entonces un rostro lívido, con los párpados cerrados casi a la fuerza: el horror de la próxima disolución, y, en torno, una apiñada cantidad de gente llorosa. Marcha el triste cortejo hacia la iglesia, y allí besan la frente helada, y el adiós se dice entre sollozos desgarradores. En pocos instantes se pasó de la realidad al idealismo; el espíritu agitado ora mira al mármol, ora al cadáver, y hallándose entonces entre una gran altura y un abismo comprende las ascensiones lo mismo que las caídas.

Y nadie se rebela a estas costumbres casi salvajes de hacer funerales; parece que estos y otros aspectos de la vida oriental de Atenas, por la fuerza del contraste, hacen resaltar mayormente la gracia pura de las obras maestras coleccionadas en los museos. Cuando se ha gozado ante la belleza plástica de la fuerza ática del Poseidón o de un Efebo, se observan con singular placer estos hombres vestidos a la europea que hacen girar entre sus manos las cuentas de una corona de ámbar. El ocio con este hábito, alcanza una fineza extraordinaria. Los mahometanos, a cada bolilla que hacen pasar por sus dedos, recitan un versículo del Corán; los griegos modernos han aprendido la gentil y mística actitud, pero la redujeron a una ocupación mecánica, que reconcentra en el tacto tanta atención que impide pensar en otra cosa, y reduce la atención a proporciones tan mínimas que llega a los límites de la nada. Y es así como algunas bolillas enhebradas en una cuerdita tienen más virtud apacible que las drogas que embriagan, pero es igual que las drogas que embriagan y aislan del mundo. Hacen vivir sin pensar en una especie de anonadamiento del espíritu que sin duda debe tener algo de delicioso.

Algunas veces salí de entre la polvareda de Atenas, en unos de aquellos sagrados días de primavera, y atravesé los jardines de Kephissia, pasé por entre las zonas grises de piedras y de eriales, y





me interné bien lejos, entre grandes bosques de pinos, llenos de aterciopeladas sombras, perfumados de resina, donde, entre la hierba, pululaban las gotas sanguíneas y color carne de las anémonas. Son bosques bellísimos y venerables; se formaron con la apacible rudeza de los maravillosos pinos.

Por el camino encontré uno que otro campesino griego con su traje albanés, su gran cuchillo a la cintura, el fusil en bandolera, con algunos adornos de oro, al cual sujetábalo con una mano en el caño y la otra en la culata; una fiera personificación de la fuerza y la amenaza que se pierde por los senderos tras el sabio ramonear de unas cabras negras.

Mas por todo aquel camino tan distinto, que comienza en medio de la aridez y termina en la selva, había una especie de huella característica, un rastro de la primavera: un florido caminito de violetas. Las primeras asomábanse entre la sitibunda hierba del camino real; apenas habían abierto sus pétalos y ya el polvo las cubría, pero, poco a poco, mientras yo andaba, ellas vencían aquella gris insidia. Veíase que la tierra allí era de color rojizo y fecunda, la hierba crecía fresca y fuerte; y entonces las violetas se esparcían, se multiplicaban. Las había por todas partes: a lo largo de las paredes, debajo de las matas y entre las piedras.

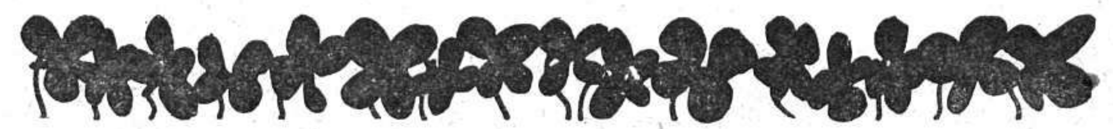
Y he ahí que hasta encima de las tapias medio derruídas, edificadas en barro, prendió su fecunda semilla, y las matitas tiernas se retuercen entre las grietas y elevan sus largos pedúnculos que se coronan de pétalos. Asciende por todos los senderos el dulce y letífico aroma; y mientras los rosales aun están secos, y las palmeras quemadas por el rígido invierno retuercen sus hojas en forma de cartucho y languidecen, las violetas triunfan por todas partes junto con las flores rosadas de los duraznos, con la gracia nívea de los almendros, con las anémonas y las pervincas. Atenas en realidad está *coronada de violetas*, y no solamente porque por la tarde los montes adquieren tonos violáceos, sino que, donde el Atica árida y desnuda se humedece de jugos vitales, reverdece y se puebla de bosquecillos en primavera, ya sea al sol o a la sombra, dondequiera, y por eso florecen las violetas maravillosa y abundantemente.

Diréis vosotros que en primavera nacen las violetas en todas partes, y que de ello sólo se conmueven las niñas de las escuelas normales y los jóvenes poetas que comienzan a medir sus primeros versos. Y, sin embargo, a mí me parece que existe una correlación ideal entre los hermosos cuerpos de mármol íntegros o mutilados que se fastidian en las salas de los museos entre las aras rotas, las columnas que rodaron en ruinas, los monumentos fúnebres del Cerámico, y estas violetas del Atica. Alrededor de aquella antigüedad muerta ellas representan la antigüedad eterna que se renueva todos los años. La vista que en aquel mágico e indefinible país se acostumbró a ver las formas armoniosas del gran arte helénico, ve inmediatamente las obscuras violetas sobre los blancos mármoles; se siente que las ha esparcido allí el viento de los siglos y que vinieron a través de los tiempos de los jardines ofrendados al culto de los dioses y los amores. En fin, en Grecia, las violetas, no son lánguidas gracias del setecientos, una gentileza sentimental: representan la primavera pagana.

Es menester hallarse en Grecia para gozar el encantador perfume anacreóntico que exhalan las violatas. Quizás, acaso, por el contraste que ofrece ante las cosas muertas y mudas que allí se encuentran. Desde Atenas se ven los perfiles ásperos y desnudos del Imeto; saliendo un poco aparece la masa compacta y desnuda del Pentelicón con su alba herida, de la cual fueron extraídos los sagrados mármoles; el Parneto es escabroso y salvaje. Luego, además, otras estupendas antigüedades: los templos, las estatuas, los cornisones caídos, los capiteles llenos de flores y rizados. Todo lo que representa el pasado y nuestra misma cultura, y hasta, si se quiere, nuestra nostalgia. Junto a esta necrópolis de formas serenas la ciudad moderna es demasiado distinta; buscamos algo que subsista desde aquella antigua época, un indicio de continuidad, una existencia que arranque de raíces homéricas o platónicas; y he ahí que en tierra aparecen las violetas, he ahí después de ver al Iliso seco cual un torrente en estío, las aguas frescas del Celiso. Parece que el mármol se animara, diríase que los templos volvieron a poblarse. Sólo una impresión de belleza puede hacernos forjar la ilusión de que volverá a surgir la vida entre estas divinas ruinas de la sublime proporción. Y pensamos que si se coronaran de violetas las estatuas policromas de las sacerdotisas coleccionadas en el Museo del Acrópolis, sus sonrisas ambiguas desaparecerían y en sus grandes ojos, a flor de piel, fulguraría un relámpago de juventud. Por eso es adorable el país de Kephissia. Allí se encuentran todas las villas de Atenas rodeadas de jardines y fuentes; los arroyuelos doblan los tallos gráciles y frondosos de los oleandros; y no existe otro recuerdo de la antigua Grecia que tres sarcófagos mediocres, en que hay esculpidos varios Amores alegres, y adornados por la fatal majestad de Elena entre los Dioscuros, o con la desnudez lasciva de Leda. Pero allí más que en otra parte se explica que existiera la gran Atica, porque comprendemos que debieron atraer a los filósofos sus poetas y a las cortesanas la amenidad de los lugares, las abundantes venas de agua y el clima templado. Las huellas de su paso son sólo ideales, pero no cabe duda de que existieron. La poesía griega, la herencia más palpitante de vida que nos legaron los grandes padres, halla sus comentadores entre las glosas de los rosales y las notas de las lilas. Y todas las violetas amadas, las de los poemas, las odas y los epigramas, las violetas, cuyos tintes se reflejan en las cabelleras de los héroes y de los dioses, las que se hallan difundidas por los cielos homéricos, parece que se hallaran lozanas y libres allí cual una ofrenda a nuestro deseo. Y sólo falta recogerlas y atarlas con el hilo de oro del verso.

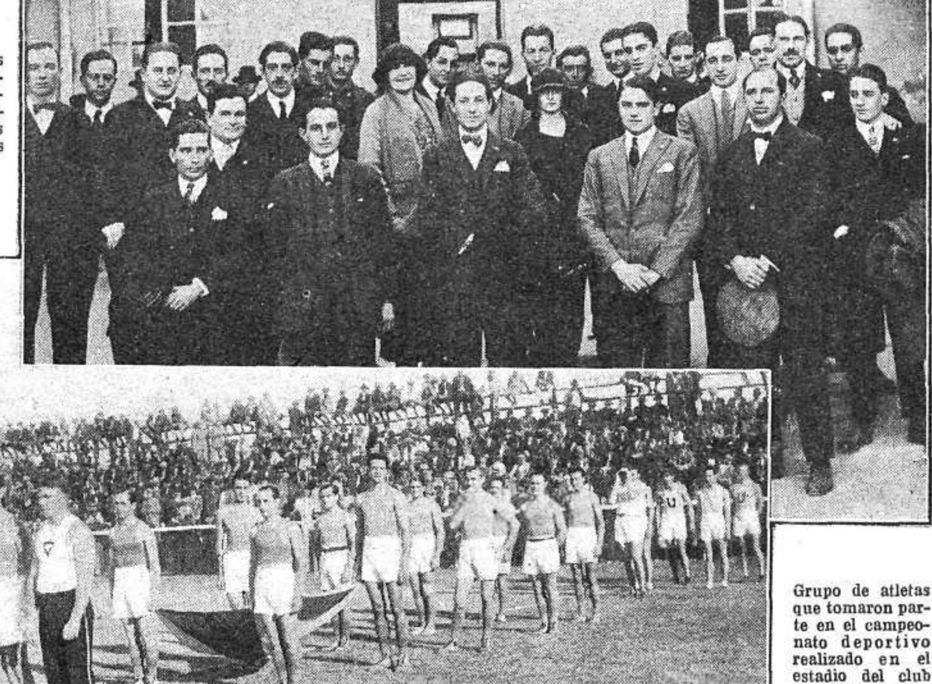
RENATO SIMONI

TRADUCCIÓN DE MARIO CATALDO MARCIAL



De Tucumán

Miembros de las delegaciones deportivas que visitaron las dependencias de los principales clubs de la ciudad.



Grupo de atletas que tomaron parte en el campeonato deportivo realizado en el estadio del club atlético local.


Los niños son
el encanto del hogar
Sin embargo estos angelitos no podrán crecer sanos y fuertes si usted, señora, no prepara su organismo a fin de prestarles los cuidados que se merecen y las atenciones propias de su tierna edad.
No cavile mucho; es necesario que vigorice su cuerpo, y nada más apropiado para ayudarla que AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la deliciosa bebida tónica.
Una sola copa en las comidas o a cualquier hora del día la nutrirá mejor y fortalecerá.
AFRICANA
EXTRACTO
DOBLE
Elaborada por la
CERVECERIA
BIECKERT Ltda.
San Juan, 3334-Bs. Aires
GARANTIA
EXTRACTO DOBLE
CERVECERIA BIECKERT
Africana
negra

De Tucumán



MONTEROS. — Alumnos de los colegios locales congregados en la plaza cantando el Himno Nacional el día del aniversario patrio.

PROFUNDIDAD MISTERIOSA

Así como entre el eco sordo de las aguas y los diversos rumores que se escuchan cuando se abre un túnel, oímos de vez en cuando el ruido de los barreteros que vienen hacia nosotros al lado opuesto, así también a intervalos escuchamos los golpes de la piqueta de nuestros camaradas, los que se fueron al *más allá*.

Sir Oliver Lodge.

GOETHE EN VERDUN

Todo lo que se refiere a Verdún tiene ahora interés. Hace más de un siglo Goethe formaba parte del ejército de los aliados, alemanes y austriacos, que había invadido a Francia con el objeto de concluir a sangre y fuego con la Gran Revolución, que pronto habría de contestar con Valmy y Jemappes, y haciendo rodar en la guillotina la cabeza de Luis XVI.

Mientras los austriacos bombardeaban Verdún, Goethe se paseaba por unos viñedos con el príncipe de Reuss. ¿De qué conversaban? ¿De la táctica de Dumouriez o del duque de Brunswick? No. De un fenómeno de refracción observado en la mañana de ese día, y el poeta y el príncipe se maravillaban de que «la atmósfera, los vapores, la lluvia, el agua y la tierra nos ofrecen incesantemente matices cambiantes, y en circunstancias tan diversas que es de desear que aprendamos a conocerlas de manera precisa» — escribía el poeta, años después, en sus memorias.


PRODUCTOS
SUPREMA
Un encanto sin igual
ostentan las damas que cuidadosas de su hermosura usan diariamente los exquisitos productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO
Suaviza y hermosea el cutis.
La caja .... $ 1.10
AGUA DE COLONIA
De perfume exquisito y delicado. El frasco.......... $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS SUPREMA.
P. BURS Y CÍA.
Bolívar, 1725 — Buenos Aires
Remitimos gratis a toda dama que lo solicite muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
SUPREMA
2.20

El médico de las perlas

Devolver el oriente a las perlas que lo han perdido, ha sido siempre una de las preocupaciones de los hombres de ciencia.

En estos pequeños y delicados globitos que a veces se sienten atacados de un mal misterioso, que se apagan suavemente y mueren por grados hasta convertirse en un pedazo de materia inerte, una parte de la humanidad cifra sus más caros ensueños.

Las perlas constituyen el adorno preferido de las damas. Una gargantilla de perlas lucida en un cuello de mujer realza más y presta un mayor encanto a su belleza.

En la blancura de un inmaculado escote, un precioso collar de perlas cayendo al desgaire, es como un poema hecho de sutilezas y encantos, una nota de eximio y refinado gusto.



Arnaldo Barsanti, el médico de las perlas.

Las perlas son, por excelencia, las más aristocráticas de las joyas.

Los brillantes, pese a la codicia que su posesión inspira y a los deseos que provoca en muchos femeniles pechos, no pueden competir ventajosamente con estas minúsculas lágrimas cristalizadas, como a las perlas las llamara con bastante propiedad un poeta.

Las perlas llevadas por una mujer bella pareciera que le agregaran un atractivo más a su belleza y una mayor distinción. Aun para aquellas damas con quienes Natura no ha sido pródiga en gratos dones, las perlas resérvanle los suyos. Hace a la fealdad más pasable y menos notada, cualidad ésta que su rival el brillante no consigue.

La perla es, pues, un signo innegable de gusto exquisito y eficaz complemento del atavío femenino.

Nada más interesante, pues, que el ansia que se experimenta por conservar en todo su esplendor a estos minúsculos, preciosos y caros adornos que en tan alto grado favorecen a la mujer; estos adornos que también, como los humanos, se enferman y mueren; adornos que menguan su oriente si su dueña se halla bajo la influencia de un mal físico.

Arnaldo Barsanti es un joven argentino estudioso y amante de estas adorables preseas. Pacientemente, durante muchos años, se ha dedicado a la busca y remedio del mal que aqueja a las aristocráticas joyas.

Día a día las ha ido observando con esmero y su amorosa y paciente dedicación ha tenido halagüeño éxito, según informan los diarios norteamericanos, pues ha logrado en parte demostrar, con algunos ejemplares, que las perlas que han perdido su color y oriente, y a las que se les llama perlas muertas, son generalmente perlas enfermas, fáciles de tornar a la vida.

Este «médico de las perlas» ha hecho varias demostraciones ante los expertos más autorizados de Nueva York y ha conseguido, en varios casos, restituir a muchísimas perlas su primitiva condición y estado.

Para Barsanti la perla es una materia animada y orgánica. Las que han perdido su color y oriente son, simplemente, en su concepto, enfermos a los que hay que someter a especiales cuidados y manipulaciones electroquímicas.

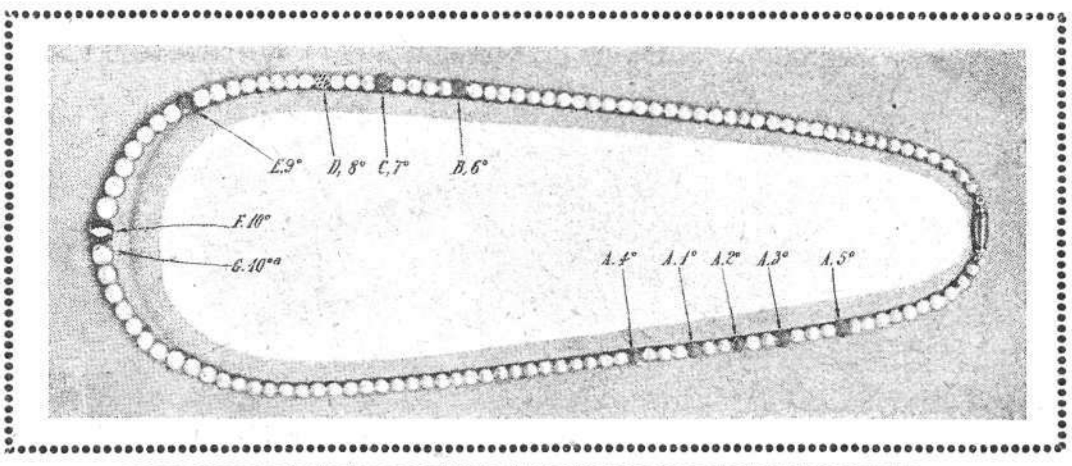
Las enfermedades de las perlas son numerosas, y él ha logrado clasificar las más notadas, conforme al grabado que se reproduce.

Cuando Barsanti llevó a efecto en la ciudad neoyorquina sus demostraciones, los prácticos yanquis quedaron asombrados ante los resultados obtenidos. Causaron tanta expectación sus pruebas que el mercado resintióse y hubo como un pánico en todo el alto comercio de perlas, acentuándose día por día el interés por los estudios que éste siguiera en su laboratorio de Nueva York.

«Las perlas de Oriente — expresa Barsanti — se enferman con suma facilidad por contagio de todas las enfermedades del ser humano, siendo las de mayor gravedad las enfermedades específicas. El enemigo mayor de las perlas es el mercurio.

Un collar de perlas usado por personas que estén sometidas a un tratamiento mercurial, tanto externo como interno, enfermará inmediatamente hasta el punto de adquirir un color plomizo obscuro.

También se entristecen las perlas y pierden su color si les falta luz y aire. En este caso, el usarlas con frecuencia una persona perfectamente sana, sea mujer u hombre, es suficiente para devolverlas la «salud».



CUADRO DEMOSTRATIVO SOBRE ALGUNAS ENFERMEDADES DE LAS PERLAS DE ORIENTE

A. 1.° al 5.° grado. Perlas que han perdido su oriente, su vida. Neutralización de la enfermedad en más o menos capas. En su interior se conservan perfectamente sanas. Curan radicalmente. — B. 6.° grado. Perla que además de la enfermedad que se expresa en la letra A, está atacada de una especie de eczema húmedo. Mancha amarillenta en la superficie de la perla. Es posible curarla radicalmente, pero su tratamiento puede durar hasta dos meses. — C. 7.° grado. Perla atacada de eczema en su interior. Mancha amarillenta. Sólo podría salvársela descubriendo capas hasta llegar a la enfermedad: en caso contrario avanzará el mal hasta pudrirla. — D. 8.° grado. Perla virulenta. Pequeñas manchitas blancas en toda la perla. Muy difícil su cura no estando en primer grado. — E. 9.° grado. Perla atacada por el mercurio. Mejorará mucho, pero nunca volverá a su estado primitivo. — F. 10.° grado. Perla atacada en sus extremidades por diversas clases de males, las que van pudriéndose poco a poco hasta llegar a la totalidad. — G. 10.° grado A. Perla atacada por contagio de su vecina. En estas mismas graduaciones hay enormidad de enfermedades que sería difícil enumerar, pero que todas ellas tienden a destruir el organismo de la perla en la misma forma.

La perla, pues, sufre de innumerables clases de enfermedades. Unas lléganle al «corazón» o a su centro. Otras se hallan en sus poros o han perforado sus varias capas y, dada la lucha que mantienen los glóbulos de la «sangre» o el jugo de la perla contra la bacteria, en defensa de su organismo, consíguese, a veces, neutralizar el mal y, aunque éste haya llegado al «corazón», siempre mejorará bastante, si no está *ya podrida, en cuyo caso no hay nada que hacer* porque ya la muerte de la joya es definitiva.»

El procedimiento de este «médico» consiste principalmente en estudiar el mal, como cualquier otro galeno y, una vez conocido, con el auxilio de sus aparatos, procede sin tener que recurrir al viejo sistema de pulirlas o suprimirles capas, operación que hace desmerecer enormemente el valor de tales joyas.

En la tranquilidad de su laboratorio este señor sigue pacientemente sus experimentos, mientras los ojos avizores de los expertos norteamericanos no lo pierden de vista.

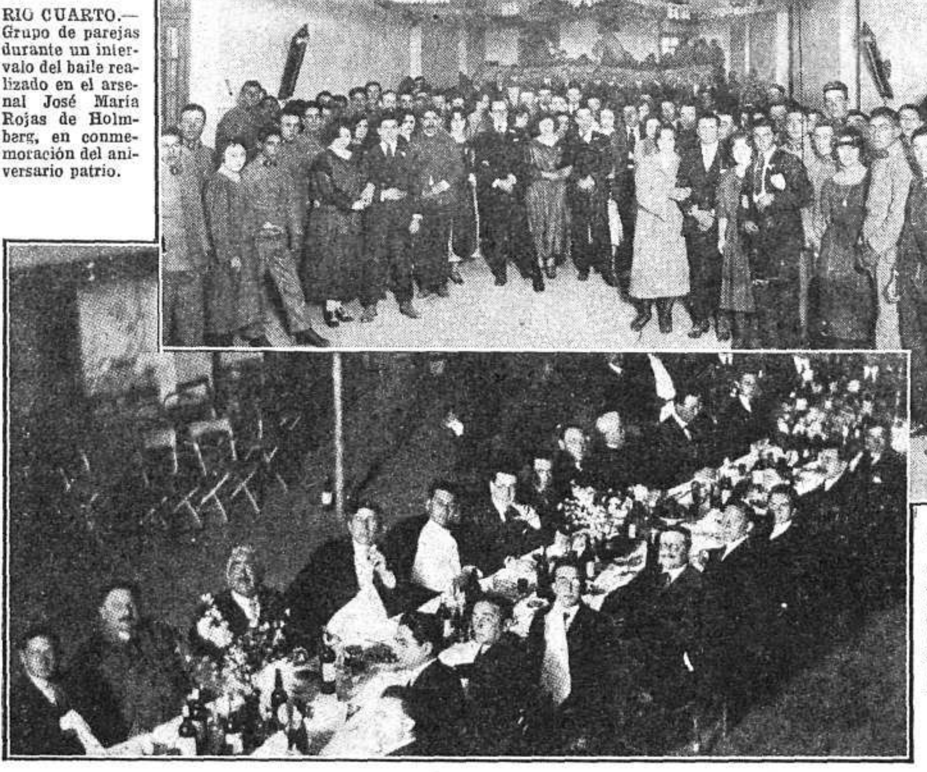
Espera demostrar dentro de poco tiempo que de sus manos depende el que estas joyas preciadas recuperen su primitivo oriente y vuelvan, con esto que *podríamos llamar resurrección, a constituir de nuevo* el encanto de su dueña... a tornarse en la joya aristocrática por excelencia que tanto hace resaltar la belleza femenina, que más pasable hace la fealdad y que siempre nos dice de refinados gustos... de blancas y sedosas carnes de mujer en las que luce y se destaca la joya sutil y delicada.

G. BAUTISTA MARTIN



Arnaldo Barsanti en su laboratorio revisando a sus enfermas y estudiando el grado de enfermedad para someterlas al tratamiento que les corresponda.

De Córdoba



RIO CUARTO.— Grupo de parejas durante un intervalo del baile realizado en el arsenal José María Rojas de Holmberg, en conmemoración del aniversario patrio.

ARROYO SECO. — Banquete con que los numerosos amigos del señor José L. País obsequiaron a ése con motivo de su reciente nombramiento en el Ministerio de Hacienda.


Galletitas
cubiertas con chocolate
MORENAS
El momento feliz de los niños es aquel en que pueden deleitarse con el exquisito sabor que ofrecen las galletitas
MORENAS
cubiertas con chocolate.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & C.ia L.da
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS

Necrología


Señora Teresa Weiseles de De León. — Buenos Aires.


Señora Elvira C. de Antuños. — Villa Urquiza.


Señorita Aurora Fontana. — Lanús.

Señorita Luisa C. Rosso. — Quilmes.


Señora María Copello de Copello. — Rosario.


Señora Felisa Iturralde de Pedrayes. — General Las Heras.


Jorge Alonso Branca. — Capital.


José Abel Villalba Palacios. — La Plata.


Señor Angel Angeli. — Capital.


Señor Joaquín M. Rodríguez. — Cañuelas.


OXYMENTHOL PERRAUDIN

VN VIEJO PARROQVIANO



L tráfico de vehículos había cesado en la calle Florida y los transeuntes invadían la calzada. Las mujeres pasaban con sus vestidos de gasas transparentes, que la brisa esponjaba, dejando percibir mejor lo que ninguna de ellas se proponía ocultar.

Los hombres se apretaban en masas obscuras, andando con una rapidez sin objeto, y sus sombreros de paja amarilla parecían una extraña vegetación acuática flotando sobre una agua negra...

Entre aquella multitud silenciosa no se oía más voz que la de un charlatán, único que parecía ejercer plenamente el derecho de afirmar su personalidad.

— ¡Aquí está el último invento, señores!... ¡el perro guardián y el chanchito mágico!... El perro guardián, señores, o sea la policía de bolsillo... Y el chanchito mágico, el chanchito que se infla, que flota en el aire como un pájaro...

De las aves que vuelan... lara lará!

¿Quién me los compra?... Los vendo a diez, los vendo a diez, a diez, a diez ...

Nadie le compraba entre los curiosos, lo que parecía importarle muy poco, pues la aureola de humana curiosidad le bastaba. Aquel hombre era sin duda un orador, y con dos dedos más de inteligencia hubiera ido muy lejos... Pero la naturaleza, que le negó esos dos dedos bien sabe lo que hace.

Los escaparates de las tiendas ofrecían a los transeuntes su magnificencia de lujo, de extraordinaria riqueza. La vista se fatigaba queriendo abarcar tanto chisme brillante, tanto moño que se abría cayendo en un lazo de gracia, tanta cosa de industria, de belleza no imaginada.



Dos marinos, que acababan de desembarcar de un buque extranjero, vagaban mareados, con una sonrisa de éxtasis y de agotamiento en sus caras pálidas. La estrecha calle Florida era un bazar no soñado ni visto en sus largos viajes por mares de Asia. Al último, tomaban una calle transversal y eran desalojados de la corriente.

Nada más interrumpía el ligero murmullo de la calle. Y si no fuera por las mujeres y sus vestidos de una nueva complicación y complicidad; si no fuera por las vidrieras de luces y colores, que prolongaban el ensueño, Manuel Lujanes no habría sentido compensadas sus molestias entre aquella multitud que manifestaba el goce de pasear, con la espiritualidad de un rodillo que fuera nivelando la vía pública...

Hacía rato que andaba sin encontrar un amigo, y sintiendo de pronto su soledad se metió en el «Bar Suisse», sentándose a una mesa. Quince años hacía que no entraba allí ni bebía una copa de alcohol. Arrojó alrededor una mirada curiosa. Sí; el patrón seguía siempre cobrando afanoso detrás de su «Caja», que parecía un púlpito. Pero el cabello lo tenía gris y había engordado enormemente. El mozo se acercó:

— ¿Qué va a tomar?

— Un cocktail de pisco...

Temió que ya no lo hicieran, pero al mozo le pareció lo más natural. No era el mismo de antes, un francesito rubio, vivaracho, cuya voz le sonaba aún en los oídos con su sempiterno grito nasal de: «¡en sen martén!». Cuando le trajeron el cocktail de pisco, preguntó por él.

— Murió en la guerra...

Contestó el mozo, como quien habla de una cosa muy sabida y vieja. Y se fué a atender a otros. Lujanes bebió un sorbo de la bebida y cerró los ojos. En aquella misma mesa, todas las noches, se juntaba en otro tiempo con Baltasar Parodi y Alberto Red, estudiante de medicina el primero y el otro periodista, los dos buenos muchachos amigos del trago y la alegría.

¿Qué había sido de ellos? Parodi se recibió por fin de médico, casándose con una peruana muy rica. Puso un consultorio lujoso. Pero ambos se habían entregado a la morfina, muriendo desastrosamente. Recordó la última vez que lo viera, en Victoria y Bolívar.

— Manolo... ¿no me conocés, hermanito?... soy Parodi...

¡Dios santo!... Baltasar Parodi, con su esbelta figura, su tez pálida y sus ojos aterciopelados de meridional, no podía ser aquel espectro que se sostenía en dos muletas. La pierna derecha, como desgonzada, la colgaba inerte. Las pupilas, sin brillo, nadando en la esclerótica amarillenta, parecían mirarle en unos ojos de muerto. ¡Canoso, decrépito, a los treinta años!

Le contó que venía de Tucumán, donde su mujer acababa de morir; que él se sentía un poco

enfermo y pensaba ingresar a un sanatorio...

¿Y Red, Red?... Eso era peor... Alberto Red, después de un viaje fastuoso a Europa, como corresponsal de una gran revista, había vuelto casado con una búlgara o servia o rumana, porque en seis años había cambiado todas esas nacionalidades, según las vicisitudes de la guerra y la paz... Era, en resumen, una aventurera, una vampira. En cuanto llegó a Buenos Aires, su vida se volvió un infierno. Le engañaba con todos. El, la primera vez que lo supo, la perdonó... y se dió a la bebida. Bebía caudalosamente, sin que jamás se le notara. Así pasaron dos años; eran incorregibles. Hasta que un día ella se escapó, yéndose a Chile. Allá fué a buscarla. Revolvió los hoteles de Santiago, hasta que hallando una pista tomó el tren para Valparaíso. La tragedia se aproximaba. Esta vez su flema británica daba paso a la sangre del navarro, heredada de la madre. Todo lo veía rojo. Y así fué. El revólver tuvo una bala para cada uno, porque la amó hasta el último.

Lujanes abrió los ojos y viendo la copa la apuró de un trago. Todo estaba igual en el «Bar Suisse». Las mesas pringosas, un cajón de whisky apoyado en el mostrador, los maníes, las aceitunas... Se acordó de una muchacha, hermana del patrón.

— ¿Y Violeta?... — le preguntó al mozo, después de pedirle un nuevo cocktail.

— ¿Violeta?... ¿Qué Violeta?

— Una... persona, que vivía aquí, antes...

El mozo, llamado por otros parroquianos, se alejó sin prestar atención a las últimas palabras. Lujanes recordaba a la vasquita, rubia, blanca, atisbándole siempre detrás de la puerta que daba al patio. Le llevaba «un apunte bárbaro...» Se rió de los versos macarrónicos que le inspirara, tratando de repetir alguna estrofa.

Calma mi ansia... calma mi ansia...

Empezaban así, pero no recordaba más. Miró hacia la puerta: detrás de los cristales no aparecía ya la muchacha. No veía más que un pozo de tinieblas, donde algunas siluetas iban y venían.

— ¿Usted se refería a la hermana del patrón? — dijo el mozo, apareciendo con la copa llena.

— Sí... — afirmó Lujanes, después de hesitar un momento.

— Se casó... yo no la conozco, porque vive en el campo. Pero ese chico que está en la «cotelera» es hijo de ella... sí... yo al principio no adiviné...

Miró al muchacho. Tendría unos catorce años y le recordaba a la madre por la blancura rosada y los ojos negros, de pestañas sedosas... Catorce años más o menos... así ya estaría de novia con «el otro» cuando él hacía el papel del pavo...

Tuvo un conato de celos, que ahogó en un trago profundo. ¿Por qué no volvió más al bar? Aquello se perdía en la noche de los tiempos...

Del terceto, él solo se había salvado. Imaginaba la vida como una montaña, y ensayaba vuelos inútiles para subir a la cima de un solo impulso. Caía con las alas destrozadas. Después se convenció de que la vida no resultaba una montaña, sino un camino, y que toda jornada, larga o corta, era siempre un paso hacia adelante...

Entonces fué que empezó a trabajar. Quince años de continencia dolorosa, sin levantar los ojos a ninguna tentación. Arribaba a los cuarenta con el hígado sano, pero seco de alma. Allí estaba su reciente triunfo, sus cuatro tomos de historia, premiados con una suma que facilitaría su viaje a Europa... ¿Y este había sido su ideal?... Sí, pero a los veinticinco años! Ahora, él y Europa, estaban echados a perder... Así, pues, todo parecía conducir al mismo fin: el tedio de la vida. La virtud y el vicio se daban la mano sobre la desdicha universal. Lujanes apuró la tercera copa y con paso trabajoso salió del bar. Sus reflexiones se trocaron en un diálogo que a veces dejaba escapar en voz alta.

— Muy bien — se decía, — tú hiciste una vida de estoicismo, encadenaste tus pasiones como se enjaulan las fieras... ¡y qué fieras!... porque tú heredaste, pobre Manuel, muchos gérmenes del mal, semillas de pecados que no habías cometido... Sin embargo, te podaste como un hortelano que salva su frutal, cortando las ramas podridas y viciosas... pero, ¿bastaba con eso sólo?

— ¿Y qué más podía hacer? — se contestaba. — Desamparado, sin recursos... ¿no bastaba con ser un hombre sano, útil?... ¿de qué pude olvidarme?

— Te olvidaste de amar... Le respondía su propia voz, con un timbre distinto. Te olvidaste de ser padre, de crear una posibilidad ulterior... porque no eres más que un eslabón de la cadena y tú pretendes ser el remate... Por eso tu virtud y tu esfuerzo, no son más que un fracaso... *¿Qué le importa a la vida de los Parodi y los Red?* Ella necesita de ti, que eres fuerte, para seguir modelando su obra de perfección...

Iba por la acera, en dirección al Retiro. Grandes escaparates, aun más suntuosos, mostraban sus brocados, sus damascos, en una embriaguez de colores. Grupos de mujeres pasaban a su lado. Cada una de ellas podría completar su vida, rodeándole de una familia, haciéndole sentir ese profundo goce de perpetuarse que después de tantos años le acusaba desde el fondo de su corazón estéril.

¿Y por qué no podría ser ahora? Sintió una impaciencia loca por casarse y tener hijos. Se detuvo, apoyado contra la vidriera de una gran tienda. De allá, de lejos, venía caminando una joven rápidamente, y Lujanes sintió que algo como el dedo del destino se la señalaba, diciéndole: «esa es». ¡Naturalmente!... y aquello resultaba lo más fácil... Cuando estuvo al alcance de la voz, se adelantó, murmurando una galantería. La jovencita — tendría diez y ocho años — le miró con extrañeza y siguió su camino, lanzando al pasar esta terrible palabra:

— ¡Viejo!

Lujanes giró sobre sus tacos como si ocultase la vergüenza de una bofetada. Su rostro se reflejaba sobre el espejo de la tienda. Profundas arrugas cruzábanle la frente, surcos donde había arrojado la semilla de sus largos años de estudio y lucha. Los cabellos, en las sienes, le empezaban a blanquear...

En realidad no era viejo. Pero la despreocupación de su tocado, su barba de varios días, mostrando los cañones canosos, le daban diez años más.

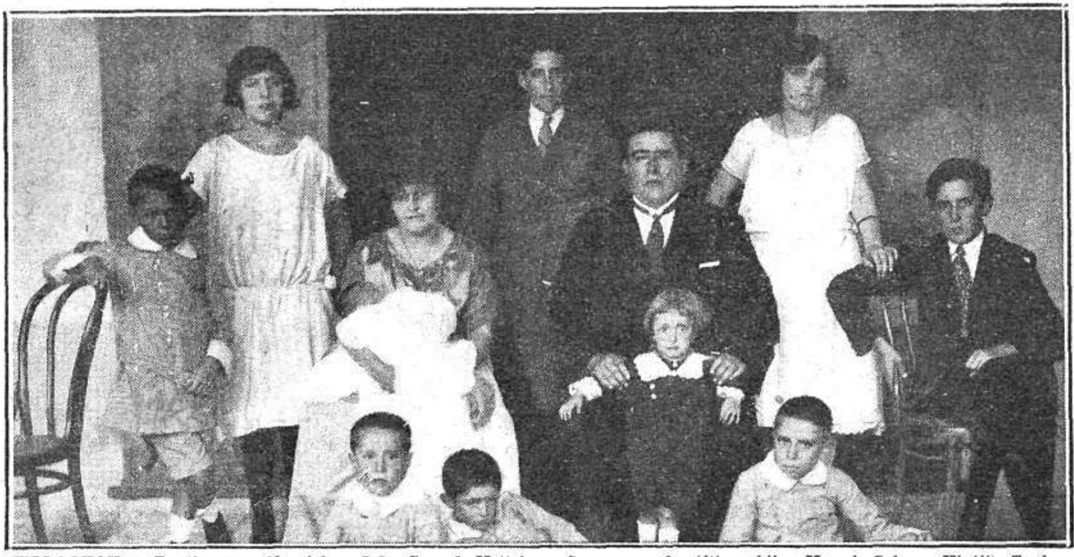
Arrojó al espejo otra mirada. Trataba de reconstruir en su propia imagen los rasgos de aquel atolondrado muchacho amigo del vino y la juerga... ¡Ah! las mujeres, en ese tiempo, se daban vuelta cuando pasaban a su lado y los hombres sentían una picadura de envidia.

La exaltación alcohólica había desaparecido. Aquel sueño, tan vivo como fugaz, no era más que una nubecilla del crepúsculo que el sol dora un instante: luego se desvanece en un soplo de humo...

Y Manuel Lujanes, lentamente, encaminó los pasos hacia su alcoba de soltерón.

FIN





VILLAGUAY. — Bautismo presidencial. — Señor Juan de Matteis y señora, cuyos dos últimos hijos, Marcelo Galoor e Hipólito Teodoro, fueron apadrinados por el doctor Alvear, quien se hizo representar en esta ceremonia por el diputado nacional doctor J. M. Garrayalde.



Podemos asegurarle que...

cuando un preparado sale de nuestros laboratorios responde íntegramente a su objeto.

Jamás entregamos una receta si ella no va preparada tal cual la prescribe el médico.

Nuestra capacidad profesional, la pureza indiscutible de nuestros productos y la rectitud que nos caracteriza nos conducen a conquistar día a día un grado más a la confianza que siempre inspiramos a médicos y enfermos.

Por otra parte nunca cobramos más de lo que realmente vale lo que se entrega

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

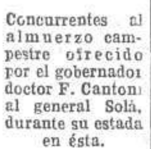
192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida

De San Juan



Concurrentes al almuerzo campestre ofrecido por el gobernador doctor F. Cantoni al general Solá, durante su estada en ésta.



El señor Juan Pablo Echagüe agradeciendo en nombre de la familia el homenaje con que la municipalidad honrara la memoria del escritor señor Pedro Echagüe.

AGRICULTURA

LA CAMPAÑA SELECCIONADORA DE SEMILLAS

Ha terminado, a mediados del mes en curso, la campaña de selección de semilla de trigo ordenada por el Ministerio de Agricultura de la Nación; han sido ocho máquinas clasificadoras que durante tres meses han recorrido las regiones más importantes de la zona cerealera del país efectuando, gratuitamente, la selección mecánica de la semilla de trigo que los agricultores destinaban a la siembra.

Estas máquinas, como es sabido, no solamente limpian los granos de las semillas extrañas, que por desgracia constituyen el mayor defecto de nuestra producción triguera, sino que clasifican el trigo en tres tamaños: el grande o mayor, que se destina exclusivamente a la siembra; el mediano, que se aplica a la venta, y el triguillo, que es chuzo o de pequeñas dimensiones y que se elimina, empleándose en la alimentación de las aves.

Los agrónomos que han efectuado esta campaña han recorrido las zonas más importantes de las provincias y territorios, y a cada agricultor han clasificado una cantidad de semilla variable entre cinco y diez bolsas.

Ignoramos la cifra exacta del trabajo realizado, pero juzgándolo por la capacidad de estas máquinas, por el tiempo empleado en la tarea y por las demás circunstancias que han intervenido, creemos que no menos de 10.000 bolsas de semilla de trigo han sido preparadas; quiere decir que se han sembrado 10.000 hectáreas en el país con semilla seleccionada mecánicamente, lo que constituye ya de por sí un buen plantel para el mejoramiento de la producción, porque estas diez mil hectáreas, para el año próximo, empleando su producto para la siembra, pueden ser cien mil, y así sucesivamente se podrá pronto llegar a renovar el total de la semilla empleada en el país para la siembra de este valioso cereal.

Pero esta campaña, además del beneficio real y práctico que hemos mencionado, ha producido otro no menos eficiente y notable, y es el entusiasmo que el empleo de estas máquinas ha despertado en los medios rurales, siendo así que todas las casas introductoras de diversos tipos de máquinas clasificadoras han hecho recorrer la zona cerealera del país por sus agentes en viaje de propaganda y de enseñanza, pregonando cada una la superioridad de la propia marca; de modo que la cifra que consignamos de semilla clasificada durante la campaña a que nos referimos bien puede haberse duplicado o triplicado, sin contar también que los agricultores, por su parte, habrán extendido más y más el empleo de tales máquinas con la aplicación más difusa de práctica tan recomendable.

Ha sido, pues, de resultados notables y eficientes la campaña de que nos ocupamos, y de repetirse y extenderse en el año próximo es seguro que la producción triguera nacional sufrirá un aumento considerable y un mejoramiento indiscutible, con grande y evidente beneficio de los agricultores y de la riqueza pública del país.

ENFERMEDADES DE LAS PLANTAS: LA CARIES DEL TRIGO

Con frecuencia suele confundirse en la campaña, al menos en la denominación, esta enfermedad con el «carbón», aunque es muy distinta una de otra; esta última ataca a todos los granos de una espiga; en cambio, la caries ataca solamente algunos granos de la espiga, por lo general los que se llenan de un polvo negro formado por los esporos de la enfermedad; en la trilla los granos se rompen, y su contenido se expande y desparrama adhiriéndose a los pelos de los granos sanos, constituyendo lo que vulgarmente llámase «punta negra»; también penetran en el surco del grano, el que una vez sembrado sirve de vehículo a una nueva reproducción del mal; los granos así afectados deterioran el producto, el mercado los paga menos y los molineros no lo quieren porque la harina desmerece por su menor blancura.



Aparato para la curación en seco de la semilla.

De ahí la necesidad de curar la semilla antes de sembrarla, sometiéndola a la desinfección para evitar la propagación del mal.

Se conocen diversos métodos para curar la semilla de trigo: agua caliente a 55 centígrados, durante cinco minutos; solución de sulfato de soda al 8 por ciento; ácido sulfúrico al medio por ciento; formalina al 3 por mil; pero el procedimiento más usual hasta hoy ha sido el sulfataje: se disuelve un kilogramo y medio de sulfato de cobre en diez litros de agua caliente y se agregan después 90 litros de agua fría en una tina; se coloca la semilla de trigo, en cantidad suficiente, en un canasto forrado interiormente de arpillera, y se sumerje en la tina, removiendo los granos con un palito o una cuchara de madera durante cinco minutos; después se saca el canasto y se deja escurrir sobre otra tina vacía, mientras en otro canasto se repite la operación en la otra tina; una vez escurrido el trigo, se extiende sobre un piso de tablas para que se oree; hay que hacer esta operación uno o dos días antes de la siembra para que conserve su poder desinfectante la operación.

Los agricultores, en nuestro país, adoptan, en la mayor parte, el sulfataje, pero el modo más usual es el de *la bolsa:* llenan media bolsa de trigo y la sumerjen en la tina, que contiene el sulfato de cobre en proporciones no siempre bien dosificadas; sacuden un poco la bolsa para que se moge su contenido y sacan la semilla; se comprende que operación tan imperfecta y rápida no puede dar los resultados requeridos, pues la semilla no queda bien bañada toda, ni desinfectada.

Ahora, últimamente en Italia, Australia y otros países, se ha preconizado el tratamiento *a seco* de la semilla de trigo, espolvoreándola con carbonato de cobre u otras materias finamente pulverizadas dentro de un tambor giratorio o un cajón cerrado; este procedimiento resulta indudablemente de una ejecución sencilla y rápida y permite el empleo inmediato de la semilla y también su preparación cuanto se quiera anticipadamente.

Para verificar la eficacia y adaptación de este procedimiento, el Ministerio de Agricultura de la Nación ha encargado a algunos de sus agrónomos regionales su ensayo en la campaña, para aconsejar más tarde su aplicación difusa si los resultados comprueban, como es de esperarse, su eficacia y fácil ejecución.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO.

SARRASQUETA HUELGUISTA



Sarrasqueta, convencido de que todos los conflictos entre el capital y el trabajo se arreglan por medio de la huelga, resuelve apelar a ella en todas ocasiones.



Porque su patrona le ha servido el chocolate hirviendo, protesta enérgicamente y se declara en huelga pacífica durante cinco minutos. (Hasta que se enfríe el chocolate).



Porque han aumentado el impuesto a los tabacos, decreta la huelga general permanente de fumadores, fumando sólo de regalo, que es mucho más económico.



Está estudiando contabilidad mercantil para cuando tenga alguna plata que contar, y porque el profesor le suspende, se declara en huelga de brazos y libros caídos por 15 minutos.



La sociedad de señoritas coristas y figurantas de teatro, que piden la suba de sueldos y baja del trabajo, se lanzan a la huelga. Sarrasqueta, por solidaridad, se adhiere a ellas gritando: ¡Que siga la huelga!



Por la grosería de los empresarios teatrales, que han suprimido los vales, declara la huelga de espectadores hasta que sean restablecidas las entradas a la portuguesa.



Porque su futura suegra no le permite flirtear a solas con su prometida, se declara en huelga revolucionaria de novios, bajo la bandera de: ¡¡Abajo las suegras!!

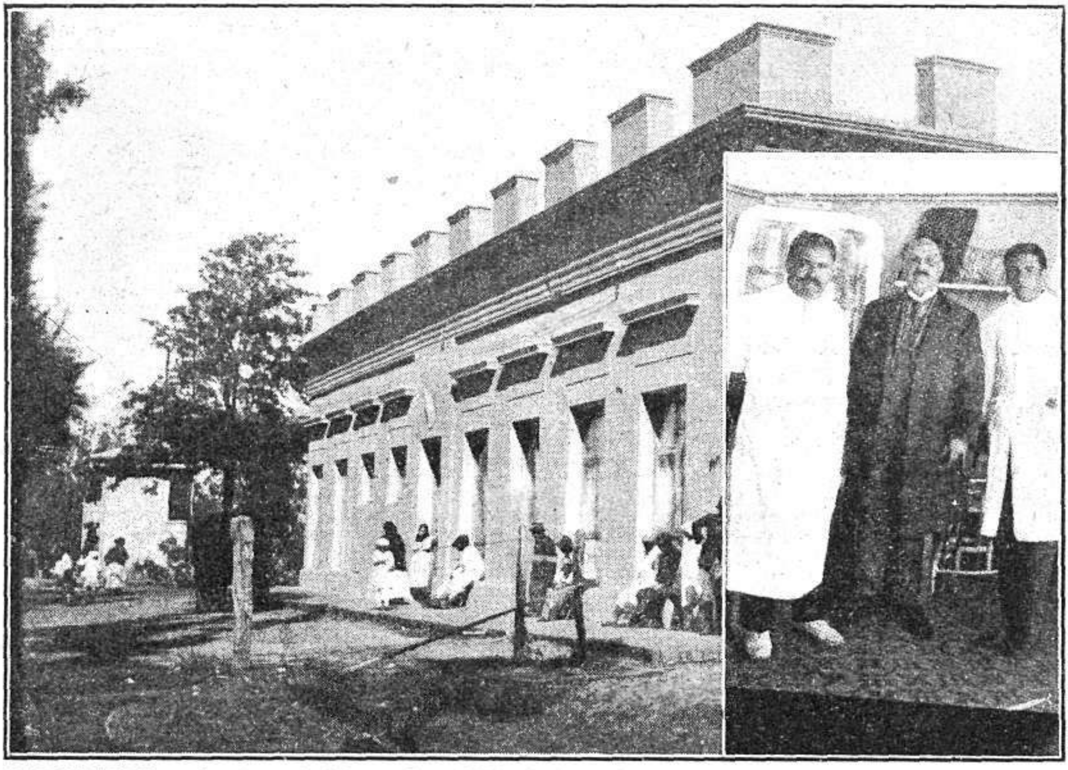


Porque su sastre le ha sacado un chaleco largo le declara la huelga de clientes con suspensión de pagos, sin admitirle arbitrajes ni más trajes.



Y porque en la oficina le quieren imponer la tarea de las ocho horas de descanso forzado, se va a la huelga por tiempo indeterminado hasta conseguir mejor empleo en la Fábrica Nacional de Sebo.

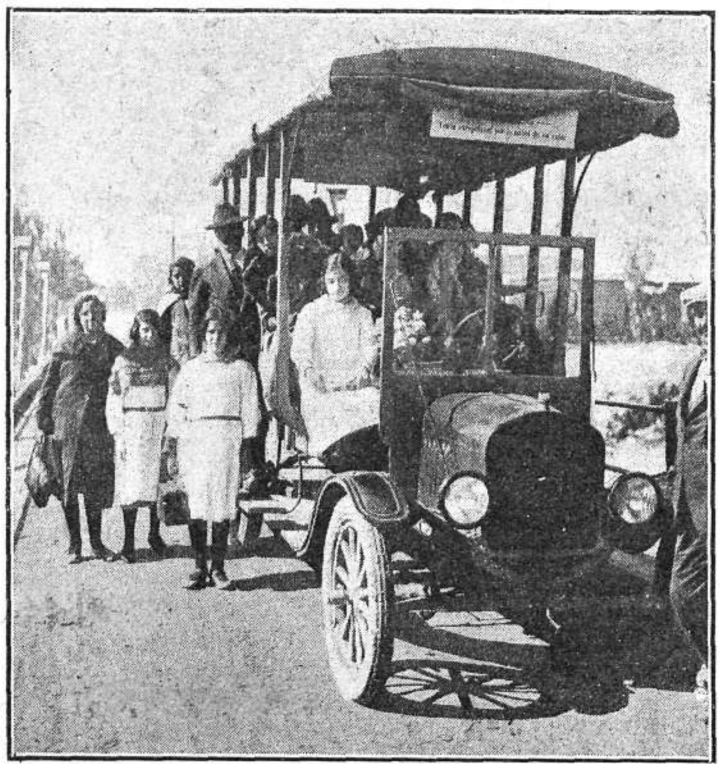
DIBUJOS DE REDONDO.



CURUZU-CUATIA. — Aspecto exterior de los pabellones del Hospital de Caridad, cuya reciente inauguración ha venido a llenar un vacío que se hacía sentir desde mucho tiempo atrás.

El director, doctor Tomás L. Pozzi, con sus ayudantes.

De Catamarca



Primer auto ómnibus que inauguró el servicio de conducción de pasajeros entre esta ciudad y las localidades vecinas con las consiguientes ventajas para colegiales y empleados, que contarán, desde ahora, con un medio de locomoción económico y veloz.

PENSAMIENTOS

La finalidad propia de la ciencia y del progreso consiste en descubrir incesantemente nuevos horizontes. Aventurándose en la exploración de lo desconocido, el sabio se parece al viajero que alcanza las más ingentes cimas, desde las cuales puede extender su vista sobre nuevos panoramas inexplorados.

Creer que se ha descubierto un hecho científico importante, sufrir la fiebre de poder anunciarlo y exponerse días, semanas, y a veces años enteros, a combatirse a sí mismo, a esforzarse en renegar de sus propias experiencias y a no proclamar su descubrimiento sino después de haber agotado todas las hipótesis contrarias, he aquí una tarea verdaderamente ardua.

Pero, cuando después de tantos esfuerzos se llega, al fin, a la certidumbre, se experimenta una de las alegrías más intensas que pueda sentir el alma humana, y esta alegría es aún más profunda cuando se piensa que se contribuye al honor del propio país. Aunque la ciencia no tiene patria debe tenerla el hombre científico, y a ella debe ofrendar la influencia que en el resto del mundo puede derivarse de sus trabajos.

LUIS PASTEUR.

Nunca lloran las mujeres más dolorosamente que cuando lloran de despecho.

A. RICHARD.



EL RETRATO

MAS

IMPORTANTE



Por ser el único en la vida, merece ser también el mejor. Elija Vd. para obtenerlo la más importante fotografía de Sud América, capaz de ofrecerle la más alta expresión de arte y calidad, al precio más conveniente.

Llame usted por teléfono al 41 Plaza 1396, y BIXIO & CASTIGLIONI enviarán a buscar y prepararán su traje de novia, poniendo a su disposición una experta peinadora.



C. Pellegrini 760

Entre Córdoba y Viamonte

NO TENEMOS SUCURSAL

Esta casa cierra los domingos.



CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:

CASA MATUCCI

Avenida de Mayo, 1062 — Buenos Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno

ASMA = SU CURACION CON EL HERCULEX

Campana (F. C. C. A.), Febrero 7 de 1922.

Señor doctor Sanden. — Capital.

Respetable señor: Me es grato certificar por la presente que, habiendo padecido por el término de 17 años de una tos asmática, no obstante haber recurrido a un sinnúmero de médicos y especialistas sin mejoría alguna, resolví en el año 1907, comprar una Faja Eléctrica de su nombre, aunque con muy pocas esperanzas de llegar a una cura completa.

Con gran sorpresa de mi parte noté una gran mejoría a los quince días de uso y más aún un restablecimiento completo a los 90 días.

Cuando empecé a usar su maravillosa Faja pesaba 53 kilos y ahora peso 79 kilos, y gozo de una salud completa, nunca soñada ante las desilusiones sufridas con cuantos señores médicos y especialistas consulté.

En agradecimiento, autorízole para que haga de ésta el uso que crea conveniente.

Lo saluda muy atte. su agradecido y S. S.

Firmado: LEONARDO MARTINOVICH.

S/c. Colón, 443.

Pida sin pérdida de tiempo nuestros libros SALUD y VIGOR, donde hallará la explicación detallada de cómo puede usted curarse de su enfermedad en su propio hogar, mientras se halla durmiendo y sin desatender sus ocupaciones. Son gratis para los enfermos que los soliciten.

Todos los testimonios que publicamos están a la disposición de las personas que quieran pasar a inspeccionarlos.

Compañía "SANDEN" — C. Pellegrini, 105 — Buenos Aires

HORAS DE OFICINA: De 9 a 18

POR TIERRAS CASTELLANAS

VALLADOLID



No hace muchos meses la antigua Valle de olor perfumó su ambiente con una fiesta espiritual que a castellana trascendía; la reina de las Castillas aparecía sobre corcel brioso para tomar el mando de un regimiento de caballería. Si cuantos en 1152 asistieron a las fiestas de la boda del conde Ausines con la hija del duque de Polonia hubiesen levantado cabeza, creyéranse seguramente transportados a tales tiempos.

Reinas castellanas siempre hubieron en Valladolid, marco apropiado para mostrar lo esforzado de sus corazones. Por eso las ironías del gran Quevedo no las mereció nunca la antigua corte.

Valladolid tiene historia de grandezas e hidalguías; ha vivido, con la realeza y con la dignidad de sus magnates, una vida de esplendor. Si en 1074 se hubiese afirmado el porvenir de aquella población encerrada en los 2.200 pies que formaban su circuito, nadie lo tomara a cierto; ¡era tan imposible de realizar!

Y sin embargo, Valle de olivos, Valle de lides, Valle de olor, la población que mereció hasta formar su nombre actual todos estos nombres, no puede descorrer el velo de su prehistoria, sin duda para tormento de arqueólogos e historiadores, y parece remozada cada vez que se engalana de fiesta.

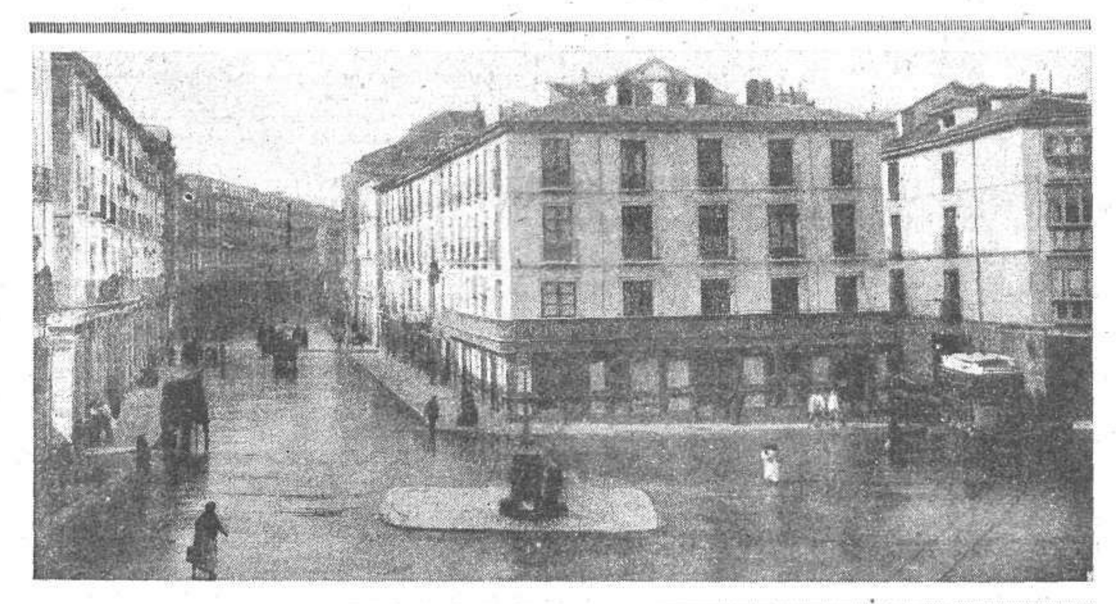
Sin embargo, para no desmentir su alcurnia, para obligar al respeto de la ciencia histórica, presenta restos romanos, arábigos, de épocas más lejanas quizás, todos esparcidos entre su tierra, fecunda en heroísmos y gallardías, genuinamente española.

Si recorréis la población, como si leéis su historia, ésta en sus páginas y aquélla en sus recuerdos, os dirían que la grandeza de la capital de condados e infantazgos débese a don Pedro Ausines, aristócrata noble, valiente, leal, caballeroso, que entregaba a doña Urraca el patrimonio de sus tierras y se presentaba después al rey Batallador para decirle: «Los castillos y tierras que me confiaisteis, a la reina se los he entregado, como a su señora natural; pero las manos y la lengua y el cuerpo, con que os presté homenaje, vuestros son y a entregároslos vengo para que dispongáis de ello a vuestro antojo».

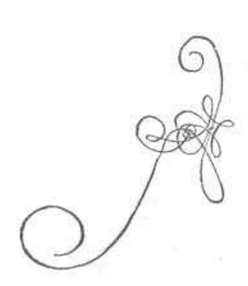
Este es el carácter del pueblo castellano; el conde Ausines lo retrató admirablemente. Y este hombre de honor cuentan que edificó las iglesias de Santa María la Antigua y de

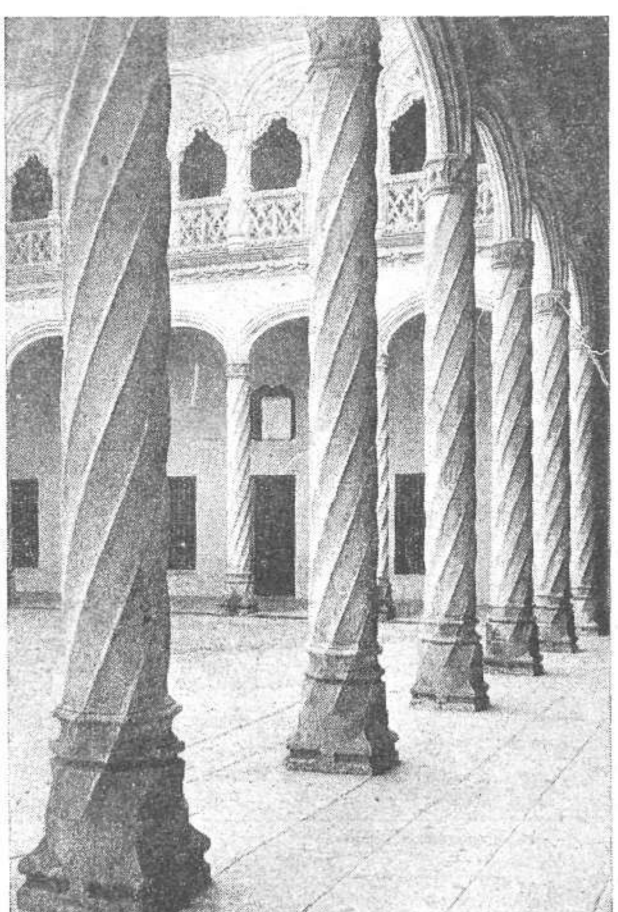


Torre de la Antigua.



Fuente dorada.







Patio de San Gregorio.

Santa María la Mayor y las parroquias de San Nicolás y de San Julián y de San Pelayo. No fué poco, pero aun así débele Valladolid el puente sobre el río, y tantas obras piadosas y de arte que forman la crónica viva del magnate más grande que vieran los tiempos.

Valladolid fué testigo de luchas y fiestas; de autos de fe y de proclamaciones de reyes; de nacimientos de príncipes y de reuniones de cortes; de concilios religiosos y explosiones de odios y de injusticias reales. De todo presenció en su vida larga y accidentada.

Felipe II nació en su recinto de aquella reina Isabel de Portugal, tan estoica para el dolor que, ante los sufrimientos del parto, decía a la mujer que la asistía: «naon me faleis minha comadre, que eu morrerei màis naon gritarei». Este valor era un anticipo del que luego sujetó a tantas pruebas de infortunio su corazón.

Entre las murallas de la corte vallisoletana vivió aquella reina modelo de madres que se llamó doña María de Molina, esforzada mujer que defendió con tesón castellano la minoridad de su hijo Fernando IV.

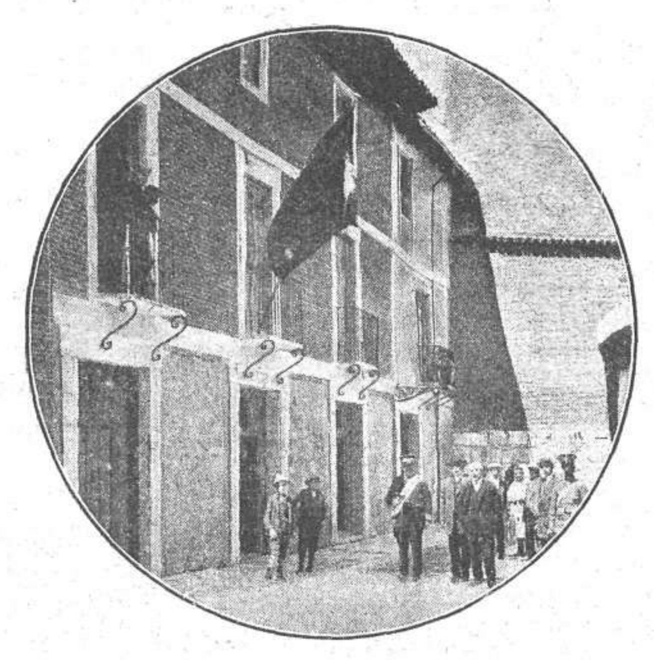
En la Plaza del Ochavo el 2 de junio de 1453 cayó la cabeza del condestable don Alvaro de Luna, para cumplir la justicia de un rey que luego sintió las congojas de su injusto proceder.

Y como páginas en las que aún se pueden leer realidades que fueron, se recorren las calles de Francos, Cantarranas y Platerías y se contemplan los conventos de San Francisco, San Pablo, Santa Clara, San Agustín y la torre de San Benito.

Palacios que fueron casas de religión y casas de monjes, que fueron alojamiento de reyes; como si éstos, por las turbulencias de las épocas, quisiesen buscar en ellas el sosiego espiritual a tanta infamia y tanta traición.

Valladolid se vistió de júbilo mil veces para festejar reyes y príncipes; como enlutó su espíritu alegre y noble, cuando se mandaba hacer en sus plazas la justicia del rey...

Valladolid olvidó esas pesadumbres debidas a su pasado; hoy es una ciudad que progresa, ya no la aprisionan sus murallas macizas, ni las exigencias de la revoltosa nobleza, ni los frecuentes subsidios para la corte, que merecieran la crítica de Góngora; Valladolid vive la época actual y cuando despierta al eco del pasado lo hace para, en fiestas de guerreos, en fiestas de abolengo regional, poner la sensación de la belleza, representada por la majestad del trono.



Casa de Cervantes.

F E D E R I C O P I T A

De Territorios

CATRILO (Pampa). — Grupo de distinguidas señoritas que tomaron parte en el torneo de tennis organizado por el "Sport Club" y en el cual se disputaron valiosos premios.



Señoritas de Gorrachategui, Re. Duflós y señores Toscano, Campora, Del Cioppdo que se distinguieron en los interesantes partidos de tennis jugados en el court de F.C.O.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

DOS PATRICIAS ILUSTRES, *por Antonio Dellepiane.* — El prestigioso director del Museo Histórico Nacional es, como corresponde, estudioso admirador de nuestro pasado; pero sus estudios tienen el atractivo de lo literario, de que suelen carecer otros escritos del mismo carácter que los suyos. En este volumen el doctor Dellepiane ha reunido las dos conferencias que dió en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres: «Una patricia de antaño» y «La compañera de un estadista». La primera es la famosa doña Mariquita Sánchez, de Thompson, primero, y de Mendeville después; y el autor ha compuesto de ella un retrato muy sugerente, así en lo tocante a la persona misma como en lo referente al medio, como se dice, en que actuó durante su vida, cuya feliz longura le permitió ser testigo de los sucesos de Mayo de 1810 y regocijarse con la caída de Rozas. Investigador meticuloso y leal a la verdad, el doctor Dellepiane destruye algunos errores que, como es de uso, pasaban de unos historiadores a otros; pero lo esencial de su trabajo es la evocación de la figura de doña Mariquita, tan interesante, tan inteligente, tan bondadosa, tan patriota. Los tiempos en que florecieron mujeres de esa estampa deben ser estudiados con cuidado y sin prejuicios, para explicar satisfactoriamente su aparición, y es lo que ha hecho, de mano maestra, el autor. Su segunda conferencia, sobre doña Carmen Nóbrega de Avellaneda, nos trae a tiempos más cercanos y ofrece, por eso, un interés más actual, al que se suman las mismas cualidades literarias que en la primera se aplaudieron.

CABALLERESCAS, *por Ricardo Monner Sanz.* — Este librito contiene una docena de romances, cadenciosos y amables, en los cuales el autor se muestra como viva encarnación de los caballeros de otros tiempos, sin ofenderse cuando le dicen que recuerda, en lo físico, a Don Quijote. Al contrario, plácele ello muy mucho, porque, a la verdad, su espíritu es el de aquellos caballeros, o si se quiere, de tales caballeros como él se imagina que eran. Así, escribe: «Si yo debiese escoger — un escudo señorial — que me pintara tal cual, — cual noble quisiera ser; — en cada cuartel pondría — de los cuatro que tuviera — un dibujo que dijera — cuanto ser aquí querría: — Un león, que es la nobleza, — un corazón, que es amor, — un águila, que es valor, — y un castillo, fortaleza. — En el fondo mucha luz, — y en el yelmo, cual cimera, — una diminuta esfera — rematada con la cruz». — Decididamente, después de leer estas *Caballerescas*, lo más a que puede aspirar un simple mortal de aquellos que apenas podrían poner en su escudo (brava hipótesis) una peñola despuntada y un tintero mísero, es ser el Sancho Panza de tan simpático Quijote.

EL ETERNO POEMA, *por Juan José Frugoni.* — El señor Frugoni, a quien sus tareas de legislador no quitan sus aficiones literarias, ha empezado la publicación de sus obras completas, que inicia con *El Eterno Poema*, que con ésta alcanza ya a su tercera edición. La prosa del señor Frugoni es elocuente, fulgurante y rotunda; sus imágenes tienen un relieve que podría decirse musical, y a través de todo el libro, como que se siente la respiración jadeante del poeta que escribe siguiendo la inspiración de una musa implacable en su imperio. Mas, a pesar de ello, debemos confesar que en este libro nada nos ha conmovido ni nos ha hecho pensar tanto como la dedicatoria, noble palma de esfuerzo y de ternura.

HISTORIA DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA, *por Carlos Correa Luna.* — Deseosa la Sociedad de Beneficencia de celebrar dignamente el centenario de su fundación y de rendir homenaje a Rivadavia, su fundador, encomendó la tarea de escribir su historia a don Carlos Correa Luna, cuyas anteriores obras de carácter histórico le han ganado merecida estimación en nuestro mundo intelectual. Este volumen, que es el primero de dicha Historia, abarca desde la fundación de la Sociedad hasta la caída de Rozas, y para su composición el autor no ha escatimado esfuerzo de investigación alguno, lo cual, unido a la amenidad que el señor Correa Luna pone en todo lo que escribe — amenidad que no está reñida, como algunos creen, con la más escrupulosa erudición — hace que este libro sea leído con creciente interés, particularmente por quienes gustan de los estudios históricos. Ofrecen particulares atractivos los capítulos dedicados a la educación femenina hasta la época de Rivadavia, en los cuales se demuestra con oportunas y abundantes referencias, que «los argumentos contrarios a la existencia de una relativa cultura femenina (antes de aquella época) no podrían sustentarse en un conocimiento verdadero de las cosas».

CUENTOS DE LA MALÁ STRANA, *por Jan Neruda.* — Los humoristas modernos, entre ellos Mark Twain el norteamericano y Julio Camba el español — para no citar más que dos tipos representativos de dos razas — han fomentado su popularidad «pinchando» al prójimo o a la obra del prójimo. En efecto; el «humour» de ambos escritores no se concibe sin una «cabeza de turco», como suele decirse, sobre la cual escarbar con los puntos de sus agresivas plumas.

En los «Cuentos de la Malá Strana», del notable escritor checo Jan Neruda, el humorismo no busca víctimas; es un humorismo plácido que se disuelve sobre sus personajes sin lastimarlos. Apenas si una tenue sombra de ridículo se expande sobre sus personajes, y casi siempre, al final de sus deliciosos cuentos, viene la nota sentimental, bien pulsada, a procurar al lector un tinte de emoción tan delicado como agradable.

De éste que pudiéramos llamar hilarante literato publicará CARAS Y CARETAS varios selectos trabajos, que reproduciremos merced a un arreglo especial establecido con la Editorial Calpe, sucursal de Buenos Aires.

NARRACIONES BASKAS, *por Arturo Campión.* — Arturo Campión es un conocido y viejo novelista español — basko, diremos con mayor propiedad y por la índole regional de sus felices producciones — en cuyas páginas palpita siempre un acendrado amor a la tradicional Vasconia, cuyos tipos y paisajes sabe retratarnos admirablemente.

De su último libro de cuentos, editado por la Editorial Calpe y titulado «Narraciones Baskas», daremos algunas muestras a los lectores de nuestra revista; interesantes artículos en que se perfilan, de mano maestra, figuras y costumbres hondamente sentidas y arraigadas en el espíritu de aquellas tres provincias laboriosas, legítimo orgullo de la península ibérica por su nobilísimo abolengo y por la fortaleza de sus hijos.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS:

The Progress Book, a record of development from Birth Till Coming of Age and After. By J. J. Pilley, Ph. D. London.

Carnegie Endowement for International Peace. Year Book 1922. Published by the Endowement. Wáshington.

La cuestión del Pacífico y la Política Internacional de Bolivia. Por E. Diez de Medina. La Paz. Bolivia.

Desgraciados, por Lorenzo Stanchina. Ed. Tor. Buenos Aires.

Mensaje del gobernador de la provincia de Buenos Aires. Mayo de 1923.

Atlante della Produzione e dei Commerci, por Mario Baratta-Luiggi Visintin. Ed. Instituto Geográfico de Agostini. Novara. Italia.

El Código Penal y sus antecedentes (Tomo V), por Rodolfo Moreno (hijo). Ed. H. A. Tomasi. Buenos Aires.

Jujuy y su bandera, por el doctor Horacio Carrillo. Ed. Cont. Buenos Aires.

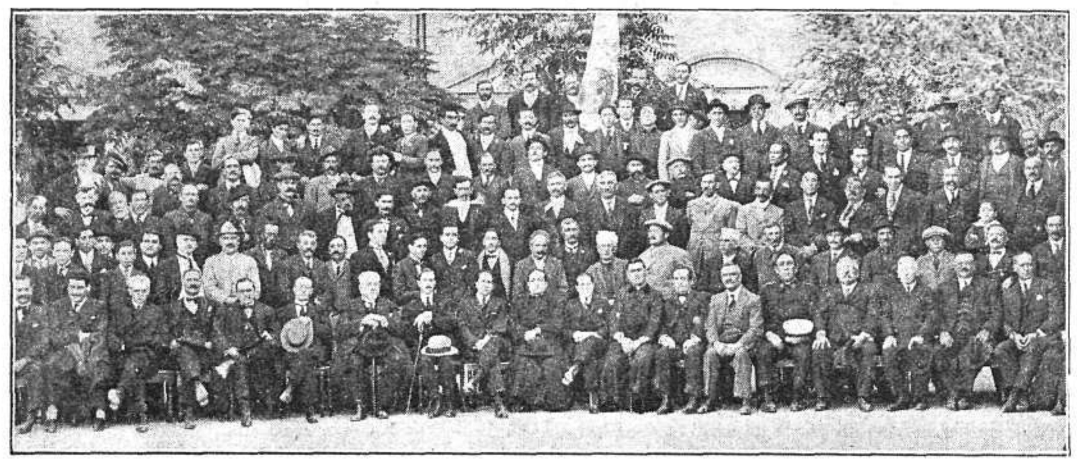
Hombres de la independencia de América, por J. M. Barria. Buenos Aires.

Definiciones y ensayos poéticos, por Ramón A. Correa. Buenos Aires.

Manual de educación física del niño y del adolescente, por el profesor Gastón Thibaut. Ed. «La Mundial». Asunción (Paraguay).

Cuentos de la Malá Strana, por Jan Neruda. Ed. «Calpe». Madrid-Buenos Aires.

De Territorios



VIEDMA. — Miembros del Círculo de Obreros que festejaron el aniversario del santo patrono.

LA PESCA DE LA OSTRA PERLÍFERA

Charles Henry Dorr, hablando de la pesca de la ostra perlífera en una revista americana, da estos datos: La mayor parte de los buzos que se dedican a este trabajo son japoneses. Los japoneses son expertos para esta clase de trabajo. La profundidad del agua en que generalmente operan, es de 120 pies. Algunos buzos han logrado trabajar con relativa facilidad a una profundidad de 150 pies. Rara vez estos buscadores de perlas se alejan tanto de la orilla que la pierden de vista, y descienden durante las bajas mareas. A menudo ven su trabajo interrumpido por la repentina alteración del mar. Un buzo logra mantenerse dentro del agua dos o tres horas. Y para poder maniobrar con provecho usa un instrumento de hierro con el que desprende las ostras de los bancos. En el Japón hay hombres que se sumergen sin escafandra y pueden permanecer hasta 80 segundos bajo el agua. Se distinguen en estos trabajos las mujeres. Hace algún tiempo se dijo que la perla iba a verse muy depreciada en el mercado a causa del descubrimiento hecho por el japonés Mikimoto: es decir, la producción artificial de la perla. No ha sido así. La perla natural sigue siendo la preferida. La perla debe ser o esférica o en forma de pera. Uno de los ejemplares más admirables que se conocen es la llamada «Pellegrina», que se halla en el museo de Zosima, en Moscú. Este ejemplar es de la India y posee una extraordinaria belleza. Pesa 28 quilates. La perla más grande se exhibe en el museo Victoria y Alberto, en Inglaterra. Es de forma irregular, y pesa tres onzas.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre............	$ 2.50	Trimestre............	$ 3.00	Trimestre........	$ oro 2.00
Semestre............	» 5.00	Semestre............	» 6.00	Semestre........	» » 4.00
Año..................	» 9.00	Año..................	» 11.00	Año............	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto...	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año....	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



Comentarios



A Saguier le persiguen furiosos
los que fueron con él cariñosos
y hoy nada recuerdan del hombre de ayer.
Observando la extraña aventura,
con envidia un colega murmura:
—¡Ahí tienen ustedes de moda a Saguier!

* * *

—¿Me insulta ese criticastro
cuando me llama sochantre?
—No lo sé. Consulte ¡diantre!
con don Américo Castro.

* * *



—¿Cómo logró triunfar?
—Porque tiene el talento de adular.
Y no crea que es cuento,
pues adular también es un talento.

* * *



—Nadie lleva en la Argentina
cuellos tan descomunales.
—Ninguno los usa iguales.
—Es un cuello que camina.
—Y ha conseguido con ello
ser una rara figura:
enano por la estatura
y gigante por el cuello.

* * *

Hablan Pereyra Rozas y el simpático
Elpidio.
—Mi poder es problemático
—¿Y a mí quién no me humilla?
Yo no voy a tener ni campanilla.
—Aunque uno sea apático,
se llega a fastidiar y se enfurece.
¿Se ha enfurecido usted?
—¡No me parece!
Yo sufro resignado los dolores
que la vida me ofrece,
y aunque los senadores
pretendan amargarme la existencia
no logran que se agote mi paciencia.
—La mía se ha agotado.
¡Hay cada diputado!
—¡Y hay cada senador!
—¡Con qué cinismo
alguno me ha tratado!
—¡A mí, cómo me tienen arrumbado!
—Le compadezco a usted.
—Y yo lo mismo.

* * *

—Los senadores
opositores...
—¿Opositores? ¿Pero, por qué?
—Vea, deploro
no contestarle, porque lo ignoro.
Si alguien lo sabe, yo no lo sé.
Ello es el caso
que es un fracaso,
cuando los llaman, cada sesión.
—No me sorprende
lo que me dice que usted no entiende.
Eso es que juegan «a la obstrucción».

* * *



—Loza, aun cuando es amigo del reposo,
en su viaje a Marcelo ha acompañado.
—Y se siente dichoso.
Volvió con su apellido en buen estado.

* * *

Ignacio se enamoró
de la hija de un pastelero
y con ella se casó.
Y actualmente el majadero
está aburrido y cansado
y ya no sabe que hacer,
porque le han empalagado
las masas y la mujer.

* * *

—Iba a tomar la pluma,
cuando, atónito, veo
que la deja y se marcha de paseo
y el impetuoso Le Bretón se esfuma.
Y torna a aparecer rápidamente
y se va nuevamente.
—Es un talento sólido.
—Eso no es un ministro; eso es un bólido.

* * *



Tiene una dama adorable
hipo y la dice así un tipo
que pretende ser amable:
—Hasta cuando tiene hipo
es usted insuperable.

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Los sapos, por **Alberto Hidalgo.** Uno que vió a Pacha Mama, por **Ernesto Morales.** Honradez, por **G. Coria Peñaloza.** Los árboles sepulcros, por **Héctor Pedro Blomberg.** Los grandes inventos, por **José Gabriel.** Prudencia y heroicidad, por **Delfina Mitre y Vedia de Bastianini.** El último tamborilero de Erraondo, por **Arturo Campión.** La diligencia de Melonville, por **A. Hopwood.** El error, por **Holloway Horn.** Los secretos del doctor Hackensaw, por **Clement Fezandié.** El encuentro, por **C. G. Keronan.** Una apuesta macabra, por **Gabriel De Lantrec.** El «Mala sombra», por **Teixeira de Queiroz.** Trasgos y botones, por **Miguel de Unamuno.** Las diabluras de la perspectiva, por **Ramón Gómez de la Serna.** El parque sanitario del Departamento Nacional de Higiene. La Biblioteca Bernardino Rivadavia. Hombres célebres: Lincoln, por **Eduardo del Saz.**